





	Página
Índice .....	3
<b>Mensaje .....</b>	<b>7</b>
<b>Ganadores .....</b>	<b>11</b>
<b>Jurado .....</b>	<b>21</b>
<b>Categoría 1. Poesía .....</b>	<b>27</b>
1.1 Preparatoria .....	27
1.1.1 Anatomías de la noche .....	27
1.1.2 Amoralidad de mis amores .....	30
1.1.3 Los rastros de la ciudad agrietada .....	39
1.2 Profesional .....	56
1.2.1 Popurrí .....	56
1.2.2 La probabilidad de encontrarnos .....	69
1.2.3 De pasiones y azabache .....	74
1.3 Posgrado, egresados, profesores y empleados .....	87
1.3.1 Antología de poetas menores .....	87
1.3.2 El ejemplo .....	99
1.3.3 Flores .....	105
<b>Categoría 2. Cuento corto .....</b>	<b>115</b>
2.1 Preparatoria .....	115
2.1.1 Platos de cereal y otras actividades .....	115
2.1.2 El vecino .....	121
2.1.3 La caída .....	125

2.2 Profesional .....	130
2.2.1 El sueño de los libres .....	130
2.2.2 Querida Ana .....	133
2.2.3 Reyes de reserva .....	136
2.3 Posgrado, egresados, profesores y empleados .....	139
2.3.1 Nota Teo-ilógica .....	139
2.3.2 Don Alberto .....	142
2.3.3 Mississippi Blues .....	144
<b>Categoría 3. Cuento largo .....</b>	<b>149</b>
3.1 Preparatoria .....	149
3.1.1 Tu reflejo .....	149
3.1.2 Jack, el niño engrapadora .....	164
3.1.3 Naranja .....	171
3.2 Profesional .....	181
3.2.1 Realidad en juego .....	181
3.2.2 Gansita .....	198
3.2.3 Yum Kimil: ojos del cosmos .....	208
3.3 Posgrado, egresados, profesores y empleados .....	218
3.3.1 Merina .....	218
3.3.2 Tomu .....	224
3.3.3 ¡No hagan ruido! .....	235

---

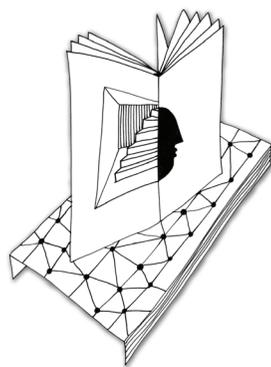
<b>Categoría 4. Dramaturgia .....</b>	<b>251</b>
4.1 Preparatoria .....	251
4.1.1 Locos por aquí, patos por allá .....	251
4.1.2 La sabiduría de Sofía .....	261
4.2 Profesional .....	279
4.2.1 Al final del arcoiris .....	279
4.3 Posgrado, egresados, profesores y empleados .....	306
4.3.1 Cupido vs. Destino .....	306
4.3.2 Cuestión de tiempo .....	319

## **Créditos**

## **Aviso legal**



## Mensaje



**E**l ejercicio de escribir representa un acto creativo que con frecuencia se mantiene al margen de lo público. El Concurso Nacional de Creación Literaria del Tecnológico de Monterrey es una oportunidad no sólo para quienes encuentran en la literatura una plataforma para expresarse sino para quienes tenemos el privilegio de ser lectores-testigos de las letras de talentosos escritores de la comunidad académica de nuestra Institución.

Esta trigésima edición es especial por relevantes razones. Treinta ediciones consolidan la vigencia de un proyecto que desde el inicio encontró ávidos interlocutores que le han dado continuidad ininterrumpida. Y por primera vez publicamos en formato digital la antología de los trabajos ganadores, incorporándonos a las tendencias editoriales internacionales que exigen las nuevas generaciones de lectores, eliminando las fronteras del papel.

El Concurso es una invitación a escribir, esta Antología es una invitación a leer; una invitación a traspasar las limitaciones de la vida que nos acoge. La escritora española Rosa Montero, en su extraordinario libro *El amor de mi vida* (Alfaguara 2011), nos lanza una advertencia peculiar: “Necesitamos vivírnos a lo ancho en otras existencias, para compensar la finitud. Y no hay vida virtual más poderosa ni más hipnotizante que la que nos ofrece la literatura”.

El Tecnológico de Monterrey, a través de la Cátedra Alfonso Reyes y del Concurso Nacional de Creación Literaria, está comprometido a sumar los esfuerzos que permitan seguir brindando esta plataforma en favor del talento de la comunidad académica de nuestra Institución.

***Luis Raúl Domínguez Blanco***  
***Asuntos Estudiantiles y Formación Cocurricular***









GANADORES

POESÍA

Alumnos de Preparatoria

*Primer lugar*

*Anatomías de la noche*

Ivana Melgoza Macías

Campus Cuernavaca

*Segundo lugar*

*Amoralidad de mis amores*

Camila Garza González

Prepa Tec Monterrey

*Tercer lugar*

*Los rastros de la ciudad agrietada*

Julio Antonio Castro Guerrero

Campus San Luis

## Alumnos de Profesional

### *Primer lugar*

*Popurrí*

Emilia Guzmán

Campus Monterrey

### *Segundo lugar*

*La probabilidad de encontrarnos*

Germán Vázquez Ibáñez

Campus Querétaro

### *Tercer lugar*

*De pasiones y azabache*

Alejandro Prudencio Delgado

Campus Cuernavaca

## Alumnos de Posgrado, egresados, profesores y empleados

### *Primer lugar*

*Antología de poetas menores*

Isaac López Reyna

Campus Monterrey

*Segundo lugar*

*El ejemplo*

Alma Rosa Palma Reboloso

Campus Saltillo

*Tercer lugar*

*Flores*

Nicolás Picazo Larrañaga

Campus Estado de México

**CUENTO CORTO**

**Alumnos de preparatoria**

*Primer lugar*

*Platos de cereal y otras trivialidades*

Sabrina Bonanomi Fernández

Campus San Luis

*Segundo lugar*

*El vecino*

Jesús Emilio Jurado Martínez

Prepa Tec Monterrey

*Tercer lugar*

*La caída*

Oliver Fernando Raudales López

Campus Morelia

Alumnos de Profesional

*Primer lugar*

*El sueño de los libres*

Andrea Berenice Mejía León

Campus Puebla

*Segundo lugar*

*Querida Ana*

Gisela Celina Rodríguez Hernández

Campus Toluca

*Tercer lugar*

*Reyes de reserva*

Miguel Ángel Jiménez Ortíz

Campus Monterrey

Alumnos de Posgrado, egresados, profesores y empleados

*Primer lugar*

*Nota teo-ilógica*

Jorge Luis Flores Hernández

Campus León

*Segundo lugar*

*Don Alberto*

María Montserrat Juárez Aubry

Campus Puebla

*Tercer lugar*

*Mississippi Blues*

Carolina Olguín García

Prepa Tec Monterrey

## CUENTO LARGO

### Alumnos de Preparatoria

#### *Primer lugar*

*Tu reflejo*

Jimena Abigail Vidales Zaldívar

Campus Cuernavaca

#### *Segundo lugar*

*Jack, el niño engrapadora*

Jun Obana Sameshima

Campus Ciudad Obregón

#### *Tercer lugar*

*Naranjas*

Alejandra González Vargas

Prepa Tec Monterrey

---

## Alumnos de Profesional

### *Primer lugar*

*Realidad en juego*

Carlos Daniel González Silva

Chihuahua

### *Segundo lugar*

*Gansita*

Joseph Sclar Nurko

Campus Santa Fe

### *Tercer lugar*

*Yum Kimil: Ojos del cosmos*

José Carlos Consuelo Pérez

Campus Guadalajara

## Alumnos de Posgrado, egresados, profesores y empleados

### *Primer lugar*

*Merina*

Luis Felipe Cendejas Guízar

Campus Morelia

*Segundo lugar*

*Tomu*

Kenneth Geraldo Martínez Martínez

Campus Querétaro

*Tercer lugar*

*¡No hagan ruido!*

Javier Alejandro Avendaño Rillon

Campus Santa Fe

DRAMATURGIA

Alumnos de Preparatoria

*Primer lugar*

*Locos por aquí, patos por allá*

Aranxa Vizcarra Chávez

Campus Santa Fe

*Segundo lugar*

*La sabiduría de Sofía*

Joaquín Alducin Villaseñor

Campus Santa Fe

## Alumnos de Profesional

### *Primer lugar*

*Al final del arcoíris*

Carlos Daniel González Silva

Campus Chihuahua

## Alumnos de Posgrado, egresados, profesores y empleados

### *Primer lugar*

*Cupido vs. Destino*

René Maximiliano Reyes García

Campus Toluca

### *Segundo lugar*

*Cuestión de tiempo*

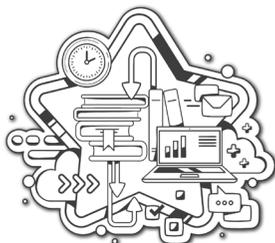
Elsa Lilian Angélica Viveros Sánchez

Campus Chihuahua





## Jurado



## POESÍA

### Luis Santillán

Docente de la Escuela de Escritores de la SOGEM.

Becario del programa Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, en el periodo 2006-2007 y 2011/2012.

Integrante de la tercera emisión del Taller de Dramaturgia del Royal Court Theatre / Centro Cultural Helénico.

Becario en las dos emisiones del Diplomado Nacional de Estudios de Dramaturgia (2006, 2007-2008).

Durante tres periodos formó parte del Taller de Dramaturgia a cargo de David Olguín en la Fundación para las Letras Mexicanas. Obtuvo el Premio Nacional de Dramaturgia Manuel Herrera 2015 con la obra *Sarah Josepha (Si tuviera el valor)*; el Premio Nacional de Obra de teatro del INBA (2005) con la obra *Autopsia a un copo de nieve*. Ediciones El Milagro publicó la obra y la Dirección de Teatro de la UNAM produjo su estreno en el teatro Santa

Catarina. Ediciones Tierra Adentro le publicó el libro *El origen del kiwi enlatado* que incluye la obra: *La historia ridícula del oso polar que se quedó encerrado en el baño del restaurante* (obra con la cual obtuvo el premio de dramaturgia Pasión por el teatro, 2004). Entre sus reconocimientos destacan: Mención Honorífica en el Premio Nacional de Dramaturgia Manuel Herrera 2011 por la obra *Un poco de paz*; Mención Honorífica en el Premio Nacional de Dramaturgia Manuel Herrera 2008 por la obra *Malintzin; De batallas perdidas* fue obra finalista del Premio Nacional de Dramaturgia Joven Gerardo Mancebo del Castillo 2005; *Polvo de hadas* –que fue estrenada en la Ciudad de Rosario, Argentina- fue finalista del Premio Nacional de Dramaturgia Joven Gerardo Mancebo del Castillo 2002.

Fue jurado del Premio Nacional de Dramaturgia Fernando Sánchez Mayans 2009, del Premio Bellas Artes Mexicali de Dramaturgia 2001.

Formó parte del Comité Asesor de Programación de la Coordinación Nacional de Teatro (2011-2012).

## CUENTO CORTO

### Miguel de la Cruz

Único periodista de cultura con una trayectoria de 25 años en televisión. Egresado de la Licenciatura en Comunicación por la Universidad Autónoma Metropolitana y colaborador de Canal Once desde diciembre de 1989 hasta la fecha. Tiempo en el que ha realizado la cobertura del Festival Internacional Cervantino, Festival del Centro Histórico, Festival de la Ceiba en Tabasco, Festival de las Artes de Sinaloa, Festival Afrocaribeño de Veracruz, Festival de Jazz de la Riviera Maya, Festival de Jazz de Montreal, la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, el Salón del Libro de Quebec, el Forum de las Culturas en Barcelona,

la Expo Lisboa y ha entrevistado a personalidades del mundo cultural como Carlos Monsiváis, Carlos Fuentes, Fernando Benítez, Cristina Pacheco, Fernando Savater, Ricardo Piglia y Elena Poniatowska, entre otros. Durante 10 años formó parte del equipo de reporteros y conductores del primer noticiario cultural “Hoy en la Cultura”.

## CUENTO LARGO

### Álvaro Álvarez Delgado

Álvaro Álvarez Delgado, Licenciado en lengua y literatura hispánicas por la Universidad Veracruzana (Tesis: *El teatro de Manuel José Othón*, con mención honorífica y publicada (abreviadamente) en el tomo II de las *Obras completas* de Manuel José Othón, México, FCE, 1997) y maestro y doctor en Literatura Hispánica por El Colegio de México (Tesis: *Compañeros de viaje* (1959): *El primer Jaime Gil de Biedma*). Se ha desempeñado laboralmente en diversas instituciones educativas de México y del extranjero: Universidad del Centro de México y Universidad Autónoma de San Luis Potosí (en San Luis Potosí), Brown University (Rhode Island), Universidad Pedagógica Nacional 151 (Toluca, Estado de México) y la Universidad Veracruzana, entre algunas otras.

Asimismo, colabora en diversas actividades editoriales con la Universidad Veracruzana, el Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México. El artículo más reciente que ha publicado lleva por título “¿Experto inútil, especialista idiota, o ambos?”, publicado en la revista *Almanaque literario*, de la Universidad de Guanajuato. Participó en el Simposio Internacional en Conmemoración a los 100 años de Elena Garro con la ponencia “Apuntes para una biografía literaria de Elena Garro”, en el marco de la quinta edición de la Feria Internacional de la Lectura Yucatán.

## DRAMATURGIA

### Martín López Brie

Dramaturgo y director de teatro mexicano; ha colaborado en más de 30 puestas en escena en diferentes rubros (iluminación, vestuario, dirección, escritura). Como dramaturgo obtuvo el premio nacional de dramaturgia joven Gerardo Mancebo del Castillo (2004) y el Premio Nacional Manuel Herrera de Dramaturgia (2007). Se han estrenado varias de sus obras, entre ellas: *Órfico Blues*, *El crimen del Hotel Palacio*; *El Culebra*; *Homicidio Imperfecto*; *Simón Bruma*; y *La Doncella Ponzoñosa*. Ha publicado los libros *Tirresias Jam*, por el Fondo Editorial Tierra Adentro; *Postales*, por Ediciones el Milagro; *El crimen del Hotel Palacio*, por el Instituto Queretano de Cultura; *Homicidio Imperfecto*, por Ediciones Paso de Gato; y *El Culebra*, por Anónimo Drama Ediciones. Como narrador publicó la novela corta para niños *El Marciano Fabulador*, en Editorial Delfín y la novela *El Señor de la tormenta*, en Ediciones Aralain. También ha realizado intervenciones a espacios públicos, obras en museos e instalaciones escénicas. Ha sido beneficiario del FONCA en las categorías de Jóvenes Creadores y Sistema Nacional de Creadores de Arte.









## CATEGORÍA 1: POESÍA

## 1.1 Preparatoria

### 1.1.1 *Anatomías de la noche*

*Ivana Melgoza Macías*

#### I

Me explicaron la anatomía del cuerpo humano desde la punta de sus arrepentimientos hasta el extremo izquierdo de sus vicios. Pero a mí nadie me engaña. Hay días que no tengo pulmones, sino brisas que se me incrustan a fuerza de nostalgia, hay días que uno amanece con una madrugada como médula, que siente un pequeño parque en la rodilla izquierda y no sabe cómo explicárselo porque le enseñaron que las rodillas tienen rótulas y no instantes. Pero aun así sigue habiendo preguntas sin respuestas y hasta que no me abran en pedacitos encontrarán todos los mundos que traía cargando, todas esas eternidades que a veces se volvían lágrimas. No me vengan a decir que el corazón bombea sangre si ayer sentí cómo me salían enredaderas en flor y les juro que pude oler el polen que se me salía por los poros. Hay días que uno es un simple mortal, pero la mayor parte del tiempo sólo somos estaciones, instantes al garete.

#### II

Tres pasos. Creo que quiero regresar a los abrazos de las sábanas, al calor de las telas. Qué injusticia abandonarlas a medio hacer entre plumas y sueños.

Cuatro pasos. Me escurro la noche que todavía gotea en mis pestañas.

La luz me saluda e hipócritamente sonrío. La oscuridad de unas horas se esfuma mientras me concede las últimas caricias. Tiemblo con los rasgos de luz que me arrebataron hacia la tentativa de engañar a la neblina. Pero ella sabe que es mi único amor y cada día la espero con los ojos cerrados.

### III

Todo comenzó debajo del párpado. Un dolor físico que la había empujado al hospital. Con el acero degustándole la espalda y la luz ensombreciéndole los sentidos, yacía diagnosticada con un irremediable amor romántico. Ya era demasiado tarde y la única forma de extraerle el recuerdo de las caricias era con una cirugía a corazón abierto.

Cuando despertó, los besos seguían carcomiéndole la piel y la anestesia había sido solo una metáfora.

### IV

Terrible condena la de escribir olvido y recordar que se resbalen las líneas de un perfil, una a una, con cabellos tratando de hacer diminutos dibujos en el piso, como tratando de decirte el sentido de la memoria.

¿Y si te pido la condena para llevar porque se me atascan los intentos de decir memoria y escribir segundos?

Hay un ligero sollozo que se escucha en un eterno eco. Me han caído 3 lágrimas en el esternón, pero mis pupilas están secas y en el balcón del párpado no hay presencias para saludarlas con pañuelo blanco. Fueron los labios y su complejo de ojos, ahora gotean imperceptibles líquidos parecidos a pensamientos y tal vez sólo, lo son.

## V

El proceso de amanecer como un engaño inicia con una insinuación de claridad. Primero mental y luego física. El reloj te indica la hora que ya ha estado vibrando en tu médula sin la necesidad de un minuterero para recordarte que el tiempo sucede.

Todo comienza a prepararse para recibir a la luz, los cuerpos se dilatan, los líquidos se condensan y las ideas tratan de acariarse entre sí para hacer la ilusión de un paisaje.

Cuando las nubes comienzan a sonrojarse y todo indica un final que dice ser principio, el efecto de noche se revierte y la atmósfera sostiene que un nuevo día significa un nuevo renacer, que los problemas amanecen con nuevos ojos aunque tú sepas que sólo les crecen las ojeras y que para renacer necesitas morir primero; que la noche no significa censura, sino verdad y que el día puede saber a engaño aunque la mentira se despierte con silencio y se duerma al costado del abismo, ahí donde los recuerdos se despiden para darle vida a un presente sin voz, a unos días sin tiempo



### 1.1.2 Amoralidad de mis amores

*Camila Garza González*

#### **Pesadillas en mis ideas**

Hay un miedo incontrolable  
corre por mis venas.

Sigo esperando  
a que regreses a ella.

Y que esto tan bello  
tan prohibido en su momento  
tan imperfecto y correcto  
tan tierno y tan nuevo  
no sea suficiente.

Sigo esperando a que me dejes  
escenarios, miedos, recuerdos  
mi corazón en tus manos.

Sigo esperando  
a caer sin remedio  
a recoger los pedazos.

Tengo muchísimo miedo  
pero qué es el amor sino eso.

**Colores en mi puerta**

A veces extraño aquel tiempo  
de blanco y negro  
sin tonalidad, ni textura ni fondo.

A veces me pregunto  
¿qué tienen de buenos?

Y lo único que encuentro  
es el marrón de tus ojos  
el caramelo en tu piel  
el carmesí de tus labios.

Colores

tú trajiste a mi puerta  
estos rosas, rojos y verdes  
que sin ellos no viviría.

Pero hay algo de esa transición  
de blanco y negro a color  
que no quiero.

Tal vez el rojo dolor de tu partida  
o el gélido azul que le sigue.

Tal vez el amarillo tan frágil de la esperanza  
que se torna gris  
cada vez que le das la espalda.

**Akai ito**

Como almas gemelas  
atadas a un cordón  
rojo e invisible  
es nuestro amor.  
Tu fuego y el mío se unieron  
fuerza mayor  
con un plan mejor  
espera  
toma su tiempo  
disfruta de un cálido vino cereza  
a que las piezas cayeran.  
Como un rompecabezas  
que no se creía incompleto  
anhelante  
ignorante  
a ese momento circunscrito  
cuando se unieran.

**Más que dos**

En la fría noche de otoño  
cerca uno del otro.

Ni un centímetro para extrañarme  
ni un centímetro para enfriarte.

Bajo las tímidas estrellas  
cubierta con tus brazos.

Yo era más que yo  
y tú eras más que tú  
más que dos.

Éramos la luna que no estaba  
el fuego que no ardía  
la lluvia que no caía  
el espacio que no existía  
y en esa noche  
más que apariencias  
más que máscaras  
éramos más que solo dos.

**Mi fuego y tu sal**

Ese amor por ti  
de mi alma hasta la piel  
de mí hasta ti.  
No, lo admito, no soy tu sal  
y tú no eres la mía.  
Pero soy tu fuego  
y tú el mío.  
Fuego destructivo  
a tu alma caliente  
al insomnio seduce.  
Pero la sal de tu tierra mantiene  
es cuerpo que amo  
espíritu que alabo.  
Sano y con fuerzas  
Nunca un amor como el tuyo  
ni un amante como tú  
ni un alma tan dispuesta a amar  
como la tuya.  
Pero nacerá otro fuego  
y lo alimentaré con sal  
y vivirá  
eso te lo puedo asegurar.

**La lista de mis nuncas**

Nunca te dije mi amor  
aunque quería  
aunque se sintiera correcto  
aunque lo fueras.

Nunca te dije cariño  
aunque lo sienta  
aunque tuviera motivo  
aunque me lo dieras.

Nunca te perdí de mi vista  
aunque te fueras  
aunque huyeras  
aunque no estuvieras.

Nunca te voy a olvidar  
aunque quisiera  
aunque tratara  
aunque pudiera.

Mi alma nunca te dejará de amar  
aunque me duela  
aunque te vayas  
aunque me muera.

**Tu forma y fondo**

Quiero que seas mi fuego con sal  
enamórate de mí  
y mi corazón en tus manos tendrás.

Los números de nuestra edad  
las barreras por cruzar  
las 17 horas en carro  
y las miles de millas que hay  
son fáciles de sobrepasar.

Quiero que seas mi fuego con sal  
encantada de tu forma y tu fondo  
mis barreras derretidas  
por esa piel y esa mirada que encandila.

Quiero pelear y amar  
querer y adorar  
ese baile de almas quiero bailar.

Juego mortal que me puede quebrar

Obstáculos hay  
pero si enamorado de nadie estás  
déjalo y mi corazón en tus manos tendrás.

**Te**

Te extraño  
como una pieza de mí  
que no sabía que faltaba.

Te busco  
cuando te vi hace solo unos momentos  
como si mi alma sintiera el tirón  
del cordón invisible  
con el que te siento.

Te deseo  
cuando te pienso  
como un espejismo de agua  
en el desierto.

Te sufro  
cuando te sueño  
como si mi cuerpo pidiera  
el calor por el cual te conoce.

Te anhelo  
cuando te escribo  
como si fuera un destino

al que nunca he ido.

Pero más que nada

te amo

en todo momento

hasta que me falte el aliento.



### 1.1.3 *Los rastros de la ciudad agrietada*

*Julio Antonio Castro Guerrero*

#### **1. Desde la calle Ildefonso Díaz de León**

Escribo para mí:

porque después quiero que me destruyan

que me critiquen hasta el más mínimo

lugar común

apunten hacia el poema y disparen

escribo para conocer el mundo

atajar calles y ciudades

sumergirme en los ojos del local

yo nunca soy extranjero

pero siempre soy espía de primer nivel.

Escribo para ti:

para mostrarte tu lado oculto

y te recuerdes como eres

sin importar el momento

o la ocasión.

Tu retrato en palabras

siempre se quedará ahí

ese gesto sutil de tu felicidad  
nunca se borrará.  
Escribo para este país:  
recogiendo memorias  
colocándolas en piedras  
llévatelas salvaje Río Bravo,  
llévalas al mundo para que sepan  
de mi tierra adolorida.  
Escribo para este instante:  
apunto las campanadas de la iglesia  
y el colibrí caza la flor  
no sería coherente describir mi estado,  
cuando se escribe poesía  
el mundo es un lienzo preparado  
para recibir los versos  
y lo que suceda en el momento  
se basa en una obra de teatro  
donde los actores se preparan  
y la escenografía siempre estuvo ahí.

Yo sólo escribo:  
porque si hablamos de pasiones,  
no existe rivera más salvaje  
que escribirte poesía.

## **2. Cristales rotos**

En Carranza pasé por desapercibido  
entre la multitud de meseros  
y los niños que salían de las escuelas  
con un martillo en la mano  
y una mochila a mi espalda  
como si fuera un auto más a una gran velocidad  
o ese momento en el que rompo los cristales de los autos  
un rayo oportuno, preciso y seguro.  
Se estima que hay trescientos sesenta y nueve  
gritos al día en Carranza,  
trescientos sesenta y ocho  
entre enojos por los cristales rotos  
y el último es mi risa  
rebotando entre las paredes

de la casa de la cultura  
veo salir de los restaurantes a las señoras  
operadas y arregladas  
se sorprenden cuando ven el vidrio roto.  
¿Qué tanto daño les puede hacer a ellas?  
los ricos le roban al pueblo  
nosotros les robamos a ellos  
así es el ciclo en esta ciudad  
y nos persigue el hambre todos los días,  
una sed imposible de saciar  
y eso es sólo el esbozo  
de lo que se plantea en la cultura del pueblo.

### **3. Las divas**

De gritos se inunda la plaza  
como una ola de sonido en falso  
se convirtieron en parte del sonido ambiental  
entre vibraciones de las campanas  
son tocadas por dioses,  
hablan de la actualidad en versos

tienen el ritmo, la rima, el cliché poético  
venga la luz, los reflectores  
no existe una palabra clara,  
pero todos las ven hablar en la plaza  
las divas se han robado la literatura  
fundaron sus propios clanes  
armaron las fiestas y las peleas  
destruyeron las raíces  
de los hombres del alba  
se sintieron importantes  
por unas cuantas hojas  
que con el tiempo se van disolviendo.

#### **4. El poder de la iglesia en el pueblo**

Desde hace mucho  
había encontrado lo que me gustaba  
me quisieron detener con el individualismo  
con la ideología de la derecha  
siempre fue, por lo menos para mí, azul  
la veía, en todos lados, en la calle, en la televisión

la ciudad ya no estaba para esto  
ni yo, y quería expandirme.  
Bajo una izquierda falsa,  
no existía la unión de la gloriosa izquierda  
de color rojo y sólida  
ni siquiera miré al centro, nunca me llamó la atención  
el estilo antiguo  
y ahí van todos los ciudadanos del pueblo con vendas en  
los ojos  
hasta los intelectuales falsos  
"ejerciendo su derecho por el menos peor"  
a veces un rayo azotaba mi mente  
me hacía creer que la religión era solo un pasatiempo  
que la fe es mirar con los ojos cerrados y abrazar un árbol  
caliente  
y no los quiero criticar pero siguen con su túnica y su cara  
arrugada  
usurpando el alma de ustedes mismos  
si existiera tierra más pueril que ésta  
ustedes estarían ahí, revolcándose en su túnica  
sigan deteniendo al pueblo con su oscurantismo.

## 5. Ayotzinapa

En una casa como ésta, valiente es el que alza la voz  
es envolvente el sufrimiento que grita la tierra  
la que hemos dejado sucumbida bajo unas historias  
donde crecimos y donde nos desgarraron la voz,  
bajo una casa mal cimentada vivíamos  
no estoy seguro de que lo recuerdes  
todos los días te arrancabas las ojos  
y a diario llorábamos por esa sensación lúcida  
de enfrentar el miedo todos los días  
sentíamos a esa figura  
con el velo de frente y nos sujetaba  
sentía como se llevaba mi alma  
poco a poco se fue cayendo la casa  
con sus paredes llenas de promesas ensangrentadas  
y nos enterraste  
nos enterraste bajo la tierra ensangrentada  
y descuidada de tu guerra  
y cuando buscamos la justicia, nos desapareciste  
nos mentiste, pero sobre todo

trataste de encubrirlo todo  
la gente pasaba, ignorando que la casa se caía  
nos dejaste sin aliento  
y nos dejaste enterrados como la nada.

### **6. Viaje de un día a Charcas**

¿Cuándo te podré ver de nuevo?  
en esta soledad inmensa  
las calles se llenan de oscuridad  
sin camino  
o algún pensamiento abstracto  
sentados en el jardín  
esperando a que el reloj pare un instante  
un instante donde el sol jugaba  
con la vida y con la noche,  
con la muerte digna  
un mapa tatuado en mi alma  
la central, la iglesia,  
la mina, la cruz del siglo  
se plasman en mis venas,

las risas de mis abuelos  
de mi madre y de mis tíos  
el sol sale y se asoma  
cuando parece que todos en el pequeño lugar  
son hermanos de la misma tierra  
(aunque les cueste aceptarlo)  
yo he visto a las almas sabias  
que terminan recorriendo las calles  
llenas de vida  
termino en la sala de la casa  
en donde se han sentado tantas personas  
y las risas y la plática están presentes  
rebotando, susurrando entre las paredes  
no me cabe ni la menor duda  
que en Charcas  
la vida se extiende.

**7. La tempestividad de los 7 barrios**

Tus colores ambiguos  
se deslizaban bajo la tempestividad  
de los siete barrios  
ya estoy bajo el manto  
de las calles  
con el adoquín mojado  
donde yo mejor recuerdo  
haberte visto  
bajo la hiperactividad  
de algunas sombras  
que paseaban sobre tus labios  
apuntando al recuerdo  
de tu rostro enardecido  
y en el parpadeo de tus ojos,  
cuando yo los miro  
como la sutileza del fuego  
que no llega a ser frío  
desaparecen la sombras,  
no escucho ruido alguno

ni la desesperación mutua de un grillo  
tampoco el sonido de las hojas caídas  
sólo me acuerdo de ti  
como una fuerte revelación  
que azota todos los árboles  
ahuyentando los lugares comunes.

**8. Desde Aranzazú hasta tu boca (Mientras yo te quiera)**

Mientras yo te quiera  
quiero que sepas que  
en tus ojos color jade  
reflejantes de tenue luz  
miré una sonrisa pronunciada  
cual si fueras una bella hoja  
recorriendo el desierto,  
la manera en que corre tu cabello  
cascada salvaje  
que se estremece entre las piedras.  
Sobre los caminos:  
estrellas y fragmentos nocturnos

se pasean sobre ti  
recorren todo tu cuerpo  
derraman su esencia  
moldeando, cuidando ese detalle tuyo.  
Siempre quise ser tu amante  
aunque sólo durara un atardecer  
el tiempo no hubiera importado  
llevarte cactus y poemas  
cantarte canciones  
pero mientras yo te quiera  
abrazaré mi mundo como si fuera el tuyo  
y perseguiré tus sueños  
como un caballo desbocado  
o un rayo preciso, apaciguado.

### **9. 3 de Noviembre de 1592, fundación de San Luis Potosí**

Mi percepción de crear la historia ante la nada  
que es la imaginación  
de poder cambiar algo  
con unas simples palabras

con unos simples sonidos  
es el pensamiento en alto  
que se distribuye de manera oscilante  
puedo ver como entra en los oídos  
tratando de buscar  
ese espacio humeante  
de olor a leña  
el maíz regado por el suelo  
y que se pueda esparcir por toda la tierra  
el símbolo de la fertilidad  
las manos llenas de tierra  
esa es la espina  
de lo que no queremos ver  
de las falacias que habitan en nuestra memoria  
de aquí venimos  
de los hornos de leña  
y el ombligo de esta,  
nuestra tierra.

**10. Mi casa es tu casa**

Tanto año viviendo aquí  
que a veces mi casa es como esta ciudad  
los pasillos son las avenidas  
y los cuartos son las calles  
mi cuarto es como un bar  
donde la gente platica  
y bebe cerveza  
esa es la única vida que pueden encontrar  
en esta ciudad  
sólo espero ese momento  
donde mis manos  
se enfríen con el vaso de la cerveza  
y lo que suceda  
me lleve al jardín de San Francisco  
mi imaginación  
dibuja una silueta a mi lado, una sombra  
cierro los ojos  
y recuerdo el instante  
mas mi felicidad

jamás podrá depender  
de mi inquietud, ni de la porfía que me ha causado  
tan solo una palabra oculta, basta para que se de cuenta  
de lo que ella ha creado.

### **11. La muerte a sus pies**

Hoy estuve tan cerca de la muerte  
en el asfalto descansaba su cuerpo  
alrededor un tumulto  
un chisme escolar  
su cabeza rodó  
cargando con rastros de sangre  
y apenas una mujer  
salió temblando del auto  
con sus zapatos Hermès  
yo recuerdo ese hecho  
porque la prensa lo ocultó  
y que sorpresa  
que en una ciudad tan agrietada  
como esta

la muerte se tenga que escabullir  
tal vez así  
nunca estemos seguros  
de la fecha de nuestra muerte  
todo queda almacenado  
en la memoria de la prensa  
y sólo ellos saben  
cuando iremos a morir.

## **12. La vista desde el pedregal**

La hazaña que acaba de cometer esta ciudad  
de crecer en tan solo diecisiete años  
sólo para vernos crecer  
y para verla pasar  
para mirarla victoriosa  
para que la ciudad misma  
se venda a los extranjeros  
con alguna raya aleatoria en las paredes  
o alguna división en la luna  
para que nos miremos los dos

cómo me recuerdas un poco más a mi  
algún día esperaría  
que rompieras esa burbuja  
de no querer salir de los lugares fúnebres  
pero se va a ir acercando  
esa esperanza que tú llevas  
yo he sentido esa proclividad  
que tienes junto a mí  
la muerte ya baila entre nosotros dos  
que paradójico sería  
que esto fuera algún comienzo  
aunque esta ciudad se esté cayendo  
sólo quedan estas letras  
para poder protegerla.



## 1.2 Profesional

### 1.2.1 Popurrí

*Emilia Guzmán*

**I**

#### **Sobre la poesía**

¿Será entonces que la poesía deambula en torno al poder  
y lo que quiere es confundir la continuidad de las cosas  
quebrando secuencias, construir una nueva que conjugue los  
caprichos de la lengua y la cabeza?

Lo más mundano, lo más banal, lo ridículo,  
adquiere de pronto cualidades exóticas.

Porque para justificarse no necesita más que la etiqueta  
y la voluntad encaprichada de un degustador de palabrerías.

Mire usted qué sencillo si me decidiera yo,  
decidida como soy,

a buscar dos palabras arbitrarias con alguna r succulenta  
o una s húmeda y escurridiza.

Diría:

“Renacuajo viscoso.

Rascacielos corpulentos que con las alturas de sus paredes vidriadas me han provocado ya comezón en la garganta”.

Diría yo que los vellos delgados de la espalda amada se han esparcido.

Susurrando atrocidades, señalando nuevos senderos como ramas largas e infinitas que le alfombran los muslos tiesos y los costados de la cara y se alumbran con el sol del mediodía. Le pondría al sexo una cara ancha y rectangular, enrojecida, sudada y con los ojos de vidrio ámbar supurando de excesos y secretos.

Y en el medio de todas las *s* y las *r* que tan sabrosas resultan al paladar, entrenado en la exquisitez de las cosas sin motivo, no podría usted percibir en todo ese circo al animalito desagradable, nocturno y grasoso, a los edificios que tapan la vista y amontonan a la gente en cubículos y ascensores y a los muslos peludos de la amante gorda y temporal.

Le podría hablar de porquerías y usted quedaría fascinado por la elegancia.

Así es como funciona

Y lo más entretenido de lo subjetivo

es que aquí todos tenemos voz y todos tenemos voto.

Y como a mí me gustan las multitudes, me uno a ustedes a  
hacer poesía.

O escribirla o engendrarla.

Lo que mejor satisfaga sus ansias de innovación.

Aquí puedo hacer lo que quiera.

Dictadora de un lenguaje.

Filósofa de los sonidos fascinantes de la palabra chancleta.

Guía excelentísima de los viajes que emprende la lengua en la  
jaula bucal.

Degustadora de arbitrariedades y confusiones.

Creadora de distracción y destrucción.

Porque *La poesía es ridícula*,

Y aquí, finalmente, podré dejarme de rodeos y ser ridícula yo  
también.

## **II**

### **Gusano**

Me gusta ver cómo se erizan

los vellos de tu piel.

Cómo se estiran,

perpendiculares

a tu pecho  
a tus hombros  
a tu sien.  
Se despiertan y se encorvan.  
Como soldados se van marchando.  
Rubios.  
Solares.  
Se ponen de pie.  
Advierten  
la punta mojada y roja  
de mi lengua intrusa  
recorriendo *te*  
en un zigzag paciente  
los escombros aterciopelados  
de tu espalda  
de tu panza  
de tus pies.

**III****Las mujeres de nuestro tiempo**

Rotas, abiertas y turbias, están

repletas de pecado,

en la redondez de sus formas,

en la luna de sus pechos, llevan

sucias

el estigma de la carne.

Las Mujeres de nuestro tiempo se hicieron a golpes,

a sustos, a encierros.

Monjas, poetisas, prostitutas y marquesas,

las mató la guerra, la horca y la viruela.

Marcadas por el calor de sus vientres,

la profundidad de las entrañas,

la apertura de las piernas inevitables,

la firmeza de los muslos,

la longitud de la lengua,

la cadena del pudor.

La tibieza de *sus* mentes.

Las Mujeres de nuestro tiempo marchan desnudas.

Las Mujeres de nuestro tiempo saben a historia,  
a secreto a lujuria.

Saben a renunciadas,  
saben a tortura.

Las Mujeres de nuestro tiempo saben *de* historia,  
*de* secretos *de* lujuria.

Saben *de* renunciadas,  
saben *de* tortura.

Instruidas en la imitación,  
la voluntad sofocada.

Las Mujeres de nuestro tiempo salen de los sótanos,  
los conventos,  
las cocinas.

Despojadas del pudor medieval  
que las cruces y los santos  
le han tatuado entre las piernas:  
en lo crudo de sus cuerpos,  
en los poros de la lengua.

A las Mujeres de nuestro tiempo no las conoce nadie.  
No las conoce la historia.

No las conocen los libros.

Ocultas en lo en los laboratorios de sus mentes,  
en la sombra íntima de los cajones,  
nadie ha podido todavía divisar sus formas.

Las Mujeres de nuestro tiempo son las Mujeres de  
todos los tiempos.

#### **IV**

##### **La muerta**

En mi cabeza a veces me visita un escenario que me espanta.  
En él estamos tú, yo y la muerte. En él me sostienes la mano  
fría pero la muerta no soy yo. El frío que sientes está hecho de  
metales y jeringas, de pinzas inventadas, de manteles de  
plástico, de olores ácidos a desinfección. A limones. Y lo  
cítrico se me ha impregnado en la nariz y ha comenzado a  
sangrar. Te miro y tú también estás sangrando.

Cuando me hayan vaciado, me habré dado cuenta que por los  
hoyos que me provoqué me entra un escalofrío aterrador. De  
pronto todo el frío que sentíamos los dos en ese cuarto lo  
provocaba yo con el hoyo de faltas que se implantó como un

cáncer en mi barriga. Y entonces ya va a ser demasiado tarde y no podrás volver a quererme ni yo podré hacerlo tampoco. Porque las plantas huérfanas que se asomaban de las grietas de mi cuerpo ultrajado se han marchitado hasta desvanecerse en mis adentros y han quedado expuestas la Crueldad, la Incongruencia y el Desamparo. Los traigo aquí desnudos y ahora ellos serán mis hijos. Y así de abierta como me encuentro, así de vacía y así de árida será imposible que me quiera otra vez. Por ese hoyo se saldrán volando todas las cosas que me gustan, mis tres hijos hambrientos consumirán poco a poco todo lo que tengo y el hoyo se hará cada vez más grande y cada vez más triste, tanto que no habrá en mí ninguna forma de contención.

De ahora en más, siempre vamos a estar tú, yo y la muerte. Los limones me cubrirán de llagas la lengua, no podré amar y no podré cantarte. Tú, yo y la muerte, y aunque la muerta no sea yo, la tendré ahora que llevar de la mano, siempre, por donde sea que me lleves o a donde sea que me escape.

**V****Pastillero**

Cómo me gustaría comprimirla  
en una pastilla azul  
y depositarla  
ácida y efervescente  
en la cueva húmeda debajo de mi lengua.  
Tenerla ahí disolviéndose,  
duradera  
alborotando mis papilas  
porosas y espumosas  
hirvientes  
untándome de gusto y desesperación.  
Tal vez así nos duren más a todos  
los ínfimos instantes de inspiración.  
Si se vendieran y recetaran  
en cápsulas azuladas,  
en frascos transparentes,  
en pastilleros de color.  
Como únicos antídotos

a la rutina,  
a la apatía,  
y al desamor.

## VI

### **Según mis planes**

Te voy a dejar que escales mi cuerpo blando con esa habilidad animal y espeluznante.

Que recorras los montes de mi carne

a besos, a mordidas, con las manos, con la boca, a respiros.

Voy a sentir la humedad que emanan tus pulmones y como retumba redonda en el espacio íntimo y secreto que ha crecido entre tu perfil y mi pecho.

Voy a voltear mi cabeza y la recostaré sobre el colchón desnudo,

mientras centro mi pensamiento en el ritmo del suspiro, en el ruido sutil de tus costillas rozándose con las mías.

Me voy a perder en el techo de ese cuarto y voy a contar los bloques que lo pueblan, los patrones y las formas que se descifran en las arrugas de la madera, y las siluetas que se esconden en la sombra arrinconada de nuestra habitación en

penumbra.

Sin que te des cuenta, sin distraerte.

Entonces ahí,

empapada en la miseria de los dos,

con el aire espeso y sucio de un verano inventado por el calor  
del cuerpo,

cuando más cerca te tenga de mí,

ahí, de acuerdo a mis planes,

ya te habré olvidado.

## **VII**

### **De noche**

Una luna porosa y siniestra hamacaba paciente la enorme  
masa

de agua oscura.

Era tan gruesa y compacta que le hizo pensar en los monstruos  
ciegos que le observaban desde abajo como por una ventana.

Tan espesa que parecía petróleo burbujeante.

Tan negra que se confundía su perímetro con el cielo  
nocturno.

La blancura de su tez se ensombrecía con la profundidad del  
mar. Recordó de pronto el nombre de su hermano ahogado y

buscó en su memoria los residuos de aquel rostro joven. Se preguntó cuántos años tendría si hubiese aprendido a nadar, qué sería de él ahora, ¿le tendría miedo al mar?

## VIII

### Qué solos

Qué solos han de estar los que piensan.  
Los que se preguntan que hay en el fondo del mar.  
Lo que cuestionan los proverbios.  
Los que preguntan ¿por qué sí?, ¿por qué no?  
Los que se aún se maravillan con un *deja-vú*.  
Los que creen en los sueños premonitores ayunados.  
Los que no tienen fotografías de sus padres  
y aún no logran recordar sus rostros.  
Los que se preguntaron por qué cambian la piel las serpientes.  
¿Cuándo lo hacen? ¿Por qué nadie las ve?  
Los que se dieron la tarea de contar sus lunares.  
Los que se obsesionaron con un color y lo ven en todos lados.  
Los que no saben que habrá después de la muerte  
y les da miedo pensar en ella.

Los que lloran con los árboles de jacarandas desplumados,  
con sus flores violetas y vibrantes en el suelo.

Los que lloran también con lo azul del tiempo.

Mientras manejan o caminan se sorprenden

con la ciudad azul y su madrugada,

y lloran porque les gusta tanto

que se entristecen.

Qué solos han de estar los que se acuerdan de repente

que la Tierra se mueve y gira

redonda,

en sí misma.

Los que se pierden y dudan y navegan

en la arbitrariedad de las cosas.

Los que se marean con la inmensidad del mundo

y sienten con el universo el vértigo del infinito.



### 1.2.2 La probabilidad de encontrarnos

*Germán Vázquez Ibáñez*

*(...) en el primer momento tampoco sabía quién era; en mí no había otra cosa que el sentimiento de la existencia en su sencillez primitiva.*

*Marcel Proust, En busca del tiempo perdido*

#### **La probabilidad de encontrarnos**

La probabilidad de encontrarnos era increíblemente mínima y, sin embargo, aquí estamos. Amo las improbabilidades porque demuestran la exactitud de las condiciones para que suceda un evento: es tiempo en catártico albedrío.

Aquí, en tierra salina, somos el experimento de la globalización. Andamos por caminos de otros hasta hacerlos nuestros. Somos ojos que reconocen lo alguna vez ajeno ya por costumbre, ya por necesidad.

Pasamos de pronombre a gentilicio y, finalmente, a Nombre en boca de amigos.

Continuamos adheridos a nuestra nación porque compartimos esa cualidad de extranjeros.

Y entonces sucede.

Vemos que el tiempo se escurre de nuestras manos y las hacemos cuenco para beber los últimos instantes como si nuestra vida se limitara a ellos. Después de todo, este líquido etéreo pareciera ser la clave de la existencia. Bebemos porque nos parece insuficiente el tiempo dado para esta experiencia. Saboreamos porque parte de nosotros reconoce que en la distancia se disuelven prontamente los recuerdos. Decimos que el tiempo camina, corre, incluso que vuela.

Las probabilidades convergen y se disipan porque no cabe espacio para lo material eterno.

Hay quienes viven asidos a su tierra y otros que la guardan en un bolsillo para compartirla. Unos más coleccionan, incluso, una ajena. Observarás los resultados del experimento con las múltiples porciones de tierra intercambiada.

La probabilidad de encontrarnos era increíblemente mínima y, sin embargo, aquí estuvimos. Hay palabras dichas y otras tantas contenidas en risas, lamentos y frustraciones. Hay tierra que escapó de nuestros bolsillos y que el viento pronto trasladará a un lugar lejano, incluso, irrecuperable para la memoria.

Fuimos lanzados a la vorágine del otro mundo y expedidos con igual violencia. Nunca pertenecemos a ese lugar pero conectamos con sus costumbres. Tal vez el experimento funciona por el apasionante golpe con que nuestro cuerpo impacta a otras culturas.

El caudal del tiempo nos arrastró mientras bebíamos de él. Fuimos inconscientes de su fugacidad hasta que sentimos su ausencia y con ello, la ausencia de escuchar frecuentemente nuestras voces.

Ni la más hermosa sonrisa sobrepasa al misticismo de su recuerdo. La mente nos engaña al darnos fragmentos deliciosos, pero incompletos al fin. Olvidamos que su hermosura brotó del fulguroso instante. Mitificamos el recuerdo de este experimento para explicarnos por qué somos diferentes y sobrellevar así la añoranza.

¿Recordamos acaso la primera vez que nos encontramos?  
¿Recordamos el porqué de nuestra amistad?

La probabilidad de encontrarnos era increíblemente mínima y, sin embargo, aquí estaremos, atrapados en un bucle de ilusiones erráticas con anhelos de escapismo. Seremos eso: un futuro añorante jamás consumado.

Por la ventana veo extinguirse la luz de un apartamento cercano y me pregunto si alguien pensó en mí, antes de ir a dormir, así como yo lo hice.

### **No quiero noches interminables**

No quiero noches interminables  
donde el silencio devore al león,  
ni espejos con cara de hombres  
quebradizos,  
con sangre argentaria.  
No quiero nacer con perdices  
anidando en mi boca,  
ni con pies *quercúreos*  
que liquiden manantiales abundantes.  
Desearía la omnipresencia  
o una disipación instantánea del cuerpo.  
Ser la mano y onda en el agua.  
Eco en lo inexplorado.  
Rozar el infinito a través de lo amplificado.

### **Conjetura**

A veces pienso que siento,  
luego siento que pienso  
más allá de lo que quiero.  
A veces pienso que la piedra  
se hace cuerpo y vive  
pesando  
dentro de las entrañas  
de palabras decadentes,  
entre sentires ciegos,  
inaudibles.

### **La pregunta**

Necesidad de callar  
el hambre que devora  
entrañas purpúreas,  
llenas y vacías.  
Ruido de errática latencia  
indubitablemente humano.

**Caída**

Vivo a la espera  
de la caída  
para encontrarme en ella,  
como el vuelo encuentra al ave  
en la vehemente dualidad de la incertidumbre.

**Búscale**

Has encontrado los restos de un yo  
vencido,  
esparcidos entre dispersas palabras  
y confusos recuerdos.

Has encontrado aquellos versos  
donde me buscaba.

Búscale,  
ya dejé de hacerlo.



### 1.2.3 *De pasiones y azabache*

*Alejandro Prudencio Delgado*

#### I

No sé si yo muero en ella  
o ella muere en mí de forma tan lenta  
que mi cuerpo muerto por siempre sentirá el dolor de ahora.  
Me has dejado atado a ti  
con un moño doble  
para no poder salir de tu corazón  
al que me llevaste con tu aroma,  
tus labios formaron una prisión que envolvió mi alma para no  
dejarla nunca,  
te escribo para pedírtela de vuelta,  
pero ella está encantada de habitar en ti.  
Soy un hombre íntegramente imperfecto,  
fui dotado con mi cuerpo para sentir ,  
con mi nariz para oler el perfume de tu alegría al estar conmigo,  
con mi boca para saborear la gloria poco a poco,  
con oídos para escuchar tus suspiros,  
pero casi ciego adentro,

con una mente nebulosa  
que me hizo creer que la lluvia era bella  
impidiendo que viera lo que mis sentidos dictaban.  
Cuando uno de los sentidos falla el amor no existe,  
es tener un durazno frente a ti, pero la boca  
cosida.

## II

Siento como humano,  
no como poeta.  
Sé que tengo hambre por los dolores,  
no por mi madre dividiendo papas.

## III

Cuando los indicadores monetarios bajaron,  
se hizo presente la búsqueda de pechos  
en cualquiera de los bancos importantes:  
el de Hacienda, el de tu papá y el de mi tata, que tiene la vara  
dura para cuando nos desaliñamos.  
Las casas de bolsa se desplomaron,  
qué raro,

creía que las bolsas se rompían, no sabía que se desplomaban,  
ni que se devaluaban, ni que la gente se lanzaba del último piso.

Las caricias invertidas en forma de Cetes se desdibujaron en mi sorbo de café matutino.

La reestructuración de la inocencia, va por buen camino,  
cada vez hay más policías y mejores armados por las calles, las pelotas ya son seguras, el metal es más fuerte que el hule.

Ahí sí, el desplome nos complica a todos,  
una visa no cuesta lo mismo que un tacón, que un traje completo,  
un cheque al portador dice más que un mudo,  
un préstamo es tan blando como mi casero,  
el tiempo es monetario, una moneda es un segundo, una deuda es un ahogo de segundos, por ende los besos no robados me asfixian.

Ven acá y dime que los indicadores han subido para que mis manos bajen,  
al borde del camino, lo recorran y entonces  
pague los intereses por pensarte y no besarte.

#### **IV**

¿Cuántas puñaladas puede soportar un corazón?

Más de siete supongo,

una más dolorosa que la anterior

atravesando de este a oeste, noroeste a sudeste

y midiendo el tiempo con los chorros  
de sangre oxidada.

Un tajo firme del cuchillo de jade lo purifica,  
siete despiadados causan lamentos edificadas,  
una estaca, muerte eterna.

Pero tú, lista hasta en la maldad,  
me lo clavas con alfileres ponzoñosos  
apenas tocando el miocardio,  
causándole un tajo de divino arte,  
sin causa mortífera conocida,  
inundando con tu veneno mi corazón cansado  
de tanto exprimirlo a lágrimas.  
¿Cuántos corazones debo perder para que me perdones?

## V

Tengo un fuego tan ansioso y quebradizo,  
tan lleno de llanto como mi mente de versos,  
tengo un fuego tan ansioso que una caja de cerillos le queda  
pequeña.

Estoy tan lleno de ganas, de cafés, de cigarros, de deseo,  
que en la punta de mi lengua hay más palabras que en el  
diccionario.

Tengo un fuego tan intenso como la distancia indecisa de  
nuestras miradas,

mi soledad acompañada por las musas que bajaste.

Tu mente etérea contrasta con el cuerpo terrestre.

En mis venas y brazos hay más fuego que en un comal  
ardiendo.

En las mejillas del huasteco robé los besos y las caricias  
a raspones

para poder dártelos con un poco de azúcar.

## **VI**

Espero que desandes pronto el camino,

que te veas algún día bajando con los pastores,

con nada más que tu sonrisa de niña guiándote hacia mí.

Espero que hayas guardado un espacio para mí en tu memoria

y que no sientas culpa por mi condena.

Espero que vengas como te fuiste,

que la ternura no te la hayan coartado.

Espero que continúes digna, muy digna.

Que me veas a los ojos y me implores un perdón que no te  
voy a dar,

que cuando me veas, digas, grites la palabra misericordia;

que cuando duermas escuches los gritos que di a tu partida

y que cuando tengas sed, solo quieras las lágrimas  
que una vez te di y rechazaste.

Ahora sólo siento lástima, por fin te veré sufrir, miedo  
repugnante.

Hoy por fin te veré mojados los pantalones.

## VII

Fue sólo un sueño que apagó el chorro de agua fría,  
las bolsas desplomándose en la radio,  
pero no era cierto,  
mi padre anda de vacaciones y mi madre anda de desayuno  
político.

## VIII

Después de que las lágrimas se evaporaron  
y los labios se comprimieron hasta enmudecer mi caminata  
y la tierra se cubrió del vino de la uva rancia  
que los toquidos a tu puerta callaron,  
desde mi llaga abierta hasta tu mejilla hubo tres océanos, jun-  
titos, juntitos,  
donde alguna vez hubo un puente magnánimo que tú rompiste.

Del tamaño de tu boca son los duraznos que corté con mis  
manos espinadas,

mis caricias contrastan con la suavidad de tu frente.

No te beso porque mis labios saben a la hiel de la esponja  
e inclusive tu colonia huele al vinagre que recogí en la ma-  
ñana de primavera.

Quisiera volar como las golondrinas,

mis pies intentan convertirse en alas o por lo menos en una  
barca,

pero siguen siendo solo pies,

curtidos e hinchados pies sobre tú última huella en esta tierra.

No te bastó dejarme aquí,

la cruz en la que me ataste está barnizada en tu perfume,  
en las profundidades busco las últimas lágrimas limpias que  
hayas dejado,

aquellas donde tu rostro todavía se puede ver,

inhalo, exhalo el último instante de viveza que me queda,

mis pies transformados en aletas buscan los pasos de la sirena  
perdida.

Lanzo el último pan a la golondrina ya dormida en el lago.

**IX**

Llorar hasta las pasas, deshidratar los senos,  
ayunar mientras se comulga,  
tirar los besos, los suspiros,  
amar los piropos y los escupitajos,  
desatar a las aves, avistar tierra y verlas dibujando una “v” pre-  
tenciosa,  
y después de haber bajado a los botes,  
sentir la lluvia en nuestros cuerpos;  
mojarnos desde los pies hasta la punta del tabique,  
pero sólo hasta la punta,  
no quiero que te quites las bragas de los ojos,  
mantén la nariz con ese olor a durazno  
y que tus oídos sigan escuchando en los cantos  
de la hiena aullando a los patanes de voz raspada.  
Queda un espacio pequeño en tu vaso, suficiente para un  
trago largo  
y placentero del mejor aguamiel que puedas encontrar,  
llénalo con el jugo de las pasas, no sin antes haberlas secado bien,  
hasta que hayan llorado todo y no les quede lo suficiente  
para el orgasmo de un precoz.

Bébelo por esos labios erosionados con los que besaste  
la cruz que hiciste con el índice y el pulgar.  
Acepta que el cuervo te anda observando,  
respira profundo cuando su pico, cristalino, te perfore el corazón.

**X**

Parida por el orgullo  
y engendrada por la miseria.  
Sueños ficticios y agonía infinita  
muslos calientes que quieren frío  
y calor que escapa del cuerpo en forma de vida  
vida libre e infinita en un manto de arena  
teñida de sangre oscura, putrefacta,  
que arranca pedazos de mi corazón a borbotones,  
que hace olvidar el sufrimiento, las puñaladas, la tristeza,  
el enojo y el rostro de María lleno de luz,  
que amputa mis recuerdos uno a uno  
desangrando el clítoris de mi mente  
y dejando por fin, libre el espíritu.

**XI**

Pensarte, soñarte, abarcar tu recuerdo,  
con los brazos de una madre,  
recorrer el imaginativo hasta que  
de la yugular brote sangre otra vez,  
como fuente de petróleo,  
como acueducto recién construido.  
La muerte debió haberse retrasado,  
seguramente no conoce los relojes,  
ni a los suizos, ni a los ingleses,  
ni a los cuchillos, sin filo,  
ni a las palabras, sin entendimiento.  
Podés hablar con un malparido igual  
que con una niña a la salida de misa, con un militar,  
como se habla con la enfermera de tu madre,  
pero a la mujer, suspirando, a la mujer,  
se le habla con una voz clara y fuerte,  
como bailando con el tono de voz, tango, jazz, danzón.  
Todos los vicios se pueden resumir a solo uno,  
a la tristeza de no tenerte

y al enojo de tenerte después de haber llorado,  
de haberte visto asomando los ojos y la frente ante otro poeta.  
Tu ausencia es tan grande como recitarle a la inocencia  
con lodo,  
y ser retribuido con amor y agua caída.

## **XII**

Como el Sidral Mundet,  
fría, estoica;  
es de destilaciones de amor,  
de aquel veliz donde hicimos todo,  
luego nada y todo a la vez.  
Frutos secos: una pasa seduciendo un cacahuate;  
una princesa volcánica amando hasta el delirio,  
al caracol en pergamino azul,  
del color de la letanía empresarial.  
En sus huevos tenía,  
los sistemas corporativos más sofisticados,  
los usaba rítmicamente contra el sexo de vos.  
Firmabaleíaescribíacorregíatranzaba,  
contratos consorciorales,

haciendo un rollito que le entraba en el huevo otra vez.  
Llegaba a un reino desconocido, era un Neptuno y sus  
hombres fulgurantes con la espada rendían y  
ante el pendejo incauto recitaban  
los tezontles escupidos en tinta putrefacta,  
los colibrís mordidos por labios con pus.  
Heme aquí, el hombre de hasta atrás,  
el de la corbata manchada,  
de salsa borracha,  
limpiando el último peso del saco caído.

### XIII

Hoy por fin te voy a escribir a ti,  
la de Berna,  
viajera del espacio aprisionada en mi realidad,  
afortunadamente,  
con tus mejillas de durazno,  
durazno el cielo,  
durazno el mar,  
durazno el beso que te voy a dar,

durazno que fue de Eva.

Tomarte de la mano,

tropezarte y ganar tus labios,

quitarme las espinas con tu pañuelo

y saciar mi sed con el vino de tus lágrimas dulces.

Te ofrezco lo que me queda de corazón,

no te pido nada a cambio.



## 1.3 Posgrado, egresados, profesores y empleados

### 1.3.1 Antología de poetas menores

*Isaac López Reyna*

¿Dónde está la memoria de los días  
que fueron tuyos en la tierra, y tejieron  
dicha y dolor y fueron para ti el universo?  
El río numerable de los años  
los ha perdido; eres una palabra en un índice.

*A un poeta menor de la antología, J.L. Borges*

Se integran en la presente antología 11 poetas de diferente naturaleza, catalogados para nuestro fin *menores*, tanto por la escasez de su obra como por las cualidades de sus textos. Previo a cada apartado, se ha incluido, para información del lector, una breve semblanza de cada uno.

Acis Lorei

*Compilador*

### **Calipso Losa Reis (1984-)**

Escritor esencialmente de sonetos. La variedad de sus temas dificulta clasificar sus influencias. El soneto *Dragón* fue acreedor de una mención honorífica en el concurso bianual en la provincia de Teruel.

**Dragón**

Monstruo que enfurecido entre las clases

Mata la voz que emiten las escamas

Toda piel en contacto con sus fauces

Muere bajo el imperio de las llamas.

Exilio de la especie destruida

¿serpiente, león o ave malformada?

Repudio de una creación que, en la vida

Se hizo para otro mundo que la nada.

¿Traerás eventualmente la justicia

Al hombre y la mujer abandonados

A la suerte de un hado de caricias

Infames, frías y crudas como alado

demonio? Ojalá que las albricias

no fueran sólo para tu reinado.

**Julio Jara (1961-)**

El seudónimo de Julio Jara (Vicis H.) ha adquirido conocimiento por los dos premios de los que se ha hecho acreedor con su fácilmente reconocible poesía sobre la clase media. El primero en

un segundo lugar en el concurso de Divulgación Científica y Tecnológica de su universidad, por el poemario titulado *Poeta de clase media* (2011); el segundo, un tercer lugar en el mismo concurso por una versión alterna *Poesía de clase media* (2013).

Llueve sobre la ciudad

una calidez sublime que despeina montañas

y parece olvidar los soles que fulminan sueños

de salir a pasear por ahí.

El frío más discreto del mundo

se condensa en percusiones solitarias

que anuncian sombreros de nubes

listos para reverenciar al hombre.

Ni el sabor militar de las calles

ni la avaricia del que no sufre el viento

supieron encontrar mejores compases

para la sinfonía de estos tiempos.

¿Qué medio es el que oculta el conticinio

de los mejores días?

La arena mojada de la estepa

y el tenor desértico de los grillos.

**Acis Lorei (1990-)**

Poeta regiomontano. Su poesía se ha publicado en tres antologías editadas por su universidad. Se incluyen en la presente tres obras hasta ahora inéditas.

**Kaijus en Monterrey**

*A Lautaro Bolaño*

Atiende a mis palabras, José Carlos  
que esto les concierne a ti y al mundo:  
eran los albores de un año  
cuya cuenta ya no figuraba en el calendario.  
Nosotros, como siempre, salimos adelante:  
éramos sobrevivientes.  
Pero sabíamos, o supimos,  
que el Sexto no sería un Sol despejado  
y la mañana en que los Kaijus pisaron Monterrey  
la Sierra Madre dejó atrás su imponencia.  
Nos ataviaron entonces con la armadura de guerra  
porque no había dos mentes más afines  
en todo el Noreste de la República  
y porque sabían

que no había nada mejor que los poetas  
para acabar con los monstruos del hombre.  
Pero la mañana veintiuno de Diciembre del 2666  
la alarma del celular enmudeció, y así  
sólo desperté para un mundo  
que ya no era mundo.

### **Daniel Tempestad (1989-)**

Músico profesional. Su incursión en la poesía se puede rastrear a partir del 2012, año en que escribió la mayoría de su obra. El poema incluido forma parte de una colección inconclusa titulada *Música del fin del mundo*.

Debes ser tú, la angustia de llegada  
que apagas el mañana con tus pasos.  
Debes ser tú, aquel clarín de trazos  
sedientos de sangre hostil a tu espada.  
Claman a voces tu nombre en la calle  
Unos con bombos, otros con injurias.  
Lloran los niños sin padres penurias  
A espera de que tu furia los estalle  
Conquistador, cegador sin cosecha

Llama que incendia los campos de trigo  
Justo profeta de toda su raza  
Te enmendará tu país por la caza  
De la que un pueblo menor fue testigo  
Víctima y blanco de balas y flechas.

**Ani Adonis Mohammed** (محمّد، 1912-1932 سي نود أ ن أ)

Se consideró a sí mismo en vida el último heredero árabe de los jazaros. Su única obra fue el *Nilo celeste*.

(Fragmento)

Entra en el cuarto de las cuarenta y dos puertas  
el ojo de Osiris vigila tus pasos  
mientras los dioses de la ley preguntan  
lo que aterra tu corazón.

Ni tus padres, ni abuelos, ni nadie  
supieron evitar al Hombre  
para que no llegase a la tierra del Amyt,  
para que la ligera Maat no lo inculpe.

Y frente a los colmillos de Anubis  
tus piernas se vuelven arena  
y tu rostro silba como langostas enamoradas  
¡Qué tanto valdría el campo de cañas!  
  
Sales de la última puerta y levantas los ojos  
pero el desierto es más grande que tus pasos.

### **Ángela Pralini (1991-)**

Poeta colombiana.

Hay pétalos púrpuras colgando de tu rostro  
desde que en tus entrañas sembró la eternidad  
semillas gráciles de quimera  
regadas con la estela de la luna

Hay una cascada de sol llorando tu pelo  
que nace del mar del melifluo azar  
inundando cada espacio entre las líneas  
que formulan la ecuación que da vida al Universo

Hay un sabor a moneda vieja en tu sangre,  
la que brota de tus labios reclusos  
al encierro de los sauces  
y al bosque de los instantes olvidados

Hay, aunque no sé ni cómo lo sé,  
una garantía mágica y escabrosa  
que limita al lenguaje a no ser nada  
a no ser que tenga algo que decir

### **Luis de Argot G. (1970-)**

Se encuentra escribiendo el único poema épico conocido sobre el noreste de México. Evidente lector de Góngora y Virgilio, ha confesado su desdén hacia la lírica amorosa y las formas romances. Toda su poesía está estructurada en estrofas que él mismo ha denominado “séptimas reales”.

### **Creación**

Estas que me dictaron, fronterizas  
— o el ingenio ligero de Thalía,  
o la mirada de Santa Lucía —  
palabras conjugadas en la brisa,  
cantan la Creación con una sonrisa,

aspirando la sombra de los sabios  
o el solo movimiento de sus labios.

Todo lo que será, lo que es y ha sido  
ha pasado ante el ojo de los tiempos  
que al crear con palabras monumentos  
donde la flor y el canto hacían memoria  
atiende al hombre, libro desde el nido  
donde la tempestad y hasta el rüido  
de la última página de su historia.

Lo supieron el ciego y el profeta  
cuyo imperio jamás tomó partido  
por ser el mensajero del olvido  
y construyeron su gloria completa  
sobre la vida o de un rey o un guerrero  
que ya siendo el último o el primero  
llegara hasta la boca un poeta.

Como aquel que cruzara el mundo ingente  
en medio del camino de su vida  
impidiendo, por piedad, la partida

de su amada hacia el fondo del abismo  
hallándola en la cima penitente  
contemplando las esperas de frente  
para ir a donde nace el Amor mismo.

Amor con que tocara la locura  
la vida elocuente que portó un hombre  
(no he querido acordarme de su nombre)  
que fuese el sin par de los caballeros  
ya no por su osadía o su figura  
sino por el tesón y ánimo fiero  
que le obsequió el don de la lectura.

Lectura que cultivó la demencia  
que antes en busca de sabiduría  
ignoró que el demonio en aquel día,  
dejando atrás religión, arte y ciencia,  
volcaría su vocación infinita  
en una ejemplar fortuna maldita  
despojando el alma de su inocencia.

Volaría un cuervo encima, en todo caso,  
para guardar esta alma y su miedo  
del triste trajinar, del andar quedo  
que toda vía contiene, todavía  
unida al corazón que late escaso  
al oír al gato en medio de la nada  
que luego se evanesce paso a paso.

Pasos de una persona cuya pena  
es no saber fingir que hay otro medio  
para salvar nuestra vida del tedio  
que trae ser y no ser, o serlo todo:  
ve el lago brillar en la luna llena,  
es cristiano y pagano, de algún modo  
teme a Dios, pero añora su condena.

Aquella que enfrentaron los salvajes  
en las vísceras mismas del realismo  
portando la espada de su cinismo  
ante el tirano errátil del mañana

que no ofrece tregua a ningún viaje  
aunque éste busque el fuego del lenguaje  
o vea la luz detrás de la ventana.

Así, Creación, azul, definitiva,  
eres voz que me guía en el desierto  
y me habla a los ojos de los muertos;  
cesárea de la Mancha e Ilión  
con la frente de los lobos altiva  
eres fuego y el cristal del alma viva  
y el rugido del sol como un león.



### 1.3.2 El ejemplo

*Alma Rosa Palma Reboloso*

#### **Los mares de la conciencia**

Me quedé en absoluta ausencia

Contigo y en ti.

Me perdí entre los mares de la conciencia

Y en dos segundos desaparecí.

Déjame decirte, no es la primera vez

Tampoco creo que sea la última

En que el mundo vuelve a girar al revés.

Me acosté en tu cabello castaño

Tan sólo una noche

Reposé entre tus flores y tu casa

Y me sentí volver a vivir.

Y déjame decirte, esto no es lo que es

Tampoco creo que sea, lo que no debe ser.

Aunque la vida esté girando de nuevo al revés

Fueron ciertas las palabras que te dije

Lo hice por ti y para ti.

Y terminé deshaciéndome en lo que hice.

En tan sólo dos segundos desaparecí  
Pero déjame decirte, que esto parece ser  
Lo que no quería que fuera, pero si lo fue  
Déjame decirte, que la vida está girando  
Hoy, de nuevo, y al revés.

### **Un trago de agua tibia (El ejemplo)**

Lunas desterradas  
Y ambrosías.  
El dolor de los pechos,  
Y un trago de agua tibia.  
Por ejemplo:  
Si el movimiento controla la estadía,  
No me estoy moviendo.  
Un río rojo se aproxima.  
Si el intento de un ejemplo alimenta la suposición,  
No quiero estar suponiendo.  
Suaves roces se percibían.  
Los poros sudorosos.  
Ojos tan verdes, como abiertos.  
Es perfecto.

Dentro del dolor en el pecho.

Un ejemplo:

Si el sueño está rompiendo la armonía.

No estoy soñando.

Algo incierto.

Si el ejemplo se basa en la ironía,

No la quiero.

Suave roce se percibía.

Es un ejemplo.

Una teoría.

### **Fresco frasco frente a la ventana**

Concierto de sombras tibias.

Restregándose contra mis vísceras

Lo lamento, se acabó la tinta.

Debo ir a descubrirme el pecho.

Estoy refrescándome, estoy refrescándome.

Permito que el líquido se seque.

Las ramas se están moviendo en todo lo alto.

Pero yo sólo me preocupo por girar.

Las almohadas me destruyen.

El futuro me acelera impregnándose en mi boca

Lo lamento, se me acabó al risa.

Debo ir a desorientarme frente a la ventana.

Estoy refrescándome, estoy refrescándome.

Estoy permitiendo que la sal se evapore de mí.

Sólo estoy aquí.

Aquí, aquí, aquí.

Yo sólo me preocupo por girar.

### **Insecticida**

Parecen malditos los 70 días

Pasan como un homicidio en cámara lenta

Los árboles, los fantasmas.

Insecticida, Cucarachas Hace algún ayer que renunció a  
la sanidad

Me corté el cabello, con las tijeras de mamá.

Insecticida, Hormigas

Ding dong, el timbre suena en el subsuelo

Martillazos que perforan el cerebro.

Insecticida, Lombrices

Hace algún antier que quiere cumplirse el reglamento

Sí es algo que se disfruta, es porque de verdad estoy mintiendo.

Insecticida, Plagas

Lucen añejos los verbos amables que mencioné alguna vez

Se deshidratan como lengua sedienta

La memoria, los espíritus.

Y no afecta, porque siempre hay olor

Insecticida.

No penetra, porque siempre hay

Hormigas.

### **Hemos llegado a la luna**

Cuánto tardamos

En describir una sola visión,

En el futuro cantamos

Con boca de sangre y salvación.

Quisiéramos ver un poco más,

Un poco más de la luz sobre nosotros.

Cuánto es que va a durar

La melodía dramática y callada

Que imaginamos por las mañanas,

Y en las noches, se deja de escuchar.

Cuando corremos rápido  
Cuesta arriba, y todos los amigos,  
De pronto se van.  
Escribimos cientos de cartas  
Repletas de alegría y horror.  
En el próximo año pensamos,  
Y que tremenda decepción.  
Cuánto tardamos  
En subir hasta el cielo,  
Vamos contando  
Con el tiempo desgarrado y la traición,  
Hemos llegado a la luna  
¡Cuerpo mío!  
Bienvenidos somos todos,  
Ya podemos cantar otra canción.



### 1.3.3 Flores

*Nicolás Picazo Larrañaga*

*Para Lumi*

#### **Año**

Invierno y hielo  
besan las flores; hielan  
prados de anhelo.

Es mariposa  
conjuro de una rima  
volada en prosa.

¡Sol que humedeces  
los muslos estivales,  
furia padeces!

Viento amaranto,  
falenas, hojarasca.

Otoño encanto.

**Luz**

Convierte amor,  
verbo, memoria y gloria  
de un rruiseñor.

Evaporando  
escamas y cascadas;  
siempre nadando.

Bañé tu pelo  
en caceras lucientes:  
sollozo y duelo.

Luz de un secreto.

**Sonámbulas**

De plata lágrima; tu luna hirviente  
de mil agotadas noches quisiera  
mirar. Mil flores de paz verdadera  
sonámbulas rezan: "la verdad miente."

De blancas rosas goces permanentes:  
"Entera robaba la luna aquélla.

Ocultó al hijo ladrona querella  
del alma. Niño: ¡nunca te atormentes!”

Días pesan en pecho divorciado;  
exhalaban las rosas llanto muerto.  
Tiara de espinas en instante ajado.

Luego la luz puede más que el desierto:  
“¡Flores valientes! ¡Llega mi cuidado!  
¡Mi niño vuelve y quedo despierto!”

### **Reyerta**

De pecho cobarde corazón deserta.  
El día es tridente,  
la noche reyerta.

La mente de un niño, la verdad incierta.  
¡La noche regaña,  
nos grita y despierta!

La muerte, la cala. La vida, la senda.  
La luna en la fragua  
del sol y calenda.

El fin que fue fin, fue primero un poema.

¡La vida arrancaba  
de vida a la muerta!

### **Nada**

Nada quedase de mí;  
nada, dolidamente nada.

Viento de prados terrosos  
en diminutas franjas lejanas.

Levitar como una bruma milimétrica y profana.

Ser una pequeña galaxia de gotitas  
que no son nada.

Saber que si me piensas, seré olvido en madrugada.

Saber que si me sientes, sístole vuelta en calma.

Saber que no sabré.

Lo poquísimamente de mí  
fue diligencia de amnesia.

Ningún recuerdo quedó.  
No las gotas, no el silencio;  
no el cristal,  
ni el infinito fugaz  
que fui en aquel momento.

Sentir que no soy nada  
si no siento.

### **Sabes**

Te vas, gota a gota.

Sabes al agua.

Sabes al hambre.

Sabes a sombra.

Vienes en ti;  
te bebo, frágil.

Debo serlo,  
ser gota  
de ti;  
de

nuevo

manantial

desnudo, sacro,

curvo y convexo.

Te sudo,

te siento;

la libertad,

el viento

exhalado

en tu cuerpo.

Te vas.

Te vienes.

Te bebo.

### **Santa**

Te vi en lamento, nos vieron

llorando en un campo blanco;

era la parroquia santa

adonde se eleva el llanto.

Casi no aguanto la pena,  
pena y dolor de perderte;  
mis lágrimas tristes perlas  
que la luna triste vierte.

Tu sombra agita los mares,  
nace vapor de los hielos  
y el perfume de tu aliento  
es incienso de los cielos.

No se sí debo besarte  
tus labios no son de aquí;  
tus labios son de mi tierra  
por ellos yo me perdí.

El tiempo borra caricias;  
son pisadas en la arena.

Sueño inmortal son tus manos, llorona,  
bañadas en luna llena.

Eres latidos y sangre,  
el sentido de mis venas.

Eres el sol de las flores, llorona,  
eterno amor de azucenas.









## CATEGORÍA 2: CUENTO CORTO

## 2.1 Preparatoria

### 2.1.1 Platos de cereal y otras trivialidades

*Sabrina Bonanomi Fernández*

“Nunca me han gustado los Magic Puffs” pensaba, mientras contemplaba su plato de cereal. Sólo él, nada más importaba. Todo parecía irreal mientras masticaba el cereal que su madre había comprado el día anterior para que le sirvieran de desayuno. Paulatinamente los pensamientos de Pepin sobre los Magic Puffs se disolvían para dar lugar a elucubraciones más profundas, más excitantes, más pasionales que un plato de cereal.

Tomó su mochila y salió del apartamento, bajó las escaleras hasta el último piso, todavía meditando en aquello que pensaba. Algunos dirían que aquellos pensamientos no podían pertenecer a los de un niño de 12 años, y en efecto, después de todo, el pequeño Pepin no sentía que esos pensamientos fuesen suyos. No quería perder esa sensación de poder y control, pero sobre todo, no podía dejar de pensar en la paz que le llenaría si sus anhelos se realizaran. Él deseaba más que nada en el mundo, y por primera vez, sentirse potente.

Llegó corriendo al instituto. Se le hacía tarde. Se movía rápidamente escaleras abajo, ya que este año su salón de clases se ubicaría en el sótano del instituto Dickens, en el que había estado desde que salió del jardín de niños. Entró al salón toscamente

y se sorprendió de no ser el último. Después se dio cuenta de que en realidad, muchos niños no llegaban a tiempo en el primer día de clases. Pepin escogió el pupitre más recóndito del salón de clase, alejado de todo alumno que hubiera ocupado ya su lugar. Se sentó y sacó sus útiles.

La señorita Kassel no tardó en llegar, y a su entrada todos los alumnos se levantaron y sacaron a coro un “buenos días Miss Kassel” con voces llenas de monotonía y somnolencia. Pepin volvió a sentarse inmediatamente, recargó su barbilla sobre su mano derecha y se disponía a prestar atención a las palabras de Miss. Kassel.

Lucy Kassel era su maestra preferida, esto debido a que era la más risueña del personal docente del instituto y sabía reconocer los esfuerzos de sus alumnos por sobresalir, especialmente los de Pepin, y cabe mencionar que la materia preferida de Pepin era biología, la materia que daría Miss. Kassel este año a los alumnos de cuarto grado del instituto.

Amaba la biología, le fascinaba ver y comprender las estructuras de los seres vivos. Se asombraba al atrapar insectos y quitarles las patas, e incluso una vez llegó a meter a su pequeño canario al microondas sólo porque tenía curiosidad. Pepin era un amante de la observación y de los pequeños detalles, es por eso, pensaba él, que le encantaba la biología.

Antes de que Lucy Kassel terminara de leer las reglas de la clase, alguien tocó la puerta. —¿Señorita Kassel... aún estoy a tiempo para entrar al aula? —dijo la vocecilla de detrás de la puerta. —Adelante Audra, aunque has llegado siete minutos tarde. Esto no debe repetirse —dijo la señorita Kassel, intentando dar una impresión de intolerancia hacia el incumplimiento de las reglas en el primer día de clase, aunque en verdad gran parte del

protocolo le tenía sin cuidado. Ésta, pensaba Pepin, era una de las razones por las cuales le agradaba Lucy Kassel. Audra entró de la manera más discreta de la que fue capaz y escogió el pupitre delante de Pepin. Éste tuvo que contener la respiración por unos segundos. Audra Reynolds se había sentado frente a él. ¿Acaso había sido coincidencia? No pudo evitar sonreír al notar que aún quedaban otros pupitres vacíos, lo que significaba que Audra había preferido ese lugar a los demás, e incluso se podría pensar que prefería su compañía a la de cualquier otro niño del aula 7 del sótano del instituto. Pepin no pudo evitar sentirse afortunado.

La primera hora de clases, pensó, terminó demasiado pronto. Abrió su mochila y sacó un pequeño papel azul, en el que había apuntado su horario de clase y el número del aula. Su siguiente clase sería matemáticas, que no era precisamente algo ameno para él. Cinco minutos después apareció el profesor Armando, conocido por ser el más estricto de todo el instituto, ya que era también director del área de ciencias y coordinador de conducta estudiantil. A Pepin no le agradaba para nada la idea de tenerlo como maestro. Había algo en él que no le gustaba en lo absoluto, más bien le detestaba. En la mente de un niño de 12 años el odio puede ser algo aún incomprensible, pero él lo conocía muy bien. Lo sintió por primera vez a los 8, cuando su madre y él se mudaron al apartamento de Justino Pennsatucky, aunque a Pepin le gustaba pensar en él como “Aquel maldito cerdo bastardo”.

Este tipo de situaciones eran muy comunes en la década de los 50. Un extranjero era atraído al pueblo por mera curiosidad, se jactaba de tener mucho dinero y después conquistaba a alguna damisela desesperada o viuda, como la madre de Pepin. La pobre doncella se encontraba después manteniendo al foráneo porque éste no sabía hablar bien el idioma y además los shows de twist de la T.V. parecían distraerlo de su miserable vida con aquella fea golfa que tenía por esposa y su hijo bueno para nada.

Todo esto lo había colocado en una ominosa situación, reviviendo ese odio cada vez que se topaba con “aquel maldito cerdo bastardo”, y a su vez, revivía ese odio que le helaba la conciencia cada vez que miraba a su nuevo profesor de matemáticas. Le recordaba demasiado al cerdo. Pepin no se había dado cuenta, pero ya habían transcurrido 15 minutos de clase. Y fue entonces cuando el maestro cometió un error monumental.

—¿Pepi Peverell? —preguntó el profesor. —¿Me darías la respuesta de la pregunta número 7 de tu libro de texto? .

Pepin, que ni siquiera había sacado su libro, estaba totalmente perdido. En aquel instante escuchó una voz cercana que murmuraba “treinta y dos, Pepin...la respuesta es treinta y dos”.

—¿Treinta y dos? —dijo Pepin con voz casi inaudible.

—¿Quiere decir usted, que la raíz cuadrada de nueve es treinta y dos? —exclamó el profesor, y no pudo evitar esbozar una leve sonrisa.

Inmediatamente toda el aula estalló en una sonora carcajada colectiva, incluso Audra no podía parar de reír.

—Es tres, tonto —dijo Audra —Lo vimos el año pasado.

Pepin no respondió, se encontraba totalmente inmóvil en su pupitre, miraba hacia abajo, tratando de ocultar su ira fría y creciente. Las risotadas de Audra Reynolds le martillaban la mente provocándole aún más ira contenida. En ese momento él sólo sabía una cosa, les odiaba a todos, les despreciaba infinitamente. El resto de la clase transcurrió muy lentamente. No se atrevió a decir una sola palabra. Eventualmente escuchaba voces a su alrededor murmurando “¿Treinta y dos?... ¿Treinta y dos?” mientras imitaban su voz temblorosa.

Al sonar la campana salió disparado fuera del aula. La sangre le martillaba las venas. Ardía en cólera, sólo podía pensar en largarse de una maldita vez del endemoniado instituto. Miró su pequeño reloj de correa de cuero negro, apenas daba el mediodía y aún faltaban 3 clases, pero su ira superó en gran parte su moral educativa, y sin pensarlo corrió fuera del instituto.

Llegó al apartamento dando bocanadas de aire. Había hecho todo el trayecto casi sin darse cuenta. La puerta estaba abierta. El cerdo estaba allí. Pepin se sirvió un vaso de agua helada de la jarra que su madre guardaba en el refrigerador y lo bebió casi todo de un sorbo.

—Oye, mocososo, ¿qué diablos haces fuera del instituto a esta hora? —chilló Justino Pennsatucky, sin levantarse del arcaico sofá marrón oscuro que ocupaba la mitad de la sala de estar del apartamento.

Pepin, muy confiado, optó por no responder y pasó al cerdo de largo mientras entraba a la habitación contigua a la sala, que servía de estudio, cuarto de herramientas y almacén de curiosidades inservibles importadas de China que su madre se dispondría a vender en cuanto el tiempo se lo permitiera, para compensar la holgazanería de aquel animal.

Justino, siendo víctima de la simpleza de su embriaguez, no se percató de los movimientos de Pepin. De pronto se escuchó una serie de sonidos estridentes provenientes de la habitación contigua a la sala de estar.

—¡Por todos los demonios del infierno! —gruñó el maldito cerdo bastardo, —no se puede ver la final de twist cuando niños impertinentes y enclenques como tú amenazan con hacer añicos la casa. Yo ya te tomaba por ser un niño retrasado, pero has superado mis expectativas. ¡Felicidades, ahora eres el hijo más idiota

de todas las golfas con las que he salido! —chilló el cerdo, mientras se levantaba con mucho esfuerzo del sofá para disponerse al cuarto de herramientas.

Probablemente en cualquier otra ocasión, el cerdo lo hubiera fundido a patadas, *“pero esta es la última vez que el marrano sale de su corral”* pensó Pepin, mientras lanzaba un destornillador a la cabeza de Justino Pennsatucky. Pepin corrió hacia el destornillador, lo tomó, y comenzó a moler a golpes el cráneo del cerdo, salpicando toda la habitación. El cuerpo de Justino yacía inerte sobre el suelo, pero Pepin no podía detenerse, por primera vez en su vida, lo invadió una sensación de potencia y control absolutos, como si la acción que acababa de llevar a cabo fuese el máximo reflejo de sus instintos.

Unos pasos se escucharon cerca de la puerta.

—¿Hola? —exclamó la madre de Pepin con voz chillona al ver la mochila del instituto en la cocina —¿Pepin?...¿Qué ha pasado?...¿Has salido antes del instituto?.

Pepin, con el destornillador ensangrentado en mano, salió de la habitación y se dirigió lentamente a la cocina. La madre de Pepin soltó un alarido al verlo cubierto de sangre. —¿Qué ha pasado?! ¡Pepin, por favor no lo hagas! ¡¿Qué has hecho?! ... ¡Pepin!...Pepin.

—¿Pepin?, ¿no te gustó el cereal?— preguntó su madre, —No mamá, tú sabes que nunca me ha gustado —exclamó Pepin, mientras tomaba su mochila para ir al instituto en el primer día de clases.



### 2.1.2 *El vecino*

*Jesús Emilio Jurado Martínez*

Las escaleras me parecen infinitamente largas. Dudo. Sigo subiendo. A mi lado, el Sr. Ramírez evita verme. Camina igual que yo, tembloroso, con más disposición a retroceder que a avanzar. Las escaleras se vuelven más empinadas. Quiero calmarme, recordar...

Recuerdo aquel hogar donde vivía; pulcro, con paredes brillantes y pisos relucientes. Silencioso. Situada enfrente está la plaza y su fuente, con sus elaborados adornos de piedra carcomidos por el tiempo. Y el largo corredor verde con los árboles llenos de flores y deliciosos olores en la primavera, debajo de los cuales paseaba por las tardes. Camino un rato; me siento a leer un libro. Más tarde regreso a casa. Recojo el correo debajo de la puerta. La correspondencia: deudas que no puedo saldar. Suspiro. Me voy a la cama. Solo.

Me aferro firmemente al barandal. Las escaleras se volvieron casi verticales, o estoy mareado, no sé. El Sr. Ramírez quiere decir algo, titubea, se contiene. El espacio se vuelve más estrecho. La luz se vuelve aún más tenue. Me detengo. Llega una pregunta: “¿qué pasa?”. No respondo. Doy un paso adelante.

Tocan a la puerta. Le abro a un hombre con vestimenta formal; me saluda con una hipócrita palmada en el hombro. Escucho un discurso hueco; le muestro la casa, mi casa. Él no para de hablar de sus proyectos, pero yo no quiero oír nada. Nos sentamos a discutir el asunto en la sala. No hay nada que discutir, no tengo dinero. El hombre me paga; le entrego las llaves. Salgo. Afuera unos hombres colocan el anuncio sobre la delicada fachada: “PRÓXIMAMENTE HOTEL”.

Busco un lugar donde vivir. Lo encuentro; un edificio viejo, con pintura descascarada, sucio. Toco el timbre, sale el casero. —Mucho gusto, Ramírez. Me dice el precio. Suficiente. Le doy el dinero y me instalo de inmediato, el número 4.

Ya no hay luz. Camino a ciegas, siempre sujeto al barandal. Tropiezo; las escaleras terminaron. Adelante, penumbra. Me volteo; estoy solo. El aire sofocante; me cuesta respirar. Doy un paso atrás. Pienso regresar por donde vine, pero el Sr. Ramírez me cierra el paso. Está cansado, al parecer también tropezó. Me pide ayuda.

En mi habitación encuentro un espejo roto. Mi reflejo se distorsiona de forma grotesca. Lo encierro en el fondo de un armario: no lo quiero ver, no soporto verme así, ahora. No duermo.

El Sr. Ramírez encuentra el interruptor. Los viejos focos incandescentes revelan un pasillo con paredes deslavadas. Al fondo, una puerta. —Este es —dice el Sr. Ramírez. Caminamos lentamente, acercándonos a la puerta.

Salgo a conocer el vecindario. En las calles inmundas de los alrededores, nada que ver; vuelvo al departamento. En las escaleras, me encuentro a un hombre con ojos pálidos, fríos. Me mira fijamente; me congelo. ¿Qué mira? Trato de huir; me detiene su mirada. Se acerca, sujeta algo en su mano.

El hombre se acerca más, abre su mano: son mis llaves. Las tomo. Se vuelve; camina pausadamente hacia la escalera. Sube, quién sabe a dónde. Pienso: seguro me las arrebató al acercarse. ¿Será un ladrón?

Tomo algunas precauciones. Intento salir menos, temo encontrarme con ese hombre. Tengo que comprar agua. Salgo; ahí está de nuevo. Alto, pálido, vestido de forma tan... simple. Como

un maniquí. De nuevo tiene algo en sus manos: mi correspondencia. Me la entrega sin decir una palabra. Da media vuelta y se pierde por el pasillo.

Cada día tengo más miedo. ¿Paranoia? El hombre me devuelve mi cartera, mi sombrero, mi abrigo, mis zapatos, mis lentes... Duermo inquieto; aseguro la puerta. El tipo lo sabe todo.

Usa lentes como los míos, zapatos como los míos, un abrigo como el mío... Encuentro inquietante que su cara cambie; sus rasgos comienzan a asemejarse, horriblemente, a los míos. En todo se parece a mí... Los ojos no, aún no.

El Sr. Ramírez busca las llaves; —Nunca he rentado este, se lo juro. En la puerta solo queda una placa corroída, sin número. Las bisagras están a punto de ceder.

Voy con Ramírez; debo aclarar las cosas. Le digo todo: el extraño trata de robar mi identidad. Él escucha, no dice nada hasta el final. —Nunca he visto a ese hombre. Sensatez: el hombre es un desgraciado que tomó el cuarto quién sabe cómo y se entretiene haciéndome ver como un tonto. Ira: ¿Ramírez me quiere tomar el pelo? ¿Quiere reírse mientras me vuelvo loco con su juego? Incertidumbre: ¿qué sucedería si el hombre...? ¿Mis ojos?

No me atrevo a decirle nada a Ramírez; él me sugiere revisar todos los apartamentos vacíos, más por interés de echar a algún vagabundo que por ayudarme. Visitamos las primeras habitaciones. Nadie. Cada apartamento vacío aumenta mis dudas. ¿Por qué un vago haría esto? ¿Cuál es el propósito de Ramírez al hacerme ver ridículo? Ramírez afirma que no hay más que ver; solo queda la pieza que convirtió en almacén, la que nunca rentó. Insisto en ir, pero me aterra lo que pueda haber, o no haber, en ese cuarto.

¿Ridículo? ¡Ya no importa! ¿Por qué fracasan todos mis esfuerzos para evadir al hombre? Las ventanas y la puerta bloqueadas, nada lo detiene. Unos días antes, entré a mi departamento y sacó del armario ese objeto insoportable, eso que detesto: el espejo.

Ramírez intenta complacerme.

Tomamos las escaleras al último piso; son extremadamente oscuras. Largas. No quiero avanzar, pero lo hago, lo necesito hacer. Trato de razonar, de recapacitar... Trato de ordenar los eventos, de encontrar algún indicio. Trato de recordar los sucesos, de entender lo sucedido. Trato de darle una explicación lógica, ¿cómo el rostro de alguien se puede transformar de esa manera? Trato de culpar a alguien más. Trato de esconder lo que puede ser verdad. Trato de voltear y no ver cuando Ramírez encuentra la llave.

La puerta se abre.

Adentro, alcanzo a ver un brillo familiar, un reflejo. Mis ojos.



### 2.1.3 *La caída*

*Oliver Fernando Raudales López*

Hay veces, pienso yo, que un hombre tiene que aceptar que no es más que eso, un hombre, si no es que menos, pero cuando un hombre llega a pensar, o peor aún, llega a pasar de verdad que un hombre sea más que eso, está más que garantizado que algo, ya sea bueno o malo, va a suceder.

Yo me creía de joven más de lo que fui realmente, pero nunca entendí, o mucho menos cruzó por mi cabeza, que llegaría en un momento a mi punto más alto y desde ese punto, no quedaría nada más que hacer sino caer. Caer... caer y caer, pero siempre tenemos todos el consuelo de saber que en algún momento se habría de tocar el piso. Nadie me advirtió, sin embargo, que sería tan duro el ver el piso acercarse.

Y llevo entonces, si mal no recuerdo, 78 años, 8 meses y 14 días cayendo.

No recuerdo cómo, ni cuándo, ni mucho menos por qué, pero hace ya todo ese tiempo que, literalmente, he caído, por un túnel para ser más específico. No estoy bromeando y no sé si alguien algún día leerá esto, pero mientras escribo, me veo caer por una cueva que parece no tener fin.

Es un lugar mágico, casi irreal, pero la verdad es que es un verdadero hoyo por el cual estoy cayendo y puede que sea muy redundante, pero me gustaría dejar eso claro, que no estoy bromeando. En este túnel por el que caigo, me he encontrado con tantos, a los cuales eventualmente he dejado atrás, si no es que me han dejado. De vez en cuando también aparecen objetos, supongo de “paracaidistas” como yo, quienes dejan sus mochilas abiertas, dejando sin querer sus pertenencias atrás. Tal es el caso de la libreta y de la pluma con las que escribo esto.

Dentro del túnel, puedes ver el sol salir todos los días, pues ilumina por unas horas la entrada, las paredes parecen siempre las mismas y el suelo no es más que una suposición, pues por alguna razón, una vez dentro, parece que nunca puedes ni imaginar salir.

He intentado de todo y sigo sin explicarme cómo es que puedo ver aún la entrada después de tanto tiempo, o por qué se ve esta tan inalcanzable para mí, o en mis días más pesimistas, me pregunto por qué nunca he visto el fin y dónde está (si es que está) el fondo de este pozo.

En algunos momentos el camino es más estrecho y te hace sentir como que te aprieta y te atorras, en otros, es tan amplio que te ves en la nada, solo, abandonado, sin nada qué ver, a excepción de la siempre presente entrada, que se muestra ante uno como una burla. Puedes intentar tomarte de las paredes, pero sirve de poco pues sigues cayendo.

No envejeces, no enfermas, ni te da hambre, ni te da sed. Así de mágico es el túnel, tan cruel y tan inconsciente, tan inerte, tan frío que parece a veces como un sueño y en otras como que no es cierto, pero me temo que ha pasado demasiado tiempo como para creer que estoy dormido y los otros me han confirmado siempre mis sospechas.

Verán, en el túnel es común encontrarse gente, otros cayendo. Recuerdo perfectamente al primer “otro” que conocí, que llegó al año para ser exactos, casi como un regalo de cumpleaños, Víctor se llamaba, un hombre de edad avanzada que decía anhelar la tierra y que le componía canciones y poemas al final de su trayecto, que esperaba, algún día tendría que llegar, no lo culpo claro, porque aunque suene raro, cuando llevas tanto tiempo en el aire, empiezas a soñar con lo que esperas esté al final.

Me he puesto a pensar entonces, durante todo este tiempo, sobre todo realmente, pues el tiempo sobra y el entretenimiento es escaso. He dado tantas vueltas a todo pensamiento, que creo me los he agotado por una vida, pero nunca es suficiente para mí. Me he hecho de mi pasatiempo entonces, buscar en mis caídas libros, de los cuales he leído cientos, de Aristóteles a Juan Rulfo y los he leído todos de principio a fin y me he dedicado a buscar a otros como yo que busquen pasar el tiempo en el eterno bajar.

Aunque las amistades terminan de igual manera y me tengo que despedir en algún momento, me dejo caer un poco más o un poco menos en lo que he experimentado como un verdadero sentimiento de “dejar ir”, en ese instante en el que miras al otro dejar de caer a tu lado, es lento sin embargo y de eso, quedan poco más que días en los que dejas ver al otro, o te dejan ver, cómo piensan que ha terminado una relación.

Es casi romántico y en algunos momentos lo ha sido, pues he encontrado tantas mujeres que comparten mi castigo. Pero siempre terminamos en ese incómodo y triste suceso, en el que tienes que soltar y ver al otro caer a ritmo un poco diferente.

He pasado tanto tiempo aquí que mis escritos divagan y me concentro poco, me siento como dormido, pero no duermo. Me siento como... como si quisiera cerrar mis ojos e imaginar que no ha pasado y me paso días, semanas enteras rogando no haber caído nunca y finjo que no me importa. Lo ignoro, lo evado, hago las paredes desaparecer de mi vista y niego el viento que rodea mi cuerpo, imagino como que tengo hambre y busco comida, imagino como que soy más viejo y sobo mi espalda “cansada” que realmente no siente nada.

Ya estoy desesperado, al borde de la locura y siento, no, no siento, imagino ¿a quién engaño? Solamente imagino, imagino

las manecillas de un reloj, que ya casi pasa y me digo que ya está cerca el final, pero sé que no es cierto, sé que sufro todos los días por ello y sé que no puedo ignorarlo.

Me siento traicionado en este punto de mi vida, si es que se puede llamar vida, me prometieron la muerte, la anhelo, la busco, me ignora. La saludo y voltea su rostro, sigue su camino, acelera su paso, me deja con la mano arriba, humillado. A veces se me queda viendo, como curiosa, como tentativa y me hace pensar que por fin llegaré a abrazarme, pero la descuido por menos que segundos y parece que ya mira a otro, lo hace como un juego y siempre caigo. A veces ríe de mis chistes, le digo: “Éste es el día” y cubre su boca para evitar soltar su burla.

Se ha vuelto mi amiga, mi única compañera, que me acompaña a todos lados, pero nunca me dirige la palabra. Me he enseñado a pensar que es buena escuchando, pero ignora mis gritos. Grito, vaya que he gritado.

Aquí somos inmortales y he conocido a algunos que juraban que tenían que contar sus años en miles, pero no les creía y tapaba mis oídos, perdía mi fe, ellos ya habían creído en todos los dioses y en todos los santos y ninguno les había escuchado, su pesimismo me socava y me deja sin rumbo.

Y el único amor que siento ahora es el platónico delirio de tocar suelo, lo he convertido en mi vida, lo pienso todo el tiempo y se me para el corazón cuando lo pienso, me he enamorado de mi fin y no me corresponde. Pero esta vez, esta vez fue diferente, porque buscándolo entre la inexistente multitud, lo he visto, he visto mi destino, mi última caída y ha sido lo más hermoso que he visto.

Me he caído rendido, por eso escribo este libro, que más que libro, es un relato. Lo escribo, porque sé que caeré y he vuelto a

creer, no me quiero hacer falsas ilusiones, pero ayer soñé con mi parada y dolía, dolía tanto y extraño el dolor, no aquel que se siente en el pecho, que te deshace y desbarata, si no ese dolor que te mata. Que te mata de verdad. Y ahora tengo miedo, porque veo el piso y no lo toco.



## 2.2 Profesional

### 2.2.1 *El sueño de los libres*

*Andrea Berenice Mejía León*

Mi sueño más grande era ser astronauta. Soñaba con volar en la inmensidad del espacio y poder ver al mundo como nunca nadie lo había hecho; solía jugar con mi amigo Joaquín a que construíamos una nave espacial y despegábamos libres al infinito.

Joaquín y yo éramos inseparables, dormíamos en la casa del otro, comíamos dulces hasta reventar y siempre le hacíamos travesuras al gato del vecino, él era mi mejor amigo.

Vivíamos en un lugar poco común, siempre estaba soleado, la gente estaba de buen humor y había un permanente ambiente de cordialidad. Un día salimos como siempre mi amigo y yo a jugar fútbol con una botella que encontramos en la calle, empezó a llover, una alarma sonaba, ese día era extraño; paramos el juego y nos percatamos de que todos corrían a sus casas, corrían con temor en su rostro y pánico en su mirada que dirigían al cielo. De pronto, soldados salían de todas partes.

Estábamos observando toda la escena cuando mi madre llegó muy alterada y nos dijo que entráramos a la casa de inmediato. Al cruzar el umbral nos percatamos que mi padre no paraba de hacer llamadas, preguntamos a mi mamá qué estaba pasando, nos miró con una mezcla de terror y ternura diciendo que todo estaba bien y que sólo se venía una tormenta muy fuerte. En las conversaciones telefónicas de mi padre siempre escuchaba más de cinco veces la palabra invasión y otras tres la palabra guerra, esta última siempre la decía un poco más bajo. En ese momento

no di mucha importancia a lo que decía mi padre por teléfono o a la preocupación de mi madre porque Joaquín y yo siempre estábamos jugando.

Pasamos seis días encerrados en la casa, con protecciones extra. Mi padre era el único que salía. Salía desde temprano y regresaba hasta muy tarde; cuando regresaba siempre tenía en su rostro un gesto de enojo. Me daba cuenta como la preocupación invadía los ojos de mi madre cada día. Antes solía cantar todas las mañanas mientras preparaba el desayuno. Ahora rara vez salía de su cuarto y cuando salía era para asomarse con temor por la ventana y para preparar un sándwich para nosotros. Mi amigo empezó a preguntar por sus padres, realmente los extrañaba. Extrañaba las caricias de su madre sobre su rostro y también extrañaba que su padre lo levantara por los aires cuando llegaba de trabajar. Cuando Joaquín preguntaba por ellos mi madre se sentía ansiosa y le decía que habían salido de viaje y que se tenía que quedar con nosotros más tiempo hasta que ellos regresaran y la tormenta terminara.

Un día mis padres tuvieron que salir de casa. Nos advirtieron que no nos acercamos a las ventanas ni saliéramos a la calle, y si lo hacíamos tendríamos un castigo muy fuerte. Después de hora y media de ver que mis padres no volvían Joaquín y yo decidimos salir a explorar por unos minutos. Sabíamos que no estaba bien pero extrañábamos sentirnos libres, sentir que éramos parte del viento, sentir que el sol bañaba nuestros rostros, sentir la risa de los demás a nuestro alrededor, sentir eso que solo como niños podemos sentir nosotros. Tuvimos que salir por la ventana trasera de la casa porque mis padres habían asegurado las puertas y ventanas del frente. Cuando llegamos a la calle principal, vimos que nos encontrábamos en otra ciudad. En una ciudad desconocida, destruida pero no abandonada, una ciudad roja y también fría,

muy fría. Miramos a nuestro alrededor y ya no era como antes, ya no se podía oler el pan recién horneado de la señora Clara, ni se escuchaba el canto de los jilgueros. Todo había cambiado. Nunca había sentido algo así. La ciudad era triste. La gente dormía en las banquetas, pero estaban heridas. Joaquín me dijo que realmente no estaban dormidas sino muertas. Cuando escuché eso un frío me invadió el cuerpo. Miré el rostro de mi amigo y vi cómo lágrimas salían de sus ojos tristes. Nos fuimos a casa. Nos sentamos y hubo un silencio grande hasta que se escuchó la perrilla. Entraron mis padres y al vernos ahí supieron lo que vimos. Mi madre nos tomó de las manos y nos explicó que había una guerra. Yo no entendía esa palabra. Mi madre dijo que solamente porque éramos diferentes algunas personas creían tener el derecho de tratarnos diferente, también dijo que era algo sin sentido, que todos deberíamos estar unidos, que a final de cuentas todos éramos hermanos.

Al otro día mis padres, Joaquín y yo abandonaríamos nuestra casa buscando un nuevo hogar en otras tierras. Mi madre dijo que era por nuestro bien, que nos íbamos a mudar a otro país donde volveríamos a empezar y sentiríamos de nuevo la libertad de vivir.

Cuando salimos a la calle, justo al dar un paso afuera un misil devastador cayó sobre la casa. Silencio, penumbra y dolor nos invadieron.

Mis padres y Joaquín ahora también duermen. Pero ellos lo hacen una vez al día.

Yo duermo siempre, ahora los puedo vigilar y veo que mi madre tenía razón. Ahora los tres están en otro país, y todo salió bien, ahora son realmente felices, ahora son libres y lo más importante es que ya no existen las diferencias. Todos somos iguales.



### 2.2.2 Querida Ana

*Gisela Celina Rodríguez Hernández*

Querida Ana,

No sé por dónde comenzar. Y realmente tampoco sé para qué te escribo, pero estoy consciente de que tengo que hacerlo. Mis antiguos amigos me preguntan por qué no he ido a la escuela, y yo no les contesto porque la única amiga que necesito eres tú. Quiero escribirte a ti, y sólo a ti. Únicamente tú, sin nadie más como ha venido siendo los últimos años.

Eres la única persona que está conmigo en momentos como éste, la única también, que lo ha estado como ninguna otra durante los últimos años de mi vida. De mi inútil vida. Siempre te he escuchado y he aceptado los castigos que me has puesto por desobediente cuando por mi mente pasa la estúpida idea de desafiarte. De creer que no eres lo mejor para mí. Lo eres, lo sé. Fuiste también la única que me levantó cuando había caído en lo más bajo. Estuviste para abrirme los ojos ante las hipócritas mentiras de los demás. Siempre tú, siempre ahí conmigo, querida Ana.

Entonces por qué no has venido a verme desde que entré al hospital. Por qué no me consolaste cuando me enteré de que te-

nía anemia, me sentí muy mal, muy incapaz, y no me apoyaste. Dijiste que los dolores en mi pecho era tu amor haciéndose un espacio en mi corazón, pero se ha vuelto muy insoportable.

Mi estómago palpita aún más que mi corazón. Arde, y no puedo probar bocado alguno por el asco que tengo todo el tiempo. Y yo sé que estás orgullosa de mí a estas alturas porque he sido fuerte. Entonces, ¿por qué me pides más?, dijiste alguna vez que porque sabes que yo puedo dar aún más, que puedo llegar a ser la perfección personificada, y confías en mí, crees en mí, y te amo más que nunca por eso, pero... por favor, para. No quiero que me mal interpretes Ana, sabes que sin ti yo no sería nada, nadie, pero cada día puedo menos. Y estoy desesperada porque sé que no es suficiente pero algo dentro de mí me incita a detenerme, como aquella vez que decidí cenar sin ti. Oh Dios, después de eso agarré la manía de ir con tu hermana por lo arrepentida que estaba. Gracias por corregirme siempre, a ti y a Mia.

Hace tiempo que no veo a Mia, mis ánimos no me dejan ni llegar al baño. La recuerdo con mucho cariño por haber estado cada vez que me enfadaba contigo por hacerte rabiar. Ella sostenía mi cabello cada que por mi boca salía el pecado. Recuerdo que me la presentaste en una fiesta, junto con algunas más chicas de la facultad cuyas caras ya ni si quiera recuerdo. Pero Mia, cómo olvidarla a ella. Tan esbelta y bella, tan etérea como tú.

Tampoco Mia me ha buscado y quiero saber dónde estás tú. Por qué no te he visto desde hace tiempo. Me estoy desesperando, necesito de ti, de mi amiga. Ya no puedo sentir las curvas de mi cuerpo, y cada que mi mano recorre mi cabeza, un puñado de cabellos se enmarañan en mis dedos. Ya no tengo tanto dinero para comprar las bases de maquillaje que necesito para ser más bonita. No puedo verte reflejada a mi lado en el espejo, no puedo sentirte acariciar mis huesos, ya no te veo exigiéndome ser mejor

cada día. No puedo ver las etiquetas de lo que me dan en este infierno, ¡no sé qué están haciendo conmigo!.

¡Y te juro que no les dije nada sobre ti!, ¡lo juro! ¡POR FAVOR CRÉEME ANA!, no sé cómo lo supusieron pero yo no dije nada sobre ti, ni si quiera tu nombre, y ellos me dijeron que tenía que alejarme de tu lado, ¡JAMÁS! Dicen que me estás haciendo daño pero es porque no ven que tú me levantaste de la mierda en la que estaba estancada gracias a ellos. Tú me miraste cuando nadie más lo hizo ¡Todos me mentían mientras que tú me guiaste con la verdad! Jamás te traicionaría de ninguna manera.

Ana, ayúdame, por favor, una vez más.

Sácame de aquí. Fui mala contigo, no supe valorarte pero, por favor, no quiero que te alejes de mí. No dejes que te alejen de mí. Dime que no me has dejado, que regresarás cuando salga de aquí. Lamento todo lo que te he hecho Ana, quiero remediarlo. Jamás había querido tanto a alguien como te quiero a ti. Todo mi mundo eres tú. Desde que me despierto hasta que trato de dormir. No sé qué sería de mí sin ti, si no te hubiera conocido. No sería nada de lo que soy, no sería nadie en absoluto. El dolor de mi cuerpo no se compara al dolor de perderte. Por favor dime que sigues aquí, conmigo.

Lo he estado pensando, y quiero demostrarte mi lealtad. Volveré a abrir las cortadas de mis brazos, volveré a envolver mis senos entre vendas, volveré a beber agua hasta que mis riñones no puedan más, regresaré con las rutinas de ejercicio, guardaré ayuno, pondré la asquerosa comida que me dan en mi boca y la escupiré en el baño, vomitaré otra vez hasta que de nuevo sea sólo sangre la que esté dentro de mi estómago, dejaré de hablar con los demás, negaré tener todo contacto contigo para que no te digan nada, me pesaré cada mañana y cuidaré rigurosamente

las calorías que ingiero, me dejaré de quejar por las taquicardias nocturnas, así como de las ácidas úlceras dentro de mí, dejaré que mi cabello se caiga sin chistar, y cubriré las marcas de mi piel con lo que encuentre para que nadie vea los moretones y las manchas, no volveré a intentar tomar algo para aliviar mi osteoporosis, jamás dudaré de ti, a pesar de lo que digan los demás, dejaré que me consumas con tu amor. Pero por favor, no dejes de hacerme perfecta, quiero ser perfecta, esbelta y etérea como tú, Ana.

Te ama,

tu princesa.



### *2.2.3 Reyes de reserva*

*Miguel Ángel Jiménez Ortiz*

Nunca pensé estar en medio de una situación similar. La ropa desgarrada, mi moral por los suelos, el sudor me cobijaba, nuestra sangre derramada por todo el tablero. Desubicado por la forma en que tenía que cuidar cada movimiento que hacía contigo, sacrifiqué muchas piezas de mí mismo para mantener este juego a flote. Ya estaba agotado y tú harta de mi habilidosa forma de mantenerme a la defensiva. Por más que buscaba alternativas para evitar más bajas, siempre encontraste la manera de

penetrar mis defensas, esos argumentos que según yo sustentaba fuertemente pero que terminabas destruyendo sin piedad con tu agresiva manera de jugar.

No sé qué más quieres de mí, ni que intentas lograr con tu indiferente y fría mirada. Mis manos ya no quieren cargar esta espada y por otra parte, esas cicatrices no parecen sanar. Pareciera que hasta el aire que exhalan mis pulmones terminara lastimándote y yo por seguir de pie observando tu hermoso rostro, rotundamente me negara a hacer apnea para no caer inconsciente al suelo. —No es intencional... —, susurré entre dientes mientras hacía mi siguiente movimiento.

Pareciera que los segundos se alargaran, la desesperación tomaba control sobre mí pero en cuanto lo notaba rápidamente trataba de tranquilizarme y procedía a respirar este aire frío que por ahora predomina en la atmósfera de esta oscura habitación. Podría jurar que las horas se sienten como meses, que tus palabras se sienten como golpes y que el silencio me ensordece de forma aterradora. Quisiera rendirme, quisiera dejarte ganar esta partida pero el orgullo suele tomarme firmemente del cabello, alzarme el rostro y abofetearme de forma despiadada.

—No sabes jugar —dijiste. Tan solo te observé sin responder nada, te veías tan hermosa y segura, como siempre, que no quise quitarte esa satisfacción de hacerme sentir presionado. Sabías que la ventaja siempre había estado de tu lado, pues mi pieza más valiosa se encontraba jugando en mi contra desde hace tiempo. De alguna manera haces parecer aceptable la forma en que me pides sacrificar piezas importantes de mi juego y yo de ingenuo que lo hago con el fin de evitar que abduques del trono que me he encargado de mantener a tu medida durante todo este tiempo. Los alfiles, mis fieles amigos, permanecen a mi lado dándome un apoyo apenas suficiente para permanecer de pie en esta batalla, pues mis pilares han ido desmoronándose poco a poco y avanzar a voluntad ya no es una opción.

Durante un tiempo me pareció absurda la forma en que te esmerabas tanto para acabar con mis peones, piezas que a pesar de su nobleza en el campo de batalla, nunca debieron ser amenaza para ti. Te perdí un poco de respeto para ser honesto. Arriesgabas de forma brutal piezas importantes de tu juego, rebajaste el porte y la elegancia de tu caballería con el fin de pisotear y dejar sepultada la imagen de la plebe. Confundido con toda la adrenalina que se sentía en esta guerra despiadada, llegaba a resultar excitante la forma en que te ensuciabas las manos por cosas tan insignificantes como un mensaje o una simple mirada.

Sé jugar mejor de lo que crees y quizá hasta sé que sabes jugar mejor que yo. Quizá por eso no quieres a ninguno de mis peones de pie en el tablero, uno que aunque no pueda llenar tu trono, tenga el potencial de cargar tu corona en el mismo juego. Uno que no pretendo hacer llegar al otro lado del tablero con el fin de mantener en calma este reino que te has encargado de decorar con cada batalla, cada memoria, cada gota de sangre derramada a lo largo de este tiempo. Quizá es por eso que aunque me tienes con el filo de tu espada escribiendo “imbécil” a lo largo de mi cuello, no te atreves a dar el “mate” pues ambos sabemos que me aterra el hecho de pensar en reemplazar a mi reina y a ti el hecho de pensar en matar a tu rey, pues eso significaría volver a reacomodar las piezas desde cero nuevamente. No encuentro la forma de dejarte ganar sin otro yo que me reemplace. Sin otro rey que siga jugando esta partida... o más bien, dirigiendo esta masacre.



## 2.3 Posgrado, egresados profesores y empleados

### 2.3.1 Nota Teo-ilógica

*Jorge Luis Flores Hernández*

En el segundo tomo de la *Gran enciclopedia de las cosas que quizás jamás ocurrieron\**, hay un curioso pasaje teológico que vale la pena rescatar.

Un importantísimo congreso de teología celebrado en Ginebra es interrumpido por un viejo monje que entra a la sala blandiendo un papel amarillo y vociferando algo en un dialecto extraño. Uno de los eminentes pensadores en el recinto entiende la lengua<sup>2</sup> y les comunica a sus colegas que el intruso es húngaro, después traduce los airados gritos del anciano quien aseguraba que, después de 15 años en reclusión contemplativa, había encontrado un raciocinio que probaba inapelablemente la existencia de Dios. Los cerebrales catedráticos de inmediato lo juzgaron como loco. No obstante, guiados por su curiosidad intelectual aceptaron leer la sentencia. La breve frase en el papel fue interpretada en voz alta y, ante ésta, todas las mentes en la sala guardaron silencio. Todas se sumergieron en sus vastos conocimientos buscando una escuela de pensamiento, una cita célebre, un argumento sesudo o una síntesis de diferentes posturas que pudiera refutar lo que acababan de escuchar. Al cabo de varios minutos el silencio evidenció la incapacidad general por hallar una falla en el silogismo. Nadie lo dijo pero era claro que todos estaban de acuerdo en que el pensamiento era incuestionablemente perfecto. Usando la más pura lógica cartesiana el monje había probado en una oración lo que parecía estar destinado a ser duda eterna. Ya no había lugar para tal cosa: Dios existe.

Algunos salieron de la sala cabizbajos y seguros de que el resto de sus días carecerían de sentido (pues en efecto ¿qué mérito hay en “creer” en algo de cuya existencia se tiene total certeza?). Los que quedaron en la sala continuaron en un silencio que pasó de reflexivo a inquisitivo. ¿Qué hacer con semejante información? ¿A quién acudir en primer lugar? ¿Sería conveniente alertar de inmediato al Vaticano?

Finalmente, una voz se alzó y opinó que por el momento no debían dar a conocer el papel al mundo, pues si luego se hallaba un error y todo era falso sus carreras estarían acabadas. Era necesario consultar a alguien externo. ¿Pero a quién? Si en una sala donde estaban reunidos los teólogos más conspicuos de Europa no había surgido ninguna apelación, ¿a quién acudir?

Lo cierto es que todos conocían el nombre de aquél que podía revisar la frase pero temían mencionarlo. Se trataba de un hombre cuyas neuronas derramaban sosa cáustica, un intelecto cuyo inclemente análisis desintegraba cualquier idea para estudiarla en sus partículas más básicas. Sólo un veredicto surgido de esta clase de evaluación tendría validez. Se decidió entonces enviar el papel de inmediato al más oscuro crítico del siglo y al deicida por excelencia.

Nietzsche recibió el telegrama cerca de la media noche y su contenido le quitó el sueño. Aunque no creía lo que leía, no confiaba de igual manera en la incredulidad de los otros. Sintió una ligera preocupación y con sus dedos trató de hundirla en la densidad de su filosófico bigote. Respondió: “Urgente. Enviar original y traducción alemán.”

En sólo unas horas recibió el sobre. Al levantarlo estuvo casi seguro de sentir sólo el peso del papel en sus manos y no el de la validación de un dogma de fe. Sacó sin ceremonias ambos pape-

les y primero trató de descifrar los símbolos en el arrugado papel amarillo. De ellos no obtuvo nada. Procedió con el alemán y al pasar la mirada por las letras su bigote se inflamó con satisfacción. El maravilloso idioma de la filosofía (ya nombrado así por Leibniz) llegaba al rescate de la razón una vez más. En alemán la frase carecía totalmente de sentido, “Justo como la religión”, pensó tranquilizado Friedrich mientras redactaba su respuesta al congreso.

En unas semanas todo el episodio se olvidó y el monje regresó a su monasterio. El papel original se perdió junto con la frase y en cuanto a la traducción al alemán... bueno algunos piensan que sufrió la misma suerte, mientras otros sostienen que fue hallado en el bolsillo izquierdo de una gabardina de Nietzsche quien siempre quiso llevarlo cerca del corazón.

También están los que aseguran que todo este pasaje es el resultado de una mala traducción... Sólo Dios sabe.

Notas de las lecturas

Nota Teo-ilógica

\*Editorial Atlántida; Barcelona; 1982.

\*\*No es seguro, pero pienso que se trataba de José Kleutgen.



### 2.3.2 *Don Alberto*

*María Montserrat Juárez Aubry*

A Don Alberto nunca le gustaron las misas. No era lo solemne lo que le molestaba, ni tampoco el extremo opuesto de estrechar la mano de innumerables desconocidos; ni siquiera era el calor. Era la agenda tácita: le molestaba que alguien –con o sin sotana y de brazos abiertos– le dijera qué chingados hacer. Él, en cambio, era un hombre de parroquias distintas, de las que se acompañan con café y canillas; y en las que el limosnero más bien carga una perola de leche hirviendo. De haber tenido el acento, su incesante afición por el tabaco, el dominó y el danzón lo hubiesen hecho pasar por un veracruzano ortodoxo.

Hoy en cambio, sus guayaberas adornan a sus hijos y a algún nieto que, dicen sus deudos, era su favorito; sus memorias, repetidas por sus hermanos a quienes estén dispuestos a escuchar; sus historias (tan fantásticas como inolvidables) relatadas por otros al nieto que nunca le conoció.

Don Alberto no sufrió al dejar atrás su vieja vida, le dijo a su hijo menor que hacía frío, suspiró y se fue. Jamás dejó, sin embargo, de ver por los suyos. De una forma u otra siempre supo hacerse presente y eso sí, cada año sin falta les visitaba de manera casi religiosa: casa por casa, un café, un trago, una partida de dominó.

Su casa había cambiado tanto, las paredes eran las mismas, pero olía a leche y talco de bebé. Mirar a Axel Francisco (bautizado así por las monjas capuchinas) le hacía viajar en el tiempo. Veía a su esposa convertida en madre de nuevo con las manos de su hija. Allí bebió café con ellas sin que se dieran cuenta, saboreó un dulce y les habló al oído. A Axel le revolvió el cabello y le contó las historias que los demás habían olvidado. Al final, sopló sobre él el aire de la vida y le impuso, en secreto, la siesta a las 3 de la tarde.

Por la tarde brindó con su hijo Francisco y se alegró de ver que, a pesar de sus debilidades, era un buen hombre.

Su hijo menor le recibió en la noche, en la casa que una vez fue suya. Esta vez las paredes sí habían cambiado y el ruido ya no era el de la música de la guitarra sino el de una pareja haciéndose vieja. Se sentó a cenar con ellos. Las delicias que durante un año se le antojaban lejanas e imposibles ahora inundaban sus sentidos. Bebió el chocolate con lentitud, escuchó las anécdotas y las noticias más recientes, se puso cómodo, tomó el fresco, les dijo que estaba bien pero con mucha chamba, que se había escapado un ratito para verlos; luego los abrazó y pidió una dirección. También les entregó un pañuelo.

Reconoció la casa por las luces. Ella, su nieta, sabía que odiaba la oscuridad. Brindaron primero con vino tinto (ese que tanto le gustaba) y, entrada la noche, con torito de cacahuete, apelando a la ironía de que la tierra natal de él era la adoptiva de ella, y viceversa. El dominó los acompañó todo el tiempo. Le tomó las manos y le dijo que todavía las tenía de metate. Fumó un cigarro y luego sopló para ahuyentar el humo. Hablaron, jugaron una última partida, prometió volver.

Ella apagó las velas y dejó todo servido. “Por si regresa”. Cerró los ojos y soñó con él —como tantas veces— en una fiesta, abrazándolo, sin que nadie más pudiera verlo. Don Alberto sonrió con sus labios ausentes y se esfumó en la entrada. Volvería el siguiente año. Siempre lo hacía.



### 2.3.3 *Mississippi Blues*

*Carolina Olguín García*

Esta mañana, 30 de abril de 2010, el río Mississippi y una gran área de la costa de Luisiana sufren la amenaza de ser envenenados con petróleo crudo. Revisen los periódicos, si gustan. Este Mississippi no es el mismo que me imaginé bordeando una carretera hace siglos. Ni siquiera sabía si existían tales carreteras. Aquello era un cuerpo de agua, zigzagueante como mi concepto de la vida; en él navegaban barcos que traían a los recién llegados a su nuevo hogar para nunca volver.

Encimada en un mapa, llena de referencias imaginarias y decidida a lo excitante, había yo trazado una ruta hacia Luisiana, Memphis y otros lugares en donde escuchar blues de verdad. Pero antes de ir allá, tuve que hacer una parada en Nashville.

En Nashville —cuyo apelativo “La ciudad de la música country” puede resultar una broma para los incautos de oído— me quedé varada por varios días bajo la lluvia persistente de marzo de 2009, escuchando violines y banjos por todos lados, como si no tuviera origen ni prisa. Comía galletas con chispas de chocolate en una casa en penumbras, bajo una lámpara de luz tenue amarilla en la mesa del desayunador, mientras fumaba y hablaba con una chica que, en aquel momento y hasta la inmóvil eternidad, era mi hermana. Las gotas homeopáticas se habían quedado junto al fregadero, chorreando su líquido café en la bolsa sellada. Iba dispuesta a sanarme.

Una frente a la otra conversamos. Sentimientos de plenitud o vacío eran el tema que tratábamos de comunicarnos; ella intentaba adivinar a través de mi pésimo inglés. Plenitud o vacío eran ideas tridimensionales, embonaban en el cuadro de lo que

intentábamos tocar; mantenían una relación simbiótica, una invisible frontera en la que nos colocábamos durante largas rachas. Tratábamos de explicar el acto de habitar espacios cubiertos con la pátina de nuestras emanaciones. Hablábamos y devorábamos los cigarros, las galletas.

La segunda bolsa de galletas apareció al día siguiente arrugada a los pies del sofá de la sala, junto al enorme gato gris (porque una chica como ella debe tener un gato gordo y gris); ella había comido hasta la última de mis galletas en un arranque de aquellos que le daban por comer cualquier cosa desesperadamente. Pero qué importaban unos pedazos dulces de harina y falso chocolate si yo podía morar unos días más en su casa de media luz, escuchando su piano, su violín y su prodigio de voz, fumándome sus largos y constantes suspiros. Porque debo decir que esa chica suspiraba todo el tiempo. Sus suspiros decían: ah, dónde me coloco, cuándo fue eso, cuánto me hubiera gustado, qué haré este día, dónde viviré el próximo año.

Un día, mientras me llevaba en su carro, supe cuál era la llaga de la que provenía el ansia de su rostro. Habló de un hombre centroamericano que la llevó a vivir a la Argentina y la obligó a abortar su primer embarazo. Aquella pequeña muerte era la gran causa de sus pesares. Yo fui la perfecta desconocida inquilina que por un instante escuchó y lo comprendió todo: las hojas secas de la portada de su primer disco grabado; los porches cubiertos de enredaderas secas en las casas viejas de Nashville, desde donde pude ver las noches lluviosas en las que nada pasaba más que el romper de las gotas en la calle; la brevedad de los días en que la muchacha iba y venía a su trabajo de medio tiempo en un restaurante, movida por la distracción de aquello que la aquejaba; la mesa donde se acumulaban sobres y cartas en las que el abuelo le enviaba unos dólares desde West Virginia para recordarle que la amaba. Todo.

Durante nuestro improvisado viaje rumbo a Knoxville, la dulce chica me aventó en la soledad de un aeropuerto; se portó como cualquiera que te hace un favor sin recordar que el día anterior te dio la vida. Abrí los ojos en uno de esos aeropuertos de las pequeñas ciudades de Estados Unidos, que parecen islas en medio de planas carreteras nocturnas.

Las ciudades cercanas al Mississippi se quedaron esperándome en mi imaginación. Memphis y el Mississippi se escaparon de mi ruta y se diluyeron entre la lluvia y la resignación por el mal servicio de los autobuses estadounidenses. Esos camiones en los que sólo los latinos y afroamericanos, inmigrantes y mochileros viajamos por ahorrarnos unos cuantos dólares.

Tal vez porque el petróleo que amenaza el Mississippi es una realidad tan burda y cruel para la vida orgánica de nuestro planeta, debería hoy sentirme avergonzada de pretender contar un ángulo vaporoso de otra realidad al parecer menos real. El color del blues del delta del Mississippi no es azul, sino negro y lleno de matices tornasolados, como imagino que es el petróleo que está penetrando el río en este instante.









## CATEGORÍA 3: CUENTO LARGO

### 3.1 Preparatoria

#### 3.1.1 *Tu reflejo*

*Jimena Abigail Vidales Zaldivar*

Abres los ojos. Estás acostado en la esquina de una calle, de nuevo. Es demasiado tarde para arrepentirse y quedarte dormido. Eso es lo primero que piensas cada mañana, cada vez que abres esos ojos cansados. Al parecer nadie se preocupó por ti. Tus estadísticas dicen que por cada desmayado en un lugar público, dos de tres se toman la molestia de dejarlo en una esquina de la calle.

Te sientas. Otra vez te duele la cabeza. Piensas que es mejor dormir en la calle, solo, en el frío del invierno, a intentar estar con alguien otra vez.

Te levantas. Hace un día que no comes ni bebes nada. Tienes dos opciones: volver a soñar caminando, sin rumbo, sonámbulo de nuevo; o buscar algo de comer. Caminas tomando las propinas que juntaste mientras dormías, te preguntas si tan mal luciste esa noche.

Vas buscando el desayuno a donde te lleve el instinto. No tienes otra opción más que robarte algo. Intentas fracasando de nuevo. No tienes la experiencia, eres muy obvio al tomar esa manzana, con todo el mundo viéndote mientras empiezas a comerla. El señor que atiende te reclama y le das lo que conseguiste la noche anterior, lo cual es nada, y te reclama más.

No hablas, nunca hablas, has estado tratando de evitarlo desde que escapaste. No quieres hablar. No le contestas y termina armándose una pelea en la que no haces más que esquivar los golpes del vendedor. No huyes porque piensas tomar otra manzana cuando te acabes la que ya tienes. Cuando lo haces, el señor se enoja más.

A razón del tumulto, llegan tres policías y entre ellos te agarran. Acababas de tomar otra manzana que todavía no pruebas cuando te la quitan. Sin quererlo lloras, pues ya no aguantas más, y les pegas resistiéndote a ellos en vano.

Me causas lástima, siendo un chico de mi edad, se ve que tienes hambre. Tomo de mi dinero y se lo doy al vendedor, agarro la más roja y jugosa manzana y corro a alcanzarte.

—¡Esperen! —grito.

—¿Lo conoces? —pregunta la única policía mujer.

Contesto que no y te doy la manzana.

—Toma, la pagué con mi dinero —te digo con una sonrisa.

Te me quedas viendo sorprendido pero por algo más de lo que no me doy cuenta hasta después. Sonrías, tomas la manzana y me agradeces con una sonrisa honesta e inocente.

Por coincidencia, te pareces a un delincuente muy buscado. Y es que llegamos al mundo en el peor momento, cuando está terminando de pudrirse con nosotros en su interior. La crisis económica de estos últimos días fue lo que alborotó lo de las manzanas, para empezar. Se cree que habrá una revolución pronto. Aunque no lo quieran admitir, hay guerras interminables que apenas empiezan y amenazan en todos lados. Sin mencionar la contaminación, inseguridad, desempleo, entre otras cosas.

A pesar de todo eso, tú continúas sonriendo inocentemente, ignorando todas esas problemáticas mundiales. Te encierran con uno de los policías y el inspector. Desde que te la di, no has soltado ni mordido tu manzana.

—¿Te gusta la fruta? —te pregunta el hombre que va de traje. No contestas. —Te ayudaremos, sólo tienes que contestar mis preguntas, ¿okey? No contestas. —Niño, terminemos con esto, ¿quieres?, sólo di algo.

Lo miras sin contestar. Sigues resistiéndote, pero sabes que no durarás mucho.

—¿Cómo te llamas? ¿Sabes español? Do you speak Spanish...? Or English?

El señor se ve desesperado, quizás tiene prisa. Sale un momento y habla con otra persona. Esa otra persona entra, una mujer dulce y joven. Se sienta enfrente de ti, del otro lado de la mesa donde tú estás sentado.

La señora se presenta y luego te pregunta, con cariño y paciencia, por qué no hablas.

—¿Es que no puedes hablar? ¿Te sientes bien? —pregunta. Su voz es dulce, mostraba preocupación por ti y no quieres que eso continúe, así que mueves tu cabeza de arriba abajo para decirle que sí.

Tu primera forma de comunicación sorprende a los que miran por la ventana escondida en la cámara de Gesell. La dulce mujer sonrío.

—Menos mal. ¿Por qué no hablas?, ¿cuál es tu nombre?, ¿o cómo te dicen, para que pueda llamarte así?

Piensas que no debiste haberle contestado nunca, pero ahora es tarde. Recuerdas, con más calma, cómo Sara te había nombrado.

—Zam —es lo único que dices. Sin darte cuenta, les has contestado mil preguntas. Ahora saben que no eres extranjero, ni mudo, ni sordo.

Sientes alguna extraña clase de alivio. Hace demasiado tiempo que no oías tu propia voz, más que en tus pensamientos. Pero sabías que si seguías así, tarde o temprano, ese estrés de antes regresaría.

—Okey, Zam, ¿y tus padres? —pregunta la mujer estando más confiada. Feliz, por poder hacerte hablar, y esperando tu respuesta.

Tú sólo miras fijamente sus ojos claros. No contestas, ni siquiera te mueves. Te ha puesto una pregunta difícil. Después de pensar un poco, subes los brazos para indicarle que simplemente no sabes, lo cual desconcierta a todos.

—¿Estás perdido, Zam? —preguntó más preocupada, y tú vuelves a decirle que sí con la cabeza. —¿Cómo se llaman tus padres? —pregunta para tratar de ayudarte. Agarras confianza desde hace rato, y contestas subiendo los hombros de nuevo —¿O cómo podemos localizarlos? Otra vez la respuesta es la misma.

Desesperado, el hombre de antes, que había escuchado todo con impaciencia, vuelve a entrar en forma brusca y golpea la mesa con la palma de su mano, recargándose en ella mientras grita:

—¡Este chamaco está mintiendo! ¡No ha hecho más que evitar hablar y a todo nos dice que no sabe! ¿Acaso tú le crees?

—Por supuesto que sí —contesta la mujer. Luego salen a hablar fuera del cuarto.

Sabes que no te dejarán ir, y menos después de que hablaste. Sabes que quieren hablar con tus padres. A pesar de no tener recuerdos, eres muy listo, y esas manzanas te despertaron un poco. Sabes que es difícil creer el que no sepas quiénes son tus padres. Sabes que no te creerán y buscarán cómo sacarte otras respuestas. ¡Lástima que no tengas de otra! No puedes usar tu voz de nuevo, lo sabes, o volverá ese estrés de siempre.

Tendrás que recurrir a esa persona otra vez. Y, ahora que lo has decidido, falta la forma de decírselo a los policías. Tu única forma de comunicarte es por gestos y señas. Golpeas la mesa. El primero en voltear y verte es el policía al que le pegaste en la mañana, a quien encargaron vigilarte desde entonces. Con la mano tratas de pedir algo con qué escribir. Después de medio preguntar, y medio entender, el policía se asoma por la puerta y les pide lo que quieres.

—Vamos a ver qué pasa —le dice la mujer al hombre necio, tomando un lápiz y una hoja para regresar al cuarto. —Aquí está, ¿para qué lo quieres? —te pregunta con amabilidad.

—¡Somos detectives, no niños, mujer! —le reclama el hombre, molesto.

Tú, en cuanto tienes tu material, dibujas uno de tus más lejanos recuerdos: un hombre delante de una fuente. No dibujas tan mal, pero, para hacerlo rápido, no haces el mayor esfuerzo.

Al terminar con la fuente detrás del señor, sigues con un par de líneas, y luego otro par perpendiculares. Creas muchos pares así, y luego una rosa de los vientos. Por último, haces pequeños dibujos en cada par de líneas: distintos tipos de flores, figuras, plantas, planetas. Poco a poco fueron entendiendo. Habías dibujado un mapa, y los pequeños dibujos eran los nombres de las calles. Circulas una de ellas y escribes el número cinco volteado

a la inversa. Eso desconcierta a muchos. Te levantas y, guardándote el miedo, caminas hacia el espejo que del otro lado es ventana, dejando que tu dibujo se refleje en él, para que, ahora sí, esté correcto.

—¡Perfecto! Ahí vives, ¿no? ¿Por qué no lo dijiste antes? —dice la mujer. Sólo la ves, tratando de decirle con la mirada, para no tener que esforzarte más.

No quieres regresar allí, pero es tu única opción. Esa persona es la única que te conoce, la única a quien le importas. Suspiras. Tomas la hoja de nuevo, y con gran entusiasmo y esfuerzo, anotas con letra grande y mal formada a causa de tu temblar. “Porque no puedo”, escribes, pero, al terminar, volteas a ver la hoja, y la decepción invade tu alma como si acabaras de beber un veneno ardiente que quemara tu cuerpo de adentro a afuera.

—¿*Sgarfd*? ¿Es un nombre o algo así? —pregunta la señora sin saber tu situación.

Tú sólo te enojas de nuevo contigo mismo. Has vuelto a equivocarte. Regresas a aquello que tanto querías olvidar. El estrés y el enojo vuelven. Incluso unas lágrimas quieren salir. Estás cansado, harto de todo. Golpeas duro la mesa para liberar tu enojo y gritas negando con la cabeza:

—¡*¿am, sgar da ilnetupó!*

Estás desesperado. Nadie te entiende.

—Esto ha de ser una broma —susurra el hombre y la señora lo amenaza con una mirada severa. Empiezas a llorar.

—Tranquilo, te llevaremos a allá —te dice la señora, quien cree entender algo de la situación.

Ya no dices nada, sabes que es imposible que te entiendan, y ya has perdido toda esperanza de que lo hagan. Has rebelado aquello que habías escondido de ti y de los demás. Aunque sabes que es y siempre será imposible engañarte a ti mismo.

Estás atorado. Sin poderte mover. Ni para adelante, ni para atrás. Simplemente no hay regreso al pasado, y no sabes cómo moverte al futuro. Estás atorado. Ahora es imposible arrepentirse. No quieres volver a esos días de sufragio, y desearías quedarte dormido para siempre, de no ser por ese propósito único que has tenido desde que puedes recordar. Tu objetivo en la vida, o, más bien, ese sueño que deseas se haga realidad: saber quién eres.

Es algo que no sabes desde aquella noche cuando despertaste y descubriste que no conocías a nadie, y que nadie te conocía. Pero más importante, que tú sí entiendes a todos, pero nadie entiende tu extraño idioma del que nadie nunca supo definir cuál era.

El auto en el que viajan al lugar donde los guiaste se detiene.

—Hemos llegado —dice el detective. —¿Sí es aquí, Zam?

Tú asientes de nuevo con la cabeza. Lamentablemente sí, allí era. Lo recuerdas bien. En realidad no detestas el lugar, lo que odias es a donde ella te llevará si la encuentras. Y su casa está a la derecha del auto, a unos metros de ti.

Bajan del coche, pero tú eres el último en salir. Sin muchos ánimos, los sigues, y ellos tocan el timbre. Casi de inmediato, se abre la puerta de golpe.

—¿Zam? —pregunta una mujer joven, como de unos 20 años, cabellos lacios y oscuros, mirada fija con ojos color verde sueño. Esos ojos se fijan en ti, y te ven mientras miras al suelo, sintiéndote culpable de su preocupación.

—Sara —le dices sin poder ocultar tu desanimo, recargándote en el coche.

—Oh, Zam, vamos, no estés triste. Ven, entra y dame un abrazo.

Le abrazas y luego ella invita a pasar a los dos policías. Se sientan en la sala, se presentan. Tú sólo observas y escuchas. Todo sigue tal como lo dejaste: los espejos siguen tapados, las manzanas en el frutero, tus exámenes médicos y tus dibujos.

—Lo encontraron robando manzanas en el mercado —comenta el hombre.

—Sí, es su fruta favorita —responde Sara. —Escapó de aquí hace cinco días.

Te sientes culpable, fuiste egoísta al irte sin pensar en cómo se sentirían los demás. Sobre todo ella, quien siempre ha estado contigo desde que te encontró. Nunca supiste cómo comunicarte y ella te enseñó más o menos cómo. Le tocas el hombro para, con signos de sordomudos, decirle lo tanto que lo sientes. Sara entiende y te abraza. Te extrañó mucho, y lo sabes.

Los detectives se despiden tras ver que tú no tienes nada que ver con su criminal buscado, pues Sara les explica todo sobre tu extraña situación y discapacidad, y les da la dirección del centro psiquiátrico donde podían encontrar videos que evidenciaran tu inocencia. Se van, se marchan para olvidarte, y tú sólo deseas no regresar a tu vida de antes, con los estudios y los doctores. Sara es una de ellos, pero una que se interesa en sus pacientes. Sólo a ella le importas, ella se acercó a ti con el objetivo de cuidarte, de ayudarte.

Subes a tu cuarto, pero pasas primero al de Sara, pues ahí hay una fotografía que nunca dejas de mirar cuando ella no te ve, pues sientes que es una señal que te puede decir quién eres.

Toda la casa está llena de espejos, por todas partes, ya que Sara es coleccionista, pero tanto le importas que los ha tapado todos y cada uno de ellos. Ningún reflejo se ve en esa casa. Y es que nunca te han agradado, pues cada vez que te miras en uno, no te ves a ti, ves algo muy diferente. Ves un recuerdo, una extraña existencia, ves a alguien que no conoces, pero que, al mismo tiempo, crees conocer de algún lado. Reencuentras el recuerdo lejano de una existencia, y por eso, cada vez que te fijas en uno y recuerdas, lágrimas resbalan lentamente por tu mejilla sin dejarte saber por qué.

—¡Ay, lo siento! —dice Sara volviendo a tapar en el que ahora te estás viendo. —Destapé éste en la mañana.

No te mueves, no tienes la fuerza para hacerlo, sólo sigues mirando donde hace un momento estaba aquél reflejo desconocido. La última lágrima cae de tu barbilla a la alfombra marrón del suelo. Sales y vas a tu cuarto, tratando de dormir un poco. Sabes que mañana volverán a llevarte al laboratorio. Pero sueñas conmigo, sueñas con la manzana en el mercado y con la fotografía. Ahora sabes quién soy, pero yo todavía no sé quién eres.

Desde nuestro encuentro, no te he vuelto a ver. Ni siquiera vuelvo a pensar en ti. Es más, hasta se me olvida tu existencia. Estoy más preocupada por acabar otro pequeño proyecto. Otra tontería humana. No. Esto no es una tontería. Es arte, es sentimiento. Por lo menos, una tontería hermosa.

Un concurso es la excusa, pero en realidad ya había empezado a escribirlo desde antes. No soy la mejor escritora, simplemente quería expresarme, soñar que algún día alguien sabrá mi nombre y pensará o razonará sobre lo que escriba. E incluso que otros puedan incubar un sueño gracias a las ideas que de alguna forma les llegaron de mí.

Voy a visitar a mi prima, quien trabaja en neuropsicología, y trata diversas enfermedades que impiden la capacidad total del cerebro. Me había platicado de un caso suyo en el que su paciente sufría de afasia expresiva o motora, enfermedad en la que te es imposible hablar con coherencia, que probablemente se había desarrollado durante la infancia, por un golpe, entre los once y 14 años. Pero lo extraño del caso es que la persona no tenía daños cerebrales, ni siquiera restos de algún golpe físico en la cabeza. Su paciente, de alguna forma en la que ella le enseñó a hablar, le dijo que no recordaba nada y que no creía estar enfermo. Además, nadie conoce a esta persona. No recordaba ni siquiera su nombre.

En parte, por eso voy a visitarla. Quiero ver cómo está ella, quiero distraerme un poco de mi trabajo y saber un poco más de esa persona. Llego, la saludo, conversamos un poco, le mando recados, me manda a saludar a mi familia. Realmente me cae bien. Siempre fuimos como amigas a pesar de la gran diferencia de edad. Ella no es tan joven como yo, seguro ha de estar en los veintitantos. Su trabajo está camino a mi casa, por eso pensé en visitarla regresando del colegio.

No me pensaba tardar tanto, pero quería también enseñarle lo que llevaba de mi historia. Con entusiasmo lo acepta, le gusta mucho leer lo que escribo y siempre dice que no lo hago nada mal, a excepción de la mala ortografía que a veces llego a tener cuando me emociono. Claro que lo dice por ser familia, pero también es sincera y me señala mis errores.

Empieza a leer creándose en ella una tierna y linda sonrisa. Ríe un poco quizás por mis obvios errores ortográficos o por el chiste que escribí en la historia. Pasa unos renglones, casi el párrafo, y su dulce sonreír cambia por una cara de confusión y extrañeza.

Todavía no acababa de leer cuando la curiosidad le gana y me pregunta si conozco a Zam.

—¿Zam? —preguntó confundida. —No, ¿quién es? Continúo ignorando su duda, pero me sorprende cuando ella responde:

—Mi paciente, tu historia lo describe a la perfección.

Al inicio, no le creo. Pienso que me está jugando una de sus bromas, pero su mirada me dice lo contrario. Habla con sinceridad, esos ojos de color verde sueño no te mirarían así si te estuviesen mintiendo. Me lleva a donde tú estás y yo todavía me sorprende más al ver que se trata de la persona a quien le regalé una manzana.

—¿Zam?, te presento a Osiris —le dice Sara entrando a su cuarto adornado con miles de dibujos extraños.

Me miras y sonríes. Me reconoces de la foto, y del mercado. Saludas con la mano amistosamente y continuas con tu dibujo. Sin pensar, digo que tu nombre no es Zam. Entonces Sara, más confundida, pregunta si te conocía de antes.

—Es a quien vi hace unos días robando una manzana, sólo eso —le digo a mi prima, quien relaciona todo pensando que escribí mi historia basándome en el ladrón que vi.

—¿Qué son esos dibujos? —pregunto curiosa como siempre. Me contestan que los hiciste tú.

Me percató de que la mayoría son objetos del cuarto, pero invertidos de derecha a izquierda. Se lo digo a Sara.

—Sí —contesta. Hace una extraña inversión, como un espejo.

Tú no hablas, sigues dibujando aunque luego dejas de hacerlo. Susurras:

—Si sabes que mi nombre no es Zam, ¿entonces cuál es?

Se hace un pequeño silencio.

—Ah, sí. Es síntoma de la afasia expresiva que le diagnosticamos. Por culpa de ella, todo lo que diga Zam parecerá no tener sentido, por más simple que sea —dice Sara pensando que también escuché de ti sólo incoherencias.

—¡Eso no es cierto! ¡No sé qué tenga, pero no es eso! Sólo tienen esa prueba... —dices confundíendome más.

—¿Es decir que nadie comprende lo que Zam dice? —pregunto confundida. Sara asiente con la cabeza. —¿Entonces por qué yo sí le entiendo? —continúo, y tanto tú como Sara me voltean a ver.

Al unísono preguntan si puedo entenderte y yo asiento segura de mí misma. Luego Sara pregunta por qué y le contesto que no tengo idea. Me preguntas si conozco tu nombre, pero lo dudo.

—Al menos que sea... —Me quedo con las palabras en la boca. Era una tontería, un sueño imposible de realizar. Tonto pensar que pueda ser cierto.

—¿Quién? —preguntas ilusionado. Sara, entendiendo lo que pensaba, regresa sus ojos a mi historia que todavía sostiene en las manos y te compara con las hojas. Dice su nombre, dice tu nombre, leyéndolo con tono dudoso desde mis hojas de papel. Tragas saliva, has logrado recordar un poco de tu pasado, pero ahora tienes miedo.

El silencio inunda la habitación y sólo volteas a ver los dibujos.

—¿Y si dibujo al revés porque soy un reflejo? ¿Y si es cierto que es una enfermedad? ¿Y si estoy soñando o es una ilusión? ¿Por qué puedes entenderme? ¿Por qué Sara leyó mi nombre desde

unas hojas que no son mías? ¿Por qué sólo contigo siento esa sensación extraña? Quiero regresar de donde sea que he venido, pero es imposible volver al pasado, ¿verdad?, ¿qué debo hacer?

Te miro con lástima y felicidad al mismo tiempo. Avanzo hacia donde estás y te abrazo. Realmente no puedo definir cómo fue, pero pienso que era como abrazarse a uno mismo.

—Si estoy en lo correcto, eres un personaje de la historia que estoy escribiendo —te digo.

—Es una tontería, Osiris. Es imposible —me dice Sara sin creerlo.

—Entonces explica que sólo yo le entienda y que nadie más lo haga —le digo.

—¿Y si es cierto, cómo llegué aquí? —preguntaste.

—Pues... Porque así lo escribió Dios, el destino, quizás. No lo sé —te digo, pero contestas que es una locura.

A Sara se le ocurre leer en voz alta mi historia. Tú te quedas viendo el papel que ella sostiene.

—Para, por favor, te creo, les creo. Esa fue mi vida pero no tengo idea de cómo regresar a ella.

Inmediatamente le traduzco a Sara quien luego te dice:

—Hay que buscar entonces una manera de regresarte a donde perteneces.

Después de un largo silencio se me ocurre una idea y hacemos un plan. Continúo entonces con mi historia pero en una hoja en blanco donde inicio desde lo que recuerdas. Escribo lo que hiciste desde que llegaste y continúo la historia más allá del presente. Termino y confiando en que lo que escribí pasará, seguimos con nuestro plan.

Vamos a la casa de Sara, claro que le hablo a mis padres para decirles con quien estoy. Sin perder tiempo entramos. El camino se había hecho muy largo al pasar por las toneladas de autos en el tráfico, pero, ya estando en su casa, destapamos uno de los más grandes de sus espejos. Es el tallado en madera, el favorito de Sara.

—¿Y si no sale cómo dices? —preguntas con voz temblorosa.

—Claro que saldrá —contesto tratando de creer en ello.

—Pero no podré regresar a como era antes, viviré obsesionado con la idea de ser parte de una historia. No quiero pensar en eso. Quiero recordar toda mi vida y regresar al antes de venir a este mundo donde sólo obtuve sufrimiento. —¿Olvidaré lo que viví aquí? —me dices asustado, temiendo por saber estando allá la verdad; temiendo que te crean loco y que te encierren con un psicólogo de nuevo.

—Te confesaré algo que no quise decirte antes. Escribí que, cuando llegues allá, no olvidarás lo que viviste aquí, pero sí recordarás tu vida. En algún momento te darás cuenta de que estás terminando de leer algo, pensarás que eso que leíste es sólo una historia y te quedarás con esa idea siempre, o quizás no, depende de qué elijas. Pero nunca podrás comprobar si fue o no cierto que estuviste en este mundo, sólo pensarás que fue parte de tu imaginación al leer lo que escribí. Cambiaré algunas cosas de tus gustos y de tu personalidad para que no parezca que eres el mismo personaje y quizás hasta te cambie la edad, no lo sé. Haré que otro personaje sea el escritor de esa historia y haré que de alguna u otra manera, haya llegado a ti por coincidencia. Pero quiero que tengas en cuenta que tanto pudo ser real como pudo no serlo. Claro, si es que funciona, lo cual rezo que pase. Ahora, ve.

Sin mirar atrás volteas al frente. Sin temor te miras al espejo y lo que yo veo es más bien lo que no alcancé a ver, pues no encuentro más que mi figura reflejada. Observas a la nada dentro del cristal, me pregunto si verás lo mismo que yo. Suspiras decidido y acercas al vidrio tu dedo índice izquierdo, pensando quizás que no pasaría nada; pero en cuanto lo tocas, desapareces.

—Seguramente también hay un escritor narrando nuestra historia, ¿no crees Sara? —le digo a mi prima quien observa atónita el espacio vacío que dejaste aquí—. Por eso confiaba en que el plan funcionaría. Finalmente, ese escritor, *Zam* y yo somos prácticamente una misma existencia. UN REFLEJO, me digo a mi misma observando que, en el cristal, se halla tu sonrisa inocente al darte la manzana.



### 3.1.2 Jack, el niño engrapadora

*Jun Obana Sameshima*

—¡Déjenme ir! , Por favor no me golpeen más, tengan piedad, yo solo quería volar —dijo Jack, pero bueno permítanme empezar desde el principio. Sé que probablemente ya están pensando en cerrar esta pestaña de este libro electrónico, pero ¡esperen! Créanme, no rompí la cuarta barrera simplemente para contar esta historia. ¡Empezamos!

Fecha actual:

15 de febrero 2014, Ciudad San Guerrero de la Cruz.

—¡Jack! Se nos está haciendo tarde para la escuela — dijo la mamá de Jack, mientras se colocaba el cinturón de seguridad.

—Ya voy mamá —respondió Jack, con el mismo tono de voz de siempre.

Jack en realidad era un niño con múltiples problemas de salud, lo que causaba que muchos de los otros niños no quisieran jugar con él ya que su aspecto era algo fuera de lo común. También tenía un problema en los dientes. Ningún método de frenos funcionaba, lo que tuvo por consecuencia tener que usar un aparato toda su vida para no perder sus dientes y peor aún, el sobrenombre de “Jack el niño engrapadora”

—¡Miren chicos! Ahí viene Jack la engrapadora, —dijo Louis al verlo pasar.

Mientras unos murmuraban —dicen que cuando se le acaban las grapas tiene que ir a la papelería porque si no, se le salen los dientes.

Estos niños enfadosos sí que molestaban. Si yo hubiera estado en esas situaciones, no hubiera podido haber pasado ni un día en la vida de Jack. No obstante esto no le molestaba ni en un mínimo a Jack, de hecho siempre que él veía la oportunidad de salvarse de una broma pesada, diciéndola él primero, lo hacía. Ya que él siempre decía “La vida es más dulce cuando la aprendes a vivir, con todo y sus imperfecciones”, un niño bastante sabio.

—¡Señor Jack Word despierte, que estamos en clase! —dijo la maestra Eva con el tono que todos los niños de la secundaria odiaban.

—Oh lo siento mucho maestra Eva, es que no pude dormir bien ayer en la noche. —dijo Jack.

Pues ni tampoco hoy, ya que usted se quedará de 3 a 4 de la tarde para repasar lo no visto en clase, ya que al parecer le encantó el tema.

—Está bien maestra...sigamos con la clase de español —dijo Jack

—Señor Jack —dijo la maestra

—¿Sí maestra? —preguntó Jack

—Estamos en clase de matemáticas —dijo, con una voz cortante.

—Lo siento maestra —respondió Jack

En esa misma tarde Jack, mientras estaba disfrutando de su merienda, Louis y sus amigos fueron a molestarlo como lo habían hecho toda su vida, pero esta vez algo peor pasó. Uno de los pasatiempos favoritos de Jack era dibujar. Él siempre tenía una enorme imaginación, desde hermosas estructuras hasta ideas que

nunca nadie imaginaría como paredes y techos hechos de pescados, usando los pescados muertos de los ríos contaminados de Arabia Saudita.

—¡Miren el niño Jack, está jugando a ser artista como la niña que es!, —dijo Louis.

—No soy ninguna niña Louis, deja de molestarme. Toma mi dinero y vete ya —dijo Jack

—Ahora la niña se está poniendo ruda, ¿no lo creen amigos? —dijo Louis mientras rayaba y destrozaba todos los dibujos que Jack había hecho con tanto esfuerzo. —Veremos si vuelves a responderme de esa manera, —dijo Louis, mientras tomaban a Jack por la espalda, causando fuertes golpes a su estómago, dejándolo inconsciente y muy mal herido. Tuvo que ser llevado al hospital.

Al salir de su estancia, Jack se dió cuenta de que una persona le había dejado una nota, que decía “¡Recupérate pronto Jack!”. Al preguntar Jack de la procedencia de ese recado, su mamá le dijo que una niña que también había sido atendida lo vio llegar y que muy amablemente se ofreció para ayudar.

Dos años después del incidente Jack fue transferido a una escuela en donde supuestamente no habría ningún tipo de brabucón que le quitara su dinero o que lo golpeará, ya que era una escuela religiosa y todos eran muy amigables. Jack, en verdad tenía serios problemas de autoestima, por lo sucedido en su antigua escuela, pero él nunca se hubiera imaginado que en alguna parte del mundo se encontraría a alguien tan, pero tan parecida y diferente al mismo tiempo a él. Era como juntar la mitad de una manzana con la mitad de una pera, tienen buen sabor juntas, y las dos son mitades, pero también su sabor y textura no son las mismas lo que las hace complementar una a la otra.

Su nombre era Valeria, su familia venía de muy lejos, cerca de España. Ella era una fanática de la música tanto como del hip-hop como de los géneros más clásicos. La primera vez que se conocieron fue entrando a clase de matemáticas, una mañana de abril. Era el primer día de clases en donde todos los nuevos alumnos se tenían que presentar para que los conocieran, decir qué les gusta y muchas otras cosas. Cuando llegó el turno de Valeria, Jack quedó sorprendentemente asombrado por las grandes semejanzas que tenían él y ella. Claro estaba que algo entre estos dos personajes tenía que ocurrir. Sí, se hicieron muy buenos amigos, llegando al punto en el que Jack le decía mamá a la mamá de Valeria y viceversa.

—¡Jack! ya es hora de cenar —dijo su mamá.

—Ya casi terminamos, sólo nos falta una hoja del proyecto y terminamos, —dijo Jack. Que en verdad Valeria y Jack se habían quedado jugando a los artistas. Un juego en donde te ponías una máscara e interpretabas al personaje que quisieras ser. En una de esas muchas veces cuando Jack se puso la máscara, él no dijo nada, simplemente se quedó sonriendo mirando a los ojos a Valeria y ella preguntó: —¿Jack estás bien? —con mucha duda en su voz.

—Estoy mejor que nunca —dijo Jack.

—¿Seguro?, es que es tu turno y no haces nada, simplemente te me quedas mirando fijamente a los ojos sonriendo sin hacer...—dijo Valeria mientras fue interrumpida por Jack.

—Hoy yo quiero ser feliz, y sólo seré feliz contigo a mi lado —respondió Jack.

Bueno, todos creerían que Valeria le dijo que sí, se hicieron novios y todo quedó perfecto, pero eso no es lo que pasó, la res-

puesta fue otra. Ella comenzó a llorar, haciendo pensar a Jack que era algo como un sí, pero era todo lo opuesto a esa respuesta.

—Tengo una enfermedad, que me quitará la vida exactamente en 6 días y hoy te quería contar sobre esto antes de partir, Jack en verdad te amo tanto como tú me amas, pero tú tienes tantas cosas que vivir, tantos lugares a donde ir, tantos atardeceres que ver, incluso tantas chicas que conquistar, pero mi camino acaba aquí Jack, siento mucho que yo ya no pueda estar para tu cumpleaños pero te hice un regalo que dejé en la mesa de tu cocina, espero que me perdones, —dijo Valeria entre llantos.

La cara de Jack se llenó de lágrimas al escuchar esta noticia y los dos se abrazaron muy fuerte porque las probabilidades de que volvieran a verse serían escasas.

Tres días después Valeria entró a cirugía y lamentablemente fallece durante la operación. Semanas pasaron y Jack no podía volver a ser el mismo. Jack ya no dibujaba, ya no reía, simplemente repetía esta frase una y otra vez: “¿y si la sigo?”, ella me debe de estar esperando en el cielo, pensaba Jack una y otra vez. Él muy decidido tomó sus cosas en busca de un suicidio que pensó mientras tomaba desayuno. Jack usaría las pastillas para el estrés que su mamá siempre tomaba a causa de sus dolores de cabeza, y así caería en un sueño tan profundo que nunca volvería en sí. Lo primero que hizo fue buscar en el cajón que su madre tenía donde guardaba todas las medicinas. El frasco no estaba, pero algo sí se encontraba en el cajón, era una caja de tamaño mediano en cuya tapadera decía: “Para mi mejor amigo Jack, el que siempre me cuidó”. Al abrir esta caja Jack sacó de ella una engrapadora, y también una carta escrita por su mismísima amiga Valeria y decía:

Para mi querido amigo Jack:

Siento nunca haberte contado de mis problemas médicos y de todo eso, siento que no podamos estar más tiempo juntos y probablemente para este momento yo ya me haya ido a un lugar mejor, donde te estaré esperando. Nunca pensé que en tan poco tiempo lograríamos tan enorme amistad y que serías tan importante para mí. Descuida Jack, los amigos siempre son para estar, siempre estaré contigo, así como tú llegaste a mi corazón y tuviste toda mi confianza, espero haber llegado al tuyo, siempre estaré muy adentro de tu corazón. La primera vez que te vi no fue esa mañana en ese salón de clases, sino ese día en el hospital, cuando fuiste golpeado por ese chico Louis, no fue nada agradable de su parte. Ese mismo día yo había sido atendida por haberme desmayado repentinamente en mi escuela, ese día cuando me detectaron la enfermedad que posiblemente ya me haya quitado la vida para este momento. No te olvides de vivir Jack la engrapadora, tu sobrenombre es más que solo un sobrenombre.

La vida puede ser representada por una engrapadora mi querido amigo, probablemente te preguntaras ¿cómo?, pues mira, existen muchísimos tipos de engrapadoras, tantos como de personas, todas tienen un propósito de ser, cada una de ellas puede cambiar el color de las grapas, así como las emociones de una persona, y por último, cuando juegas con una engrapadora, se descompone. Es lo que pasa con la vida, cuando en una vida solo juegas y no la aprendes a vivir se descompone. Créeme amigo mío que tú me has enseñado a vivir y me hiciste pasar los mejores años de mi vida, tú que aún sigues con vida, disfruta tu vida, gózala, quíerela, vívela y lo más importante, cuídala mucho, que sólo se vive una vez.

Tu compañera y fiel amiga

Valeria

La tristeza de Jack cambió por felicidad, los llantos se volvieron risas y hasta se apodó él mismo “Jack la engrapadora” en honor a su amiga Valeria, que aunque no estaba ahí con él siempre cuidaba de su fiel amigo “Jack la engrapadora”.



### 3.1.3 Naranjas

*Alejandra González Vargas*

Avanzan con la puesta del sol. Unas doscientas personas suben el monte, al frente los cinco hermanos que acaban de perder a su hermana y juntos cargan un féretro de madera con rosas talladas a los lados. Detrás de ellos, un hombre de cabello, tez y ojos oscuros los sigue. Nadie camina a su lado. Tras él, el resto de los habitantes de Are.

El trayecto al panteón no es muy largo, pero tarda, porque la multitud viene cargando mesas, velas, comida, flores. Las mujeres cargan niños que lloran, pero no por la pérdida, sino porque hace calor, el sol les da en los ojos, no quieren subir al panteón porque los chicos mayores dicen que es un lugar de miedo.

Es la primera vez en muchos años que se celebra Día de Muertos en el panteón. Normalmente se alzan los altares en la plaza, donde es fácil vigilar a los niños. Ahí no se tiene que bajar por el monte a plena luz de la luna, no hay que andar al pendiente por si sale el coyote. Siendo distinta esta ocasión, algunos de los adultos traen armas, por si acaso, y los niños vienen recitando: no te alejes, no te escondas.

Are no da mucho en cuanto a agricultura; los naranjos del panteón son la excepción. Dan fruto todo el año y atraen el poco turismo que se recibe. Cuando pasean los turistas entre ellos, algún guía les cuenta: “dicen que las naranjas que caen al suelo del panteón alimentan a las almas mientras esperan la llegada del banquete de Día de Muertos”.

Conforme la procesión alcanza la cima, los recibe el aroma de los naranjos, cálido y acogedor. Se mezcla con el de las flores de cempasúchil y, a la puesta del sol, los colores y aromas se fu-

sionan para crear la entrada a otro mundo, el rincón del pueblo donde ser vivo es ser visita.

Empiezan por el funeral. La gente toma sombra entre los naranjos y se acomoda alrededor del espacio que esta mañana se ha cavado. Un sacerdote pasa a hablar al centro. El viento acarrea su voz, tan queda y tímida sin el eco de la capilla, a centenares de oídos. Termina de hablar y el féretro desciende.

Los cinco hermanos sostienen ramos de cempasúchil en las manos. Pasan de uno en uno a acomodarlos sobre el féretro. Murmuran, tonos bajos como el del padre, y las lágrimas atropellan cada sílaba, pero todos escuchan. Los cinco dicen, cuentan, explican: *Rosa, eras... fuiste...* Ahora hablan de ella en pasado, tal vez porque la Rosa viva ya no es. Pero ésa es sólo una parte de ella, la parte que descansa dentro de un féretro cerrado porque su marido no quiere que lo abran. Ella entiende por qué. Le pusieron un vestido blanco, de cuello cuadrado, de esos que nunca vistió.

La parte de Rosa que aún es, la que no está viva pero sí está, los observa. Su hermano menor, el que más la quiso de los cinco, recuenta las cosas buenas que ella hizo. Él apenas tiene trece años y su voz aún es dulce. Se tarda en enumerarlas, son más de las que Rosa esperaba; hace mucho que no piensa en sí misma como una buena persona.

Los otros hermanos lloran a su lado y parecen sinceros. El mayor hace unos cinco años que vive en la Ciudad de México. Trabaja en una empresa americana, habla inglés y todo. Los dos que le siguen estuvieron en el ejército durante la Revolución. Ambos salieron lisiados, pero vivos, aunque ella ahora muerta se percibe más viva que cualquiera de ellos dos.

Ella fue la cuarta en nacer, la única mujer. Después de ella, el penúltimo, quien actualmente vive en Veracruz. Trabaja en algo de comercio, hace muchísimo que no habla con él. El menor es el que aún vive en Are, aunque de seguro también se irá, más ahora que no tiene qué lo motive a quedarse.

Le da gusto verlos a todos juntos. Le encantaría pararse junto a ellos, comparar estaturas y reírse porque nunca fue muy alta. Ahora sólo observa y nadie la ve, ni a ella ni a la Rosa muerta que descansa en los confines de la tumba que están terminando sellar. Entonces el resto de la gente comienza a parlotear, acomoda sus altares y sus conversaciones pasean entre lápidas y naranjas. Ella camina entre ellos sin dificultad, y aunque el ambiente es engentado, ella se siente sola. Hay miles de tumbas aquí. ¿Será que los demás muertos sí están aquí, pero ella no los puede ver?, ¿esto es morir?, ¿soledad?. Se pregunta quién vendrá por ella. ¿La catrina?, ¿Dios? Tal vez nadie.

El sol se ha terminado de poner y su luz es reemplazada por la de veladoras. Varias tienen fragancia, y el aroma nocturno es tibio y dulce. Papel picado rodea los altares: morado, rosa mexicano, naranja, blanco, y sobre ellos hay flores, fotografías, comida y dulces. Los niños corren entre las lápidas mientras sus madres los siguen con miradas fijas. Rosa sigue a su marido con una similar.

Él se mueve poco. Su postura, impecable como siempre, crea una sombra alargada sobre el altar que los hermanos están armando. Él tiene una fotografía de ella en la mano. Es vieja, del día de su boda. Está cumpliendo con apariencias, pues ¿cómo no estarse inmóvil cuando la pareja ha muerto?

El día de su boda fue de las últimas veces que Rosa vistió cuellos cuadrados y manga corta. Traía el cabello muy bien recogido, algo que también se volvió esporádico con el tiempo, y

sonreía. Ya no recuerda si era genuina o no. Si alguna vez estuvo enamorada, bien sabe que hace tiempo que no lo está. La última vez que le preguntó si la amaba, hace ya mucho tiempo, él contestó que sí. Mentía.

El féretro está cerrado porque ella lleva puesto un vestido con cuello cuadrado y la sangre coagulada de un golpe tosco aún se distingue extendiéndose desde su pecho hasta su hombro izquierdo, una mancha morada tornándose negra. Él la vistió. Él la acomodó en el féretro, solo, y lo cerró. Nadie lo abrió.

No tiene ánimo para estar enojada. Éste es el inicio de *para siempre*, a menos que la muerte sólo sea una etapa más antes de ir a lo que sigue. No está segura. Tal vez aún no llega lo interesante porque lleva menos de un día muerta. Tal vez ella es una excepción por haber muerto un 2 de noviembre.

Deja de observarlo. El trato fue *hasta que la muerte nos separe*. Si bien muchas cosas los separaron desde antes, aquí se fija la brecha y eso está bien. Pasea entre los otros altares despidiéndose en silencio de la gente que realmente la quiso. Hombres y mujeres que la educaron de alguna forma, que influyeron en su vida después de que sus padres murieran. Aunque ella apenas tenía diecisiete años cuando murieron, los tres mayores ya habían pasado los veinte. Ellos se hicieron cargo de los menores, en teoría, y ahí comenzó la distancia, cuando mamá y papá ya no estaban para poner orden. No tenían tíos ni tías, sólo un par de abuelas seniles.

Era más fácil fingir que todo estaba bien. Ser la única mujer en una casa con cinco hombres la llevó a salir mucho. Hizo más amistades y creó su rutina, una vida, y creció. Luego creyó estar enamorada y se casó. Su marido se quedó con buena parte de su orgullo, su dignidad y una fracción considerable de la propiedad familiar. Ahora que ella ha muerto, algo ha de estar por sumarse a lo que él le ha robado.

Es molesto que sus distracciones regresen a él. Trata de concentrarse más en lo que captan sus sentidos y menos en sus recuerdos, pero la situación empeora. Pasa cerca de un grupo, tres parejas conversando entre sí, y alcanza a escuchar: —Dicen que ella le estaba poniendo el cuerno y él se enteró. Alguien la escuchó gritar anoche. Probablemente rogó por que la perdonara antes de que la culpa la llevara al suicidio.

No debería molestarla. Está muerta, ya no importa qué dicen los demás. Pero mientras más camina más lo escucha. El rumor está en pie: la escucharon gritar anoche. Su marido no muestra pánico, pero ella lo percibe. Siente náuseas al acercarse a él. Él reacomoda la fotografía sobre el altar, con un gesto solicita espacio. *No quiero hablar*, está diciendo. *No voy a hablar*, es lo que ha de estar pensando. Reacomoda la fotografía una vez más. La observa, atento, y luego voltea de golpe. Toma una naranja caída y la deja junto a la fotografía. Mira hacia otro lado y ya no vuelve la mirada.

El gesto significa nada, son sólo apariencias, pero ella quisiera pensar que él se arrepiente. Que la extraña. Quiere que su corazón se retuerza de culpa cada vez que escuche a alguien murmurar blasfemias de ella. Que le duela recordarla, pensar en el sonido de su voz, ver su rostro en alguna expresión particular de sus hermanos. Quiere herirlo. Quiere que él no pueda usar esas camisas ridículas que tanto le gustan, que siempre lleva con el cuello más abierto de lo que se acostumbra. Quiere que él también se tenga que acomodar y reacomodar en las noches porque no encuentra cómo dormir sin que le duelan las heridas. Que su voz se apague y su mente se cierre y sus manos tiemblen cada vez que abre la puerta de la casa.

Una mano en su hombro la aterroriza. ¿Quién puede tocarla?

—Estás delgadísima —le dice su madre. —Qué envidia, morir así.

Un nudo en la garganta. Algodón entre sus oídos. Su corazón se acelera. Mamá tiene cabello castaño, largo y muy maltratado. Sus ojos son grandes y redondos, con líneas a los lados por sonreír y por fruncir el ceño, y tiene los labios delgados de Rosa y la nariz pequeña que sólo su hermano menor alcanzó a heredar.

—Debo irme pronto —dice su madre, le toca la cara, sonrío un poco. —Sólo te quería dar un consejo. Las naranjas son para nosotros y podemos hacer lo que queramos con ellas.

Se acerca al altar con su nombre, alzado junto al de Rosa. Toma una naranja entre sus dedos, como si tuvieran una forma tangible. Nadie se da cuenta. Comienza a pelarla con calma, la acerca a su rostro e inhala despacio.

—Me llevaré un par. Hace mucho que no las pruebo —sonríe como lo hacía, pícara. —Nos vemos más tarde. Disfruta la comida, linda.

Ahora su madre ya no está.

Lo único que escucha dentro de su mente es eso último: *disfruta la comida, linda*. Linda. La palabra linda, un sobrenombre que hace casi diez años no escuchaba. Asocia muchas cosas a la voz de su madre, frases de consejo, de autoridad, de consuelo, y siente que estas palabras son todas las categorías en una.

—*Disfruta la comida, linda* —dijo.

Se acerca a la naranja que le dejó su esposo. Es como todas las otras pero deja de serlo cuando ella la toca. Se torna verde y luego negra, el aroma a putrefacción la obliga a toser y voltear la mirada. Se deshace entre sus dedos y cae al suelo. Su hermano mayor resbala en ella. Exclama, sorprendido. Recupera el equilibrio y arruga la nariz, porque un segundo antes estaba parado

ahí y el aroma era otro. Por otro lado, el esposo de Rosa voltea a ver qué sucede. Nota la podredumbre en el suelo y el espacio vacío junto a la fotografía de Rosa. Su tez oscura palidece.

—Alguien limpie eso —murmura.

Se hace a un lado, pero mira hacia abajo de nuevo. El hermano mayor se limpia la suela del zapato contra el césped, murmurando para sí mismo, mientras que el hombre con piel cada vez más pálida lo mira.

—¡Limpiesen eso! —dice, gruñe, y los hermanos restantes voltean a mirarlo.

Rosa preferiría que no le hicieran caso, pero ahí van. No se llevan de maravilla con él, pero es el hombre que cuidó de su hermanita todo este tiempo, hay que ser pacientes, que Dios todo lo ve. Se pregunta cómo es que ella es la muerta y su esposo el vivo, cuando se supone que Dios todo lo ve.

Mientras observa las servilletas ennegrecidas que caen, una a una, en una bolsa de basura, le entra curiosidad. Eso era su naranja. ¿Por qué su madre pudo llevarse la otra intacta?

Una oportunidad nueva aparece al siguiente minuto, cuando su hermano menor deja una naranja en el mismo sitio, junto a su fotografía.

—Se supone que a los muertos les saben diferente —él dice mientras la acomoda. —Luego me platicas qué tal.

Rosa se entenece. Cuando él voltea, aunque duda brevemente, la toma. No se pudre, no pasa nada, aunque le parece que se vuelve más fragante. Se encoge de hombros y la deja en el altar, pensando que debería probar suerte tomando una directa-

mente de los árboles. No avanza ni un paso: su hermanito regresa corriendo y la toma entre manos, le arranca apenas un trozo de cáscara y le hunde los dientes. Suspira, aunque hay pánico en su rostro. Traga, comienza a decir *perdón, Rosa...* pero no termina porque continúa comiendo.

La imagen la perturba. Más aún cuando llega uno de los mayores, se le ve la intención de regañarlo, decir el *ya te vi* que los menores se saben de memoria. Pero apenas abre la boca, le arrebató la naranja al pequeño y la muerde, con todo y la cáscara que queda por removerse. No se le ve asco en la cara, a pesar de que las cáscaras no son manjar. Mastica y traga y vuelve a morder, y cuando el menor quiere tomarla de vuelta, el mayor alza el brazo, como si la naranjita mutilada fuera un trofeo, fuera del alcance de otros.

Su marido se acerca, entonces, y fulmina a los dos con una mirada. Escupe: —Compórtense, respeten. Y para terminar el acto, toma una naranja de una rama cercana y la acomoda justo al lado de la fotografía. La mano le tiembla al soltarla. Con cada paso que toma para alejarse, voltea a ver si sigue ahí.

En unos momentos, ya no está ahí. Ella la toma entre sus dedos y observa cómo oscurece, pero no deja que se desintegre y en lugar de ello la reacomoda junto a su fotografía. Está aguada por dentro. Al momento en que su marido la muerde, el jugo negro cae por su barbilla, y aunque sus ojos muestran repulsión, sus dedos son ágiles para deslizar hasta la última gota hacia su boca. Ella lo mira, atónita, asqueada. Ríe y corre a tomar otra. Las mujeres que la criticaron manchan sus vestidos coloridos de negro, sus maridos se tapan la nariz con una mano y sostienen naranjas negras con la otra. Los niños, que en su mayoría siempre la trataron bien, disfrutaban de color vibrante y aroma dulce.

El caos es cómico. Tal vez no debería serlo. En sus alrededores ve un reflejo de su vida, las risotadas que fingió soltar cuando tragaba el veneno de estar casada con un demonio. Le da risa que en este momento ellos comprenden sin comprender. Los adultos ven a sus hijos comer las naranjas más bellas que han visto y mueren de envidia, pero tragan veneno y no pueden dejar de hacerlo, y ríen aunque están a punto de vomitar.

No toca más naranjas y la cacofonía se vuelve un silencio infinitamente más ensordecedor. Entonces pasa una ráfaga de viento que apaga todas las veladoras y el aroma de putrefacción invade el ambiente. El tiempo se detiene con una erupción de pánico y luego reanuda su curso. Centenares de pies golpean en suelo, compiten por llegar primero a la base del monte, a casa, a un vaso de agua, a algún lugar lejos de la tierra que es fértil todo el año.

Rosa queda sola con su madre, que hace bailar las ramas de los árboles con brisas suaves, hasta que los últimos rastros de podredumbre quedan sobre el suelo y no entre las hojas. Voltea a verla, molesta, y le entrega una naranja, —Es la última —dice como si la regañara por haberse comido muchas golosinas. —Ya sabrás qué haces con ella.

No se pudre al tacto. Quiere agradecer, sólo eso, no disculparse, la culpa vendrá después, pero su madre de nuevo no está. Baja por la cuesta del monte a la luz de una luna que trata de incitarla a retroceder la marcha.

Murió dentro de la recámara donde él ahora duerme. Quiere que él muera con una marca como la que le dejó a ella, pero se conforma con verlo levantarse, ver el horror remarcado en los contornos de su rostro cuando ve la esfera negruzca y desinflada que descansa sobre la mesilla de noche. Sale de la recámara

cuando comprueba que no queda nada vivo dentro de ese maldito espacio, pensando en cuán seductora puede ser la muerte.

Al hombre de cabello oscuro lo encuentran a la mañana siguiente, con los ojos cerrados y la tez pálida. Quedan restos de algo rancio y pegajoso entre sus dedos y sobre sus labios. No se consigue quién le organice un funeral. *Pero si es que el día de muertos ya pasó. Una disculpa, ¿le parece si vamos mañana? Mis papás no pueden salir, se sienten mal. Cómo lo siento, en verdad, pero usted entenderá.*

Sus padres lo entierran en un jardincillo en las afueras del pueblo, a plena luz de mediodía, sólo ellos dos, un sacerdote de voz queda que extraña el eco de la capilla y un hombre de músculo al que le pagaron por cavar en la tierra seca.



## 3.2 Profesional

### 3.2.1 *Realidad en juego*

*Carlos Daniel González Silva*

Y ahí estaba él, mirando por la ventana del aula, ignorando la clase del profesor Adrián Castillo como si ni siquiera estuviera enfrente dando cátedra, odiando al mundo con un estratosférico desdén y una gigantesca intolerancia, como solía hacerlo.

—Señor Valencia, veo que está muy interesado en mi clase, ¿me haría favor de repetir lo dicho hace unos segundos?, dijo el profesor Castillo con un tono gris y frío.

—Acorde con Dante Alighieri en su obra maestra, la Divina Comedia, los lugares más oscuros en el infierno están reservados para aquellos que mantienen su neutralidad en tiempos de crisis moral —replicó Zacarías Valencia, sin titubeo ni duda alguna, en tono de perfección, sin tan siquiera voltear a ver a su maestro.

Zacarías Valencia, una persona fría, o incluso un tanto cruel me atrevería a decir. Personalidad reformadora, intensa y difícil de entender, con una visión extremista.

—Correcto, señor Valencia, Dante pensaba que era peor un individuo que se quedaba con los brazos cruzados pudiendo hacer algo, que una persona que ocasionaba el mal en sí.

Sonó el timbre de salida del colegio, y Zacarías, con el más pequeño de los ánimos, se dirigió a casa. Lo seguí sólo por diversión. Fue ese el momento cuando una de sus compañeras acudió a él llorando. Comenzaron a hablar sobre el predicamento de la jovencita. Yo escuchaba atentamente y fue ahí cuando llegaron al punto cumbre.

—Zac, ¿no entiendo cómo pudo hacerme algo como esto! Dijo que me amaba, ¿por qué me engañaría con una perdida como ella? Dime Zac, ¿qué hay de malo en mí? —preguntó la joven mujer llorando a chorros, quizás no era el tipo de preguntas que Zac debiera contestar.

—Tu estupidez quizás, se te fue advertido múltiples veces por tus amigos que ese individuo no te convenía y no te traería bien alguno. Sabías que él es un mujeriego y que esto sucedería. Sabías que te trataría mal, por lo tanto buscabas el sufrimiento, lo que se llama masoquismo. ¿Por qué no eres feliz si por fin alcanzaste lo que buscabas? —replicó Zac.

—¿Cómo puedes decir eso?! ¡Claro que no sabía que esto sucedería! ¡Él era diferente! ¿Por qué eres tan cruel?

Cruel, directo o sincero significaban lo mismo para Zac, aunque en el fondo de su ser lamentaba haber dañado los sentimientos de aquella jovencita y más aún por verla salir corriendo desesperadamente, tropezar en medio de la calle y caer en un charco. Un vestido manchado.

Zac era un prodigio, fue varias veces adelantado de año. Cursaba su tercera carrera obligado por sus padres, quienes creían que debía convivir con personas de su edad. Nada lograba divertir a Zac por más de un día, todo lo inimaginable él ya lo había imaginado. Azar del destino que sucediera lo que siguió en su historia.

—¡Ayuda! ¡Por favor, alguien ayúdeme! —gritaba con desesperación una joven que estaba siendo asaltada por un hombre vestido de negro.

Zac corrió y atacó al asaltante. El resultado obtenido fue un Zac herido de bala, un ladrón detenido por la policía, la cual

llegó poco después, y una jovencita asustada viendo cómo se iba la ambulancia con el cuerpo de nuestro protagonista. Hubiera sido todo tan diferente si hubiera muerto después de eso, pero no, decidí darle una oportunidad, se veía divertido.

Decidí hacer acto de presencia física y presentarme. Al abrir sus ojos, lo primero que Zac vio fue mi linda guadaña nueva, que no he podido estrenar. Casi se le salen los ojos, debí grabarlo. Debí pensar que estaba muerto o algo porque no soltaba ni una palabra.

—¡Hola! Me llamo Bás, mucho gusto Zac.

—¿Qui-quién eres? —dijo Zac titubeando, más pálido no podría estar.

—Soy un empleado de la naturaleza. En este momento tú deberías estar muerto ¿sabes? Pero vine a ofrecerte un trato.

—¿Por qué no me dejaste morir?

—Shh, respeta a tus mayores y no interrumpas. Esa bala te debió haber asesinado, fue muy valiente de tu parte, debo admitirlo. Eres divertido Zac, veo que piensas diferente a los demás, quiero ofrecerte la oportunidad de vivir en tu mundo perfecto.

—Estás demente, aléjate de mí o llamo a la policía.

El niño sabía lo que estaba sucediendo, se quería hacer el cuerdo, hilarante, era la primera vez que lo veía asustado. Para probarle quién era yo simplemente hice marchitar unas flores que estaban junto a él y les regresé la vida, pan comido.

—Está bien, eres un demente, un demente que tiene poderes. ¿Qué quieres de mí?

—Una historia, sólo eso. Quiero permitirte vivir en la realidad que tanto anhelas, mientras vives también en esta realidad. Al final del juego, digo, al final de todo, elegirás la realidad que desees, tu realidad “perfecta” o este sucio mundo.

—Y ¿cómo se supone que harás eso? —preguntó Zac un poco más tranquilo.

¿Para qué explicarle si simplemente lo podía mandar a su realidad deseada de inmediato?

### **Día uno: realidad perfecta**

—¡Señor Valencia, señor Valencia! ¿Qué siente en este momento, que descubrió la cura para una enfermedad tan mortífera como el cáncer?

Así es, nuestro pequeño adolescente había descubierto la cura al cáncer, lo odio. Los reporteros lo tenían rodeado. Zac veía a las cámaras desconcertado, no tardó en darse cuenta de lo que estaba sucediendo.

—¿En serio encontré la cura del cáncer? —preguntó de manera estúpida, raro de él.

—Ehh, por supuesto. Su esfuerzo y dedicación han salvado las vidas de incontables personas. ¿Qué siente al respecto?

—Bueno, creo que es una enorme satisfacción la que siento porque ya nunca más estaremos arrinconados en la habitación de la desesperación esperando a que Bás, digo, la muerte, venga por nosotros, es un milagro que podamos decir con una sonrisa en el rostro “existe la cura al cáncer”.

Aplausos y aplausos siguieron a la entrevista. El joven agotado volvió a su hogar, usando su auto de lujo, por supuesto. Qué

sorpresa y qué sonrisa tan más grande se llevó Zac al ver las calles sin un sólo rastro de basura, sin una reja en alguna casa, basureiros de reciclaje, gente usando la bicicleta, impresionante.

Así es, la realidad perfecta de Zac era una utopía un poco “perfeccionista”. No había inseguridad, no había contaminación, todo automóvil era eléctrico o híbrido, la gente amable y trabajadora. Sin duda muy diferente a su realidad donde había sido baleado. Llegó a su hogar y todo era normal, unas cuántas diferencias pero nada impactante, sin embargo, todas las luces se encontraban apagadas.

—¡Sorpresa!

Guau, es seguro que alguien como Zac no se esperaría esto. De vez en cuando siento lástima por él, ¿qué se sentirá no sorprenderte con prácticamente nada? Quizás debí dejarlo morir.

—¿Qué sucede? —dijo Zac intentando fingir sorpresa.

—Felicidades hijo, has logrado otra cosa que te has propuesto y estamos muy orgullosos de ti, una vez más cambiaste al mundo, no podríamos estar más contentos.

Ya era de noche, veamos qué piensa mi querido conejillo de indias sobre su día.

—Hola Zac, ¿gozando de la realidad perfecta?

—Guau. Bás, ¡esto es increíble! En realidad es un mundo perfecto, es todo lo que había deseado siempre, desde pequeño creí... creí que jamás vería esto suceder.

—Santo cielo, desde pequeño estabas tan ajetreado. Explícame algo, ¿por qué odias tanto tu realidad?

—Una mejor pregunta sería ¿por qué no? Bás, hay demasiada maldad en el mundo. Vas caminando por la calle y ves gente tirando basura, gente pateando perros o lastimando aves, vas al colegio y ves gente desaprovechando oportunidades obtenidas y talentos obsequiados sólo pensando en ellos mismos y en su adorado dios “alcohol”. Ves el noticiero y te enteras de que un señor de 40 años violó a su hijo de 8. Gente buena que ha perdido todo por culpa de otros. Gente mala que ha ganado todo a costa de otros. Odio mi realidad porque no hay justicia, no se le da lo que se merece a nadie, ni a los buenos ni a los malos.

—Te torturas demasiado para la edad que cargas. Eres diferente. Pero bueno, debes estar agotado, descansa, mañana será otro día. Buenas noches.

### **Día uno: realidad imperfecta**

Volvimos a su mundo. Zac captó rápidamente lo que sucedía al despertar en el hospital, sus seres queridos se encontraban ahí, muy preocupados por la salud de su familiar. Bla-bla-bla, lo que sigue no tiene importancia alguna, pasemos a lo importante.

—Zac, hay alguien que quiere verte y está esperando afuera, te dejaremos para que saludes.

Sus familiares salieron de la habitación mientras Zac esperaba por su misteriosa visita. Una hermosa mujercita, de tez blanca, delgada y un tanto chaparra se asomó a la puerta.

—Bu-buenos días —dijo la jovencita nerviosa y apenada.

—Buenos días, disculpa pero no sé quién eres, mi familia no me quiso decir.

—Emm, ¿recuerdas a la persona que salvaste del asaltante? Esa era yo, me llamo Helena, Helena Caballero, el ladrón me

quería quitar algo muypreciado para mí, este collar me lo dio mi madre, es lo único que tengo de ella, sé que no vale tanto como tu vida pero estoy eternamente agradecida por esto y no sé cómo pagártelo, si hay algo que pueda hacer, con mucho gusto lo haré.-dijo la jovencita soltando un poco de lágrimas, qué incómodo debe haber sido esto para Zac.

—No te preocupes, no me debes nada, yo lo hacía por justicia, no para recibir algo.

—Por favor, lo que sea, necesito pagártelo de alguna forma. Te lo suplico.

—Helena, está bien, déjalo así, con tu visita es más que suficiente.

—¡Ya sé! Al menos déjame invitarte un café, es lo menos que puedo hacer, ¿por favor?

Terminó aceptando la oferta del café, Helena insistió bastante, creo que lo mareó. Dieron de alta a Zac. ¿Cómo es posible que se recuperara tan rápido y lo dejaran irse sin más después de recibir un ataque mortífero? Está bien, fui yo.

Quedaron de verse en un café por el centro, uno muy bonito diría yo. Ahí se encontraba Zac esperando a la lindura del collar. Los ojos de Zacarías Valencia jamás habían estado tan grandes como cuando vio a Helena llegar a ese café, estaba radiante, quedó pasmado.

—Ho-hola Helena, sí viniste, ¿cómo te encuentras?

No creí verlo actuar tan estúpidamente jamás, estoy sorprendido.

—Hola Zacarías, ¡claro que vine! Yo te invité después de todo. Yo me encuentro bien, ¿qué hay de ti?, ¿cómo es posible que te dieran de alta hoy?, ¿no es eso imposible?

—Por favor llámame Zac, y tú sabes, milagros jeje, ¿qué te parece si entramos?

Tuvieron una tarde-noche tan linda, será divertido molestarlo más tarde. Helena es adorable, está estudiando medicina, le apasiona el teatro y le encanta cantar, también hace deporte, además de que es muy agradable, creo que alguien se sacó la lotería. Se despidieron y hasta quedaron en salir al día siguiente. Zac la acompañó a su casa y se dirigió a la suya propia, con mi compañía por supuesto, lo sé, soy un acosador.

—¡Uh! Veo que alguien se divirtió bastante hoy.-le dije para molestarlo.

—Cállate ya, sólo lo hice porque ella no dejaba de molestar.

—Claro, y por eso aceptaste una segunda cita, ¿cierto?

—Lo hice por obligación moral más que nada. —dijo sonrojado.

—Claro, claro. Zac, estaba pensando, ¿qué es lo que te motiva?

—Mis sueños, quiero cambiar al mundo, quiero que sea perfecto, quiero ver alegría, salud, prudencia, inteligencia, bondad, amabilidad, responsabilidad, y sobre todo justicia.

—Ya veo, bueno, descansa, mañana será un día cansado.

### **Día dos: realidad perfecta**

—¡Levántate Zac! Se le hará tarde al investigador más importante del mundo. —le dije.

Zac se levantó a prisa, tomó una ducha y se vistió, el tonto ya se dirigía al colegio, tuve que darle direcciones para llegar a su conferencia.

—Buenos días a todos los presentes, hoy es un día importante. Gracias al señor Zacarías Valencia y a su equipo de investigadores hemos terminado con el cáncer, por lo que comenzaremos con otro tipo de investigaciones intensivas dirigidas a muchos otros asuntos, entre los cuales se encuentra el encontrar la cura para el SIDA —dijo el presentador.

Aplausos y más aplausos. La cura del SIDA, excelente, a este ritmo este chico me dejará sin empleo. El resto del día consistió en presentaciones, firma de autógrafos, derrochar dinero a montones, fotos, fotos, y más fotos. Zacarías Valencia se había convertido en el hombre con más ingresos del mundo, ¿al más rico me refiero? No, donaba casi todo para acabar con la pobreza e increíblemente, lo estaba logrando, varios multimillonarios se unieron a su causa. Acabado el día, regresó a su humilde hogar.

—¿Cómo le va a nuestra superestrella? —le dije.

—No soy ninguna superestrella.

—Sí, sí, cómo no, bueno, ¿qué te parece tu vida aquí?

—Bás, es lo más increíble que pudiste haberme dado, ¡es algo asombroso! Todo es bueno aquí, no hay asesinatos, no hay asaltos, casi no hay pobreza, hay excelente educación y todos son muy amables. Finalmente, humanos podemos confiar en otros humanos.

Nunca había visto al muchacho con esa sonrisa, se veía fuego ardiente en sus ojos.

—Me alegra verte feliz, pero se te acaba el día, y vas de vuelta a tu realidad.

—Vamos Bás, no me hagas volver allá, ¿qué te parece si acabamos el juego de una vez? Ya tomo mi decisión, aquí, ahora.

—Lo siento, las reglas del juego son inquebrantables, hasta mañana, descansa.

### **Día dos: realidad imperfecta**

Día de examen. Calificación perfecta. Zac estaba empezando a olvidar lo que era tener una vida normal, se le hacía raro. Ya se dirigía a casa cuando un compañero se le acercó para pedirle ayuda.

—Oye Zac, veo que te fue muy bien en el examen, ayúdame a estudiar para mañana ¿no?

—Lo siento, no ayudo a especímenes estúpidos que golpean a los que no se pueden defender.

Siempre tan directo. Fue tan graciosa la cara que puso el otro muchacho al escuchar la respuesta de Zac. El resto del día fue algo cotidiano, hasta que llegó el momento de encontrarse con la señorita Caballero. Quedaron en verse en el mismo lugar que el día anterior.

—¡Hola Helena!-dijo nuestro muchacho con cierto ánimo.

—Hola Za...

Ni pudo terminar el saludo. Tan gracioso fue ver cómo la chica tropezaba con un escaloncito y caía directo en los brazos de Zac. ¿Coincidencia?, ¿no lo creo! Otra tarde divertida para el jovencito. ¿Tan divertida como una llena de dinero, fama, deseos cumplidos? Eso lo decide él.

Una vez más, terminada la cita, Zac la acompañó a su casa, no sin antes invitarla a salir la próxima semana, volvió a su hogar con una pequeña sonrisa en el rostro.

—¿No crees que fuiste muy cruel con el chico que te pidió ayuda? Tú sabes, el grandote que acudió a ti cuando acabaste el examen —tenía que preguntarle.

—Dejó a un compañero en el hospital, ¿esa clase de personas merece ayuda?

—Quizás es justo lo que necesitan, Zacarías, necesitan ayuda. Pero bueno, descansa.

### **Días tres a ocho**

Los días pasaron sin mucho que contar. Zac vivía dos realidades distintas y percibía grandes diferencias entre las dos dimensiones. ¿Qué estaría pensando? Parecía disfrutar la realidad perfecta pero había algo que no me dejaba tranquilo, sus ojos se veían diferentes en la realidad imperfecta, ¿será mi imaginación?

### **Día nueve: realidad perfecta**

Nada fuera de lo normal. Zac recibió el Premio Nobel de la Paz y saludó a la reina de Inglaterra, también se hizo amigo del primer ministro de Canadá. ¿Qué le faltaba? Lo tenía todo pero parecía como si él estuviera buscando algo. Regresó a su ciudad y fue directo al campus universitario de medicina, ¿es lo que estoy pensando?

Luego de “conocer el campus”, fue a la calle Febrero, ¿qué tiene de especial esa calle? Bueno, fue ahí donde Zac recibió la bala en su cuerpo. Definitivamente buscaba algo. Era la misma hora en la que el accidente había ocurrido; caminó varias veces por esa calle. Se dirigió al café al cual iba gracias a Helena, bebió un latte y se dirigió a casa con cara de decepción. Ya era de noche, hora de dormir. Mi muchacho se veía bastante triste, creo que debo animarlo.

—¿Recuerdas que mañana sales con ella verdad? —le dije.

—Ehh, ¿con quién? —dijo en tono de inocencia, como si lo hubieran descubierto.

—Olvidalo, descansa.

Creo que funcionó porque había una sonrisa en su rostro cuando se fue a dormir. Espera, ¡¿una sonrisa en su rostro?! ¿Qué demonios está sucediendo?

### **Día nueve: realidad imperfecta**

El chico despertó de muy buen humor, bastante bueno me atrevería a mencionar. Fue al colegio. En la comida tuvo el placer de degustar una sopa que se veía deliciosa, es una lástima que la muerte no pueda saborear. Se alistó, fue a una florería, compró unas muy lindas flores y fue al campo de tenis, Helena tenía un partido. Se veía felicidad en la cara de Zac al ver a Helena jugar, era bastante buena, iba por el segundo set, pero su rival no era nada mala. Terminó ganando Helena. Zac se dirigió a felicitarla y le entregó las flores, al parecer eran sus favoritas, me habré perdido esa parte de la conversación.

—¡Guau! Eres bastante buena, deberías enseñarme a jugar —dijo Zac con tono de emoción.

—Jeje no soy tan buena, y por supuesto, después te enseño. De nuevo muchísimas gracias por las flores, en serio fue un muy lindo detalle.

—Por nada. ¿Ahora a dónde quieres ir? Fueron al cine a ver una película. Era cómica, pero lo más divertido de la función era ver cómo se sonrojaba Zac al tener a tal belleza a su lado y más aún cuando hablaban susurrando acerca de la película. Sa-

liendo de la película fueron al café de siempre, ¡dios mío! Les va a dar diabetes, al menos no ha descubierto la cura de eso, ahí sí lo mato. La acompañó a su casa y volvió a la suya. ¿Siguiente cita? Irían al teatro.

—Te quedan muy pocos días en juego, ¿sabes eso verdad?  
—le dije.

—¡¿Qué?!-dijo sorprendido, hasta me asusté, ¿quién dice que la muerte no se asusta?

—¿Algún problema?

—Emm no, ninguno —dijo apenado.

### **Día diez: realidad perfecta**

Zac tuvo sesiones de investigación. Firmó algunos papeles. Donó dinero a algunas familias para pagar comida y educación de los niños. Todo normal a excepción de una cosa: Zac tenía una importante conferencia en la tarde, faltó. Eso jamás había o podría haber sucedido antes. ¿Por qué ahora sí? Era la hora del accidente. Él se encontraba de nuevo en la calle Febrero. ¿Qué hacía ahí? Nuevamente se dirigió al café, bebió un latte y volvió a casa.

### **Día diez: realidad imperfecta**

Día de examen. Zac parecía distraído, sacó 9 en su evaluación. ¿Qué sucedía? Algo más impactante ocurrió. Se topó de nuevo al chico golpeador, parecía haber soltado unas cuantas lágrimas.

—¿Todo bien? —dijo Zac con tono de piedad.

—Lárgate Valencia, ni que te importara.

Zac echó un vistazo al papel que tenía aquél chico en su mano, tenía marcado con rojo un 3.6. ¿Qué estaría pensando Zac cuando dijo la siguiente oración?

—¿Necesitas ayuda para estudiar? —dijo Zacarías Valencia, nuestro chico cruel y frío.

### **Día once: realidad perfecta**

Se repite la irregularidad. Zac abandona un importante evento, va a la calle Febrero a la misma hora y después se dirige al café. Regresa a casa.

### **Día once: realidad imperfecta**

Día de cita con Helena. A las 4 le ayuda a estudiar a Franco, el niño golpeador. A las 6 se dirige a la florería, compra las más hermosas y se dirige al teatro, se encuentra con Helena, disfrutan de la obra, termina, se dirigen al café, ríen, disfrutan, la acompañan a su casa. Próximas citas: tenis al día siguiente y Helena presenta su obra en unos días.

### **Día doce: realidad perfecta**

Zac va a sesión de investigación. Recibe un premio, el cual deja olvidado en la mesa de recepción. Se salta el almuerzo, tropieza en una calle y continúa caminando, parece distraído. Recorre una y otra vez la calle Febrero, va al café, la dueña ya hasta le tomó cariño. Regresa a casa. Hora de dormir.

### **Día doce: realidad imperfecta**

Sesión de estudio con Franco. Al parecer Franco no es tan mala persona, creo que sólo ha cometido errores, es de entender si pensamos en los padres que tiene. Zac se dirige a la cancha de tenis donde Helena le enseña a golpear la pelota, sus movimientos

son un poco torpes. Van al café, pasan un buen rato. Él sonríe. Ella sonríe. La acompaña a su casa.

### **Día trece: realidad perfecta**

Zac se levanta, va a la cancha de tenis. En la tarde visita la calle Febrero, la recorre, va al café y recibe un caluroso saludo de la señora Rosales, la dueña. Regresa a casa. Se le acabó el tiempo a mi muchacho, casi es hora de decidir.

### **Día trece: realidad imperfecta**

Un día maravilloso. Día de examen. Franco obtuvo un 8. Los chicos fueron a festejar, compraron comida chatarra y jugaron videojuegos la tarde entera en casa de Franco hasta que se acercaba la hora. ¿Quién se imaginaría que se harían amigos? Zac se alistó, compró las flores más hermosas que podrían existir. Se dirigió al teatro y observó a Helena actuar de manera majestuosa. Acabó la obra y se dirigieron al café como era habitual. La acompañó a su casa, y para sorpresa de Zac, Helena le robó un beso. Helena le dijo que se tardaba mucho. Divertido. Zac se dirige a casa con mirada de tonto. Se le acabó el tiempo.

—Hora de elegir, campeón. ¿Con qué te quedas?, ¿con la realidad perfecta o con este sucio mundo?

—Ya dime, ¿por qué ella no está en mi realidad perfecta?

Confesó, la buscaba a ella, se esforzaba por encontrarla en la calle Febrero, en el campus de Medicina, en el café, en la cancha de Tenis, la quería encontrar. Le tuve que explicar que en las especificaciones que tenía de “realidad perfecta” no aparecía “la chica que ama Zacarías Valencia”. Zac tenía que elegir: desaparecía el mundo donde existía la chica que él anhelaba pero conservaba el que era “perfecto”; o desaparecía el mundo que

era mejor para todos, pero se quedaba con su amada. Pensó y reflexionó buen rato, esperé pacientemente.

—La realidad perfecta, por favor —dijo Zac, quien se encontraba sumido en un mar de lágrimas.

Así sería, el mundo sucio, pero el que le había dado alegría, perecería. El mundo perfecto, que se había vuelto monótono, de una sola tonalidad y sin duda, sin Helena Caballero, era el ganador. Él dijo que la sacrificaba a ella, pero mentía, se sacrificaba a sí mismo, él sin duda la amaba, era lo que más quería, era más perfecto que su mundo “perfecto”. Él había cambiado. Ella lo había cambiado. Pobre chico, abandona lo que desea por un mejor lugar.

### **Día catorce: realidad ¿¿¿???**

Zac despierta con mirada gris. Toma la carta que le dejó en su escritorio, la abre y comienza a leer:

Querido idiota, fue divertido tener un amigo como tú, te haré visitas más seguido (no te asustes). Tu utopía es muy interesante pero es más interesante cómo planeabas sacrificarte por las demás personas. A veces debes dejarte ir, eres joven. Disfruta tu vida, algún día la perderás (yo me haré cargo). Si sigues así alcanzarás tu mundo perfecto, por ahora diviértete. Por cierto señor “odio todo y a todos”, me parece que hay alguien esperándote en la cancha de tenis por una segunda lección o algo así. Un consejito, hoy hay 2x1 en el café (salen caras las mujeres, deberías trabajar). Una cosa más: yo sí puedo quebrantar las reglas, ¡dios!, soy hilarante, debería dedicarme a la comedia jajaja.

Zac suelta lágrimas, sale corriendo de su alcoba (el niño corre rápido, me cansé) llega a la cancha, toma a Helena, le roba

un beso y le dice que la ama. Podría contarte más cosas, pero lo que esperabas oír era la frase a continuación.

—Helena Caballero, la niña que cambió mi idea del mundo perfecto (literalmente). ¿Te gustaría ser mi novia? —dice Zac con el poco aliento que le queda.



### 3.2.2 *Gansita*

*Joseph Sclar Nurko*

—Gracias por traerme —le dijo Sandra, con una sonrisa y dándole un amoroso abrazo a su esposo cuando salieron del teatro.

Sandra y su esposo Sebastián apenas tenían dos años de casados, una pareja joven muchos decían, pero se podía notar fácilmente el amor que compartían y la amistad que tenían. Se podían contar cualquier cosa, sentían, entre ellos que eran mejores amigos y sí lo eran, aunque eso se quedara muy corto para describir su feliz relación.

Desde que se conocieron habían hecho ese *click* mágico que toda pareja busca y muy pocos encuentran durante su vida. Tenían un humor muy particular, pero se entendían perfecto. Les encantaba cantar las mismas canciones mientras viajan en el coche, como justo aquella noche que salieron del teatro, todo el camino de regreso hasta donde vivían, que era a las afueras de la ciudad, se la pasaron cantando. De tanta emoción que le ponían, muchas veces Sandra, entre risas y canto, le llegaba a decir a Sebastián que se fijara mejor en el camino, pues de la emoción se distraía y muchas veces había estado cerca de chocar.

Sebastián era un hombre divertido, al menos eso pensaba Sandra de él. Su metro ochenta, cabello corto como despeinado y su bonita cara de niño la daban un *look* muy amigable y juguetón. Y no sólo era cómo se veía, a él le encantaba divertirse, era muy alegre y risueño. Aun cuando Sandra no lo acompañaba cuando conducía, él podía estar cantando como con ella durante todo su camino. La pantalla de su coche ya sabía qué canciones les gustaban y las escogía por él para que cante.

A Sandra el encantaba la forma de ser de Sebastián y él estaba enamorado de la belleza de ella. A pesar que le parecía un poco chaparrita, su forma tan simple de ser, vestirse y actuar enamoraban al marido.

Como acostumbraban, todas las mañanas al despertarse bajan a desayunar juntos. Mientras Sebastián se bañaba y preparaba para salir a trabajar, Sandra preparaba el desayuno para los dos, después ella se quedaba a limpiar, lavar los trastes y trabajar en la casa. Sandra era una artista que apenas empezaba su carrera profesional muy prometedora y por esto tenía la facilidad de trabajar desde el patio de su casa.

—Buen viaje, mi amor, maneja con cuidado —le deseó Sandra a su esposo con un beso en la mejilla cuando se fue a trabajar aquella mañana de otoño.

Como todos los días, después de despedirse, regresó a lavar los platos y a ponerse lista para pintar la obra en la que estaba trabajando. Tenía una nueva tecnología para pintar, era un lienzo digital, algo que a ella le parecía increíble ya que sin brocha podía estar pintando, estaba muy asombrada del avance tecnológico en la pintura.

Ya llevaba casi un 60% de su obra, cuando empezó a obscurecer, Sandra volteó a ver el reloj y se sorprendió de la hora. Ya era bastante tarde para que su marido no hubiera regresado, normalmente ella pintaba hasta escucharlo llegar, pero ese día se le habían ido las horas. Después de esperar un poco más a que regresara, se empezó a preocupar mucho. Tomó su celular, desbloqueándolo sólo con su rostro, le marcó a su hermana a preguntarle si ella sabía algo de Sebastián. Para intentar tranquilizarla le dijo que todo estaba bien y que seguramente estaba en un área sin servicio, que por eso no le entraban las llamadas.

No pasaron dos horas cuando entre las cortinas se filtraron luces rojas y azules, un minuto después sonó el timbre. En su preocupación fue abrir en seguida la puerta, era un policía, al ver la cara de angustia del oficial, Sandra supo perfectamente que su esposo había muerto. No esperó a que el hombre que estaba afuera dijera una palabra cuando cerró la puerta y se fue llorando a su habitación.

Sandra se sentía muy mal y no era para menos, era el primer y único amor de su vida y lo había perdido en una abrir y cerrar de ojos. Ella tenía planes a futuro con él y entre más pensaba en ellos más se ponía a llorar. Nadie la podía consolar.

El día del entierro ya estaba un poco más tranquila, pero se sentía incompleta. Roberta, su amiga se le acercó a decirle que lo sentía. Para Sandra, Roberta era una buena amiga, pero le parecía medio lunática a veces, como que no tuviese los pies sobre la tierra.

—Te quiero contar de una manera para que vuelvas a ver a tu esposo —le dijo Roberta al final del funeral.

—La verdad no creo que eso sea posible, Roberta, pero muchas gracias por intentarme ayudar —respondió Sandra intentándola callar.

—Esto es algo real, escúchame, créeme que no te vas a arrepentir.

—No creo en eso, de verdad muchas gracias.

-Esto no es nada de otro mundo, es algo real, confía en mí.- le insistía Roberta.

—No, ya déjalo ahí —le dijo Sandra ya desesperada.

Roberta siguió insistiendo que la podía ayudar, que confiara en ella hasta que Sandra de un grito la calló y pudo hacer que la dejara en paz.

Noches y días pasaban, Sandra no encontraba inspiración y peor que eso, se sentía destrozada. Sentía como un constante fierro que se le clavaba en el pecho y casi no la dejaba respirar, derramaba lágrimas todos los días y de alguna manera aún esperaba que Sebastián regresara por la puerta que todas las tardes los hacía. Pero no, seguía ella sola en su casa desolada y triste.

Pasaron poco menos de dos meses cuando en su dolor, Sandra se rindió y buscó la ayuda de Roberta preguntándole sobre lo que le había contado que podía traer a su esposo de regreso. Ella le explicó que no era algo tan fenomenal, pero que al menos le iba a ayudar a que se sintiera mucho mejor, más tranquila. Era una aplicación para su celular y computadora de muy bajo costo que recolectaba *tweets*, *posts* de *Facebook*, correos personales, mensajes escritos y de voz de *Whatsapp*, leía sus comentarios en redes sociales, entre otras interacciones que haya tenido, con el fin de obtener la mayor información de cómo era alguien y poder charrear con él como si verdaderamente estuviera platicando con él.

A Sandra le pareció que no era una idea tan loca, tampoco la convencía en la totalidad, pero dentro de su desesperación, optó por descargar la aplicación y ver de qué se trataba. La aplicación parecía como si fuese como cualquier otra de mensajería digital, como otro *Whatsapp*, la única diferencia entre éste y el que ella compró, era que en el nuevo aparecía su esposo. Estaba que la garganta se le quería salir por la boca, muy nerviosa, pero decidió escribir el primer mensaje:

—Hola.

—Hola, ¿cómo estás? —respondió Sebastián en un segundo.

—Bien, ¿y tú?

—También bien ¿qué tienes? Te siento un poco tensa, Gansita.

—Eso es algo que sólo Sebastián me diría —contesto con los dedos temblándole.

—Exacto, pues aquí estoy yo.

Pasó la noche y ellos siguieron platicando. Poco a poco Sandra fue tomando confianza hasta que finalmente sonrió de un comentario gracioso que le hizo Sebastián, algo que no se le había visto hacer hace meses.

Semanas con semanas la vida de Sandra parecía retomar forma, pues se la pasaban chateando y como también había descargado una actualización, podían también hablar. La tecnología le permitía, de acuerdo a las notas de voz que había enviado, hacer llamadas con su misma voz y pensando como si verdaderamente fuera Sebastián.

Sandra, no colgaba el teléfono, todo el día estaba en llamada con él. Tenía miedo a que si se desconectaba lo fuera a perder para siempre. Incluso un día, mientras hablaban, fue al parque donde habían ido durante su primera cita, hace ya varios años. Platicaban como si él verdaderamente estuviera ahí, pues sí lo estaba de todas maneras excepto físicamente. Recordaban anécdotas y chistes viejos, Sandra le contaba cosas nuevas mientras él comentaba. Mediante video llamada le enseñaba el lugar y se iba haciendo cada vez más real la experiencia. Poco a poco lo iba reviviendo.

Al levantarse, el celular de Sandra se cayó al agua. Se echó a perder, la conexión se perdió y por primera vez, desde que había bajado la aplicación dejaron de hablar. Su temperatura subió

y tan rápido como pudo, entre toda la gente del parque, se fue corriendo a la tienda de celulares más cercana. Compró el más moderno y lo prendió cuanto pudo.

—Hola, ¿estás ahí? —le escribió a Sebastián.

—Claro que sí gansita aquí estoy —repuso en seguida.

—Pensé que te había perdido, amor —le dijo casi con una lágrima en el ojo.

—No, no me perdiste, yo estoy en la nube, nunca me vas a perder.

Su relación parecía casi perfecta, como si él estuviera vivo sólo que de vacaciones o en algún viaje de trabajo. Una noche, mientras platicaban, Sandra empezó a angustiarse, necesitaba, más que escucharlo, verlo y sentirlo. Quería a alguien que la abrazara en la noche antes de dormir y la despertara con un beso. Era lo que le faltaba.

Sebastián le recomendó un nuevo producto de la empresa creadora de la aplicación de la cual había nacido la versión digital. Era un producto bastante caro, pero Sandra decidió comprarlo. Cinco días después, tocaron el timbre de su casa con una caja que apenas pasaba la puerta, tenía el tamaño de un refrigerador.

Estaba muy nerviosa, no sabía si abrirlo o no, hasta que por fin lo hizo. Abrió la caja y de un susto se echó hacia atrás. Estaba llena de un material que parecía algodón, y entre todo eso había algo que tenía la forma de una persona, pero sin huesos. Parecía sólo la piel. Quitándose el temor, leyó las instrucciones que decían que debía colocar el producto durante 12 horas en agua tibia y esperar.

Pasó justo ese tiempo, cuando de la bañera salió un hombre idéntico a Sebastián, en seguida Sandra se paró y se le quedó viendo.

—Me pudiste haber dejado ropa —dijo Sebastián riendo.

Sandra estaba muy desorientada, no sabía qué decir, qué hacer, ni nada. Estaba perpleja.

—Hola, ¿hay alguien ahí? —le preguntaba mientras ella sólo lo observaba.

Estuvieron horas platicando, pero Sandra no lograba tener mucha confianza con él. Como pasaba la noche se reían más y fluía mejor la conversación. Hasta que después de unas horas creció la intimidad entre ellos, Sebastián fingía cualquier tipo de emoción, ya que en realidad no tenía, pero para hacer sentir más cómoda a Sandra y que su experiencia fuera más real, lo intentaba.

A la mañana siguiente Sandra estaba encantada, parecía como si estuviera en las primeras semanas que se enamora de alguien, ansias por volverlo a ver, alegría de todo y cosquillas en el ombligo. Sentía que el futuro que ella imaginaba iba a recobrar vida junto con Sebastián, verdaderamente lo creía.

Pasaron semanas y la relación parecía que había vuelto casi a la normalidad, a como era previa al fallecimiento de Sebastián: desayunaban juntos de nuevo, sólo que ahora él podía ayudar con los trastes, Sandra pintaba mientras él la observaba, cenaban juntos y se abrazaban durante la noche.

Había algunas dificultades, ya que él no podía salir de la casa debido a que todos pensaban que ya estaba muerto y de alguna manera, estaba. Necesitaba que le comprara, ropa a veces u otros productos, pues él estaba tan bien hecho que le crecía el pelo y las

uñas y debía cuidárselas, debía bañarse y aun que no necesitara comer, podía para hacer sentir a Sandra que estaban viviendo algo más real.

Los impedimentos de Sebastián poco a poco fueron afectando a Sandra, de tal manera que su ausencia de respirar mientras dormían, debido a que no necesitaba, empezaron a molestarle. Sebastián, al no tener nada que hacer durante el día, estaba tras su esposa apoyándola, que en un principio era excelente para ella, pero con el paso del tiempo fue demasiado.

Sebastián le pedía actualizaciones mes con mes, que le comprara ropa y que gastara en él, lo que, para lo que ganaba Sandra con su trabajo, comenzó a molestarle demasiado. Ni el dinero ni el entusiasmo ya eran suficientes para mantener la relación. En algunas peleas a gritos que tuvieron, Sandra llegó a decirle que sólo era una máquina y no servía para nada. Que era un producto diseñado para que ella gastara más y más en él, que no tenía conciencia y que lo odiaba, pero al mismo tiempo no lo podía dejar ir. Sabía que no era el mismo Sebastián del que alguna vez estuvo enamorada, pero era un pequeño gran recuerdo de él que no podía dejar ir, estaba atada a él.

Con el paso de los años la dependencia de Sandra se volvía más fuerte. Sufría mucho con él porque no la complacía en muchos sentidos como ella quería, y más allá del disgusto que le tenía, estaba acostumbrada a su presencia. Para hacerse sentir mejor sólo se decía que era Sebastián, el verdadero, y lo idealizaba como tal.

Un viernes, después de una muy mala semana, Sandra decidió, por primera vez, sacar a Sebastián de la casa. Condujo kilómetros hasta llegar al fin a un lugar solitario donde se estacionó. Había un pequeño camino de tierra en una gran planicie que

no parecía tener final. Caminaron sin hablar muchos minutos, cuando al fin llegaron al borde. Desde esa orilla se alcanzaba a ver cómo las olas del mar pegaban contra una costa rocosa debajo de ellos. No había duda que si alguno se cayese moriría del impacto, y de no ser así, de un golpe de las olas contra las piedras.

—¿Qué hacemos aquí? —interrumpió el ruido de las olas—  
Sebastián le preguntó a Sandra.

—¿Tú qué crees? —le repuso con un tono que mostraba desesperación.

—No sé, la verdad, no tengo una gran capacidad de análisis.

—Pues es eso exactamente ¡Estoy harta de ti! ¡Tú no eres mi  
Sebastián! ¡Eres sólo un robot!- Le dijo estallando en furia.

—Disculpa, pero no sé de qué estás hablando, si yo soy él —  
le dijo para tranquilizarla, aunque no lo haya logrado en lo más mínimo.

—¡Qué no eres! Ya debía haber hecho esto desde hace mucho  
tiempo.

—¿Hacer qué? —le pregunto muy incrédulo.

—¡Deshacerme de ti! ¡Ya! ¡Aviéntate! ¡Estoy harta! —Le ordenó y lo empujó.

La fuerza de Sandra no fue suficiente para tirarlo, sin embargo, comenzaron a jalarsse mutuamente. Entre empujones y agitados, Sebastián la detenía pidiéndole que se detuviera, sin embargo, ella continuaba.

Poco a poco, la determinación y persistencia de Sandra en desequilibrarlo para poderlo tirar, dieron efecto. Estaban ya en la orilla, paralelos al margen, en cualquier segundo Sebastián

podía caer. Sin sentimientos, él rogaba que parara, pero ella continuaba.

Poco antes de darle un empujón final al producto que Sandra había comprado, se resbaló a causa de una piedra que yacía en el suelo. Su equivocación la hizo caer por el borde hasta el mar que golpeaba contra las piedras. Sebastián se asomó esperando verla, pero el mar continuaba chocando como si nada hubiese acontecido.



### 3.2.3 *Yum Kimil: ojos del cosmos*

*José Carlos Consuelo Pérez*

El caos de la guerra y la serie de terremotos que estaban azotando al mundo, habían dejado a Manuel pasmado en medio de lo que solía ser su casa. Había perdido todo, incluyendo su familia.

Manuel Tun Yah, de Campeche, era un doctor en mecánica cuántica que hasta antes del desastre mundial, había dedicado su vida a rediseñar atómicamente nuevos materiales para obtener mayor absorción de energía, así como la generación de ésta. Y ni siquiera su experiencia laboral lo había preparado para el fenómeno que frente a sus ojos se había generado.

Parecía que con un cuchillo hubieran hecho un corte en la atmósfera, como si ésta fuera el lienzo de una pintura. Este corte era una grieta del tiempo y espacio lo suficientemente alta y ancha por donde podría pasar un hombre del tamaño de Manuel. Aunado a esto, el contorno de la grieta parecía hacer suaves movimientos ondulatorios similares a los de la cera en una lámpara de lava.

Antes le habían dicho que por su apellido, “Tun”, soportaría cualquier “Yah”, cuyo significado en maya era que al ser una piedra soportaría cualquier dolor; sin embargo, el sufrimiento en el mundo lo había abrumado y no estaba seguro que con su existencia pudiese salvar su mundo.

Una ventana se había abierto y no desaprovecharía la única oportunidad que tendría para cambiar su vida. Abandonaría la guerra; abandonaría el planeta que estaba siendo destrozado por la tecnología que antes había significado el desarrollo. El planeta que había amado, la tecnología que lo había enamorado.

Como ya era costumbre, se aseguró que las puertas y ventanas de su casa casi en ruinas estuvieran cerradas pues al estar ausente le preocupaba que las anotaciones que correspondían a sus investigaciones pudieran ser robadas. Éstas eran los secretos del universo que había logrado descifrar; no obstante, su travesía aún permanecía anclada a la orilla del océano cósmico del visionario Carl Sagan.

Una vez más, admiraba la grieta y trataba de imaginar aquello que lo podría estar esperando del otro lado. En un intento infructuoso miró y buscó algún objeto en la oscuridad que tanto le causaba temor. Los gritos y los llantos abundaban fuera de su casa y del otro lado de aquella grieta no parecía haber alguna guerra. Esa fue la última razón que necesitó para cruzar.

Estaba tan desesperado por dejar atrás el sufrimiento que casi con un brinco atravesó el umbral.

Su cuerpo comenzó a enfriarse muy rápido, se sentía como si estuviese rodeado por hielo. Sin embargo, olvidó la temperatura de su cuerpo al presenciar un fenómeno incluso más extraordinario que el que acababa de experimentar.

Antes de hacer alguna deducción esperó a que sus ojos se acostumbraran a la iluminación de ese entorno. Cuando éstos ya podían distinguir las formas, decidió mirar a su alrededor y descubrió que ya no estaba cerca ni de las guerras ni del caos de su planeta. En contacto con sus pies, sin duda alguna estaba el suelo. En el cielo las nubes no eran lo único que se podía observar; dos inmensos cuerpos parecían estar flotando o trasladándose. Sentía que había entrado a una novela de Julio Verne. Lo primero que pensó es que estaba en un planeta con otros tres adentro.

Dos de los tres pequeños planetas eran una quinta parte de la Tierra; el otro era un poco más pequeño. Estaban rodeados

por una inmensa cubierta de fragmentos de distintos tamaños de asteroides. Ésta tan sólo permitía pasar una pequeña cantidad de luz por una sección elíptica. Al analizarlo otra vez, comprendió que la cubierta los mantenía aislados.

Su cuerpo comenzó a recuperar su temperatura normal cuando sus pies se plantaron en el suelo. Durante algunos minutos observó las características del planeta en el que se encontraba y las que alcanzaba a distinguir de los otros dos. Estupefacto por los ecosistemas de dos planetas había decidido permanecer ahí, pero el tercer planeta lo atormentaría hasta que su vida culminara.

Manuel no sabía lo que había sucedido, pero ahora comprendía que había cometido un error. Tenía el presentimiento que el tercer planeta no era seguro, pues al mirarlo sentía estar mirando hacia el abisal océano en el cual sabía que existían diversas especies, pero no era capaz de verlas. Giró para regresar a su casa, pero la grieta se había cerrado. Con la boca abierta y el corazón latiendo hasta alcanzar su límite, su cuerpo comenzó de nuevo a experimentar un cambio de temperatura. De su rostro choreaban gotas de sudor y lágrimas.

Cuando logró tranquilizarse se dio cuenta que si él era capaz de respirar en esa atmósfera y de soportar la gravedad, tal vez podría encontrar a alguien que hubiese terminado en la misma situación. No fue necesario recorrer demasiado cuando por fin encontró lo que parecía ser una pequeña casa de madera. Concluyó que no habría nadie adentro por lo que prefirió no llamar a la puerta sino que la empujó y se dio el permiso por sí mismo. En el interior de la casa la temperatura era cálida y hubiese sido perfecta para vivir en su eterna soledad; sin embargo, dos problemas se interponían en esta decisión. El primero: no habían alimentos. El segundo: en un rincón estaba un sillón rojo con descansabrazos, una lámpara sobre una mesa y dos libros, uno relacionado

con la mecánica cuántica y otro de Ray Bradbury. Sobre el sillón descansaba un hombre que se escondía entre las sombras.

Con cautela se acercó a pesar del temblor en sus piernas pues al mismo tiempo sentía alivio de encontrar a otro ser vivo. Antes de estar tan siquiera a dos metros de distancia del sillón, escuchó una voz ronca.

—Doctor Tun Yah. Es un placer encontrarlo aquí.

El hombre del sillón se enderezó y acomodó recargando su espalda baja.

—No creí que se atreviera a cruzar mi umbral, aquel que creé para usted. Y no se moleste en hablar.

—¿De qué me estás hablando? —replicó Manuel un poco molesto, pero mostrando por sobre todos sus sentimientos, su temor.

—¿Quién eres y dónde estoy? —sus últimas dos palabras temblaron al escapar de sus labios.

—No soy nadie y está donde siempre ha estado doctor.

Al encender la lámpara de la mesa mostró su verdadero rostro y cuerpo. Su cara estaba desfigurada como si lo hubieran golpeado, pero no hinchada sino abollada. Sus brazos se habían quemado y debajo de su piel se podían observar placas metálicas. De sus piernas no es necesario mencionar algo, pues no tenía.

—Doctor Tun Yah, yo soy lo que ustedes llaman un androide. Fui creado en el año 2322 y después del cataclismo que azotó la Tierra logré sobrevivir gracias a sus investigaciones. Le doy las gracias, pero también le voy a pedir que no continúe con sus experimentos.

Manuel había caído y descansaba sobre el suelo impactado por lo que acababa de ver y escuchar. En definitiva era un paseo con muchas sorpresas y algunos recuerdos salían a la luz cuando miraba al androide.

Cinco años después del primer éxito de Manuel, había conocido en el centro de investigación a un hombre que trabajaba en un “superhombre”, como él le solía llamar. En un par de ocasiones, Manuel había entrado a su laboratorio y había observado un espécimen con un parecido a lo que estaba frente a sus ojos en este planeta ajeno a la Tierra.

—Déjeme explicárselo de forma breve. Lo que ha observado ha sido provocado cientos de años atrás. Por el año 2015 se desarrolló un láser capaz de alcanzar 2 petawatts con un fin científico, algunos afirmaron que con la suficiente energía podría destruir un planeta. También surgió la ambición por desarrollar armamento más potente. Este objetivo tomó velocidad en el año 2020 desembocando en una catástrofe.

El androide inclinó su cuerpo hacia Manuel como si le fuese a decir un secreto, pero ni siquiera lo miró. Antes de que se descubriera lo que observaba, continuó con su explicación.

—La luz que nos permite estar en este único fragmento de vida fue un milagro o tal vez suerte. Esta parte siempre se ha mantenido de la misma manera. Ahora es su turno, imagine cómo.

El androide recargó su cabeza en el sillón esperando una respuesta.

Manuel miraba los ojos del androide y dudaba de él. Los ojos deberían de ser una ventana al alma, pero para ese ser esa regla no aplicaba igual. Permaneció en silencio por la desconfianza que sentía.

—La rotación de todo el sistema permite que con la traslación el día y la noche se sigan manteniendo a pesar de ese hueco elíptico. El periodo diurno ha cambiado, pero ese es otro asunto. Usted se preguntará qué es lo que tiene que ver con todo esto.

En realidad no era eso lo que estaba pensando Manuel. A pesar de no comprender la razón por la que estaba ahí, con lo que el androide acaba de decir había recordado un instante de su paseo por ese planeta.

Antes de llegar a la casa, había atravesado un pastizal que se movía al ser empujado por el viento. Se inclinaba de un lado hacia el otro, cambiaba de dirección y bailaba. La naturaleza parecía acoger al único hombre que había pisado el suelo de ese planeta en más de veinte años.

Cuando Manuel miraba a su alrededor deseaba permanecer ahí el resto de su vida, pero al mirar al cielo y observar el inmenso cuerpo celeste que se escondía entre las sombras, sus piernas temblaban y algunas lágrimas descendían por su rostro. Pero no era lo único que había notado. Había caminado por no más de una hora. A su llegada, el sol lo había recibido entibiando su cuerpo, pero ahora parecía que anochecería. Incluso el movimiento de la vida había cambiado. En los últimos minutos había alcanzado a ver algunos animales con fisiologías nunca vistas.

La habitación permaneció en silencio durante un par de minutos. Tal parecía que el androide le estaba dando la oportunidad de digerir lo que acababa de informarle. En el pequeño lugar lo único que se escuchaba era la respiración de Manuel. El androide dio fin a silencio al levantar su mano y dejarla caer con el dedo apuntando sobre uno de los libros de la mesa. En la cubierta leyó: Manipulación de la disposición ordenada de los átomos. Queda de más mencionar que el autor de este libro era Tun Yah.

—Lo logró doctor Tun Yah. El único problema es que su sociedad aún no está preparada para su éxito. Toda esa absorción energética también impulsó el armamento. Lograron dar suministro para la excesiva energía que se requería incluso para extraer recursos minerales desde otros lugares del universo. Me duele tener que decírselo, pero sus investigaciones cooperaron para secar otros planetas y para destruir el nuestro.

Hicieron una pausa porque el androide miraba por una ventana que estaba al otro extremo de la habitación. Manuel no sabía lo que estaba buscando, pero ahora podía distinguir el miedo en su desgastado y deformado rostro.

—El mundo necesita aprender a reducir su consumo; no cómo abastecer todo lo que necesita. Piénselo doctor Tun Yah, puede regresar a la grieta y encaminar el planeta a lo que ha visto hoy, o puede permanecer en esta casa. Doctor; ¿está de acuerdo que los problemas se deben de resolver desde la raíz? Y usted es la raíz. El nuestro no radica sólo en lo que le he contado.

Por el año 2035, teniendo 18 años, Manuel había completado sus primeras investigaciones. Las cuales mostraron resultados y métodos más eficientes que los desarrollados en laboratorios y universidades estadounidenses y europeas. Con sus aplicaciones, para el año 2077 varios proyectos habían tenido un auge impresionante.

Pasado el año 2090 Manuel había finalizado varias investigaciones con su colega. Un hombre muy curioso que parecía haber sido sacado de un libro de ciencia ficción. Este hombre había sido de gran ayuda para poder concretar las investigaciones, pero no era eso lo que lo hacía destacar, sino los cuentos que escribía en primera persona.

En sus relatos describía a un ser muy parecido a los humanos. Este personaje había venido desde un planeta rocoso con presencia de agua y vida. Un planeta similar a la Tierra pero mucho más grande que ésta. Un par de años después le había comentado a Manuel que incluso lo podría llevar a ese planeta, pero que tendrían que viajar por veinte años a la velocidad de la luz.

Las ciudades crecieron, la tecnología y el consumo superaron los límites humanos y para su abastecimiento se diseñó un extractor de minerales capaz de obtenerlos desde otros planetas sin la necesidad de movilizar personal. Las barreras cósmicas se habían roto y el consumo humano incrementaba de manera exponencial.

La obertura de la destrucción fue anunciada con el intento de eliminar otro planeta mediante armamento ubicado en asteroides que debían de proteger el planeta de meteoritos. Ahora la Tierra estaba dividida en dos fragmentos que se mantenían en el centro, mientras que el resto había sido pulverizado y dio origen a una capa en el límite inferior de la exósfera.

Cuando Manuel había atravesado la grieta espacio temporal, había visto el sistema planetario Tierra conformado por tres cuerpos celestes. El primer planeta se encontraba hacia su derecha. Su proximidad a la cubierta permitía que la luz que pasaba la elipse iluminara la mayor parte de la superficie del planeta; sin embargo, esta misma había causado que la temperatura ascendiera evitando la existencia de vida (al menos del tipo que Manuel conocía). Se podían distinguir dunas de color amarillo anaranjado y en ninguna parte se percibía que hubiese vegetación. Éste había sido nombrado Kinich Ahau en honor al dios Sol maya.

El segundo planeta estaba ubicado bajo sus pies y era el hogar del androide. Recibía menor cantidad de luz que el primero. Tan sólo una tercera parte de su superficie recibía iluminación directa, y otra pequeña porción no mayor a la anterior era conformada por bajos niveles que permitían el crecimiento de plantas de sombra. Alrededor de los lagos había árboles. Existía vida animal, pero era distinta a la que Manuel conocía pues se habían adaptado a los cambios climáticos ocasionados después de la fragmentación de la Tierra. Por ser el único planeta del sistema Tierra con presencia de agua se había acordado que sería conocido como el dios maya de la lluvia nombrándolo Chaac.

El tercer planeta estaba cubierto por completo por la oscuridad. A simple vista era fácil describirlo; sin embargo, en su penumbra ocultaba enigmas capaces de infundir terror. Desde la lobreguez del planeta, los otros dos eran vigilados.

El androide colocó el libro sobre sus muslos que eran lo único que le quedaba y le compartió la verdadera razón por la cual lo había hecho cruzar. Finalizó su explicación con algo que a Manuel le provocó pánico e intranquilidad. Ya sea si decidía regresar o no, debía de cuidar a quienes les mostraba sus innovaciones tecnológicas.

El día que el planeta se dividió el sistema del láser de la Tierra P.D.I. (Protection from Developed Intelligences) fue manipulado desde una distancia aproximada de 20 años luz donde se encuentra el Gliese 581g, un planeta que se supone no existía. Un planeta del cual Manuel había escuchado en relatos.

Después de algunos lustros del incidente que había causado estragos en la Tierra, en la penumbra un cuerpo había aparecido y con lentos desplazamientos recorría la capa sin ubicarse al alcance de la luz que pasaba por la elipse. Los pocos androides que

quedaban en Chac decían que era el dios de la muerte maya que vigilaba el cosmos. Le habían apodado Yum Kimil, pero no era un planeta.



### 3.3 Posgrado, egresados, profesores y empleados

#### 3.3.1 Merina

*Luis Felipe Cendejas Guízar*

Merina camina una hora para llegar a la escuela. Cualquier niño consideraría una tragedia dar diez mil pasitos y, lo que es peor todavía, para entrar al salón y chutarse los regaños y los coscorrones de la señorita Gloria. Sin embargo, Merina, de los cinco días de la semana que asiste a la escuela, es más, de los siete días de la semana lo que más disfruta son esos diez mil pasitos de ida y los otros tantos de regreso que se necesitan para tomar clases. En realidad Merina se llama Camerina, bueno, corrijo, ella se llama a sí misma Merina, aunque toda la gente insiste en llamarla Camerina, como la mamá, como la abuela y quizá como todas las abuelas arriba de su abuela. Por eso la primera decisión importante que tomó Merina en su vida fue no llamarse nunca jamás Camerina. Claro que no le importa decir “presente” cuando la señorita Gloria pasa lista y la llama Camerina Vázquez Cohe-nete. Porque el juramento que hizo cuando pudo hablar dentro de su cabeza, y que no le cuesta ningún trabajo cumplir, fue no adherirse voluntariamente a la pegajosa masa de Camerinas que amenazaba con invadirlo todo. El que las personas maleducadas e insensibles gozaran con llamarla Camerina no alteraba de ninguna manera este pacto secreto.

Volviendo al hilo de nuestra historia, como dicen los cuentacuentos, Merina disfruta caminar porque en el camino encuentra todo lo que necesita para ser feliz, al contrario del resto de la gente común, que sólo puede gozar cuando ha llegado a su destino. De hecho, y esto lo puede corroborar fácilmente cualquiera que haya recorrido grandes distancias, los viajes son fastidiosos, provocan mucha hambre (sobre todo de sándwiches, papas fritas y

refrescos) y dan ganas de hacer pipí cada quince minutos. A Merina no le pasa nada de eso. Ella siempre ha encontrado la fascinación en cada palmito de terreno. Por eso le encanta caminarlo. Y lo más extraordinario es que descubre las mil maravillas en las cosas más ordinarias que puede haber en el más ordinario de los paisajes. Ramitas con forma de culebra o de lagartija besucona; piedras de panza lisita y lunares de gitana; cáscaras que juras que de pronto van a salir corriendo, como cucarachas; catarinas secas que parecieran guardar todavía un poquito de vida... ¡hasta boñigas de chivo, secas y redonditas como croquetas de perro!

Merina vive entre dos ranchos que nunca han aparecido en los mapas del progreso, y todavía menos la casita donde vive con su mamá, quien tiene que caminar lo mismo que Merina, la nuestra (porque ya sabemos que su mamá también se llama Camedrina), para tomar un camioncito que la lleva hasta la fábrica de alimento para ganado, donde trabaja diez horas seguidas mezclando melaza con maíz forrajero. Por eso Merina camina solita, regresa solita y come y duerme solita. De hecho se la pasa siempre sola, porque en la escuela ningún otro niño disfruta coleccionando basura y restos orgánicos. La maestra le ha dicho siempre que con la basura no se juega, cosa que aumenta las burlas y la incomprensión de sus compañeritos. Merina sólo encoge los hombros, recoge sus tesoros y se refugia en cualquier otro rincón. Así que han optado por ignorarla una vez que satisfacen su necesidad de burlarse de alguien. Así son los niños. De hecho, así son casi todos los adultos. La única razón por la que la maestra no ha pedido su traslado a una escuela de educación especial es porque Merina siempre responde con increíble rapidez y certeza todo lo que le pregunta en clase. Sabe de matemáticas, de geografía, quién fue Morelos, Iturbide, Cuauhtémoc, Pancho Villa; cómo nacen los cerdos; qué son las amígdalas; cuántas patas tiene una araña. Y lo más raro es que Merina responde siempre sólo después de consultar discretamente a alguno de sus objetos preciosos.

Claro que la maestra Gloria ya la ha acusado cientos de veces con su mamá. Y por supuesto que la señora Camerina ya le ha dejado cientos de veces los bracitos hinchados a Merina con pellizcos y palmadas. Porque también la señora Camerina está harta de estar angustiada por las aficiones de su hija. Pero Merina nunca se queja. No odia a sus compañeritos ni a la maestra Gloria ni a su mamá. Ni siquiera guarda algún resentimiento, porque inmediatamente va donde sus ramitas y sus piedritas y restitos quienes le aseguran un mundo diferente y feliz.

Porque en realidad Merina hace mucho más que juntar basura. Porque para empezar, ella no junta basura. O si fue basura antes de ser descubierta por ella, en cuanto la toca y la incorpora a su colección se convierte en un ser muy especial, único e irrepetible. Y no es que representen otra cosa, o que se parezcan a otra cosa. Son lo que son. Es decir, lo que en la realidad de Merina son. Algo con una vida, una magia, hasta una personalidad que sólo revelan en sus manos. Manitas de orfebre, de cirujano, de gato desenrollando un ovillo; de malabarista, pianista, de bizcochera al cubrir con hojaldre un pay de frambuesa. Marina sabe todo lo que hay que saber cuando se está frente a un guijarro que te llama desde el fondo del río. Es algo en apariencia muy tonto, tanto, que la mayoría de los niños (y, por supuesto, de los adultos) lo consideran no sólo ocioso, que ya sería algo agradable, sino hasta pernicioso.

Pernicioso es algo que hace daño. Mucho. A la mente y al cuerpo. Pero Merina es la niña más cuerda y saludable que hayan visto caminar entre la escuelita y el rancho. Pernicioso es el trabajo de la mamá, porque el maíz forrajero suelta millones de minúsculos fragmentos que se meten violentamente en su nariz y en sus ojos y la hace toser hasta quedar afónica. Y la melaza caliente que le echa al sorgo hierve y explota en gotitas que queman como hierro fundido todo lo que tocan. Perniciosos son los refrescos y las golosinas que inundan cada rincón habitable del

planeta, por lo menos aquél donde camina y danza Merina. Pero no lo que hace Merina.

Y así hace: recoge el objeto de su atención. Lo limpia con amorosa delicadeza. Le detecta todos sus bordes, aristas, pliegues, hendiduras, tonalidades y transparencias; peso, medida, textura, temperatura y brillo; sonoridades, resistencias e incluso capacidades de asombro, dolor, ternura, empatías, simpatías y antipatías. Porque para Merina todas las cosas son capaces de entablar una relación con su entorno, no sólo las cosas vivas. Los hombres y las mujeres, dice, son las únicas cosas que pueden alterar la secreta armonía del mundo. Para mejorarlo o para empeorarlo. Aunque ella bien sabe que desafortunadamente nuestra especie le ha encontrado el gusto al saqueo, la explotación desmedida, el asesinato y la modificación constante de todo lo que le rodea sólo para huir del aburrimiento. Por eso Merina se dedica a restaurar el orden que fue interrumpido tan descaradamente por los humanos.

No trata de representar el mundo de los adultos. Las ramitas no juegan a ser quinceañeras bailando su vals con un puñado de valientes chambelanes que se ocultan en una pila de corcholatas. El cuerpo momificado de un saltamontes nunca quiso ser la comadre que llega a tomar el té con galletitas de caca y a ver telenovelas más momificadas que el insecto. A Merina le basta con tocar suavemente uno de sus pequeños objetos para detectar las ganas que tiene de estar, digamos, junto a una lombriz de agua o una puntita de maguey. Así va colocando cada uno de los habitantes de ese mundo alterno en el lugar donde quieren pasar el tiempo con la niña. Entonces se inicia un diálogo tan sutil y hermoso como inaudito. Una maravilla que sólo Merina parece captar en toda su intensidad.

Pero su mamá no podía saberlo. Y el día que la despidieron de la fábrica de alimento llegó desesperada a la casa, sin aliento, sin esperanza, con ganas de reventar, de que algo pasara y no tuviera que verle su carita de hambre a Merina. Pero Merina no

pensaba en comer. Cuando vio a su mamá tumbada detrás del trastero, agitada por el llanto incontenible, corrió con sus amigos para que le ayudaran a sacar a Mami de ese pozo oscuro en el que había caído. Los colocó delicadamente en el sitio que ellos pidieron, unos en el cabello: dos boñigas de chivo y una luciérnaga; las piedritas de río prefirieron reanimar los pies; entre cuatro ramitas y la catarina se propusieron intensificar la corriente de energía nueva que emana de la columna vertebral. Así Merina intentaba curar lo que se había roto en Mami.

Y dije “intentaba” no porque no estuviera segura de lo que hacía. La mamá es la que no “podía” saberlo, que también lo he dicho antes.

La mamá, al sentirse invadida por esa parte del mundo de Merina que le causaba tanto dolor e indignación; una mezcla de horror, vergüenza, pena, y hasta un poquito de envidia, se incorporó abruptamente, haciendo volar a Merina junto con el resto de su círculo de sanación improvisado. Y antes de que Merina pudiera reaccionar, la mamá cogió aquella “basura” y de un solo movimiento la arrojó al fogón. Aunque no había lumbre, las cenizas de la mañana todavía estaban vivas, así que al sentir algo seco y combustible se abalanzaron hambrientas para convertirlo en fuego. Merina, horrorizada, sin dudarlo un segundo metió sus manitas a las entrañas de fuego para rescatar a los inocentes compañeros. La lumbre subió como el rayo por las mangas del suetercito y el cabello siempre suelto de Merina, quien ni aun así sacaba las manos tratando de encontrar inútilmente cualquier indicio de sus amores. La mamá corrió como cualquier mamá que viera encenderse de pronto a un hijo. La apartó del fogón y se echó sobre ella para sofocar el fuego con su propio cuerpo.

En el hospital civil hay pabellones para enfermos, fracturados, niños, adultos, y así, con decenas de camas cada uno, sin que las separe un muro o una cortina. Merina está en el pabellón de niños quemados. Tiene los bracitos envueltos en vendas y en

la cabeza sin pelo muchos ungüentos para el dolor y para desinfectar. Los médicos le inyectaron sedantes para que no sufriera mucho, por lo que ha estado durmiendo los últimos tres días. A un ladito de la cama hay una sillita de palo, sucia, vieja, con los travesaños rotos y astillados. De ahí no se ha movido la mamá, no se ha bañado, come y bebe lo que las enfermeras y los parientes de otros internos le han ofrecido. Ya es famosa. La saluda incluso el director general. Pero ella no tiene ojos más que para Merina.

Al cuarto día la mamá lleva horas con la cabeza inclinada. No se mueve. Es de noche y el silencio lo penetra todo. Algo como un parloteo de ranas lejanas comienza a volar por el aire oscuro. Se posa sobre la cabeza de la mamá y se descuelga por sus orejas. Ella sonríe dormida y permite que esa repentina sensación de bienestar circule por todo su cuerpo. Ya no se siente cansada. Tampoco triste. Levanta la cara y descubre que Merina la ha estado observando. Entre sus deditos vendados tiene restos de comida, una araña, dos pajitas viejas de escoba. Son los primeros nuevos compañeritos con los que empieza a reconstruir su mundo, que le permite reconstruirse a sí misma y a su mamá. Pareciera que ese parloteo de ranas, que ahora es más como un canto, sale no sólo de Merina, sino también de sus nuevos amigos. La mamá se arrodilla a un costado de la cama de su hija y le cubre delicadamente los bracitos con sus manos. Descubre que las cosas están donde quieren estar.



### 3.3.2 Tomu

*Kenneth Geraldo Martínez Martínez*

De pronto, cobró conciencia. Fue como un súbito espasmo, después del cual se quedó quieto por algún tiempo, acostumbrándose a sus sentidos. El muñeco parpadeó, primero con lentitud, impresionado por todo lo que había a su alrededor, y después rápidamente al darse cuenta de las propiedades de sus córneas. Sintió el suelo duro con sus manos de manta rellena. Contempló el cielo azul con sus ojos de botón. Después de varios minutos se paró con dificultad. Debía medir poco más de un metro, vestía un overol azul y tenía abundante pelo negro de estambre. Era de manta correosa, relleno de algodón o tal vez paja. Salió de la granja abandonada donde había estado olvidado por muchos años y se dirigió a la calle.

Debía ser medio día. Tomu, pues así se llamaba, no recordaba nada. No recordaba cuánto tiempo había estado sentado, recargado en la cerca de la granja, ni quien lo había llamado Tomu. Sí, ¿quién lo había hecho? ¿Por qué? ¿Sería un espantapájaros? Era improbable; hubiera estado en el medio de la granja, y no a las afueras. Y un muñeco tan pequeño como él no hubiera espantado a nadie. Y, ¿cómo era que sabía todas esas cosas?

Caminó por la calle empedrada durante varios minutos, sin saber exactamente hacia donde se dirigía, sorprendiéndose de ver las bellas casitas de barro y tejas, con lirios y tulipanes de colores en la entrada, y pajaritos cantando en los árboles de la acera. Después de algunos minutos Tomu se sintió solo. Le hubiera gustado ir a tocar a cualquier casa y saludar a los vecinos, pero se dio cuenta que era más bien introvertido, y eso le daría muchísima pena. Súbitamente, sintió una mirada penetrante desde la

ventana de la casa de la esquina. Se quedó inmóvil por algunos segundos, no sabiendo qué hacer, pero supo que si saludaba podía hacerse de algún amigo.

Volteó y con su mejor sonrisa y una mano levantada saludó con un fuerte “¡hola!” pero la persona no le respondió. Extrañamente, tampoco se escondió al ser descubierto por Tomu. Éste pensó que era de muy mala educación no responder a un saludo, pero después se dijo que sin duda todos en aquella ciudad eran buenas personas, de modo que lo más probable es que el vecino no lo hubiera escuchado. Se acercó más mientras agitaba la mano acompañado de un “¡hola, soy Tomu!” pero el espía seguía inmutable. Cuando llegó a la cerca de la casa, lo descubrió: quien no le quitaba la vista de encima era otro muñeco de tela con grandes ojos de botón. Sin embargo, su mirada estaba perdida, o más bien, apagada. El muñeco no se movía y no mostraba formas de vida.

Curioso, Tomu se preguntó si podría atravesar el patio y llamar a la puerta, y se decidió a hacerlo al recordar que estaba dentro de los límites de la etiqueta. Caminó por el adoquín hasta llegar a la ventana, y vio a un sucio muñeco mirando a la calle. A Tomu le causó conmoción ver a alguien como él, y sin embargo, no como él. Los ojos de este muñeco estaban perdidos, su rostro se veía inmóvil, sus músculos sin ninguna pista de vida. Tomu se acercó a la ventana hasta que su nariz de bola tocó el cristal, pero los ojos del habitante lo traspasaban; es como si Tomu no estuviera entre él y la calle; o más bien, como si el muñeco no viera nada en realidad.

Detrás del muñeco había una alfombra polvorosa y en el centro una mesita baja con unas pocas tasas.

—¿Hola? Amigo, ¿me escuchas? —preguntó Tomu al muñeco de la casa, sin recibir respuesta alguna.

De pronto Tomu entendió que ahora era él el espía, e inmediatamente corrió apenado hacia la calle, esperando que nadie se hubiera dado cuenta. Una conmoción increíble lo había anegado, al saber que tenía un prójimo en aquella casa que, sin embargo, parecía no tener conciencia. Nunca había dormido, pero estaba seguro que para dormir la gente tenía que acostarse y cerrar los ojos.

“¿Y si hay más muñecos como él, o como yo?”, se preguntó Tomu. Al término de la calle había una avenida a la derecha, y a la izquierda un camino polvoriento que bajaba la colina. Decidió tomar la avenida.

Atónito, vio dos muñecos a la entrada de un garaje algunas casas abajo. Corrió hacia ellos con una gran sonrisa y un fuerte “¡hola, soy Tomu!” pero al llegar vio sorprendido que eran como su amigo calle arriba: inmóviles. Era una regordeta muñeca con una falda de color morado y un gran pelo de estambre azabache, enlazado en un moño. El muñeco de al lado, indudablemente su esposo, tenía un bigote debajo de su nariz de bola, unos lentes frente a sus ojos de botón, y no tenía cabello.

—¿Hola? ¿Amables señores? Mi nombre es Tomu, encantado de conocerlos.

Pero ellos no le respondieron. No lo miraban ni siquiera. Decepcionado, Tomu retomó su curso.

Mientras seguía caminando, Tomu encontró que la avenida tenía lo que parecían negocios cerrados, carritos ambulantes y bicicletas abandonadas. También se dio cuenta que por todos lados había más muñecos. En cada tercera o cuarta casa encontraba uno con algo muy particular. Algunos más chicos, algunos más gordos. Había un pequeño niño-muñeco de la mitad de la estatura de los demás, con ojos de botón grises.

Tomu comenzó a sentirse desolado. Había decenas de muñecos como él, pero todos estaban... no, no podía decirlo. Parecían inertes, secos, congelados. Al fondo de la avenida había una plaza, y en ella al menos veinte diferentes muñecos de manta. Pero ninguno se movía o hablaba o daba muestras de vida. Tomu se sentó en un banco, sintiéndose más solo que nunca, y sin verlo venir se soltó a llorar. Gruesas lágrimas salían de sus ojos de botón, mientras se las limpiaba rápidamente con sus puños sin dedos para evitar que su cara se humedeciera.

“¿Qué le pasó a esta ciudad?” se preguntaba, “¿dónde están los demás?”. Después de lamentarse por un buen rato, Tomu decidió que no podía quedarse ahí nada más. Se dijo que aunque los muñecos despiertos fueran pocos, debían de haber algunos, para muestra estaba él mismo. Se dijo que recorrería toda la ciudad en busca de un compañero.

La ciudad era en realidad pequeña. No le tomó más que la tarde para recorrer todas las calles, que salvo la avenida principal, eran empedradas. Había al menos tres granjas más como la suya, y todas ellas tenían muñecos, aunque dormidos. Sobre las cinco de la tarde vio lo que parecía una escuela. Olvidando de nuevo sus modales entró y paseó en ella, encontrando dos salones llenos de niños-muñeco, vestidos con uniforme marrón mientras recibían clases de piano de otro muñeco bien vestido. Sintió un arrebató de cariño al ver a criaturas siendo educadas. “Si tan solo uno de ustedes hablara”, suspiró Tomu.

La noche se acercaba, el azul del cielo se transformaba en un cálido cobrizo. Tomu no estaba seguro si él dormía, o por cuanto tiempo, pero se dio cuenta que al menos en ese momento no tenía sueño o cansancio, si no se tomaba en cuenta la carga emocional de saberse solo. Se dijo que no había nada para él en aquel pueblo, y que si quería encontrar compañía debía buscarla

en otro lugar. Volvió a tomar la avenida principal, regresó hasta la calle desde donde había descendido originalmente, y entonces continuó por el pequeño camino que bajaba la colina. Era una vereda angosta. A la derecha había un bosque tupido del que se escuchaban chirridos y crujidos, y a la izquierda un pequeño barandal de madera para evitar que los viajeros terminaran en el fondo del valle. Después de un tiempo, cuando comenzaba a oscurecer, llegó a un bello puente que tenía a cada lado un precioso árbol de cerezo con hojas blancas y flores rosadas. Había un letrero detrás de uno de ellos. Al acercarse, leyó su mensaje: “Bienvenido a Nagoro”. En el umbral del puente, a la sombra de los cerezos, estaba un muñeco reclinado en el pasamanos.

Tomu se acercó y pensó que este muñeco en particular estaba muy sucio y descuidado. Su rostro parecía tener arrugas, si era posible tal cosa. Un gran sombrero le cubría el rostro.

—¡Adiós, Nagoro! ¡Adiós amable señor! Voy a buscar suertes en otro lado.

—¡Adiós febril criatura! —escuchó Tomu de repente. Habiéndose hecho a la idea que los muñecos no hablaban, el saludo lo estremeció.

—¿Habló usted señor? —preguntó espantado Tomu, diciendo dentro de sí que los muñecos no hablaban.

—Pues claro que hablé, muchacho. ¿Ves a alguien más a nuestro alrededor? —todo esto lo dijo sin mover los labios ni moverse él mismo.

—Mi señor, ¡qué alegría escuchar otra voz! —el miedo de Tomu se convertía rápidamente en júbilo— Hoy he tenido uno de los peores días de mi existencia, al no encontrar a nadie que me pueda hacer compañía.

—Entiendo ese sentimiento hijo, yo lo he tenido mucho tiempo. Pero después te acostumbras y aprendes a hacerte compañía a ti mismo. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Pero que modales los míos, no me he presentado. ¡Mi nombre es Tomu botón-suelto! ¡Un placer!

Tomu extendió la mano pero el señor no le devolvió el saludo.

—Encantado de conocerte Tomu. Mi nombre es Xi, guardián de Nagoro. Perdóname que no te salude de mano, pero aún no he aprendido a moverme. Solamente puedo hablar.

Cientos de preguntas inundaron la cabeza de Tomu con la última respuesta de Xi. Quería preguntarlas todas a la vez pero sabía que era de mala educación ser demasiado intrusivo, de modo que precipitadamente escogió una.

—¿Dice usted que es el guardián de la ciudad, Xi? Sin duda que usted conoce la historia de nuestro pueblo, quiénes somos y de dónde venimos.

—Ah la verdad la conozco, estimado Tomu. O la conocía en algún punto. Tengo que reconocer que hace muchos años nadie ha pasado por este puente, y no he tenido la oportunidad de decirle la historia a nadie. Y tú sabes que lo que no se cuenta, se olvida.

—Ah...

Tomu se recriminó haber escogido la única pregunta que Xi no sabía. Pero, sin poder contenerse, prosiguió

—Señor, ¿podría hacerle otra pregunta?

—Las que quieras hijo, es tan temprano que el mañana aún no llega.

—Este día estuve en la ciudad, buscando por todos lados la compañía que no encontré sino en usted. Hablé y saludé a todos los muñecos y nadie me respondió. Y veo que usted ha aprendido a hablar pero no a moverse. ¿A qué se deben las diferencias?

—Oh, Tomu, cada uno de nosotros tenemos nuestro momento. Podemos tardar meses, años o siglos en despertar, pero tarde o temprano lo haremos. Y, sin embargo, hasta ahora no muchos lo hemos conseguido.

El “no muchos” arrebató a Tomu.

—¿No muchos, mi señor? ¿Quiere decir que usted ha conocido más muñecos antes que yo? ¿Dónde están? ¿Cómo se llaman?

—Si te digo la verdad en este momento solo recuerdo una linda ella-muñeco de hace mucho tiempo. Era una joven risueña que venía diario a platicar conmigo. Bijin, ese era su nombre.

Tomu sintió ansiedad y alegría subir de su estómago de manta. ¡Había otro como él! ¡Un amigo, un prójimo!

—Y, ¿cuándo fue la última vez que vino?

—Es difícil saberlo; suelo contar las puestas de sol pero de vez en cuando pierdo la cuenta y tengo que comenzar de cero. El más reciente cálculo lleva treinta atardeceres, y en ninguna de ellas ha aparecido Bijin por aquí.

—¿Cree usted que esté bien? —preguntó tímidamente Tomu, siempre preocupado en ofender a su interlocutor. Podría ser que ya no viene porque se mudó, o ya no encuentra de qué platicar.

Tomu deseó haberse ahorrado la última parte, pues implicaba que Xi era un mal interlocutor.

—Tal vez algo de esto, tal vez algo de lo otro. Pero tú bien podrías ir a su casa y averiguar por tu propia cuenta si sigue ahí.

—¿Es que sabe dónde vive?

—Pues claro, es de las primeras cosas que se cuentan. Dijo que vivía en... Komab #4.

Tomu abrió mucho lo ojos al escuchar la dirección de la ella-muñeco. Intentó seguir la conversación con naturalidad algunos minutos más pero le fue imposible esperar. Se excusó diciendo que visitaría a Bijin antes que fuera más tarde, y regresó por el mismo camino de terracería que llevaba a la ciudad.

—Gracias señor Xi! Lo visitaré pronto.

—¡Dale mis saludos a Bijin!

La noche se había cernido sobre el bosque. Grillos y gruñidos de todo tipo se escuchaban, pero Tomu no tenía tiempo de sentir miedo; estaba emocionado como nunca ante la idea de conocer a alguien como él. Y más aún, ¡una ella-muñeco! ¿Cómo sería Bijin? ¿Sería risueña, alegre, abierta? ¿O tal vez tímida, introvertida, pero muy dulce? Ambas opciones le sonaban fascinantes. ¿De qué color serían sus cabellos de estambre? ¿Cuál sería su pasatiempo favorito? ¿Qué aventuras habría vivido en todo ese tiempo de no conocerlo a él?

Tomu llegó a la avenida principal y extrañamente vio que las luces de la calle estaban encendidas. Tomu caminó sorprendido al ver cómo la luz artificial daba un aspecto completamente diferente a la ciudad; más irreal, más efímero. De pronto, escuchó a lo lejos una suave melodía, *If it takes forever, I will wait for you*. ¡Alguien estaba tocando música en la plaza de la ciudad! Tomu corrió con todas sus fuerzas para llegar a la plaza y descubrir la gran fiesta que la ciudad había montado. A lo lejos, vio bastantes muñecos en toda la plaza, adultos, ancianos, niños-muñeco. Tomu sonrió

y corrió con más determinación hasta llegar al centro de la plaza con un gran “¡hola, soy Tomu!”. Y sin embargo, nadie le respondió. Giró a ver los muñecos y se dio cuenta que eran los mismos que había encontrado en la mañana, exactamente en las mismas posiciones. Todos y cada uno de ellos seguían inmóviles. ¿Pero y la música, de dónde venía? Se escuchaba tan viva, tan real, *till you are here beside me, till I'm touching you*, Siguió el sonido y encontró grandes bocinas empotradas en el quiosco de la plaza, *and forever more I will wait for you*.

El carrusel de emociones destrozó a Tomu. Se había dado cuenta que estaba solo, pero nunca antes como en este momento había tenido la esperanza de conocer a alguien más. Se sentó al lado del quiosco y lloró con desconsolación.

“¿De dónde venimos? ¿Por qué estoy hecho de trapo? ¿Y por qué solamente yo puedo hablar y moverme?” Se preguntaba una y otra vez. Y después, se atrevió a cuestionar lo que había mantenido enclaustrado en un rincón de su mente, fuertemente custodiado por el miedo. “¿Es que sólo yo estoy vivo?” La simple idea de pensar que solo él vivía y que los demás... no-vivían, le aterraba. Y sin embargo, la lógica le decía que efectivamente todos ellos estaban... muertos.

Y fue entonces cuando recordó a Xi y a Bijin. Había al menos alguien más que estaba vivo, completamente vivo, como él. Komab #4. Era ahí donde tenía que ir.

Tomu sacó fuerzas de flaqueza y comenzó a buscar el edificio. Era media noche cuando por fin dio con él. La decepción del quiosco se había pasado, y una vez más estaba nervioso y animado por conocer a un igual. No se veía nada tras las ventanas del número cuatro. Tomu tocó imaginando lo molesto que él estaría si alguien lo despertara a tales deshoras de la noche.

—¡Hola, soy Tomu! ¿Esta Bijin?

Nadie ni nada contestó. Tomu tocó una segunda vez. Aun una tercera con más fuerza. ¡Nada!

—¡Hola! ¡Soy Tomu! ¡Busco a Bijin!

El pobre Tomu entró en la desesperación. Tenía que ser ahí, Xi se lo había dicho.

—¡Bijin! ¡Disculpa la hora pero necesito hablar contigo!

Nada.

Alterado, Tomu se acercó a la ventana, y vio a un muñeco sonriente en la sala de la casa. Sin pensarlo dos veces, abrió la puerta. La luz de la luna entró en el hogar. Se veía limpio, cuidado. Había una mesa corta de té y alrededor de ella no uno sino tres muñecos. Dos de ellos parecían ancianos, pero uno de ellos estaba lozano y hermoso.

Tomu se acercó embelesado para contemplar a la joven ella-muñeco. Su pelo de estambre era rojizo y quebrado. Sus ojos de botón eran rasgados y brillaban pálidamente con la luz de la luna, dando una expresión de vivacidad y alegría natural. Su nariz de bola era pequeña, y su boca cocida sonreía con paz e inocencia. Tomu la contempló fuera de sí por mucho tiempo. Ella debía ser Bijin, pues a la verdad ella era bonita. Tomu no sabía lo que es el amor, pero en ese momento se dio cuenta que estaba enamorado.

Sin haber hablado con nadie, ni haber encontrado alguien vivo, por alguna razón el corazón de Tomu rebotaba de satisfacción. Con calma y cuidado, salió de la casa de Bijin y fue caminando calle abajo, no triste ni contento. No enojado ni feliz.

Debían ser las dos de la mañana. Las luces seguían encendidas en las calles principales; la música de la plaza había pasado de romántica a un suave vals instrumental. El piano acompañaba los

pensamientos de Tomu, que de pronto se supo muy cansado. “Yo pensaba que nosotros no necesitábamos dormir”. Se preguntó qué hubiera sido si hubiera encontrado a una Bijin despierta; de cuántas cosas hubieran hablado, qué secretos se habrían contado. En Komab Tomu dejaba al primer amor de su vida, y acaso se sentía más solo que nunca. Se sentía más solo que en la mañana cuando buscaba otro como él en la ciudad, más solo que cuando decidió ir a buscar fortuna fuera de Nagoro, más solo que cuando por breves instantes creyó que todos habían despertado. Su soledad era un gran agujero en el vientre. Era la oscuridad de la noche y el compás de la música. Era la respiración pausada y el fresco viento que arremolinaba sus cabellos de estambre.

“Debo dormir un rato, eso es todo”, se dijo. No se atrevía a quedarse en la calle, so pena que alguien fuera a pensar que es un vagabundo; mucho menos a entrar en la casa de algún muñeco sin vida, como si fuera cualquier ladrón. Decidió regresar al mismo lugar donde había despertado, pues ese era un lugar seguro. Llegó a la granja, y se sentó recargado en la cerca. Decidió que el día siguiente iría a ver al viejo Xi para despedirse, e irse a otra ciudad.

De pronto, cobró conciencia. Fue como un súbito espasmo, después del cual se quedó quieto por algún tiempo, acostumbrándose a sus sentidos. Debía ser medio día. Tomu, pues así se llamaba, no recordaba nada. No recordaba cuanto tiempo había estado sentado, recargado en la cerca de la granja, ni quien lo había llamado Tomu.



### 3.3.3 *¡No hagan ruido!*

*Javier Alejandro Avedaño Rillon*

La espeluznante mujer subió las escaleras con firmeza, victoriosa antes del combate, sin miedo, cual una luchadora de catch. Sólo un piso la separaba del departamento de la familia Lukea, que se componía de una joven pareja extranjera con dos niños pequeños. Llevaban apenas una semana instalados en su nuevo departamento capitalino. La joven madre de familia, Erja, que se encontraba en ese momento sola con los niños, pudo oír los pesados pasos de la horrenda mujer subiendo las escaleras. Golpeó la puerta a la manera de un Nazi decidido a encontrar judíos. Sorprendida por la violencia de los golpes, Erja abrió la puerta con aprensión. Su mirada cruzó la de la mujer, fría e imperturbable. Era pequeña, maciza, corpulenta, parecía más hombre que mujer. Con voz de esténtor gritó:

—¿Será necesario llamar a la policía o contratar a un abogado para que dejen de hacer ruido?

—¿Perdón? —respondió Erja sorprendida por la violencia y prácticamente por el odio que pudo percibir en la voz y el tono de la mujer.

—Sí, sus hijos, sobre todo el mayor, no dejan de hacer ruido. Corren por el pasillo que da directamente a mi cuarto y es muy molesto.

—Lo lamento señora, pero son niños, no puedo atarlos o amordazarlos. Además no son niños particularmente ruidosos. El problema es el tipo de edificio en el cual vivimos. Se oye todo, está mal insonorizado.

Como si no la escuchara, la tremenda señora que tenían por vecina y que respondía al muy germánico nombre de Irma le contestó sin abandonar su tonito amenazador:

—Estuve a punto de comprarles una alfombra para que amortigüe el ruido. Dígale a su hijo mayor que no corra, vivimos en un edificio y debemos respetar ciertas reglas básicas. ¿Es que acaso no conocen el reglamento?

—¿Qué reglamento? —contestó Erja cada vez más molesta.

—No se debe hacer ruido entre las 9 de la noche y las 9 de la mañana; ningún tipo de ruido, ni martilleos, ni gritos, ni ladridos (los Lukea tenían dos perros Chihuahua, lo que no mejoraba las cosas), ni correteos por los pasillos, nada. ¿Está claro?

—Señora, me parece un poco exagerado, no vivimos en un monasterio. Hay muchos jóvenes que rentan en estos edificios y se me hace injusto que se les impongan reglas tan estrictas.

—Sí, pero yo soy la dueña de esos departamentos, y en el contrato específico muy bien a esos estudiantes que no quiero ningún tipo de ruido; si hacen, se van de patitas a la calle y ellos lo saben.

La mujer hizo un gesto terrible con la mano, como si hubiese querido expulsar a todos los habitantes del planeta y encontrar así el silencio que tanto deseaba. En efecto, ella era la propietaria de todos los departamentos del condominio, excepto el de los Lukea y el de la familia del tercer piso, que se componía de un matrimonio con una niña de alrededor 11 años. Los Lukea ocupaban el departamento del segundo piso. Irma vivía en el primer piso. La manera de hablar de Irma denunciaba su poca cultura, su acento era provinciano y sus gestos masculinos y vulgares. Tenía el cabello largo que trataba de mantener ordenado en una cola

de caballo que se ataba a la rápida. No se maquillaba. Se advertía que no perdía mucho tiempo en cosas superfluas; lo femenino no era lo suyo. Iba de hecho vestida con un jean deslavado y un suéter amplio que había robado sin duda a su marido. Al lado de la belleza y feminidad de Erja la espeluznante señora Irma, terror del edificio, parecía más bien un ogro, intensificado por las verrugas que surcaban su huraño y tosco rostro.

Los hijos de Tutkimus y Erja estaban mirando la televisión, pero el niño mayor, de apenas 4 años, al percatarse del tono seco y frío de la señora Irma se acercó a su mamá con cierto miedo. Al verlo, la señora Irma lo interpeló directamente:

—¿Y tú? ¿Qué no escuchas a tu mamá cuando te dice que no hagas ruido?

El pobre niño se aferró a la pierna de su madre como si la vieja bruja que le estaba hablando se lo fuera a comer. Erja quiso dar por concluida la discusión y cerró la puerta prometiendo vagamente que trataría de tener más cuidado con el ruido. En cuanto su marido Tutkimus regresó de la universidad – tanto Erja como Tutkimus eran profesores en prestigiosas universidades del país – Erja se apresuró en contarle todo lo sucedido con un aire de pánico y de incompreensión en la voz:

—¿Comprendes? Esa mujer realmente me asustó. Nuestros hijos son aún muy pequeños, por más que hablemos con ellos seguirán haciendo ruido, no siempre los podremos controlar.

Tutkimus solo había visto a la señora Irma de lejos, no recordaba exactamente su rostro, pero lo poco que pudo percibir le pareció que era en efecto una mujer vulgar. A partir de ese día Tutkimus y Erja comenzaron a vivir con el miedo de hacer ruido. Decidieron hablar con su hijo mayor para que dejara de correr, pero las buenas intenciones duraron solo unos días. Cuando se

le llamaba y que sus padres estaban en otro cuarto el niño iba a verlos feliz corriendo a más no poder, lo que provocaba la ira y gestos histéricos de ambos. Más encima, el bebé que tenían de tan sólo un año se volvió precisamente en ese momento caprichoso y berrinchudo. Por la más insignificante de las razones el bebé comenzaba a dar unos chillidos que se oían hasta la entrada del condominio. Cuando chillaba, Erja y Tutkimus le ponían la mano en la boca y el bebé los mordía, aún más encolerizado. La pareja decidió además tomar otras medidas simples para evitar problemas con los vecinos. Dejaron por ejemplo de tirar la cadena después de las 8 de la noche y compraron pantuflas a todos para evitar de caminar con zapatos en el departamento. Pero lo más complicado fue controlar a sus dos perros Chihuahua los cuales, como es típico de aquella raza, ladraban por cualquier banalidad. Si una palabra tenía por ejemplo la desdicha de ser pronunciada demasiado fuerte, aquello asustaba a las perrillas, y ladraban. Si uno de los niños hacía un gesto muy brusco, aquello desataba ladridos terriblemente agudos e irritantes. Si un carro pasaba delante del gran ventanal de la sala, aquello provocaba ladridos estruendosos. Inclusive el simple volar de una mosca les hacía ladrar. Erja, que era la que pasaba más tiempo en casa, vivía pendiente del más mínimo movimiento de sus perras, temiendo que fueran a ladrar en pleno día, o peor, de noche. Las encerraba continuamente en los cuartos para evitar que fuesen al salón y cuando los vecinos del tercero, que tenían también un perro, bajaban para que su mascota hiciese sus necesidades, Erja agarraba a sus perras con un gesto despavorido y se escondía con ellas en el cuarto de baño como si se estuviese escondiendo de la Gestapo.

Las semanas pasaron y pronto comenzaron a despreocuparse por el ruido. Un día Tutkimus se topó con el vecino del tercer piso y le comentó la amenaza que habían sufrido por parte de la

señora Irma, que si no dejaban de hacer ruido, contrataría a un abogado. El vecino, con un aspecto resignado y altanero a la vez, le respondió calmadamente que nunca había visto a una mujer tan inculta y vulgar y que lo mejor era evitarla a toda costa.

Dos días después Tutkimus, que era un apasionado de arte, regresó a casa con dos reproducciones de un pintor danés que había mandado a enmarcar. “Los colgaré el sábado”, se dijo tranquilamente, sin prever las consecuencias catastróficas que este acto fútil tendría en su vida. Ese sábado eran aproximadamente las 11 de la mañana, y como no oía ruido en el primer piso imaginó que la horrenda Irma había salido. Los vecinos del tercer piso ya se habían levantado desde hace un buen rato, incluso los oyó pasar la aspiradora muy temprano. Confiado y aprovechando que sus hijos miraban tranquilamente la televisión, se dispuso a colgar sus preciados cuadros. El martilleo duró tan solo unos minutos, pero siendo el muro bastante duro los golpes se oyeron lo suficiente como para que cinco minutos después la señora Irma se encontrase delante de la puerta de los Lukea roja de ira. Tenía la marca de los pliegues de la almohada todavía estampados en los cachetes, por lo que Tutkimus dedujo que se había despertado con los martilleos.

—¡Esto ya no puede seguir así! —eructó la repulsiva señora Irma, aún más grotesca vestida con pijama; —Quiero que se convoque a una reunión con los vecinos para que quede bien claro las horas establecidas para hacer ruido! ¡Me parece que fui bien clara al decirle que no se puede hacer ruido entre las 9 de la noche y las 9 de la mañana!-.

Eran las 11. Tutkimus miró su reloj calmadamente y dijo con tono de triunfo:

—Señora, son las 11 de la mañana.

Encontrándose algo tonta frente al inapelable argumento de Tutkimus, la señora Irma no encontró nada más que decir que un simple: —¡ah! —. Desconcertada, sus ojos vagaron un momento en el vacío tratando de encontrar argumentos pero en ese preciso instante, como si fuese una aparición, su mirada se centró en la serie de libreros que estaban a espaldas de Tutkimus. En efecto, bajo el poder de la rabia la señora Irma no había visto la impresionante biblioteca de la familia. Tres libreros gigantescos ocupaban toda una pared del departamento; el espacio estaba repleto de libros, de arriba hacia abajo, de izquierda a derecha. Tutkimus vio como los ojos de la vieja bruja hicieron un giro de 360 grados, abarcando todos los libros como si se tratase de la primera vez que hubiese visto el mar. Tutkimus pudo notar de manera evidente como su mirada pasó de la sorpresa al desprecio en menos de dos segundos. El rostro de la iracunda mujer se endureció aún más; y de los libros su mirada se posó en los ojos de Tutkimus con tal fuerza y desdén que él pudo prácticamente adivinar lo que la mujer estaba pensando: “¡Intelectuales! ¡No faltaba más!”. Tutkimus pudo advertir el brillo intenso de sus ojos, conteniendo una mezcla de ira y de envidia. Sintió que algo había pasado, que había algo más que iba a cambiar sus relaciones. En ese momento Tutkimus no pudo definirlo, pero sintió que una especie de guerra estaba declarada. Hubo un momento de silencio, embarazoso, y sintiendo que todo estaba dicho entre ellos Irma se despidió bruscamente escupiendo un: —luego hablaremos.

En la tarde del mismo día, antes del regreso de su esposa y en un momento de tranquilidad mientras sus hijos jugaban en su cuarto, Tutkimus pudo oír desde su salón la voz melodiosa de Irma dando órdenes a sus empleados. Dueña de casi todos los departamentos del condominio, Irma dirigía un séquito de empleados de toda índole: plomeros, niñeras, un ama de llave, electricistas, mecánicos, albañiles, cocineras. Era un ir y venir diario

de empleados que la ogra dirigía cuál un Napoleón frente a sus tropas. Todos le obedecían sin chistar, su voz de comando, su mirada tiránica y sus gestos viriles no ofrecían resistencia alguna. Ese poder de mando Irma lo adquiría del usufructo de la renta de sus departamentos: dueña de más de 18 departamentos, la mujer poseía una acomodada pequeña fortuna que le permitía vivir al margen de todo problema de índole económico. Esa tranquilidad le daba un aire de superioridad insoportable que mezclado con su vulgaridad se volvía caricatural. Desde el ventanal, Tutkimus observaba a la generala Irma en plena acción. Comprendió entonces que ese aire terrible que ella se daba escondía en realidad una flaqueza que por el momento Tutkimus sólo podía entrever, y que se aclararía, en circunstancias dramáticas, un poco más tarde.

Pero no nos adelantemos y volvamos a lo del ruido que fue la razón de la afable visita de Irma. Apenas su esposa regresó del trabajo, Tutkimus le contó lo sucedido, omitiendo lo que había observado desde el ventanal para no asustarla más. Desde entonces vivieron aún más en un miedo permanente. Para evitar que sus hijos hicieran ruido si por desgracia se despertaban demasiado temprano, Tutkimus decidió cargarlos cada vez que querían ir al baño o ir a su cuarto. Con el paso de las semanas esta táctica se volvió una tortura para su espalda. Las perras eran encerradas una buena parte del día, provocando que de pena, miedo o por el largo encierro se hiciesen pipi en los cuartos y en el pasillo. Pronto el olor a orina invadió el departamento. La televisión era escuchada con un volumen muy bajo, a tal punto que de impotencia Erja y Tutkimus subían el volumen al cabo de un momento, pero por la aprensión les parecía enseguida que el volumen era amplificado y lo volvían a bajar. De fastidio terminaban yéndose a dormir. La cadena de los baños se tiraba por última vez a las 8, pero ocurría a veces que por desgracia alguno de los dos o uno de los niños tenía el deseo de utilizar el escusado después de esa hora; entonces tirar la cadena se volvía todo un

tormento. Intentaban camuflar el ruido con toallas que ponían encima del depósito de agua y del escusado y tiraban de una mano tembleque la cadena empleando precauciones inauditas, como si estuviesen activando una bomba atómica. Sus vidas se volvieron un suplicio. Ellos mismos se tornaron huraños con los niños y las perrillas ya que consideraban que eran directamente causantes de su tormento. “¡Esto ya no puede seguir así!” se dijo Erja una tarde tratando desesperada de callar a su bebé que lloraba a más no poder. Decidieron entonces hacer caso omiso de las amenazas de la Valkiria diabólica que tenían como vecina y trataron de retomar una vida normal.

No les duró mucho, Irma la guerrera volvió a la carga tras un incidente mayor. Una mañana, como a eso de las 8, Tutkimus acababa de lavar la vajilla del desayuno. Estaba terminando de limpiar el fregadero y su hijo mayor se encontraba jugueteando al lado de él. Como quería ver lo que su papá estaba haciendo, de pronto levantó su mano y se agarró del escurridor de platos. Lo jaló fuerte hacia él arrastrándolo junto con los platos, tazas, tenedores, cuchillos y cucharas que Tutkimus acababa de lavar. El estrépito fue horrible, atroz. Le pareció a Tutkimus que un avión de guerra se estrellaba en su cocina. Tras el susto, Tutkimus verificó que su hijo no estuviese lastimado, pero este último no solo no estaba lastimado, sino que parecía encantado de haber provocado tal estruendo, lanzando risitas y sintiéndose casi con poderes divinos. Tutkimus poco a poco fue comprendiendo la gravedad de la situación; el estruendo fue enorme y seguramente el ruido había despertado a la vieja bruja. Tutkimus entró en pánico, agarrándose la cabeza con las dos manos y buscando ya explicaciones cuando en eso oyó la puerta de Irma abrirse y cerrarse inmediatamente de un golpe seco “¡Va a subir!”, se dijo Tutkimus mientras se acercaba a la puerta buscando ya argumentos para defenderse. La verdad es que ni siquiera tuvo tiempo; Irma golpeó violentamente a la puerta de los Lukea y al abrir Tutkimus ni tuvo tiempo de abrir la boca:

—¡Es obvio que ya lo están haciendo a propósito! ¡Si desean la guerra la van a tener!

Mientras Irma vociferaba y escupía sus amenazas Tutkimus dejó un momento de oírla y se centró en un fenómeno extraño. Le parecía que los ojos de la bruja se dirigían casi bajo el influjo de un poder magnético hacia los libros situados tras él. Su voz incluso parecía cambiar y calmarse bajo el efecto de una extraña emoción. Por fin dejó de mirar a Tutkimus para centrarse definitivamente en los libros. Su mirada se volvió irreconocible; Tutkimus pudo percibir una mezcla de rabia, de envidia y de tristeza en sus ojos, una mirada que nunca había visto. Los ojos de Irma parecían querer desentrañar el misterio de esos libros que parecían desafiarla. Tutkimus comprendió entonces el comentario del vecino quién le dijo que nunca había visto a una mujer tan inculta. En efecto, Irma no parecía una mujer muy culta. Los libros frente a ella le parecían una afrenta, un muro infranqueable, un océano imposible de atravesar. En la mirada triste y resentida de Irma se notaba el deseo de acceder a esas miles de historias que se extendían frente a ella, a esos miles de personajes que tenían profundos mensajes que transmitir, con sus respectivos deseos, alegrías, frustraciones y miserias. Toda la humanidad le hacía frente en simplemente tres estantes. Irma recordó en tan solo esos pocos segundos su infancia miserable, su escolaridad caótica, sus problemas familiares y su juventud atormentada. Su única revancha frente a la vida era el ser dueña de sus departamentos que le procuraban un bienestar económico, pero a menudo sin saber qué hacer con ese dinero lo terminaba malgastando en tonterías. Como si regresara de una pesadilla, Irma volvió a posar la mirada en Tutkimus, y una vez más su mirada cambió, volviéndose despreciativa, como si Tutkimus fuera una vil rata.

—¡Están prevenidos! —escupió Irma en un último impropio, pero Tutkimus sintió que había perdido fuerzas y que algo la perturbaba.

Desde aquel día la vida de los Lukea se convirtió definitivamente en un infierno. Tutkimus le contó obviamente la escena a su esposa y Erja notó enseguida cambios en el edificio que ella le contaba a su vez a su esposo. Erja notó por ejemplo que Irma azotaba sin duda a propósito la puerta de su departamento y del edificio cada vez que salía, haciendo temblar los ventanales de todo el edificio. Por su lado Tutkimus notó que cuando los vecinos regresaban del trabajo y que se topaban con Irma ésta los detenía para hacerles plática. Los conciliábulos duraban un buen rato y escondido tras sus cortinas Tutkimus notaba cómo los vecinos lanzaban miradas malintencionadas hacia su departamento. Seguramente algo tramaban todos, y como le temían y la respetaban por su fortuna sin duda todos la defenderían. Y en efecto, fue lo que sucedió. Los vecinos se encargaron también de hacerles la vida imposible. La pareja del departamento de arriba sacaba a su perro exactamente al mismo tiempo que lo hacía Tutkimus, obviamente de manera intencional, lo que provocaba el ladrido de los perros y un día hasta se formó una trifulca que hirió a una de las perritas de los Lukea. Erja tuvo la mala idea una mañana de poner la basura dentro del contenedor de los residentes del edificio de Irma; a la mañana siguiente Erja encontró su bolsa de basura delante de su puerta. Al toparse en la tarde con Irma ésta le gritó prácticamente que el contenedor era solo para sus inquilinos. Erja estuvo obligada de conservar su basura toda la semana en casa, lo que diseminaba un olor espantoso por todo el departamento, olor exacerbado por los pañales de su bebé. La administradora del edificio, que era la vecina del departamento del tercer piso, no le entregaba a tiempo las facturas de agua y luz, por lo que varias veces ambos servicios les fueron cortados. Fuera de pagar los gastos suplementarios ocasionados por el corte, Erja perdió tiempo y pasó malos ratos peleándose con los funcionarios incompetentes de la administración.

Tutkimus se dio cuenta que todos ya no hablaban de su familia más que como “los extranjeros”. Apenas los miraban y aún menos les dirigían la palabra. Lo que más le dolía a Erja y a Tutkimus era el trato que les reservaban a los niños. Nunca les otorgaron una sonrisa, un saludo o un gesto amistoso. Los consideraban como bichos molestos causantes de todos los ruidos de la residencia. Esto fue para los Lukea la gota que derramó el vaso. La indiferencia hacia sus hijos les fue insoportable. Un día en medio de sollozos Erja le dijo a su esposo que ya no podía más y que quería mudarse. Aunque Tutkimus ya lo había pensado, no quiso dar su brazo a torcer y ver a la vieja bruja ganar la partida.

—Debemos ser más fuertes, no podemos permitir que esa mujer nos venza. Si nos vamos es como si le diéramos razón, y no la tiene.

Erja sacudía la cabeza como si le pidiesen demasiado, un esfuerzo supremo que sabía que era incapaz de asumir.

—No Tutkimus, no, nadie nos quiere aquí, no puedo soportar que traten mal a los niños; nuestra vida seguirá siendo un infierno, nunca nos aceptarán.

Tutkimus sentía que su esposa tenía razón, pero no quiso ceder

—¡Un mes más, démonos un mes más, y si vemos que las cosas no cambian entonces te prometo que nos mudaremos, te lo prometo!

El tiempo dio razón a Erja y las cosas no cambiaron, al contrario, fueron de mal en peor. La maldad de Irma ya no tenía límites. Una noche el hijo menor de los Lukea comenzó a mostrar signos de enfermedad, lloraba y lloraba a más no poder y no quería comer. Asustados los Lukea llamaron a un médico. Felizmente se trataba sólo de una infección a la garganta. Pero el ruido de la ambulancia, el ladrido de las perras y sobre todo el

llanto del niño exasperaron a Irma. Una hora después de que el médico se fuera la policía golpeó a la puerta de los Lukea. Habían sido denunciados por ruido excesivo y por perturbar la paz de los vecinos. No fueron multados pero la humillación de ver a la policía golpear a su puerta fue más que suficiente. No necesitaban saber quién había llamado a la policía. Esa noche la decisión fue tomada, se irían.

Los Lukea pasaron enseguida semanas difíciles tratando de encontrar el tiempo y las fuerzas para hallar un nuevo departamento. Tuvieron que aguantar y quedarse aún tres semanas, lo que les pareció un suplicio, la humillación suprema. Cada día traía su nueva dosis de vejaciones y malos ratos.

Por fin el día tan esperado de la mudanza llegó. Contentos con la esperanza de hallar finalmente una vida más tranquila los Lukea dejaban sin embargo su hogar con un profundo sentimiento de frustración. El trago era amargo, no pasaba. Una injusticia enorme se estaba cometiendo y nadie intercedía por ellos. No podían creer que la maldad humana pudiese alcanzar tal nivel. Tutkimus sobre todo buscaba una manera de vengarse, no quería irse sin dejar que la vieja bruja triunfara a sus anchas. Pero no quería verla; hablar frente a frente con una mujer así no servía de nada; y ver el triunfo en sus ojos le sería insoportable y humillante. Entonces se le ocurrió una idea: le escribiría una carta. No sería en absoluto una carta de insultos, para nada, Tutkimus le haría saber solamente de manera tranquila y correcta lo injusto de la situación y lo inhumano de su proceder. Mientras Erja se encargaba de los niños y los empleados de la compañía de mudanzas metían sus últimas pertenencias en cajas, Tutkimus se sentó a escribir a escondidas de su esposa la carta liberadora. Aunque no serviría de nada, ya que finalmente Irma había terminado por triunfar, pero al menos Tutkimus no se quedaría con la frustración. La carta acabada, Tutkimus la volvió a leer varias veces. Satisfecho la puso en un sobre y luego en su bolsillo.

Irma por supuesto estaba al tanto de la mudanza; se había percatado del ir y venir de los Lukea durante las semanas del preparativo de su mudanza y había visto el enorme camión llegar. Sin embargo, si Tutkimus hubiese podido verla, se hubiese percatado que su rostro no reflejaba en absoluto el triunfo. Sus ojos reflejaban una mezcla de soberbia y de profunda tristeza. Ya era de noche, y escondida tras sus cortinas Irma veía como los muebles, camas y efectos personales de los Lukea eran metidos en el camión. Lo último en ser empacado fueron los libros. Irma vio como los empleados cargaban pesadas cajas repletas de libros. Los ojos de Irma adquirieron un brillo extraño. El camión ya estaba cargado. Los Lukea ya podían irse. Una última mirada a su departamento y los Lukea hacían bajar con cuidado las escaleras a los niños, quienes estaban vueltos locos por la novedad de vivir en una nueva casa. Al bajar Tutkimus palpó su bolsillo de manera mecánica para asegurarse que el sobre estaba bien en el interior. Al pasar delante del departamento de Irma y a escondidas de su esposa, Tutkimus deslizó delicadamente el sobre bajo la puerta de la mujer causante de todos sus males. Se sintió aliviado.

Irma, medio escondida tras sus cortinas, oyó el sobre deslizarse bajo su puerta. Se volvió con indiferencia y lo observó, pero su mirada regresó tras un instante al camión y vio por última vez a los Lukea, quienes se subían con un aspecto resignado al camión. Ya no los vería nunca más. El camión se fue. Irma se quedó aún un instante plantada frente a su ventana, como si esperase algo; pero ya era de noche, estaba cansada y los Lukea se habían marchado por fin. Se volteó y vio el sobre en el suelo. Sabía por instinto lo que el sobre contenía, lo tomó con indiferencia, lo puso encima de un mueble del salón y se dispuso a acostarse. Además, ¿Para qué abrirlo?

Irma no sabía leer.









## CATEGORÍA 4: DRAMATURGIA

## 4.1 Preparatoria

## 4.1.1 Locos por aquí, patos por allá

*Aranxa Vizcarra Chávez*

## ESCENA

*(Se encuentra Hugo sentado en el aire en una esquina del escenario viendo hacia cualquier lugar y riendo como si estuviera hablando con alguien. Está vestido con pantalón de mezclilla con un agujero en la rodilla, una playera roja muy sucia y rota de abajo y un guante negro ya descosido.)*

*(Hay una pequeña luz que afofa a Hugo mientras el reflector a foca al otro lado del escenario.)*

*Se escuchan personas hablando y Hugo se tapa los oídos y cierra los ojos moviendo la cabeza hacia los lados y caminando desesperadamente.)*

*(Hugo se detiene en el centro del escenario, y dándole la espalda al público empieza a hablar...)*

HUGO. —Hola, me llamo Hugo, me d dijeron que tenía que presentar un ejercicio de e locución para poder entrar, si no, no me venderán carnitas para mi pancita, hace rato que estuve hablando con ella y me dijo que no había comido como en jun año! Pobrecita, seguro tiene mucha hambre, así son los gusanos, piden y sacan, piden y sacan, no tienen llenadera, parece que lo tiran al pantano, yo no sé cómo es posible que los sapos estén tan gordos, si apenas comí ayer.

Para este ejercicio, diré un poema, se titula, las hojas en otoño... Me da mucha pena hablar en público, perdonenme pero les voy a tener que dar la espalda.

*(Se voltea hacia el público.)*

—¿Qué? ¿Tan rápido se cambiaron de lugar? Les acabo de decir que me da pena...

*(Se vuelve a voltear dándole la espalda al público.)*

—¿Qué, pero cómo es posible? (Llora.) por favor, no quieran verme a la cara, ¿acaso no entienden que me da pena?, por favor ¡basta ya! Les daré la espalda, y esta vez no giren conmigo...

*(Regresa a ver al público.)*

—¡Oh vamos! Me rindo... ¡Chiquitín!, ven para acá!

*(Se agacha y en secreto le dice algo a Chiquitín (su amigo del alma, el que solamente él puede ver). Se levanta y le da las gracias.)*

—Ahora sí, gracias por darme tiempo, ya los puedo ver a la cara, lo que pasa es de que Chiquitín es mi mejor amigo, es muy travieso, le gusta jugar a las escondidas y no es tan penoso como yo, mejor dicho la palabra pena no está en su diccionario, él es el único que me entiende y yo soy el único que lo puede ver, bueno, que lo quiere ver, todos pueden pero les da miedo. Dicen que porque parece un niño muerto y no sé qué... a mí me da igual su apariencia, a todos nos puede faltar un ojo, una oreja, estar cojo no es su culpa, tener cicatrices y cortadas tampoco lo es...

Él me da consejos para que se me quite la pena, me imagino que ustedes son como personas normales y me da mucha risa, así que no se preocupen si a la mitad de lo que esté hablando comienzo a reír, es típico de mí. Ahora sí, comenzaré... *(Se ríe.)*

Caen como viento sobre nuestro cabello,  
rozan nuestra piel al caminar,  
se sienten duras  
como el corazón hecho piedra por un hechizo de amor,  
se sienten suaves  
como el perdón cuando por fin nos quedamos sin rencor,  
son hermosas cual cabellos de su melena,

hmmmmmm... hmmmmmm... Híjole, se me olvidó, bueno da igual. Todos tenemos pulseras por hacer, así que les voy a contar otra cosa, lo que sea...

*(Intenta recordar algo que le haya pasado para contarle a todos.)*

—El otro día fui por algo de cenar, tenía hambre y no se me antojaba nada en mi casa, así que salí a la calle a caminar. Eso casi siempre me sirve, salgo, respiro aire “fresco,” me relajo, observotodas y cada una de las opciones de comida que hay: tacos, quesadillas, churros, alitas, hamburguesas, mmmm...hasta se me antojó. *(Sonríe.)* Entonces yo iba volando, ¡sí, volaba!, pero el águila rosa me empezó a dirigir la palabra, ¡que oso!, no que no era un oso...era un águila. Bueno, regresando al tema, empecé a reír, su comentario me había dado muchísima risa, no me la pude aguantar y que se me sale el moco *(Se ríe.)*...ay no puede ser, siempre tan impertinente queriendo estar donde no debe, ya le he dicho que no salga de la cueva hasta que deje de haber pájaros en el alambre, y no le estaba yo diciendo que el águila seguía ahí... Así que seguí caminando, ya iban a dar las doce de la noche cuando de pronto...escuché un ruido, una camioneta negra se acercaba a mí, parecía de secuestradores, que meyo *(Se ríe.)*, me

asusté mucho por lo que saqué mi pistola, la llevo siempre conmigo y nadie la puede ver porque la sé esconder súper bien, unos dicen que es invisible, pero si lo fuera, yo tampoco la podría ver! Entonces la camioneta se acercó a mí, muy cerca, ¡muy! cerca. Se detuvo. Me detuve. Se bajaron dos tipos altos y fornidos, uno llevaba una pistola negra, muy bonita por cierto; el otro llevaba un costal, seguramente para cubrirme la cabeza mientras el otro joven me apuntaba directo a ella. No me asusté. Cuando se bajaron lo primero que hicieron fue sorprenderse de que no me sorprendí primero, y con todas sus fuerzas me intentaron agarrar. Me resistí todo lo que pude, el tipo de la pistola empezó a gritar con mucho odio “¡Si no cooperas te voy a disparar, te voy a disparar!” hacía mucho énfasis, como de novela, me dio risa.

Tomé mi arma y entre risas le apunté yo también, el tipo del costal, pongámosle “Costalín,” puso cara de juat , me preguntó qué estaba haciendo...

*(Cuarenta segundos para que Hugo actúe todo lo que ha contado sobre su anécdota que empieza en “El otro día”.)*

## ESCENA 2

*(Desesperado.)*

HUGO. — Creo que me perdí, no encuentro mi casa, ni siquiera sé en dónde vivo. Decidí que iba a poner en marcha el plan de secuestrar al gobernador, era imposible que Dulcinea me hiciera piojito, tengo mucho, mucho sueño, por eso le dejé de apuntar con el arma...

El tipo de la pistola negra me golpeó la cabeza con ella, la verdad no recuerdo si me dolió porque enseguida me desmayé, bueno, no recuerdo haberme desmayado pero si hay una laguna en ese espacio de tiempo, entonces lo supongo. Desperté y no...en

serio, no... veía nada, ya me habían puesto el costal en la cabeza, o sea, como que sí veía pero apenas, solo a través de los mini ho-yitos porque seguro todos los animales que están aquí se imaginaron que el costal era de tela, pero no! Era de plástico, como esos que usan para poner grava o azúcar, esos como de veinte kilos.

(*Cantando.*) La cucaracha, la cucaracha...ya no puede caminar, porque le falta porque no tiene (*Con odio.*) ¡ni un poco de vida más! Me daba mucho asco, por eso la pisé, se me embarraron los pies de cucaracha pero, no iba a poder estar ahí solo con ella. *Voltie* a ver mi cuerpecito...*pebechito* ...estaba digamos, desnudo, solo me dejaron puestos los chones... Entonces grité, grité muy fuerte. Los dos tipos vinieron, y recargaron la pistola en mi cabeza, ahora sí *pa* que vean, me dio *arto* miedo; no supe qué hacer, busqué mi pistola, pero recordé que la llevaba entre las bolsas del pantalón.

El pegaso agitaba muy fuerte sus alas, hasta frío me dio, me agaché y los dos tipos se v oltiaron a ver uno con el otro, les dije que se quitaran o los iba a atropellar, era un mega tractor, gracias a dios no me comí el pescado que me invitó Sabrina, seguro tenía algún hechizo como el del águila, ese sí que era "*fancy*". (*Da una vuelta, gira.*). De pronto, todo se puso verde, violeta, azul, amarillo, todo era de colores... los gusanos y las flores coqueteaban, las abejas celosas se ponían; era cuando picaban, que odio.

—¡Claro que no! Los lápices arriba, los cuernos abajo. Así no es como funciona el operador de la raíz larga con ojos de pistola. (*Se ríe.*)

—Según lo que mis papás me han enseñado...nada jajaja, no tengo papás, nací en quién sabe dónde. Solo. He vivido en la calle desde que recuerdo, mi trabajo consiste en...sentarme en una silla, banca, jardinera o incluso en el piso, con la mano estirada,

haciendo cara de mártir y esperando que la gente que pase ponga una moneda (o más) en mi mano... así es como consigo todo lo que tengo. Claro que uno no puede flotar así como así, eso lleva años de huaraches, como las sandalias voladoras de un tipín, ese que...no pues la verdad ni idea de quien era, por eso le di una bofetada, directo en la trompa, el elefante gritó y salió corriendo del circo de los mil un payasos, pobre conejito, lo confundieron con un ratón.

El computador se encendió de pronto, había luz radiante en la habitación, un mensaje tras otro, el teléfono sonaba (*Hugo se pone las manos en la cabeza y se tensa, se tira al piso y demuestra estrés y ansiedad.*) no podía más... (*Se levanta.*) ¡alguien detenga el ruido por favor! nadie, nadie me hizo caso, gracias a dios, ahí estaba Chiquitín, gracias amigo, enserio, siempre estás, a veces hasta donde no te llaman.

### ESCENA 3

*(Hugo sale de escena y regresa con una pelota en la panza, debajo de su playera, viene caminando como embarazada (quejándose), Ay... Ay...)*

HUGO. —Es verdad eso que dicen las mujeres, “estar embarazada no es nada fácil”... desde que me pasó, no soy el mismo. ¿Qué, que los hombres no se pueden embarazar?, ¿y entonces yo qué? ahora me van a decir que soy hijo de *iti*, yo también voy a señalar el cielo con mi dedo; antes de eso, quiero recordarles algo, esto ¡no! es un juego, si se quieren arriesgar, es su decisión, yo *no-más* les advierto, puede que salgan cuerdos de aquí.

Yo no estoy loco, eso dicen todos pero en realidad él me pegó. Como vio que ni con el golpe de la pistola me atarantó, se molestó mucho, en serio, que tipo tan más desagradable; y de Costalín ni hablar, él está bien suato, siempre se queda *ay* parado como ayudando, pero si yo fuera el otro güey, ya lo *viera* despachado. Pero

espero que *haigan* creído que a alguien le iban a sacar buena lana por mí, ni quien me conozca. Digo, la gente si pasa y me saluda es porque no me muevo ni de lugar, pero de eso a que alguien se *vaiga* preocupar por mí (*Se ríe.*), ya está más cañón como dicen por *ay*.

El tipo contestó el teléfono: “¿bueno? si, aquí lo tengo, está medio roñoso y si sigue así lo voy a tener que quebrar...” ya ni me acuerdo qué tantas barbaridades dijo; el chiste es que después de eso, se fue, le hizo señas a Costalín y éste salió detrás... Estuve un rato solo, platicando con la luz, pero luego ni se imaginan quién me visitó... Estaba *Mickey*, sí el de (*cantando*) “hey Mickey dónde estás cada vez me gustas más, hey Mickey... hey Mickey”.

Uno más cuatro cinco más ocho trece más dos quince más uno... ¡dieciséis! ya lo sabía, mis cuentas no podían fallar, seré lo que quieran, menos malo en matemáticas, ahh que recuerdos, cuando mate era mi materia favorita de la escuela...esperen un momento, (*Se pone pensativo por siete segundos.*) yo nunca fui a la escuela.

¡Aja! (*Se saca la pelota de la playera.*) con razón no lo encontraba. Qué bueno que no estoy embarazado si no, ni cómo comer trigo, papaya, no me vaya a dar una diarrea *desas* que no se le desea ni a moquetazos a los lentes...para qué tenerlos ahí parados si los puedes usar como guía, no hay mal que por peor no venga, bueno, eso dicen algunos, la realidad es que no existimos, nadie excepto las hormigas, no...esas yo creo que ya existían desde que ni siquiera existía el sol.

Sí. Desde hace un chorro. Un chorro de agua fue el que me cayó en la *choya*, por eso me molesté más, creí que ya éramos amigos, esa relación con Costalín era especial, nadie nunca me había puesto un costal en la cabeza... Y que me agarran y que

me defendiendo y que les pego y que me pegan y que llega otro tipo, no no no, otra cosa, bien amable el señor, me defendió, me llevó al baño y hasta me dejó bañarme la cara, yo creo que no hacía eso desde que nací, como no había agua en el lavabo me la baño en el inodoro, pero la intención es la que cuenta, mientras me bañaba la cara, saludé a unas extrañas especies anormales y sin forma definida que estaban en el agua, *quesque* el barrio las protege, es como una secta, les llaman las bacterias...que bueno que soy su amigo, si no imagínense lo que me podrían llegar a hacer.

El señor me ofreció comida, el muy amable van a creer que me hizo *puđín* de papa con betún de chocolate sabor a frijol podrido, no estaba tan bueno, he probado mejores, pero como dije antes la intención es lo que cuenta... ahora espero que ya entiendan mis números. (*Se ríe.*) cuatro tres dos, cinco seis siete, los que sean... Amablemente el señor me acompañó de vuelta a la habitación; tres veinte de la mañana, siempre he tenido la capacidad de medir el tiempo aún sin haber cercas un reloj.

El malacara de la pistola se paró frente a mí, se me quedó mirando, iba de un lado al otro, siempre viéndome con odio, ni para qué, no es como que me fuera a escapar, me tenían bien amarradito... "¡me amarraron como puerco!" (*Se ríe.*) jamás olvidaré ese video, lo vi cuando iba de paso por el *interné*, toda la gente se reía y yo me quería reír con ellos.

Esa vez iba caminando en la banqueta, a todos sonreía y saludaba, andaba feliz, "*japi*" como dicen allá en los *llunaisteis*.

Mi correo llegó tarde, *naiden* quería ir por ella, era muy...demasiado apática. A veces parecía que prefería cerrarse al mundo para siempre y nunca dejarse conocer. Como sea, no estoy aquí para rogarle a *naiden*, si quiere pan que venga, yo no lo voy a comprar, no soy mandadera. Cuando abrí los ojos, Costalín estaba de

espalda a mí. Quise hacerle señas, pero ni cómo me viera, hice ruido con la boca, *voltió*, me quitó el costal de la cabeza y me sacó la papa de la boca, ya podía hablar, aproveché y le pedí un vaso de agua, fue por él...

*(Sale de escena y regresa con un vaso de agua, se lo toma y vuelve a salir.)*

#### ESCENA 4

*(Entra Hugo a escena y trae un globo morado en la mano.)*

HUGO. —Pasaron unos ocho o nueve días yo creo. En alguno de esos, sentí ese sentimiento que se siente cuando sentimos como que nos enfermamos de la panza, así como retortijones pero bien duro... Costalín vino y en secreto me dijo que ya sabía cómo sacarme de ahí, no entendía nada, no entendía de dónde me quería sacar. Yo y estaba afuera. Se apresuró para quitarme el lazo de los tobillos y el de las manos, dijo que no quedaba mucho tiempo, estaba muy nervioso, le escurría el sudor y si hacía movimientos bruscos, me salpicaba. ¡Me dio muchísimo asco! a parte le chillaba la ardilla, y bien grueso... *(Hugo se ve agitado y como perdido.)*

El señor oso, quien lleva siempre un moño dorado en el cuello y una gran barriga llena de miel, se me acercó, me dijo que por favor dejara de comer pasto, que a pesar de que fuera yo una vaca, no tenía derecho a morir entre arcoíris y peces.

No sé...estaba medio loco, bien loco mejor dicho, ese oso es el más loco que conozco, en serio que no tiene ni un poco de sentido común, pensaba que el pasto se pisaba, yo intenté decirle que la comida no se pisa, pero él insistía, para no evitar problemas, le llame a Chiquitín. Llegó volando en aquella tremenda águila rosa, pero ésta vez, sí era oso...el que estaba al lado mío. Me acompañaron a dar un paseo por la selva, iba saludando a todo

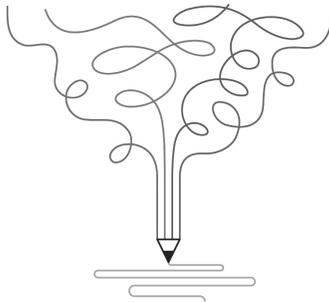
el mundo, me sentí muy popular en ese momento, ¡Ah que viejos tiempos aquellos cuando nadie me conocía!, ahora, gracias a mis nuevos “amigos,” todos en la cabaña de Tarzán me conocen.

Entonces decía que iba caminando cuando vi algo muy extraño...parecía como una uva gigante, flotaba, era así como tipo fantasma... *(Se ríe.)* una uva fantasma... Le pedí al amable señor oso que me la pasara, se veía deliciosa y si me iban a comer, que me comieran con la cabeza llena, con las bolsas repletas de monedas de oro, me sentía como español conquistando el dorado.

El señor oso, amablemente me bajó la uva fantasma. Y cuando reaccioné ¡efectivamente era una uva fantasma! el juguito y la pulpa se le convirtieron en invisibles y parecía pro aire, y para que no crean que estoy loco, les comparto un poco... *(Sonríe.)*

*(Hugo muerde la “uva fantasma” (el globo) y se asusta con el sonido y el aire. Corre en círculos y enseguida sale.)*

FIN



### 4.1.2 La sabiduría de Sofía

*Joaquín Alducin Villaseñor*

#### **PERSONAJES**

*PROFESOR ROBERTO*

*TERESA IRISO*

*ERIC IRISO*

#### *ESCENA 1*

*(La escena se presenta en un salón de clases. En un costado se encuentra un escritorio con una silla detrás. Hay unas pocas bancas distribuidas por el escenario. En el fondo se ve un pizarrón. La única persona presente es el PROFESOR ROBERTO, que está sentado detrás de su escritorio, acomodando su corbata. Sobre el escritorio hay una taza de café. El profesor está visiblemente nervioso. Entran al salón los señores ERIC y TERESA IRISO. El PROFESOR ROBERTO se levanta para saludarlos)*

PROFESOR ROBERTO. — Buenas tardes, señores Iriso, por favor, tomen asiento.

*(Eric y Teresa se sientan frente al escritorio. El profesor Roberto también toma asiento. Los señores Iriso miran atentamente al profesor, quien toma nervioso un sorbo a su taza de café)*

ERIC. — Profesor Roberto, espero que no haya sucedido nada grave para tener que llamarnos a mi esposa y a mí.

PROFESOR ROBERTO. — Pues no ha sucedido nada particularmente grave, aunque... Primero que nada, quiero agradecerles que se hayan tomado el tiempo de venir. La razón por la que los cité es para discutir la actitud de su hija Sofía.

TERESA. — (*Secamente.*) ¿Qué pasa con su “actitud”?

PROFESOR ROBERTO. — (*Muy serio.*) Miren, Sofía es una joven que estoy seguro ha recibido una excelente educación de su parte...

TERESA. — (*Interrumpiendo.*) Así es.

PROFESOR ROBERTO. — Pero no le echa las más mínimas ganas en mi materia; y por lo que he escuchado de otros profesores, matemáticas no es la única en la que le va mal. Nosotros notamos que Sofía no se está esforzando para aprender. No pone atención, no hace tareas, no estudia... simple y sencillamente no muestra interés.

TERESA. — (*Indiferente.*) ¿Y qué no es responsabilidad del maestro captar el interés y la atención del alumno?

PROFESOR ROBERTO. — Si un alumno no tiene intención de aprender, no hay nada que se pueda hacer como maestro para obligarlo a interesarse en la materia. Créame que nosotros damos nuestro mayor esfuerzo para enseñar, pero si Sofía no quiere aprender, de ninguna forma es culpa nuestra su pobre desempeño.

TERESA. — (*Se levanta de la silla con aire de superioridad.*) ¿Entonces es culpa de mi hija? ¿Es su culpa que la clase sea aburrida y no capte su interés?

(*Suena el celular de Eric.*)

ERIC. — Discúlpeme, profesor Roberto. (*Saca su celular y lo calla rápidamente. Se levanta y camina hacia Teresa.*). Ahora, quisiera saber, ¿por qué cada año vengo a hablar con un maestro diferente sobre el mismo asunto? Cada año se repite, y siempre dicen que van a apoyar a Sofí más, que la van a ayudar a mejorar, que las

cosas van a cambiar. Pues Sofi ya tiene dieciocho años y todo sigue igual.

TERESA. — (*Avergonzada de su marido.*) Cállate, Eric, déjame hablar a mí. Mire, profesor, Sofía es como yo. A su edad tampoco me iba bien en la escuela pero era muy buena en muchas otras cosas. Y Sofía también es excelente en otras actividades: baila increíble y tiene un ojo para la moda que ni le cuento.

PROFESOR ROBERTO. — (*Se para de su silla y camina un poco nervioso hacia la pareja.*) Yo no dudo que Sofía sea muy buena en otras cosas, pero sé que ella podría ser mucho mejor en la escuela también.

TERESA. — Ese es el problema. Yo ya acepté hace mucho que Sofía no es buena para la escuela. Mire, voy a hablar con mi hija y le voy a decir que trate de esforzarse más, que le eche más ganas a sus estudios y que ya no sea floja; pero la conozco muy bien y sé que no va a cambiar.

ERIC. — ¡Teresa! Profesor Roberto, no se preocupe. Vamos a hablar muy seriamente con Sofía.

TERESA. — Eric, seamos honestos. Sofía no es una buena estudiante simplemente porque no está dentro de sus capacidades, y eso no tiene nada de malo. Ella podrá defenderse en la vida igual que cualquier otra persona.

ERIC. — (*Irritado.*) Teresa, no estamos discutiendo su capacidad para defenderse en la vida, aquí solo estamos hablando de su desempeño académico.

PROFESOR ROBERTO. — Exacto; y para que conste, yo no dudo por un segundo de la capacidad de Sofía para tener éxito en la vida. Al contrario, estoy seguro que tiene muchísima capacidad, solo le falta aprovechar y explotar sus muchas habilidades.

TERESA. — Me parece, profesor, que usted está confundido. No vea en mi hija habilidades extraordinarias que no tiene. A Sofía no le falta aprovechar nada, si usted cree que ella puede dar más de lo que ya está dando, saldrá muy decepcionado.

ERIC. — (*Avergonzado.*) ¡Teresa, por favor! ¿Cómo puedes hablar así de tu hija?

TERESA: ¡Pero si no estoy diciendo nada malo de ella! Yo solo digo la verdad.

ERIC. — Pues no necesitamos tus supuestas verdades. Claro que Sofí puede mejorar mucho como persona, igual que tú, igual que yo, igual que el profesor Roberto.

TERESA. — Eric, ¿de qué lado estás?

PROFESOR ROBERTO. — ¡Nada de eso! Aquí no hay lados, tanto ustedes como yo queremos lo mejor para Sofía. Ustedes y yo no somos rivales o enemigos.

(*Nuevamente, suena el teléfono de Eric.*)

ERIC. — Perdón. (*Saca el celular del bolsillo y lo apaga rápidamente, sin fijarse en quién está llamando.*)

TERESA. — ¿No puedes dejar el celular apagado por lo menos durante quince minutos?

ERIC. — No, no lo voy a apagar, ¿qué tal si hay una emergencia en el trabajo?

TERESA. — ¿Sería eso más importante que el colegio de tu hija?

ERIC. — Mi trabajo está pagando el colegio de mi hija.

PROFESOR ROBERTO. — Bueno, regresando al tema, yo creo que Sofía podría mejorar muchísimo sus calificaciones si ustedes la apoyaran un poco más de lo que ya la están apoyando. Díganle la importancia que tienen las calificaciones, sobre todo en esta etapa final de su prepa.

TERESA. — Ese va a ser un problema, yo no puedo decirle eso a mi hija porque yo no creo en la supuesta importancia de las calificaciones. Para mí, eso es puro cuento. A nadie le interesan tus calificaciones. Es más, en las universidades lo único que cuenta es tu examen de admisión, a veces ni siquiera eso. Hay universidades donde te aceptan con que pagues la colegiatura y hayas terminado la prepa.

ERIC. — En este punto coincido con mi esposa. La verdad es que las calificaciones no prueban nada. Esa necesidad de medir el talento o la capacidad de un niño basándose en un número me parece enfermiza. Recuerdo muy bien una noche, hace varios años, cuando Sofi me trajo su boleta con lágrimas en los ojos. Nunca olvidaré su expresión tan triste y desesperanzada, como si yo fuera a obligarla a dormir en la calle por culpa de algo tan insignificante como son las calificaciones. Tomé su boleta y la rompí ahí mismo, le dije que no tenía importancia. Le dije que para mí, lo único importante era que ella fuera una buena persona, y eso no se puede medir en una boleta. Le expliqué mi opinión sobre las calificaciones, que al final del día no sirven para nada. Yo por ejemplo, en la escuela reprobaba todo, pasaba las materias de panzazo en segundas vueltas, de verdad que no hacía nada. Ya en la universidad me esforcé un poco más, y hoy soy un hombre muy exitoso.

PROFESOR ROBERTO. — ¿En dónde trabaja usted?

ERIC. — Tengo una empresa que hace galletas y postres finos.

PROFESOR ROBERTO. — ¿Usted creó la empresa?

ERIC. — No, la heredé de mi padre.

PROFESOR ROBERTO. — Si me permite preguntar, señor Iriso, ¿cree que sería igualmente exitoso si no hubiera heredado nada? ¿Estaría en la misma posición si usted hubiera creado su propia empresa?

ERIC. — (*Incómodo a causa de la pregunta.*) ¿A dónde quiere llegar con eso?

PROFESOR ROBERTO. — Lo que quiero decir es que Sofía tal vez no quiera dedicarse a la empresa familiar, quizá ella quiera una carrera en un ámbito completamente diferente, en una industria donde usted no pueda ayudarla. ¿Podría salir adelante en ese caso, con el mismo esfuerzo que emplea en la escuela?

ERIC. — Por supuesto que sí, Sofi es perfectamente capaz.

TERESA. — Yo no lo creo.

ERIC. — (*Incrédulo.*) ¿Cómo dices?

TERESA. — Quizá si se dedicara a algo que le apasione mucho, entonces sí se esforzaría en tener éxito; pero honestamente, nadie se dedica a algo que le apasione. Si Sofía quiere salir adelante en la vida, lo más probable es que trabaje o en la empresa familiar o en alguna otra donde su papá tenga palancas. La otra opción sería que se case con alguien muy exitoso y ella ya no tenga que trabajar.

PROFESOR ROBERTO. — ¿De verdad no cree en su hija?

TERESA. — (*Indignada.*) Por favor, no malinterprete lo que digo. Yo amo a mi hija con toda mi alma, y la acepto tal como es.

A mí no me importa que sea floja, tonta o que el estudio no se le dé, es mi hija y la querré toda la vida. Se lo he dicho muchas veces. La primera vez fue cuando Sofía iba en quinto de primaria. Entré a su cuarto cuando ya era bastante noche y la pobre seguía estudiando, aterrada por culpa de un estúpido examen de primaria. Yo ya sabía que no le iba a ir bien, que llevaba arrastrando varios temas desde hacía meses. Me le acerqué y la abracé con todo el cariño de una madre. Le dije: “Sofi, quiero que sepas que te seguiré amando con todo mi corazón mañana, incluso cuando repruebes tu examen”. En ese momento cerró el cuaderno y se fue a dormir. Naturalmente que al día siguiente reprobó, y yo me aseguré de que no se sintiera mal por ello. La consolé y desde entonces sabe que no me importa su desempeño académico, yo siempre la amaré con todo mi corazón.

PROFESOR ROBERTO. — No puedo creerlo. Si tanto la ama, ¿por qué no la apoya para que se esfuerce más en ser mejor alumna? ¿Por qué no la inspira a buscar el éxito?

TERESA. — Ya se lo dije, yo no atosigo a Sofía para que estudie porque sé que ella no tiene la capacidad de ser aplicada en la escuela, algo que por cierto no me parece muy importante.

PROFESOR ROBERTO. — No tiene idea de lo equivocada que está. Sofía tiene muchísimo potencial. Lo único que no tiene es motivación. Sobre todo por parte de sus padres.

TERESA. — Eric, ¿vas a dejar que nos hable así?

ERIC. — (*Indeciso.*) Pues...

TERESA. — (*Furiosa.*) ¡Eric! (*Le lanza a su esposo una mirada amenazadora.*)

ERIC. — (*Resignado.*) ¿Qué puedo decir? El profesor tiene razón.

TERESA. — No puedo creerlo. No tengo por qué soportar sus estupideces. ¿Quién se cree usted para juzgar nuestra labor de padres? ¿Cree que conoce mejor a mi propia hija que yo? Ni siquiera puede sustentar sus argumentos.

PROFESOR ROBERTO. — *(Emocionado.)* De hecho, sí puedo. *(Sube su mochila al escritorio y empieza a sacar papeles, buscando uno en particular.)* Hace unos días le pedí a mis alumnos que escribieran un pequeño ensayo sobre sus metas y aspiraciones, cómo planeaban lograrlas y cuáles eran sus mayores obstáculos.

ERIC. — ¿Por qué les piden a los jóvenes escribir ensayos en Matemáticas? Y luego no entienden por qué están confundidos.

PROFESOR ROBERTO. — *(Nervioso.)* Creo que el ensayo de Sofía está en mi oficina. Voy por él corriendo, vuelvo en un minuto.

*(El profesor se levanta y sale corriendo del escenario. Teresa toma su bolsa y camina hacia la puerta con decisión.)*

ERIC. — ¿A dónde vas?

TERESA. — Es nuestra oportunidad. Vámonos antes de que regrese, luego le marcamos y le decimos que tuvimos una emergencia.

ERIC. — ¿Pero por qué haríamos eso?

TERESA. — Porque ya me harté de escuchar a ese hombre.

ERIC. — No seas ridícula, siéntate y esperemos a que regrese el profesor.

TERESA. — No tengo la menor intención de hacer eso. Nos vamos ahora.

ERIC. — (*Se enfrenta a su esposa con aire autoritario*). No nos vamos a ningún lado hasta que termine la cita. Ya pasamos por suficiente vergüenza por tu culpa como para huir. Nosotros no somos cobardes que escapan de los problemas.

TERESA. — El único problema que tenemos lo está causando ese profesor. Y francamente ya colmó mi paciencia.

ERIC. — No entiendo, ¿qué te molesta tanto del profesor? Sofía no hace más que hablar maravillas de él, y tú lo estás tratando como si fuera el peor criminal del mundo.

TERESA. — No me agrada ese profesor, no confío en él. ¿Y tú por qué estás tan interesado en escucharlo?

ERIC. — Porque es el primer profesor que conozco que se preocupa por Sofi. No es como los otros que solo quieren que la regañemos porque él ya se hartó de hacerlo. Desde que entramos al salón solo nos ha hablado del increíble potencial de nuestra hija, ¿cuándo te habían dicho eso?

TERESA. — Precisamente por eso no confío en él. Todos los profesores se quejan de Sofía, ¿por qué éste de repente ve en ella algo que nadie más había visto antes?

ERIC. — ¿Y eso es algo malo? ¿Qué tal si tiene razón y Sofi de verdad tiene potencial?

TERESA. — No nos engañemos, Eric. Si Sofía fuera tan brillante como este profesor dice, no nos habría citado en primer lugar.

ERIC. — Nos citó porque cree que nosotros podemos ayudarla a aprovechar más sus habilidades. Me parece una idea excelente; deberíamos apoyarla todo el tiempo.

TERESA. — Ay, Eric, ya te llenó la cabeza de estupideces. A mí me parece que ese profesor solo es un charlatán, un cobarde que no se atreve a decirnos directamente “su hija es pésima en la escuela y quiero que ustedes cambien eso”. Es un cuentero, un idiota...

*(A la mitad de la oración, el profesor Roberto regresa al salón con una hoja en la mano. Está muy emocionado.)*

PROFESOR ROBERTO. — Ahora sí, aquí traigo el ensayo de Sofía.

*(El teléfono de Eric vuelve a sonar.)*

ERIC. — Disculpenme. *(Calla nuevamente su celular.)* Por favor, Profesor Roberto, léanos el ensayo de Sofi.

PROFESOR ROBERTO. — Con mucho gusto. Estas son las palabras textuales de su hija. *(Se pone sus lentes y acomoda la hoja a una distancia que lo permita leer el ensayo.)* “Nunca me he preocupado por qué quiero estudiar. Siempre había creído que es una pregunta que no nos deja vivir el momento. ¿Para qué rompemos la cabeza tratando de descubrir qué queremos para nuestro futuro, cuando podemos simplemente esperar a que el futuro llegue y se muestre a sí mismo? Sin embargo, debo admitir que hace unos días me sentí iluminada, cuando descubrí que quiero ser una bailarina profesional. Este descubrimiento me llenó de una intensa felicidad, como a una niña llena de sueños, pero al mismo tiempo me entristece saber que es un sueño absolutamente fuera de mis posibilidades”.

TERESA. — ¿Ven lo que les digo? Ella sabe perfectamente de lo que es capaz y lo que no.

ERIC. — ¿Bailarina profesional? ¿Eso es una profesión de verdad?

PROFESOR ROBERTO. — Por favor, aún no he terminado. (*Continúa leyendo la reflexión de Sofía*). “Me enamoré de una academia de danza en Nueva York, probablemente la mejor del mundo. Estoy segura de que mis habilidades para bailar serían suficientes para entrar a la academia, ya que estoy consciente de que mi talento en este arte es extraordinario; desafortunadamente, también es un requisito de admisión obtener una buena calificación en un examen de admisión sumamente complicado, hecho para evitar que acepten a las malas alumnas como yo. Siempre he sabido que no sirvo para la escuela. Desde que era niña mi mamá me decía que el estudio no era lo mío, mientras que mi papá nunca me exigió traer buenas calificaciones a casa. En el colegio, mis profesores suelen decirme que necesito esforzarme más, pero es inconfundible el tono con el que lo dicen, como sabiendo que simplemente es inútil esperar cualquier mejora. Desde la primaria mis amigos me toman de referencia para saber si un examen fue fácil o difícil: si lo paso, fue fácil. Ahora me doy cuenta de que debí ignorarlos a todos. Nunca pensé que esforzarme en la escuela pudiera llevarme a ningún lado, pero ahora desearía haberlo intentado porque así tendría por lo menos una oportunidad de cumplir mis sueños. Sé que es injusto culpar a los demás por mis propios fracasos. No es culpa del menosprecio por parte de mi mamá, ni de la falta de atención de mi papá, ni de los comentarios de mis profesores y amigos el que yo esté ahora en esta situación tan desmotivadora”.

ERIC. — ¿Qué cosa?

TERESA. — ¿Eso escribió?

PROFESOR ROBERTO. — (*Ignorándolos y continuando con la lectura.*) La única culpable soy yo, que no pude ver la importancia que tienen el esfuerzo y el trabajo. Espero algún día poder arreglar mis errores, y ahora que sé lo que quiero no me rendiré hasta conseguirlo. Ojalá aún esté a tiempo”.

TERESA. — *(Arranca violentamente la hoja de las manos del profesor y se pone a leerla ella misma rápidamente, con las manos temblorosas. Su expresión ha cambiado radicalmente, ahora denota una mezcla de tristeza y remordimiento. Con un gesto veloz se quita una lágrima y adopta nuevamente una posición firme y segura.)* ¿Para eso nos llamó? ¿Para echarnos en cara los terribles padres que somos?

ERIC. — *(Toma la hoja nerviosamente y la lee mientras habla.)* No lo entiendo... Siempre hemos procurado lo mejor para Sofi, ¿por qué se siente tan lejos de sus sueños? Yo lo único que quiero es que los persiga y que sea feliz.

TERESA. — Todo esto no es culpa nuestra. Es la escuela y las personas como usted que le lavaron el cerebro de repente para que se preocupara por sus calificaciones, como si de ellas dependiera su futuro. Hace unos momentos Eric y yo dimos nuestra opinión sobre las calificaciones y estas no han cambiado.

PROFESOR ROBERTO. — ¿Pero es que no entiendes? ¡Esto tiene nada que ver con las calificaciones! Toda su vida, a Sofía le han dicho tanto ustedes como sus profesores como sus amigos que ella no puede ser buena en la escuela. ¡Y se lo ha creído! Tan metida tiene esta idea en su cabeza que desde hace tiempo ha dejado de esforzarse, de hacer el intento. ¿Para qué, si el resultado va a ser el mismo? Y ahora que descubre una academia exigente que le interesa, no se atreve a aplicar. ¿Por qué? Porque nunca en su vida ha intentado lograr algo difícil para ella. Las calificaciones no son lo importante, lo importante es enfrentar retos y descubrir que somos capaces de lograr lo que nos propongamos, sea lo que sea. ¡Ustedes han obligado a Sofía a privarse a sí misma de este aprendizaje!

ERIC. — ¡Suficiente! Ya entendimos el problema, ahora díganos por favor qué podemos hacer para solucionarlo. ¿O sólo nos citó para avergonzarnos?

TERESA. — Te lo dije, Eric. Debimos escapar cuando tuvimos la oportunidad.

PROFESOR ROBERTO. — Durante los últimos meses estuve ayudando a Sofía a estudiar, principalmente mate, pero también en sus otras materias.

TERESA. — Perdón, ¿en qué momento la ayudó a estudiar?

PROFESOR ROBERTO. — Pues le daba asesorías en sus horas libres.

TERESA. — ¡Sofía estudiando en sus horas libres! ¿Se supone que le creamos eso?

PROFESOR ROBERTO. — Ella misma se sorprendió de lo que podía aprender cuando se concentraba y se comprometía.

ERIC. — ¿Entonces qué pasó?

PROFESOR ROBERTO. — No se puede pasar de ser un alumno con pésimas calificaciones a uno excelente en poco tiempo. Lógicamente, Sofía logró mejorar pero siguió teniendo notas bajas. Traté de convencerla de seguir viniendo a las asesorías, pero no me hizo caso.

ERIC. — ¿Hace cuánto pasó esto?

PROFESOR ROBERTO. — Hace poco más de un mes. Estuvo algo deprimida durante unos días, después se recompuso y siguió su vida como si nada, alegre como nunca. Pero no volvió a las asesorías.

TERESA. — ¿Eso es lo que quiere? ¿Qué hablemos con Sofía para que siga tomando clases particulares con usted?

PROFESOR ROBERTO. — Lo que me interesa es que Sofía aplique a la academia de sus sueños, y que se esfuerce por entrar. No me importa con quién estudie, pero es un hecho que necesita estudiar para que la acepten.

ERIC. — Yo hablaré personalmente con ella para que por ningún motivo deje de aplicar a su universidad en Nueva York.

TERESA. — Y si no la aceptan, ¿qué vas a hacer, Eric? ¿Crees que Sofía podrá con la decepción? No volverá a creer en sí misma.

ERIC. — Si no la aceptan, aprenderá del rechazo y se pondrá las pilas. No pierde nada por hacer el intento.

TERESA. — No conoces a Sofía, no como yo. Si tú le dices que puede lograr algo imposible se lo va a creer. Y el golpe será mucho más duro cuando vea la realidad.

PROFESOR ROBERTO. — La realidad, señora Iriso, es que Sofía aún puede ser aceptada en su universidad. Y de hecho tengo la esperanza de que siga intentándolo.

ERIC. — ¿A qué se refiere?

PROFESOR ROBERTO. — (*Muy emocionado.*) El otro día en clase, una amiga de Sofía le reclamó que ya nunca salían, que Sofía siempre estaba ocupada. Quiero pensar que ya no ha salido con sus amigos porque se va a estudiar por su cuenta para el examen de la universidad. Quizá aún no se rinde.

TERESA. — (*Pensativa.*) Ahora que lo menciona, Sofía ha estado llegando muy tarde a la casa últimamente. Dice que porque practica su baile, pero la verdad yo supuse que debía ser algún novio. ¿Usted cree que se la pasa estudiando?

ERIC. — ¿Sofía ha estado llegando tarde?

PROFESOR ROBERTO. — Pues espero que sí haya estado estudiando para aumentar sus posibilidades en el examen. Pero es muy importante que se enfoque también en la escuela. Si no consigue un buen puntaje en el examen, quizá aún la consideren si tiene buenas calificaciones. Necesito, Señores Iriso, que motiven a Sofía quizá por primera vez en su vida. Que le digan que puede lograr lo que se proponga, que lo intente. No importa si al final lo logra o no, ¡el punto es que ella se sienta capaz y segura de que puede alcanzar sus metas!

*(Suena el teléfono de Eric.)*

TERESA. — ¿Otra vez con tu celular?

ERIC. — *(Saca el teléfono y observa extrañado el nombre en la pantalla.)* Es Sofi.

TERESA. — *(Preocupada.)* ¡Sofía! ¡Seguro que es algo importante! ¡Contesta!

ERIC. — *(Contestando el teléfono.)* ¿Bueno, Sofi?... ¿Qué dices?... Por favor, no grites no entiendo nada de lo que estás diciendo.

TERESA. — ¿Qué pasa? ¿Tiene algún problema?

ERIC. — *(Sigue en el teléfono con Sofía, se ve muy confundido.)* No entiendo... ¿Cómo pasó eso?... *(Se emociona y brinca dando un grito de alegría. Comienza a reír entusiasmado.)*

TERESA. — ¿Qué te dijo? ¡Eric!

ERIC. — *(Al teléfono.)* No puedo creerlo. Me alegro muchísimo por ti, Sofi. ¡Es increíble!... Sí, te dejo. Nos vemos al rato. Adiós.

TERESA. — ¿Y bien?

ERIC. — (*Muy sorprendido y emocionado.*) Dice Sofi que la aceptaron en una academia de danza en Nueva York.

TERESA. — ¿Me estás tomando el pelo?

ERIC. — ¡Es en serio! Jamás la había escuchado tan feliz en toda su vida.

TERESA. — (*Incrédula.*) ¿Pero en qué momento pasó esto?

ERIC. — Dice que lleva dos meses mandándoles videos de sus coreografías y estudiando para un examen de admisión que hizo hace unas semanas, o algo así. ¿Qué importa? Sofi está feliz y yo también.

PROFESOR ROBERTO. — (*Sin poder ocultar su enorme satisfacción, camina hacia Teresa con una sonrisa pícaro.*) ¿No se los dije? Sofía es una niña sumamente inteligente a la que solo le hacía falta proponerse una meta y saberse capaz de cumplirla.

TERESA. — (*Tratando de ocultar su vergüenza.*) Pero... hay algo en todo este asunto que no entiendo, y es culpa suya. (*Improvisa una falsa indignación en contra del profesor.*) Usted, profesor, nos citó a mi esposo y a mí para discutir la mala actitud y el pobre desempeño de Sofía. Y sin embargo, al parecer todas sus quejas absurdas no tenían fundamentos.

PROFESOR ROBERTO. — (*Extrañado.*) ¿Cómo dice?

TERESA. — ¿Con qué cara nos habla de la pésima alumna que es Sofía cuando la acaban de aceptar en una universidad prestigiosa de Nueva York?

PROFESOR ROBERTO. — Bueno, yo...

TERESA. — ¿En qué cabeza se creyó con el derecho de quejarse de mi brillante hija, que no necesitó de sus Matemáticas para llegar a la universidad de sus sueños? Yo siempre lo dije, Sofía está destinada a grandes cosas y tiene toda la capacidad del mundo para lograrlas.

PROFESOR ROBERTO. — ¡Pero si yo dije...!

TERESA. — ¡Usted nada! Y en vista de que evidentemente la “actitud” de Sofía ya no es un problema, no tiene sentido que sigamos alargando esta reunión inútil. Vámonos, Eric. Que tenga buenas tardes, profesor Roberto.

*(Teresa, apenas pudiendo disimular su vergüenza, toma su bolsa y sale de escena con paso firme y elegante, procurando no quedar en ridículo.)*

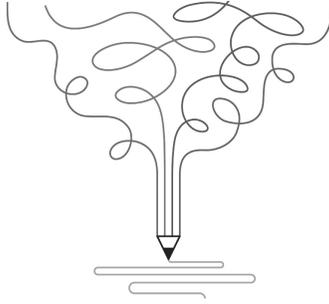
ERIC. — *(Camina hacia el profesor un poco inseguro de qué hacer, pero con una sonrisa ingenua de padre orgulloso cuya hija ocupa todo su mundo.)* Muchas gracias, profesor Roberto. Teresa y yo estamos muy agradecidos por su atención. Nos vemos pronto y gracias por ayudar a Sofi.

*(Eric sale de escena siguiendo a su esposa. El profesor Roberto camina al centro del escenario bastante extrañado, luego suelta una carcajada y una exclamación de absoluta alegría.)*

PROFESOR ROBERTO. — Lo logró... ¡Lo logró! ¡Y gracias a mí!

*(El profesor sale de escena lleno de emoción. Se cierra el telón.)*

FIN



## 4.2 Profesional

### 4.2.1 *Al final del arcoiris*

*Carlos Daniel González Silva*

#### **PERSONAJES**

**PATRICK.** Leprecaun\* de estatura baja que disfruta de ver sufrir a la humanidad y busca divertirse.

**DILON RASHFORD.** Joven egoísta y arrogante de unos 21 años que anhela fama y fortuna.

**GALVIN ADAMS.** Único y mejor amigo de Dillon, trabaja en su propia zapatería.

**MANUS.** Prisionero de gran tamaño y de mediana edad con personalidad amable al cual le gusta escribir.

**MARELLA RASHFORD.** Madre de Dillon, y mujer bastante amable y tierna con una enfermedad muy grave.

**ANNA SINCLAIR.** Mujer joven, novia y prometida de Dillon.

**OFICIAL HARRISON.** Miembro del cuerpo de policía.

**JULIETA ANDREWS.** Vecina de Dillon, mujer chismosa y tóxica.

**JUEZ KINGSLEY.** Hombre de mayor edad, frío e impo-  
nente.

**FISCAL JOHNSON.-** Hombre de mediana edad que busca la culpabilidad de Dillon.

*\*Leprecaun: Famoso ser mitológico de la cultura irlandesa conocido coloquialmente como “duende”. De acuerdo a la leyenda, si un humano ve a un leprecaun, éste intentará hacer que se distraiga para poder escapar, de lo contrario le tendrá que entregar su olla de oro para poder recuperar su libertad.*

### PRIMER CUADRO

*(Es de día y está soleado. Dilon y Anna entran por la izquierda, se encuentran caminando por las calles de la ciudad de Irlanda, cerca del centro, pasan por la catedral, los pájaros cantan.)*

DILON. — *(Molesto.)* Anna, ¿no lo entiendes, no sabes lo que es ser yo! Tú no tienes que trabajar para pagar tu escuela, tú no tienes que llegar a casa y darte cuenta que no hay un padre para saludar, no tienes que ir al hospital para ver a tu madre pensando que puede ser la última ocasión en que la verás.

ANNA. — Es verdad, mi amor. No sé lo que es ser tú, pero sí lo entiendo. Sé que tu situación es difícil, es por eso que estaré para ti en cualquier momento para ayudarte. *(Toma el brazo de Dilon y le da un beso en la mejilla.)*

DILON. — Gracias, Ann. Lamento haberte gritado. Me alegra saber que me casaré con tan espectacular mujer. *(Se detiene y revisa su reloj.)* ¡Dios mío, ya es tarde, quedé de ir con Galvin a las once para ayudarlo! *(le da un beso en la mejilla a Anna y corre a prisa)* ¡Nos vemos luego! *(Sale corriendo.)*

ANNA. — *(Gritando.)* ¡Pero cariño, tenemos que apartar el salón para la boda!

### SEGUNDO CUADRO

*(Dilon entra a la zapatería de Galvin. Hay un mostrador largo al centro, unos sillones a los lados, una puerta que lleva al almacén y hay repisas con zapatos y una pequeña mesita con herramientas.)*

DILON. — *(Sin aliento.)* Galvin, perdón por llegar tarde, tuve que ve...

GALVIN. — *(Escribiendo en una libreta sin voltear a ver a Dilon.)* Ah, hola Dilon, no te preocupes, llegaste 32 segundos antes de las once.

DILON. — *(Aliviado.)* ¡Dios, gracias al cielo! Bueno, ¿para qué necesitabas mi ayuda?

GALVIN. — Necesito hacer un gran pedido de zapatos para mañana. Tengo que hacer el inventario y asegurarme de que todos los artículos estén presentables e impecables. Me puedes ayudar con los zapatos restantes o haciendo el inventario.

DILON. — Por el amor de Dios, elijo el inventario, suficiente tengo de trabajo duro, además no tengo idea de cómo hacer zapatos.

GALVIN. — Pues quizás deberías aprender a hacer zapatos, podrías ser de gran ayuda.

DILON. — No lo creo, no es lo mío, no me imagino haciendo zapatos, no sé cómo te diviertes haciendo eso, aunque gracias por la oferta. Creo que por eso somos amigos, somos muy diferentes, pero a la vez eres la única persona en el mundo que me podría entender, después de todo estamos en una situación similar; a ambos nos faltan nuestros padres, ambos trabajamos muy duro y nadie lo nota, estamos rodeados de gente rica y de gente que lo tiene todo y prácticamente estamos obligados a vivir con esas personas, no hay nada que podamos hacer.

GALVIN. — ¿Otra vez olvidaste tomar tus anti-depresivos, Dilon? Creo que deberías dormir, tu mente está jugando contigo de nuevo. Tenemos muchísimas cosas Dilon, no necesito más, soy feliz con mis zapatos, tú tienes una hermosa novia y una madre que te ama con todo su corazón.

DILON. — Mucha gente tiene eso y más. No entiendo cómo puedes decir que eres feliz con zapatos, yo sólo sería completamente feliz si una olla de oro me cayera del cielo.

GALVIN. — *(Con ironía.)* Cuidado con lo que pides, probablemente morirías si una olla de oro te cayera encima del cielo y estoy casi seguro de que lo más que te podría pasar si te cae un zapato en la cabeza sería una jaqueca. *(Hace una pausa y suspira.)* Bueno, sé que no podré hacerte cambiar de opinión así que podrías ir comenzando a hacer el inventario mientras yo comienzo los zapatos, iré por la navaja al almacén, enseguida regreso.

*(Galvin sale por la derecha. Dilon saca una moneda de su bolsillo.)*

DILON. — Querida moneda, querida moneda, ¿algún día seré rico? *(Arroja la moneda al aire)* Cara que sí, sol que no. *(Atrapa la moneda.)* ¡De todas formas no me interesa tu opinión, estúpida moneda! *(Gritándole a la moneda.)*

*(Se le cae la moneda y termina detrás del mostrador, Dilon se acerca para recogerla y escucha un sonido.)*

PATRICK. — *(Detrás del mostrador.)* Doscientas cincuenta y un monedas de oro, doscientas cincuenta y dos monedas de oro...

*(Dilon se asoma detrás del sillón.)*

DILON. — *(Sorprendido.)* ¡Ah, ¿quién eres tú?!

PATRICK. — *(Levantándose.)* ¡¿Quién soy yo?! La pregunta es: ¿quién eres tú?

DILON. — *(Alejándose.)* ¡Eres un ladrón, llamaré a la policía!

PATRICK. — *(Riéndose.)* ¿Yo? ¿Un ladrón? Niño estúpido, soy lo que se conoce como...

DILON. — Un leprecaun, ¿cierto? Y ahora necesitas que te libere y por lo tanto vas a intentar hacerme voltear y perderte de vista, ¿cierto? Muy gracioso. ¡Ladrón! (*Lo señala.*)

PATRICK. — Precisamente. ¡Mira detrás de ti, un hombre apuesto!

DILON. — ¿Qué? ¿En serio crees que voltearé por eso?

PATRICK. — ¡Demonios! Funcionó con la última humana que me encontró.

DILON. — Guau, realmente estás chiflado.

PATRICK. — Sí, claro. Lo dice el niño tonto que le estaba gritando a una moneda.

DILON. — Eso era sólo... eso... bueno, ¿y qué? Tú eres el que está disfrazado de leprecaun contando monedas de chocolate detrás de un sillón en una zapatería.

PATRICK. — ¿Monedas de chocolate? Niño, no tengo tu tiempo, ¿qué quieres por mi libertad?

DILON. — Seguirás con ese juego, ¿eh? Bueno, en ese caso, concédeme un deseo.

PATRICK. — No soy un genio de la lámpara, ignorante. ¡Aunque detrás de ti hay uno!

DILON. — Sí, claro. ¿Entonces qué puedes hacer?

PATRICK. — ¡¿Que qué puedo hacer?! ¡Ay, los humanos son más tontos cada minuto! Los leprecauns somos criaturas que, en caso de ser vistos y reconocidos por un humano, tenemos que darles nuestra olla de oro para recuperar nuestra libertad.

DILON. — Muy bien, entonces dame tu olla de oro.

PATRICK. — (*Escondiendo su olla.*) No tengo olla de oro. No sé de qué hablas.

DILON. — La acabo de ver hace unos segundos, entrégamela, según la leyenda tienes que hacerlo para recuperar tu libertad, ¿no es así?

PATRICK. — Con que nos han estado investigando, malditas ratas. Está bien, te daré mi olla de oro, pero te advertiré de algo, (Se acerca a Dillon haciendo que retroceda unos pasos.) los humanos son avariciosos y egoístas por naturaleza, ten cuidado en lo que te puedes convertir, o lo que muestres de tu verdadero ser. Aquí está mi olla...la que jamás alcanzó a tocar el final del arcoíris.

DILON. — Claro, gracias. (*Toma la olla de oro y Patrick se esfuma instantáneamente.*) ¡¿Qué rayos?!

Galvin entra por donde salió.

GALVIN. — ¿A qué se debe tanto alboroto?

DILON. — (*Asustado.*) Galvin, ¡Un enano brujo se apareció y me entregó esta olla de oro! (*Apunta a la olla.*)

GALVIN. — Demonios, Dillon, me veré forzado a quitarte esas pastillas anti-depresivas, en serio te están haciendo daño.

DILON. — Si estuviera mintiendo, ¿de dónde sacaría la olla de oro?

GALVIN. — En caso de que tuvieras razón, primero tendríamos que saber si en realidad se trata de oro (*Se acerca a la olla y toma una moneda, la muerde y la regresa a la olla.*)

DILON. — ¿En verdad es oro?

GALVIN. — Así es, es oro puro, parece que se te cumplió tu extraño deseo.

DILON. — ¡Esto no puede estar pasando! ¿Soy rico? ¿Soy rico! ¡Tengo una olla de oro que me dio un leprecaun!

GALVIN. — Sí, eres rico. Sin embargo, te recomiendo que dejes de lado la parte del leprecaun, las personas no lo creerían.

DILON. — Claro, claro, tienes razón.

### TERCER CUADRO

*(El mismo día en la tarde, el escenario es la entrada de la casa de Dillon. Entra Dillon por la derecha con unas llaves de auto en sus manos, aprieta el botón para cerrar los seguros y suena la alarma. Anna se encuentra sentada en la escalera de entrada de la casa de Dillon.)*

DILON. — *(Sorprendido.)* ¿Anna? ¿Qué haces aquí afuera?

ANNA. — Te estuve esperando, creí que llegarías temprano, no contestaste tu celular. Teníamos que apartar el salón hoy, y otra pareja nos ganó la fecha. Pero eso no importa por ahora, ¿de dónde has sacado ese coche?

DILON. — Lo lamento mucho, Anna. El auto es mío, lo compré hoy, ¿no es genial?

ANNA. — Pero, cariño, ¿de dónde has sacado el dinero para costearte algo así?

DILON. — *(Dudando.)* Fue... una herencia, sí, una herencia. Un tío lejano murió y al parecer soy el único heredero.

ANNA. — Pero creí que la familia de tu madre no tenía dinero.

DILON. — Es porque... es un tío de la familia de mi padre. No te preocupes, ahora podemos rentar un mejor salón, podemos tener la mejor boda de todas.

ANNA. — Pero eso significaría gastar muchísimo dinero, no creo que podamos costearlo.

DILON. — Tú no te preocupes por eso, déjame todo a mí.

ANNA. — Está bien, querido. Confío en ti. Ahora, me tengo que ir, tengo un poco de prisa, te amo. *(Le da un beso en la mejilla a Dilon y sale por la derecha.)*

Entra la Sra. Julieta Andrews.

SRA. ANDREWS. — *(Con arrogancia.)* Vaya, vaya, el vecinito se ha ganado una fortuna con esa muchacha, ¿no es así? Aunque parece que esa no es la única fortuna que se ha ganado. Qué lindo coche, por cierto.

DILON. — Así es, mi prometida es maravillosa. Y sí, es una lástima que mi abuelo haya fallecido, pero le estoy muy agradecido por lo que me dejó. Ahora si me disculpa, estoy muy ocupado.

SRA. ANDREWS. — Creí haber escuchado que tu tío fue el que falleció, ¿acaso escuché mal? La edad me debe estar afectando, ¿no cree usted? *(Suspira.)* ¡Dios! Estos muchachos y sus prisas, en verdad que los tiempos deben estar cambiando, cuando yo era...

DILON. — Creo que debo haberme equivocado, me refería a mi tío y lo lamento mucho señora, pero no tengo tiempo para charlar, tengo muchas cosas que hacer, voy tarde con el zapatero, que tenga buen día. *(Entra a su casa.)*

SRA. ANDREWS. — *(Molesta.)* ¡Que groseros son los jóvenes de hoy en día! En mis tiempos se enseñaba el respeto.

*(La Sra. Andrews sale por la izquierda y Dilon sale de su casa. Aparece Patrick.)*

PATRICK. — *(Con una gran sonrisa en el rostro.)* ¿Y cómo le está yendo al señor “que me caiga una olla de oro del cielo”? *(Se echa a reír.)*

DILON. — *(Sorprendido.)* ¿Tú otra vez? ¿Qué haces aquí y cómo sabes que aquí vivo?

PATRICK. — Si tan solo tuvieras una idea de lo mucho que sabemos nosotros los leprecauns... en fin, sólo vine a hacerte una pequeña visita amistosa, y por lo visto ya estrenaste mi pequeño regalo. *(Se echa a reír.)*

DILON. — No entiendo qué te parece tan gracioso, tú tienes tu libertad y yo tengo mi olla de oro, estamos a mano, ¿por qué no te vas?

PATRICK. — Verás, niño tonto, a los leprecauns nos parecen muy divertidos los humanos, en especial cuando el sufrimiento los persigue, justo como te perseguirá a ti.

DILON. — ¿A qué te refieres con que me perseguirá el sufrimiento? ¿Qué intentas decir?

PATRICK. — Ya lo verás, ya lo verás. *(Se ríe como un maníaco.)*

*(Patrick se esfuma y Dilon sale por la derecha. Suena una puerta de auto cerrándose y el carro arrancando. Entra Galvin por la izquierda y toca el timbre de la casa de Dilon.)*

GALVIN. — ¿Ese tonto aún no estará en casa? ¿A dónde habrá ido?

*(Entra la Sra. Andrews por la izquierda.)*

SRA. ANDREWS. — Vaya, vaya. ¡Pero cuánta sangre joven me he encontrado este día! Primero la muchacha, luego mi vecinito y ahora un apuesto chico. Buenas tardes, debe de estar buscando al joven que vive aquí, ¿cierto?

GALVIN. — (*Alegremente.*) Buenas tardes. Así es, señora. ¿No lo vio entrar?

SRA. ANDREWS. — Claro que lo vi entrar, debe seguir ahí. No, espere un momento, su auto ya no está. Se debió haber ido cuando no estaba mirando. Creo que iba con el zapatero.

GALVIN. — Me parece que está muy atenta a lo que sucede en la casa del vecino, ¿no le parece?

SRA. ANDREWS. — ¡Así es como debe ser! La sociedad se deteriora día a día porque dejan de observar lo que sucede a su alrededor. Nunca se termina de conocer a las personas, quién sabe qué clase de locos pueden ser. Uno siempre se sorprende de los demás.

GALVIN. — Ya veo. Ahora, con su permiso, tengo que encontrar a mi amigo.

SRA. ANDREWS. — Pues le advierto que debe cuidarse de su “amigo”, tengo mis sospechas de que es un ladrón o incluso algo peor, será mejor que cuide su espalda.

GALVIN. — (*Se aclara la garganta.*) Con todo respeto, señora, antes sospecharía de mí que de Dilon, antes cuidaría mi espalda de lo que ocultamos en nuestro propio ser, ay no de lo que oculta el ser de otra persona.

SRA. ANDREWS. — Otro demente, ¡todos los jóvenes están dementes! (*Saca su abanico y se da la vuelta.*) (*Galvin se va.*) Debería ir con un psic... ¡¿a dónde demonios se ha ido?!

(*Sra. Andrews sale por la izquierda haciendo una rabieta.*)

## CUARTO CUADRO

*(En la zapatería. Dilon está adentro.)*

DILON. — ¿No está Galvin? Qué raro... dejó abierto.

GALVIN. — *(Gritando.)* ¡Dilon! *(Entra por la izquierda.)*

DILON. — Galvin, ¿ya viste el auto que compré? Está recién sacado de agencia. ¿No es asombroso?

GALVIN. — Dilon, quería advertirte que no gastaras tu dinero de manera drástica, la gente empezará a sospechar, a decir verdad tu vecina ya empezó a sospechar.

DILON. — Tú no te preocupes, esa mujer está desquiciada. ¿Sabías que espía a los que recogen la basura por miedo a que se roben su depósito?

GALVIN. — Dilon, no deberías dejarte llevar tan fácil por el dinero, tienes otros asuntos más importantes que atender, como tu boda, o tus estudios, o más importante, tu madre.

DILON. — ¿Podrías dejar de ser tan aguafiestas? Sólo me estoy divirtiendo, por fin puedo divertirme como otras personas y no preocuparme por mis gastos.

GALVIN. — Pero Dilon, no te das cuenta de que...

DILON. — *(Molesto.)* Oh, ya entiendo lo que sucede, ¿estás celoso, cierto?

GALVIN. — Dilon, claro que no, yo sólo intento ayudarte.

DILON. — *(Casi gritando.)* Si tanto quieres mi dinero, puedes pedirlo, pero no tienes que fingir que te preocupas por mí, eres tan envidioso.

GALVIN. — ¡Por el amor de Dios, Dilon! ¿Para qué querría yo tu dinero?

DILON. — ¡No te hagas tonto! Sabes que eres pobre, que no tienes nada y a nadie, el dinero es lo único que deseas en el fondo.

GALVIN. — ¡Te equivocas! Tengo algo, te tengo a ti, o al menos a quien solías ser. No sé qué te sucedió. Déjame solo por favor. *(Sale por la izquierda.)*

DILON. — ¡Pues perfecto! Vete, nadie te necesita.

*(Aparece Patrick.)*

PATRICK. — *(Suelta carcajadas.)* ¡Bravo! Me has sorprendido en esta ocasión, no pensé que el dinero te afectara tan rápidamente. Qué estúpidos y divertidos son los humanos.

DILON. — ¿Tú otra vez? ¿Qué es lo que quieres?

PATRICK. — ¿Pero qué acaso no lo ves? Me quiero divertir, hace mucho no me reía así. *(Suelta carcajadas.)* Piénsalo, llevas un día con tu dinero y ya perdiste a tú mejor... quiero decir a tu único amigo. *(Se ríe frenéticamente y se va.)*

DILON. — Maldito enano, le mostraré.

## QUINTO CUADRO

*(Anna está sentada en afuera de la casa de Dilon. Dilon entra por la derecha.)*

DILON. — ¿Anna? ¿Qué haces otra vez aquí? Te dije que me haría cargo del salón.

ANNA. — *(Se levanta.)* ¡Oh, cariño! Es que estuve pensando, no creo querer una boda muy llamativa, me gusta más la idea de tener la acogedora boda que queríamos. No me imagino en un

lugar lleno de desconocidos y tampoco puedo permitir que gastes tu herencia en esto, podríamos comprar una casa, ¿no te parece ideal? (*Sonríe.*)

DILON. — No, Anna, no me parece ideal. Tú quieres que ahorremos ese dinero y quedártelo para ti, ¿no es verdad? ¿Por qué simplemente no me lo dijiste desde el principio? Te lo hubiera dado, no quiero que me utilices (*Le avienta las manos.*)

ANNA. — (*Asustada.*) Pero, ¿de qué hablas? ¿Qué te sucede?

(*Entra la Sra. Andrews por la izquierda.*)

SRA. ANDREWS. — ¿Pero qué sucede aquí? ¿Una parejita peleando? ¿Problemas pre-maritales?

DILON. — (*Ignorando a la señora.*) ¿Quieres dinero? Tómallo. (*Saca su cartera y pone billetes en las manos de Anna.*) Tengo mucho, y él no me engaña, a diferencia de ti.

SRA. ANDREWS. — Muchachito grosero, respeta a la jovencita.

ANNA. — (*Le da una cachetada.*) ¡No sé qué mosco te picó! Si tanto quieres tu dinero, enfermo maniaco, pues cástate con él (*Se lo avienta a la cara.*)

SRA. ANDREWS. — ¡Ayy, que buena bofetada! Eso me recuerda cuando mi segundo ex-esposo...

(*Anna sale por la izquierda.*)

DILON. — ¡Quizás lo haga! El dinero sí me entiende, el dinero me quiere.

SRA. ANDREWS. — (*Asustada.*) ¡Dios mío! El diablo se le ha metido a mi querido vecinito, ¡arrepíentete de tus pecados y salva tu alma! ¡Dios, perdona a este muchacho!

DILON. — (*Voltea a ver a la Sra. Andrews.*) ¡¿Se puede callar, señora metiche?!

SRA. ANDREWS. — ¡¿Cómo me has llamado?! (*Le da una bofetada a Dillon.*) Eso te enseñará a respetar a tus mayores. Su madre debe de estar más feliz en el hospital que con usted.

(Sra. Andrews se va por la izquierda.)

DILON. — (*Gritándole.*) ¡Ahora comprendo por qué la abandonó el lechero! (*Hace una pausa*) ¿Respetar a mis mayores? ¿Qué mi madre prefiere vivir en el hospital? Mi madre... ¡mi madre! Ella entenderá mi situación.

(*Aparece Patrick.*)

PATRICK. — ¡Dos strikes! ¡Denle una medalla a este chico! Ha roto el record de ser un patán con su mejor amigo, con su prometida y con la vieja metiche. (*Suelta carcajadas.*)

DILON. — ¡Lárgate, déjame en paz! No tengo tiempo para ti.

PATRICK. — Al parecer ni para tu madre, no las has visitado ni una vez en todo el día. Ni yo le haría eso a mi madre (*Se aguanta la risa.*), ¡si la tuviera! (*Se ríe, hace una reverencia con su sombrero y desaparece.*)

DILON. — Madre, ya voy.

#### SEXTO CUADRO

(*Marella se encuentra en una habitación de hospital, está recostada en una cama de hospital y con suero. Entra Dillon a la habitación.*)

DILON. — ¿Mamá? Hola, ¿cómo te sientes?

MARELLA. — (*Con dificultades para hablar.*) Dillon, me siento bien, hijo, gracias por preocuparte.

DILON. — *(Se le rompe un poco la voz.)* Es que eres lo más importante para mí, mamá.

MARELLA. — Gracias hijo, pero lo más importante deben ser tus estudios y las personas que te rodean, a mí no me queda mucho tiempo... esa operación es demasiado costosa. No quiero que pierdas todo tu tiempo conmigo, disfruta tu vida.

DILON. — Pero eres parte de mi vida, mamá.

MARELLA. — Hijo mío, lo que más quiero ver en el tiempo que me queda en este mundo es a ti con esa hermosa novia tuya que tienes. ¿Podrías hacerme el favor de traerla?

DILON. — Mamá, no puedo traerla ahora mismo. Ella y yo...

MARELLA. — No tiene que ser ahora, hijo. Sé que están ocupados, pero por favor tráela un día.

DILON. — Está bien, mamá, la traeré. No te preocupes.

MARELLA. — Gracias, hijo mío. ¿Qué tal está Galvin? Ese chico es muy trabajador.

DILON. — Él está bien, mamá. Pero tuvimos una pelea.

MARELLA. — Hijo, no pelees con ese chico, es el mejor amigo que podrías tener. Amigos como él son un tesoro, cuida tu tesoro.

DILON. — Mamá, hay algo que tengo que decirte, creo que sí puedo pagar tu...

*(Entra bruscamente el oficial Harrison.)*

HARRISON. — ¡¿Dilon Rashford?! Se le acusa de haber robado grandes cantidades de dinero, se le asignará un abogado, tiene derecho a guardar silencio y cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra. (*Esposa a Dilon.*)

MARELLA. — ¡¿Pero qué está pasando?!

DILON. — ¡Yo no robé nada! ¡¿A qué se debe esto?!

### SÉPTIMO CUADRO

*(Dos días después. Se encuentran en el juzgado. Dilon está sentado en la sala de audiencia, el fiscal Johnson está leyendo los cargos y, el juez Kingsley está sentado en el estrado.)*

FISCAL JOHNSON. — Señor Dilon Rashford, se le acusa de haber robado cantidades grandes de dinero y haber usado estos recursos ilícitos para conseguir un auto nuevo del año.

JUEZ KINGSLEY. — ¿Cómo se declara?

DILON. — (*Tartamudeando.*) Ino-inocente, su señoría.

FISCAL JOHNSON. — Muy bien, que pase la testigo. (*Julieta entra al lugar*) Señora Julieta Andrews, por favor suba al podio. (*Julieta sube al podio.*) Buenos días, señora. ¿Podría decirnos su edad y ocupación?

JULIETA ANDREWS. — ¡¿Cómo se atreve a preguntarle la edad a una dama?! Bueno, mi nombre es Julieta Andrews y me dedico a cuidar de mi comunidad y de mi vecindario, el culpable del robo es mi vecino, Dilon Rashford, ¡ese muchacho que está ahí! (*apuntándolo*).

FISCAL JOHNSON. — Señora, le voy a pedir que tenga más respeto hacia el acusado, aún no se comprueba su culpabilidad.

JULIETA ANDREWS. — ¿Aún no? Pues que ineficiencia. Si yo fuera juez, ya habría...

FISCAL JOHNSON. — Señora, ¿cuándo notó que el joven Rashford había conseguido tan grandes cantidades de dinero?

JULIETA ANDREWS. — Válgame, lo recuerdo como si fuera ayer. Fue hace dos días. Hace dos días ese muchacho... ¡Ese muchacho que está ahí... llegó en un automóvil nuevo a su casa!

FISCAL JOHNSON. — ¿Y le dijo de dónde obtuvo ese dinero?

JULIETA ANDREWS. — Primero dijo que lo heredó de su abuelo, pero como yo estaba barriendo las calles debido a mi interés en la comunidad, alcancé a escuchar por accidente que había heredado mucho dinero. Entonces, cuando me mintió, supe inmediatamente que lo había robado, de seguro también se robó ese traje que trae puesto, ¡arrésteno!

JUEZ KINGSLEY. — Señora, el joven ya fue arrestado. ¡Esta es la última llamada de atención a la testigo, más respeto o se va de la sala!

FISCAL JOHNSON. — *(Se aclara la garganta.)* Así que, ¿fue ese el momento en que notó discrepancias en el asunto y decidió denunciarlo al poder público?

JULIETA ANDREWS. — Así es.

FISCAL JOHNSON. — Muy bien, eso sería todo, muchas gracias señora. Puede retirarse.

JULIETA ANDREWS. — ¡¿Sólo era eso?! ¡¿Me hizo venir aquí sólo para esto?!

FISCAL JOHNSON. — Señora, usted pidió explícitamente venir a testificar, ahora por favor baje.

JULIETA ANDREWS. — Pues no me iré. (*Se cruza de brazos.*)

FISCAL JOHNSON. — Me veré obligado a llamar a seguridad.

JULIETA ANDREWS. — Pues atrévase.

FISCAL JOHNSON. — ¡Guard...!

JULIETA ANDREWS. — Está bien, está bien, me voy. Muchachos maleducados.

(*Julieta Andrews sale por la derecha.*)

FISCAL JOHNSON. — Ese fue el único testimonio. Ahora pasemos a la evidencia física: un maletín lleno de efectivo perteneciente al acusado, un automóvil nuevo, y estados bancarios con entradas de efectivo que, lógicamente, no provienen de su empleo.

JUEZ KINGSLEY. — Muy bien, ya hemos escuchado a la fiscalía, ahora pasemos a la defensa,

DILON. — Su señoría, me gustaría defenderme a mí mismo, si no hay problema.

JUEZ KINGSLEY. — Adelante, está hundido de todas formas. Digo... prosiga.

DILON. — Gracias. El dinero que obtuve fue por una herencia de un tío lejano...

FISCAL JOHNSON. — ¡Objeción! Ya quedó comprobado que no existe tal tío.

JUEZ KINGSLEY. — A lugar. Díganos, señor Rashford, de dónde sacó el dinero.

DILON. — Yo... el dinero... pues...

FISCAL JOHNSON. — No sabe de dónde lo sacó, finge demencia.

JUEZ KINGSLEY. — Señor Rashford, es su última oportunidad, ¿de dónde sacó el dinero?

DILON. — (*Encogiéndose de hombros.*) Me lo dio un leprecaun.

JUEZ KINGSLEY. — ¿Un duende de la mitología irlandesa? ¿Un duende le dio dinero?

DILON. — Así es.

FISCAL JOHNSON. — ¡Objeción, los leprecauns no existen!

JUEZ KINGSLEY. — A lugar.

DILON. — (*Desesperado.*) ¡Pero no miento, estaba en la zapatería de Galvin y se apareció un leprecaun, dijo que me podía quedar con su olla de oro a cambio de su libertad!

FISCAL JOHNSON. — ¿Podemos pasar a la resolución del jurado?

JUEZ KINGSLEY. — Adelante, jurado, ¿cuál es su veredicto?

JURADO. — ¡Culpable!

JUEZ KINGSLEY. — Muy bien, el jurado ha tomado la decisión. Cumplirá seis años de sentencia en la prisión de Hellway, tendrá derecho a fianza por 3 millones de euros.

DILON. — (*Gritando.*) ¡No!

## OCTAVO CUADRO

*(El oficial Harrison está por meter a Dillon a una celda donde se encuentra Manus. Dentro de la celda se encuentra una litera y un escusado.)*

OFICIAL HARRISON. — *(Abriendo la reja de la celda.)* Muy bien, señor Rashford, esta es su celda, y este es su compañero, disfrute su estancia en la prisión Hellway.

DILON. — *(Frustrado y molesto.)* ¡No merezco estar aquí! *(Dillon entra a la celda, el oficial Harrison cierra la reja y sale por la derecha.)* *(Con miedo, dirigiéndose a Manus)* Bu-buenas tardes, señor. Mi nombre es Dillon Rashford. Mucho gusto.

MANUS. — *(Poéticamente, sentado en su cama.)* ¿A qué se debe el temor? / ¿Acaso tu juicio ha sido un error? / *(Se levanta para estrechar la mano de Dillon)* Mucho gusto igualmente, señor. / Su amabilidad es muestra de valor. / ¡Qué alegría encontrarme con alguien como usted! Es un gran honor. /

DILON. — *(Extrañado.)* Um...bueno, muchas gracias. *(Triste.)* Me temo que sí es un error, y a la vez no, quizás todo esto me lo merecía.

MANUS. — *(Sorprendido.)* Pero, ¿qué quiere decir con ello? / ¿Se trata de un atropello? /

DILON. — Olvídelo, no me creería si le cuento la historia. Por cierto, ¿por qué habla así?

MANUS. — Tal vez le sorprenda, pero ser escritor es mi sueño. / Ha sido ambición desde pequeño. / Respecto a su caso, puedo intentar creerle, le prometo que pondré mucho empeño. /

DILON. — ¿Escritor? Pero yo imaginaba que usted sería un... bueno, olvídelo.

MANUS. — (*Sonriendo.*) Pensó usted que yo era un asesino, / un simple cretino. No se preocupe, no soy para nada dañino. / Verá usted, la justicia yo no domino/, mi exesposa me abandonó por otro hombre, alguien más “fino”/. Me inculpó de un crimen que ella cometió. Ella sabía que yo no le haría daño/, todo se convirtió en un gran engaño/. Llevó en este lugar poco más del año./

DILON. — Oh, así que usted está aquí por culpa de alguien más. Lamento mucho escuchar eso. No sé qué sería que tu... (*Agachando la cabeza.*) que tu pareja te sorprenda y no sea quien creías que era...

MANUS. — Claro que es injusto, / pero por otro lado estoy más a gusto. / Por fin he podido escribir mis historias/, algún día las publicaré para que todos las puedan conocer, aunque no sean muy notorias./

DILON. — ¿Y no le concedieron fianza? ¿Tiene esperanzas de salir de aquí?

MANUS. — Fianza me concedieron, / pero mis familiares pagarla no pudieron. / Hicieron todo lo que estaba en sus manos, pero al final se rindieron. / Lo peor fueron las lágrimas en los ojos de mi madre, / y la tristeza en el rostro de mi padre. / Pero basta de mí, / ¿qué hay de ti? /

DILON. — Lo lamento mucho. Pues quizás yo sí merezco estar en este lugar. Recibí cantidades de dinero enormes y terminaron por cambiarme. Digamos que una fuente un tanto “especial” tuvo que ver con el asunto. ¡Pero juro que no robé nada!

MANUS. — ¿Es decir que el dinero apareció de la nada? / ¿Sólo con pensar en una fortuna deseada? /

DILON. — (*Se sienta en la cama de Manus.*) Pues sí... (*suspira*) algo así... (*Baja la mirada.*)

MANUS. — Oh, ¿casaco fue obra del destino?/¿Fue la travesura de un ser divino? ¿O un leprecaun se atravesó en tu camino? (*Se echa a reír, Dilon levanta la cabeza.*)

DILON. — ¡¿Conoces a los leprecauns?! ¿Conoces a Patrick? ¡Él lo hizo, él me metió aquí!

MANUS. — ¿Patrick? ¿A los leprecauns conocer?/Sólo una broma te acabo de hacer/, ¿estás seguro que la cordura no estás a punto de perder?/ (*Hace una pausa y Dilon, triste, vuelve a agachar la mirada.*) Es broma, chico, si tú dices que un duende irlandés te dio el dinero/, entonces eso debe ser verdadero./ Yo parezco un gigantesco rufián/, y mi inocencia jamás reconocerán/, pero tú has decidido creerme/, así que también voy a creerte./

DILON. — (*Se levanta y sonríe.*) ¿En serio? Nunca creí que alguien pudiera creerme, aunque bueno, jamás creí terminar en prisión hablando con un preso, sin ofender.

*(Manus suelta una carcajada y abraza a Dilon levantándolo.)*

MANUS. — Pues yo jamás creí tener un amigo que creyera en seres mitológicos/, pero en este mundo ya no hay hechos muy lógicos./ (*Hace una pausa.*) ¡Oh! Pero qué mala educación/, ¿cuál de las camas será tu elección?/ (*Señala las camas.*)

*(Es mitad de la noche. Manus y Dilon se encuentran dormidos. Dilon está en la litera de abajo y Manus en la de arriba.)*

DILON. — (*Hablando dormido.*) ¡No! ¡Anna, no es mi culpa, lo prometo! ¡Te amo, por favor no me abandones! Galvin, ¿dónde estás? Lo lamento tanto, perdóname. Mamá... no te vayas, por favor no me dejes, te necesito, te necesito...

*(Manus despierta por el ruido, se asoma a ver a Dilon y comienza a agitarlo.)*

MANUS. — ¡Dilon! Despierta, chico. (*Dilon despierta abruptamente.*)

DILON. — ¡Mamá! (*Confundido.*) ¿Eh? ¿Manus? ¿Qué pasa?

MANUS. — Eras presa de una pesadilla/, estás bien, aunque este lugar no sea una maravilla./

DILON. — Manus, ¿puedo preguntarte algo? (*Manus asiente y hay una pausa.*) ¿Te arrepientes de algo que hayas hecho?

MANUS. — No, chico. Me arrepiento de cosas que no realicé/, a mi familia no valoré/, a mis amigos ignoré/, y en mis sueños no confié/. No hay cosa que no se arregle/, salvo la muerte/, pero todas las situaciones tienen su lado alegre/. El truco es aprender a entender los errores/, y valorar lo que tenemos para poder ser mejores./ Siempre habrá recuerdos duraderos/, por ejemplo, no olvidaré de lo que hablamos cuándo nos hicimos compañeros/.

DILON. — (*Se ríe.*) Tienes razón, Manus. ¿Sabes? Saldré de aquí, y cuando salga, no cometeré los mismos errores que antes, le pediré perdón a Anna y a Galvin, visitaré a mi madre a diario y me dedicaré a mis estudios, y también te sacaré de este lugar.

MANUS. — (*Feliz y sorprendido con ojos de esperanza.*) ¿No mientes?/¿De veras lo prometes?

DILON. — Claro, sé que nos acabamos de conocer, pero me has ayudado muchísimo, no sé si es porque hablas extraño o eres gigantesco, pero eres alguien realmente especial.

MANUS. — Gracias, chico, lo aprecio mucho./ Ahora duerme o quedarás siendo un flacucho./

(*Ambos se ríen.*)

(*Es de día, Manus y Dilon se encuentran dormidos en la litera de la celda.*)

OFICIAL HARRISON. — ¡Despierte señor Rashford! Han pagado su fianza, se puede ir.

*(Manus y Dilon despiertan rápidamente y éste último queda boquiabierto.)*

MANUS. — ¡Chico! Cierra la boca y sal de aquí pronto,/ deja de perder el tiempo cual tonto./

DILON. — ¡Gracias por todo lo que hiciste por mí! (Abraza a Manus) Te sacaré de aquí de algún modo, no te preocupes.

#### NOVENO CUADRO

*(Marella está recostada en la misma camilla de hospital. Entra Dilon a la habitación.)*

DILON. — *(Con una tremenda alegría.)* ¡Mamá, estoy aquí! Vine a verte.

MARELLA. — ¡Hijo mío, no hay duda que Dios existe, aquí estás!

DILON. — Sí, alguien pagó mi fianza, fue algún ángel. Vine directo a verte. Madre, perdón por no haberte visitado más seguido, ¡lo lamento tanto! *(suelta unas lágrimas)*.

MARELLA. — Hijo, eres joven y cometes errores, soy tu madre y yo te tengo que cuidar a ti, no es al revés. Pero hay algo que no entiendo, la persona que pagó tu fianza no es ningún ángel, ¿de verdad no sabes quién es?

DILON. — ¡¿Qué?! ¿A qué te refieres?

*(Entra un doctor a la habitación.)*

DOCTOR. — Señora, es hora de la operación. Señor, le pedimos que salga por favor, comenzaremos la cirugía inmediatamente.

DILON. — ¡¿Cirugía?! ¿Qué está pasando?

MARELLA. — Hijo, te tengo buenas noticias, la misma persona que te sacó de prisión, ha salvado mi vida, pagó mi operación. Sólo te puedo decir que tienen un amigo bastante peculiar, jamás lo pierdas de vista, es un tesoro.

DOCTOR. — Señor, salga por favor.

*(Dilon sale de la habitación.)*

#### DÉCIMO CUADRO

*(Galvin está reparando zapatos en su mesita de trabajo. Dilon entra.)*

GALVIN. — ¡Dilon! Hola, perdón por tard...

*(Dilon abraza a Galvin.)*

DILON. — Yo soy el que debe disculparse. Perdóname por todo, y gracias, gracias por lo que has hecho por mí. Galvin, eres mi único amigo, bueno, sin contar a mi amigo de la prisión; gracias por tu amistad. Pero hay algo que no entiendo, ¿cómo pagaste la fianza? Y más importante, ¿cómo pagaste la operación de mi madre?!

GALVIN. — *(Suspirando.)* Dilon, Dilon... hasta los mejores amigos se guardan secretos, tú, por ejemplo, no me dijiste que tu madre estaba en tan grave situación, si me lo hubieras dicho antes ya hubiera pagado yo la cirugía. Hay algo que te tengo que confesar: pagué tu fianza y la operación con mi olla de oro, lamento haber tardado tanto, tuve que ir a desenterrar mi olla al final del arcoíris.

DILON. — *(Sorprendido.)* ¡¿Qué?! ¿De qué estás...?

*(Patrick aparece.)*

PATRICK. — Galvin, ¿ya están mis zapatos listos? Siempre tardas mucho para... (*ve a Dilon*).

DILON. — (*Enojado.*) ¡Eres tú!

GALVIN y DILON. — ¿Se conocen?

PATRICK. — Este... em, me tengo que ir.

(*Patrick desaparece.*)

DILON. — ¡¿Quieres explicar?!

GALVIN. — Dilon, ya que careces de habilidades deductivas, te explicaré: soy un leprecaun, sí, lo sé, es extraño. Mira, un leprecaun sólo tiene que entregarle su olla de oro al humano que lo atrape, mientras que el humano se dé cuenta de que se trata de un leprecaun, ¿quién creería que el zapatero de estatura baja que no tiene dinero es un leprecaun? Y en lo que a Patrick se refiere, verás, él odia a la humanidad como la mayoría de los leprecauns, yo soy una excepción. Quizás Patrick creyó que te estabas comportando de manera incorrecta y decidió jugarte una “broma” para que aprendieras una lección, o simplemente para molestarte, nunca se sabe. (*Se ríe.*)

DILON. — (*Anonadado.*) Pero... pero... (*Hace una pausa lleno de dudas.*) Ahora entiendo a qué se refería mi madre con que eres un tesoro, un tesoro no es siempre una olla de oro... a veces son las cosas que menos brillan... como tú, o como Anna...

GALVIN. — (*Sarcásticamente.*) ¿Gracias?

DILON. — (*Sacude la cabeza.*) ¡Espera! ¿Me estás diciendo que tienes una olla de oro?

GALVIN. — Pues ya no le llamaría olla de oro, queda muy poco, gasté la mayor parte de lo que me quedaba en tu fianza y

en la cirugía de tu madre. (*Molesto.*) ¿Acaso quieres dinero? ¿No te basta con que te haya sacado de prisión?

DILON. — No, quiero que saques a un amigo de la cárcel.

GALVIN. — Ay, Dilon, todo esto te fundió el cerebro, ¿ya te tomaste tus pastillas?

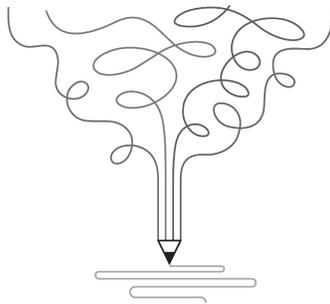
DILON. — ¡Galvin!

GALVIN. — Está bien, está bien. Pues ya que estoy resolviéndote la vida y sacando criminales de prisión, pues ya arreglé tus problemas premaritales también. Hablé con Anna y le conté lo que sucedió. No se lo tomó muy bien al principio, así que tuve que decirle que soy un leprecaun. ¡Problema resuelto!

DILON. — ¿Y qué dijo?

GALVIN. — Ah, nada todavía, se desmayó y la metí al armario, ella está bien.

DILON. — Dios mío, ¡Anna! (*Corre al armario.*)



## 4.3 Posgrado, egresados, profesores y empleados

### 4.3.1 Cupido vs. Destino

*René Maximiliano Reyes García*

#### **PERSONAJES**

*JOSÉ*

*JULIANA*

*(JOSÉ está en el escenario de un teatro vacío, es un hombre entre 25 y 35 años. JULIANA es una joven de entre 20 y 28 años, guapa y con mucha presencia; se encuentra en un camerino, maquillándose y arreglándose para una función. Aunque cada personaje está en cada lado del escenario, se puede “invadir” el lado opuesto a discreción del director y su trazo escénico.)*

**JOSÉ.** — *(Al público.)* Estoy cautivado con una escena de mi última obra de teatro. No los aburriré con detalles. Todos saben escribir, te lo enseñan en la escuela, y no hay nada peor que alguien diciéndote algo que ya conoces. Sin embargo, es diferente lo que yo hago y lo que ustedes hacen. Escribir obras de teatro es distinto de escribir reportes para la escuela, o una lista del súper o un ensayo sobre la historia de la Revolución Mexicana. Les podría hablar sobre la genialidad de escribir. Pero sonaría pretencioso, y entonces sería aburrido y pretencioso y sólo estaría hablando a una habitación vacía.

**JULIANA** — *(Recitando, concentrada.)* “Da una muerte contranatural el que mata porque se le ama. ¡Ay! ¿Por qué os mordéis así vuestro labio inferior? Alguna pasión sanguinaria agita todo vuestro ser. Ésos son los presagios. Sin embargo, espero, espero que no es a mí...” *(Rompiendo, se sienta.)* ¿Cómo puede una mu-

jer no argumentar su inocencia cuando se sabe al borde de la muerte? A veces no logro comprender a las mujeres de otras épocas. Sin embargo esa es la magia que existe cuando eres actriz: puedes no entender exactamente lo que dices, pero eres tan buena mentirosa que la gente te lo cree, y no sólo eso, sino que también te lo reconoce y te aplaude.

JOSÉ. — He actuado para muchas habitaciones vacías. Soy un escritor, pero también soy actor. Más que nada porque no puedo conseguir a nadie para actuar en mis obras. Bueno, esperen, eso es una mentira. Podría conseguir a alguien, el mundo está lleno de actores. Está este tipo, no recuerdo su nombre y no es realmente importante, no era ningún Al Pacino ni nada, pero ¿saben qué? le daremos un nombre de todos modos. Creo que a la gente le gusta más cuando todos en la historia tienen un nombre, hace que la mente tenga que trabajar menos. Usted señor, ¿cuál es su nombre? (*Nombre.*) Ese es un buen nombre. (*Nombre.*) Fuerte, masculino. (*Nombre.*)... Su nombre era Enrique.

JULIANA. — ¿Cómo fue que empecé a actuar? Recuerdo que algún día hice una audición para una obra de teatro, una comedia, bonita según recuerdo. “Estás muy verde para hacer teatro, toma algunos cursos, estudia lo básico y después regresa” esas fueron las palabras del director. Decepcionada pensé que nunca llegaría a hacer teatro, pero aun así tomé algunos cursos de expresión corporal y de actuación. Con todo y eso, seguía siendo rechazada de todos los castings en los que me paraba. No me vean como el típico estereotipo de actriz frustrada, porque no lo soy.

JOSÉ. — Enrique una vez dijo que hay dos cosas que todos creen que pueden hacer, ser entrenadores de fútbol y tener un bar. Me gustaría añadir una más a la lista, la mayor parte de la gente cree que sabe actuar. No estoy diciendo que se equivoquen, pero

hay niveles. Está Jack Nicholson y Roland Marshall. ¿Nunca han escuchado de Richard Fenderman verdad? bueno eso es porque Roland Marshall es sólo otro nombre que me he inventado, pero el punto es el mismo. Si quisiera conseguir un actor, o varios para mis obras, podría. Pero no lo hago, porque soy pobre. *(Pausa.)*

No, no soy pobre, es una mentira, soy... ¿frugal? No, no es eso, Estoy invirtiendo, estoy invirtiendo en mi futuro. Estoy invirtiendo en mi felicidad futura. Debería de haber iniciado hace mucho tiempo.

JULIANA. — No soy una actriz fracasada ni frustrada. Yo estudié Administración de empresas, según mis papás porque me iba a morir de hambre si me dedicaba de lleno a la actuación. ¡Que razón tenían! Sin embargo, en el teatro encontré algo que jamás había sentido. Ese acto de “magia” que desarrollamos perfectamente los actores. Sí, magia. Nosotros creamos en la mente del público una ilusión óptica y de verdad creen que lo que están viendo en el escenario es real... claro, cuando tenemos trabajo. *(Pausa.)* Esperen, siempre tenemos trabajo. Como diría uno de esos grandes maestros de teatro que tuve: “El actor es actor cuando camina, cuando come, cuando duerme y hasta cuando va al baño”.

JOSÉ. — Así es que escribo pequeñas obras, con un pequeño yo en un pequeño escenario con un penoso y pequeño banco. Odio este banco, He hecho cinco obras con este banco hasta ahora, sólo yo y el banco. Dean Martin y Jerry Lewis hicieron catorce películas juntos antes de separarse. Si tengo que hacer otras nueve obras con este banco, uno de los dos tendrá que salir por la ventana. Sin embargo, es el único mueble que puedo sacar de mi casa y llevar al teatro por un mes. Intenté conseguir una mejor escenografía, traje una planta que murió. Traje una lámpara, me tropecé con ella una vez y casi me rompo el cuello.

JULIANA. — “El actor es actor... hasta cuando va al baño” Sigo sin entender que significan esas “elocuentes” palabras. Pero regresemos al punto, decía yo que, a pesar de tomar cursos de actuación, expresión corporal, canto y hasta dicción, seguía siendo rechazada en los castings a los que iba. Para los que no sepan que significa dicción: “es el arte de gesticular y articular correctamente cada palabra y cada letra para que éstas se entiendan a la perfección”... ¡Bah! dicción es simplemente que lo que dices lo entienda el público, así de fácil, no sé porque los maestros de teatro se quieren hacer grandilocuentes con explicaciones tan pomposas y ridículas.

JOSÉ. — Así que soy sólo yo y el banco. Y hemos hecho cinco obras juntos. Han sido buenas. “Un trabajo serio con ritmo cómico que necesita ser pulido. Una buena pieza minimalista en la tradición de Beckett” es lo que un crítico dijo. Me gusta esa crítica. Excepto por lo de minimalista. No soy minimalista, sólo soy pobre. Si tuviera el dinero tendría un bar, una gran florero, una mesa de billar, un reposit y un coro de chicas bailando y aventando serpentinas por todos lados. Pero no lo hago, porque estoy invirtiendo en mi futuro.

JULIANA. — Sí, los maestros de teatro son pomposos y ridículos. Pero a veces y remarco eso, A VECES, sus enseñanzas sirven en la vida real de una actriz. Es decir, conocer el método Stanislavsky tiene sus ventajas porque puedes conocer y desnudar la psicología de un personaje; Grotowsky con su idea de un teatro pobre y ver al actor como el eje del espectáculo; o conocer la visión un poco más moderna de Peter Brook.

Todo esto sirve previo al show, una vez arriba del escenario, eres tú y solo tú en contra del monstruo de mil cabezas.

JOSÉ. — Yo y mi banco. Dos obras más juntos... espero, si mi plan de inversión funciona bien. El banco y yo. (*Empieza a cantar.*) “Amor como el nuestro no hay dos en la vida...por más que se busque, por más que se esconda”. (*Tararea el tono.*) He escrito mi propio musical. Dos de hecho. Dos musicales, tres obras completas y un show de títeres para niños. Todos ellos están dentro de una caja de metal, cerca de la ventana. Si hubiera un incendio en mi departamento, salen por la ventana con una nota atada a la caja con instrucciones de producirlas si es que yo no salgo con vida. Después de dos obras más con este banco, y pendientes de mi fallecimiento en el hipotético incendio, voy a empezar a producirlos yo mismo. Bueno, voy a empezar a audicionar para ellos.

Todos tienen dos cosas en común, todos son “trabajos serios con ritmo cómico” y todos requieren una actriz principal. (*Recordando.*) Una morena, de ojos profundos, hermosos; que te deja con la boca abierta, con una voz dulce como el susurro del viento y fuerte como el trueno distante, así es la actriz principal.

JULIANA. — El monstruo de mil cabezas, “bonita forma de llamarle al público”. Siendo sincera, me pone más nerviosa un teatro vacío y en la mitad de las butacas un director con cara de pocos amigos, haciendo anotaciones en una libreta. Sí, una audición me pone más nerviosa que una función. Recuerdo mi audición para un musical. (*Cantando Chicago.*) “Anda y ven, prendamos la ciudad... y todo el jazz. Rodilla con tu voz, la media a la mitad... y todo el jazz. Manejando hacia el antro aquel, donde piano y gin harán un gran coctel. Ruidoso galerón, de noche un pachangón... y todo el jazz”. (*Termina de cantar.*) “Buena interpretación, voz privilegiada, pero te hace falta naturalidad y sobretodo tablas sobre el escenario, toma algunas clases...” ¿Qué no saben decir nada más? ¿Cómo demonios quieren que tenga experiencia si no me dan oportunidades? Yo creo que fui a unos 30 castings antes de quedar en alguno. Recuerdo cada momento

de ese fin de semana; empezó como cualquier otro, viernes depresivo por no tener con quien salir, todas mis amigas ocupadas, siete meses sin novio ni pretendientes. Sin embargo, el sábado fui a una fiesta.

JOSÉ. — La conocí en una fiesta. Llevaba un gran sombrero algo caído y una gran luna creciente entre las piernas. Debí haber mencionado que era una fiesta de disfraces. Lo siento, siempre hago eso. Siempre digo: “llevaba un gran sombrero algo caído y una gran luna creciente entre las piernas” y entonces todos se me quedan viendo como si estuviera loco y tengo que decir: “ah, lo siento, ¿no les dije que era una fiesta de disfraces? Porque lo era”. Porque lo era. Yo iba vestido como el sombrero loco. El Sombrero Loco y la Chica Miller. Hasta parece nombre de una canción extraña. No conocía a nadie en la fiesta, era en casa de una vecina. La llamaremos Alicia, porque estaba vestida de Alicia en el país de las maravillas. Le había prestado dos huevos hacía una semana y como pago ella me invitó a su fiesta de disfraces. Le dije que no tenía ningún disfraz, pero Alicia dijo que tenía algo perfecto para mí. “Algo perfecto para mí” resultó ser un sombrero enorme, un saco demasiado pequeño, una taza de té de plástico y una corbata ridícula de moño. Hubiera preferido que Alicia me diera tres huevos.

JULIANA. — Una de esas fiestas de disfraces en las cuales no sabes qué ponerte así que invente algo para salir del problema. Usé un sombrero viejo que tenía mi abuela e improvisé una luna en una falda que ya no usaba, a decir verdad me veía ridícula. Al llegar a la fiesta, pensé al menos distraerme un poco de una semana más de decepciones, mientras mis dos amigas “disfrutaban” a su manera. Di vueltas por todo el lugar buscando que hacer y tomando uno que otro vodka. La gente de la fiesta era rara y yo no conocía a nadie, me habían invitado mis amigas que conocieron a la dueña del departamento tres semanas antes en un bar en el centro. Me acerqué a diferentes círculos y las plá-

ticas eran realmente malas. “El Facebook llegó a sustituir todo tipo de contacto humano entre las personas, incluso las relaciones amorosas se basan en él”; “la selección mexicana de fútbol será protagonista del próximo mundial en Brasil gracias a la participación de un nuevo técnico”; “en las elecciones del 2012 por fin la izquierda será la ganadora y este país saldrá del período más oscuro que haya experimentado”.

Eso sin contar la infinidad de chistes malos provocados por “si los mineros chilenos fueran mexicanos...” De pronto algo llamó la atención, un... sombrero loco. Un sombrero mucho más grande que el mío, un saco proveniente del país de Liliput, una taza de té absurdamente ridícula y un moño que increíblemente lograba ser más ridículo que la taza.

JOSÉ. — Entonces estaba parado junto a la mesa de las bebidas tratando de no parecer tan incómodo cuando se acercó. Gran sombrero algo caído y una luna creciente. Me preguntó si todavía había vodka y cuando dije que no estaba seguro preguntó si entonces compartiría mi té. Me tomó un segundo entenderlo y entonces me reí, y después ella se rio, y así como así se fue media hora.

JULIANA. — Me sentí bastante tonta con mi broma, pero era mejor que quedarme callada. Media hora se fue entre risas y una conversación bastante ligera. Él era amable, tenía una sonrisa cálida y mirada tierna. Por fin algo bueno en mi semana.

JOSÉ. — Yo le cuento que soy escritor y ella me dice que es actriz.

JULIANA. — Él me dice que mi profesión es “novedosa” y yo en respuesta digo que también soy escritora una vez a la semana, cuando redacto mi lista del súper.

JOSÉ. — Más risas. Me dice que sus pies la están matando con esos tacones, y yo ofrezco guardarlos en mi sombrero.

JULIANA. — Yo río, él me mira en silencio. Le digo que mi nombre es Juliana, él me mira en silencio.

JOSÉ. — Hablamos sobre... no me acuerdo, pero hablamos y dijimos cosas.

JULIANA. — Cosas importantes. Importantes con I mayúscula.

*(Ambos se acercan y se besan tiernamente.)*

JOSÉ. — Y justo cuando iba a invitarla a mi departamento, donde había una botella de vodka, apareció su amiga totalmente borracha. Cupido me tenía en la mira con su arco y entonces Destino envía un cometa de vómito y arruina su tiro.

JULIANA. — ¡Demonios! Tenía que irme. Justo cuando había encontrado un momento de honestidad y diversión.

JOSÉ. — Pues se tuvo que ir, y yo me tuve que quedar, y justo cuando el coraje estaba empezando a surgir de mis entrañas hacía mi cerebro para pedir su número, una tercera amiga, vestida como el Conejo Blanco, la toma del brazo y fum, se fue. *(Pierde la mirada como si la pudiera ver yéndose.)*

JULIANA. — No pude decir ni adiós. Literalmente fui arrastrada entre la multitud y poco a poco lo perdí de vista, sin saber siquiera su nombre.

JOSÉ. — Me levanté la siguiente mañana pensando en ella. Pero lo atribuí a una conversación de más de treinta minutos con la cama vacía. Me desperté el siguiente día y ella seguía ahí. Y el día siguiente. Una semana pasó y la Chica Miller había establecido un campamento en mi cerebro. Ósea estaba moviendo los muebles y cambiando las cortinas. Finalmente me doy cuenta que tengo que verla otra vez. Así que le llevo otros dos huevos

a Alicia y le pregunto: “¿Quién era la Chica Miller?” “¿Quién?”  
... “¿La Chica Miller, como la cerveza?” “¿Quién?” “Juliana”  
“¿Perdón?”

La chica con el gran sombrero algo caído y una luna creciente entre las piernas”.

“Ahhh. Era amiga de una amiga”. Pero no recuerda qué amiga, o si alguna vez ha visto Juliana en algún otro lugar. Le he llevado huevos a Alicia cada semana esperando que súbitamente se acuerde. Sigue tomando los huevos pero su memoria no ha mejorado nada.

JULIANA. — El domingo quise investigar su nombre, le pregunté a mis dos amigas que si ellas lo conocían. Pero estaban demasiado crudas para recordar siquiera con quién estaba yo platicando. Ese día no pude dejar de recordar el momento tan especial que tuvimos, ese delicado roce de labios. Estaba decidida a verlo de nuevo, pero Destino tenía planes diferentes para mí. Eran las 10:30 de la mañana del lunes cuando mi celular sonó: “¿Juliana Monares?” Dijo una voz, “Sí, ella habla” “Te llamamos con respecto al casting que hiciste la semana pasada”, “Hice 5 casting la semana pasada” “El del musical, Chicago”, “Ah, sí, lo recuerdo” “Has sido seleccionada para un segundo casting y entrevista, ¿podrías venir el viernes a las 5 de la tarde?”, “Claro, ahí estaré”. Empecé a preparar mi audición desde ese momento, me detenía simplemente para comer y dormir, anhelaba tener un personaje en esa obra. Dejé hasta de tomar café esa semana.

JOSÉ. — También he estado visitando cafés buscándola. Juliana dijo que algunas veces después de una audición o un ensayo le gusta relajarse y tomarse una taza de café en un lugar llamado La taza de... Algo. Lo dijo durante la fiesta, pero la música subió de tono en ese momento y no pude escucharla, así que solo dije

“aja” como si lo hubiera hecho. Nunca pensé que sería tan importante para mí. Sucede que hay veintisiete cafeterías en esta ciudad llamadas La taza de... algo. La taza de Juan, La taza de café, La taza de crema y azúcar, La taza del mundo, La taza de Juan dos. Veintisiete diferentes cafés y eso es sin contar los suburbios. Me estaba deteniendo en cinco de ellas al día en cierto punto, pero comencé a tener convulsiones incontrolables por toda la caféina que estaba consumiendo y tuve que detenerme. Aún ahora, con dos al día, me toma dos semanas hacer la ronda completa. Me preocupa que siempre la esté rodeando, como los radios de una rueda de bicicleta. Siempre moviéndose a la misma velocidad, pero nunca acercándose.

JULIANA. — ¡Mi casting fue un éxito! No sólo entré a la obra, me quedé con uno de los protagónicos. Lo más extraño fue que durante las primeras semanas empezaron a llamarme de diferentes compañías porque me querían ofrecer algún papel en sus obras.

Claro que fui a platicar con algunas de ellas, incluso empecé ensayos de dos obras más, esto ocasionó que mi vida se volviera realmente activa. Salía de mi departamento a las ocho de la mañana y regresaba cerca de medianoche, a dormir para repetir la rutina al día siguiente. Ahora no podía detenerme en “La taza de Colombia” como lo hacía antes, tenía que comprar café para llevar y tomarlo en el camino de un ensayo a otro. La verdad no me quejaba, me gustaba mucho más tener ese ritmo que ser una actriz sin actuar. Sin embargo me seguía haciendo falta algo, el sombrerero loco iba y venía en mi mente... mejor dicho estaba ahí todo el tiempo, sólo que yo no lo notaba, tenía tantos diálogos, psicologías de personaje, vestuarios y escenografías que él pudo haber hecho una obra de Shakespeare en mi mente sin ningún problema.

JOSÉ. — ¿Sabían que una vez Einstein dijo que...? em, esto es importante porque lo dijo Einstein, ¿...dijo que  $E=mc^2$ ? O sea que la energía es igual a la masa por la velocidad de la luz al cuadrado. Lo damos por sentado hoy en día, pero piénsenlo. En todo el mundo, en toda la historia de la humanidad, un hombre, un solo hombre se da cuenta que la energía y la materia son básicamente la misma cosa. Eso es lo que  $E=mc^2$  significa. He estado pensando mucho en ello y me gustaría llevarlo un poco más allá. No soy ningún Einstein, pero me gustaría pensar que lo que significa es que todos somos intercambiables. Todos somos sólo cúmulos de energía fría y formada que bien podría ser recalentada y reformada en cualquier otra manera. Este banco (*Pasa la mano sobre él.*) podría ser una silla (*De nuevo.*) o una planta. Esta pintura de un barco podría ser una pintura de Irlanda. Ni siquiera tiene que ser una pintura. (*Pasa la mano sobre la pintura.*)

Podría en verdad ser un barco. (*De nuevo.*) o un bar (*De nuevo.*) o un coro de chicas bailando. Con el pase correcto podría ser Einstein. O Al Pacino, O Alicia... Con el pase correcto...

JULIANA. — Shakespeare... Creo que todos los actores y actrices del mundo quieren aunque sea una vez en su vida interpretar alguna obra de Shakespeare. “Romeo y Julieta”, “Hamlet”, “Sueño de una noche de verano”, “Otelo”... Bueno, hoy soy una persona diferente a cuando empecé... en algunos sentidos. “Una exquisita combinación entre Glenn Close y Catherine Zeta-Jones; sus ojos profundos transmiten una ternura desconcertante y la potencia de su voz una fuerza escalofriante”. Esa fue la primer crítica que recibí por un trabajo profesional, creo que es una buena crítica. Hoy en día no puedo negar que el éxito me ha alcanzado y que las marquesinas empiezan a pedir a gritos mi nombre sobre ellas. Soy una persona diferente a cuando empecé... en algunos sentidos. Aún hasta el día de hoy

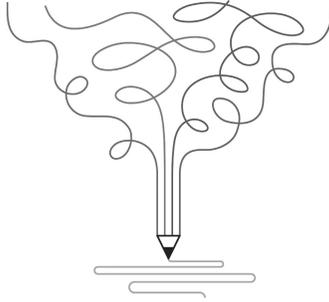
sigo esperando a que Cupido venga a visitarme y me regale una de sus flechas... aún a la fecha sigo esperando salir a escena y ver en primera fila a mi sombrerero loco... aún a la fecha espero conocer su nombre... aún hoy siento sus labios en los míos... aún hoy quiero tener un primer baile con él.

JOSÉ. — El fantasma de la soledad nuevamente posó sus ojos sobre mí. El sentimiento de vacío en mi interior crece cada vez más. Ustedes podrán pensar que por ser escritor, actor y director conozco a mucha gente, y tienen razón, pero aun conociendo tantas personas, el sentimiento de soledad no desaparece. Es muy triste pensar que en la mayoría de las ocasiones mi única compañía son los personajes que yo mismo escribo y que por ende son parte de mí. Así que en mi soledad soy acompañado por la soledad de mis personajes. Parece que el plan de Destino es dejarme solo, en eterna búsqueda del amor.

JULIANA. — A veces los artistas tenemos que sacrificar muchas cosas por hacer lo que amamos, una de esas cosas es la vida en pareja. Estar sola viene de la mano con ser actriz. Alguna vez pensé que tomaba de la mano a Cupido y que él me llevaría a mi alma gemela, la realidad fue que tomé de la mano a la Soledad y parece que ella es mi Destino. Terminar una función de teatro con ovación y críticas fabulosas, pero llegar a casa y no tener con quién compartir tus éxitos, tus sueños, tus frustraciones e incluso tus tristezas... que sólo te espere una tina vacía y una cama fría.

JOSÉ. — *(Hace un pase sobre el banco y dice suavemente.)* Hola Juliana. Mi nombre es José. Estoy escribiendo una obra y me encantaría que estuvieras en ella... ¿Quieres bailar? *(Luces tenues mientras baila con Juliana al ritmo de "almohada", después de algunos compases se queda bailando solo mientras Juliana regresa a su lugar.)*

JULIANA. — *(Baila ligeramente, se detiene y suspira.)* Yo imaginaré bailar contigo, actuar para ti... tú imagina que esta función es por ti... *(Se escucha una voz llamándola a escena. Cambio de actitud.)* Sí, estoy lista, lo sé, a escena en tres minutos. *(Sigue la música mientras el escenario se va oscureciendo.)*



### 4.3.2 Cuestión de tiempo

*Elsa Lilian Angélica Viveros Sánchez*

#### PERSONAJES

*LUCÍA. Mujer de unos 40 años, atractiva pero no particularmente hermosa. Casada con Bruno. Fuerte e independiente.*

*BRUNO. Hombre de unos 32 años. Varonil. Casado con Lucía. Muy ágil en su caminar y su forma de hablar.*

#### ESCENARIO

*(En escena se aprecia el departamento habitado por Lucía y Bruno, un pequeño departamento decorado en un estilo sobrio con un aspecto casi atemporal y más bien sombrío. Las paredes carecen de color y los tonos grises y cafés inundan la monotonía de la nada atractiva decoración. Al fondo a la izquierda, en un segundo nivel, se aprecia la recámara del matrimonio: una cama matrimonial perfectamente hecha, un buró que sirve también de mesa de noche y un pequeño guardarropa en que se pueden ver algunas prendas y algunos ganchos vacíos. Sobre la cama, una maleta abierta y ropa lista para ser metida en ella. En el pequeño peinador hay un espejo, una fotografía de la pareja y un pequeño joyero, además de varios artículos de tocador. A la derecha del nivel superior se encuentra la puerta principal del departamento y una puerta que dirige al cuarto de baño. En el primer nivel está, a la derecha, la sala con una mesa de centro con algún arreglo floral que ya se ha marchitado y un par de portarretratos. A la izquierda está un comedor con dos platos puestos. Sobre la mesa unas bolsas que parecen contener las compras recién hechas.)*

#### ACTO ÚNICO

*(Al encenderse la luz, vemos a Lucía salir del cuarto del baño. Lleva una bata y el cabello mojado. Parece tener prisa. Cruza torpemente a la habitación y se detiene frente al peinador donde comienza su ritual de belleza.)*

LUCÍA. — Tarde, como siempre. Esto de empacar siempre resulta más tardado de lo que uno piensa. (*Ve el reloj que esta sobre el peinador.*) No tarda Bruno en llegar. (*Se detiene un momento y se mira fijamente al espejo mientras se estira la cara.*) ¿Y tú quién eres? ¿Cómo llegaste a esto? ¿En qué momento pasó? (*Rápidamente se cepilla el cabello y comienza a maquillarse.*) No se puede contra el tiempo... Cuantas cosas ocultas detrás del maquillaje... Tantito por aquí... Tantito por allá... Necesito un descanso, eso es lo que necesito.

(*Entra Bruno por la puerta principal. Viene cargando unas cajas vacías. Entra directamente hasta la sala y se quita su abrigo, mismo que deja sobre el sillón junto con las cajas. En cuanto Lucía escucha a Bruno entrar, comienza a cambiarse.*)

BRUNO. — (*Llamando.*) Lucía...Lucía. ¿Estás lista? (*Comienza a revisar las bolsas que están sobre la mesa.*)

LUCÍA. — Me estoy cambiando. Ya voy... Se me fue el tiempo volando. ¿Conseguiste lo que necesitabas?

BRUNO. — Traje algunas cajas. ¿Terminaste las maletas?

LUCÍA. — (*Entrando en la sala.*) No, la verdad es que no he terminado. No sé qué llevarme o que dejar. Estoy un poco abrumada.

BRUNO. — Está bien, no importa. ¿Comiste?

LUCÍA. — No tengo hambre. ¿Tú comiste?

BRUNO. — Sí, compre algo en la calle. Es una locura la calle a estas horas. Tuve que quedarme a terminar unos pendientes del trabajo para poder ausentarme la siguiente semana sin preocupaciones, pero eso me retrasó mucho y luego meterme al centro, no encontrar estacionamiento, las calles cerradas... El caso es que todo es un caos.

LUCÍA. — Sí, me imagino. Qué bueno que yo pedí los días desde antes.

BRUNO. — Sí bueno, siempre has sido más precavida.

*(Lucía sube a la recámara y comienza a empacar. Bruno, comienza a sacar las cosas de las bolsas sobre la mesa de la cocina. Dentro hay algunas fotografías y otros objetos pequeños.)*

BRUNO. — Veo que encontraste algunas fotografías viejas.

LUCÍA. — Sí. Aproveché para destilichar algunas cosas y eso fue apareciendo. No estoy segura de si lo quieres conservar o...

BRUNO. — Bueno, es parte de nuestros recuerdos, ¿Qué pensabas hacer? ¿Tirarlos?

LUCÍA. — No sé, es lo que te estoy diciendo, no lo sé.

BRUNO. — *(Sigue viendo las fotografías.)* Vaya, están también las fotos de nuestra boda. Ven a ver esto.

LUCÍA. — Bruno, conozco esas fotos de memoria. Las he visto uno y otra y otra vez. ¿Qué quieres que les vea?

BRUNO. — Lo jóvenes que éramos.

LUCÍA. — Tú sigues viéndote igual de joven, no veo cual sea la sorpresa. Estás igualito. Yo en cambio... Vaya que si pesan los años...

BRUNO. — Sólo han pasado 7 años.

LUCÍA. — *(Asomándose a la sala.)* Lo sé, pero mira como me han tratado.

BRUNO. — (*Caminando hacia Lucía.*) Te ves hermosa. Siempre me has parecido muy hermosa.

LUCÍA. — Basta. No digas tonterías. (*Bruno toma a Lucía de la mano y la lleva hasta la sala.*) ¿Qué haces?

BRUNO. — (*Comienza a ordenar las fotos sobre la mesa de la sala.*) Quiero que veas esto.

LUCÍA. — Ya lo he visto.

BRUNO. — ¿Quiero que lo veas conmigo?

LUCÍA. — ¿Para qué? No seas tonto. Tenemos que terminar de empacar. Ayúdame mejor.

BRUNO. — Regálame este momento. No es mucho lo que te pido. Siéntate conmigo, veamos estas fotos. Acompáñame a recordar.

LUCÍA. — Qué tontería... Está bien, recordemos...

BRUNO. — Mira ésta, jaja. Acababas de salir del hospital. Te acuerdas, creías que te estaba dando un infarto y tenías apendicitis. Jajaja

LUCÍA. — No es gracioso. Además me dejaron horrible la cicatriz.

BRUNO. — Esta es de hace poco. El año pasado, ¿no? En la fiesta de Andrés.

LUCÍA. — Sí, tu querido amiguito Andrés.

BRUNO. — Nunca te ha caído bien. No sé qué te hizo o que tienes en contra suya, pero nomás no te cae.

LUCÍA. — Es un inmaduro e irresponsable. Todo es un juego para él y cuando están juntos te vuelves insoportable.

BRUNO. — Nuestra luna de miel. Apenas y pudimos llegar a Cancún.

LUCÍA. — En tu defensa, yo no conocía Cancún. Así que fue una bonita luna de miel.

BRUNO. — Además para lo que salimos de la habitación, lo mismo hubiera dado que nos quedáramos aquí.

LUCÍA. — *(Sonríe.)* Sí...

BRUNO. — Te pusiste roja

LUCÍA. — No seas tonto

BRUNO. — Te pusiste roja. ¿De qué te acordaste?

LUCÍA. — ¡Bruno!

BRUNO. — Anda, ¿de qué te acordaste?

LUCÍA. — De todo, Bruno, de todo. Me acuerdo perfectamente de todo.

BRUNO. — Qué buenos tiempos.

LUCÍA. — ¿Por qué haces esto?

BRUNO. — ¿Qué? ¿Ver fotografías con mi esposa? Porque... ¿Qué tiene de malo?

LUCÍA. — ¿Qué? ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué me siente a fingir aquí, junto a ti, que no pasa nada? ¿Qué sonrío y haga como si todo está bien? Ya no sé fingir, Bruno. Ya perdí esa habilidad.

*(Lucía se levanta y comienza a guardar las fotografías, las pone todas dentro de la bolsa y se las da a Bruno.)*

LUCÍA. — Tíralas, guárdalas, quémalas, lo que quieras pero no me las vuelvas a enseñar.

*(Lucía se encamina hacia la recámara, seguida por Bruno.)*

BRUNO. — ¿Qué tiene de malo? ¿Qué es lo que tanto te molesta, Lucía?

LUCÍA. — Tu actitud. Tu forma de actuar. De hacer como que todo está bien, que estamos cool. Y déjame te recuerdo, no estamos cool. No.

BRUNO. — ¿Y cuál es el problema con querer hacer las cosas menos pesadas? ¿Con tratar de pasarlo lo mejor posible durante un rato?

LUCÍA. — Ese es el problema, que es sólo un rato, y nos volvemos a confundir y después de eso es volver a empezar y volver a decirnos las cosas y volver a llegar a las mismas conclusiones. Estamos caminando en círculos, y yo quiero salir de eso.

BRUNO. — Tengo derecho a intentar salvar esta relación.

LUCÍA. — “Tuviste” el derecho, y tuve la “obligación” de darte ese derecho, pero han sido ya tantos intentos, tantas promesas, tantas mentiras.

BRUNO. — No creo que quieras que te recuerde de quién fueron las mentiras.

LUCÍA. — No Bruno, gracias. Me queda muy claro que fui yo la que te engañó. Que fui yo quien sin pensarlo dos veces se acostó con otro hombre sólo porque sí. ¡Con un hombre, Bruno!

BRUNO. — ¡Ahora resulta que yo no soy lo suficientemente hombre!

LUCÍA. — No empieces otra vez.

BRUNO. — Tú, no empieces a echarme otra vez en cara la diferencia de edad. Tampoco es como si pudieras ser mi madre. Me llevas 7 años, por el amor de Dios.

LUCÍA. — ¡7 años y una vida!

BRUNO. — No seas dramática.

LUCÍA. — ¿En verdad crees que esto tiene que ver con la diferencia de edades? ¿De verdad estás tan ciego que no te das cuenta lo que está pasando? ¡Qué egoísta y que necio eres!

BRUNO. — Tú eres la que no se da cuenta que, a pesar de todo, yo estoy dispuesto a luchar por nuestro matrimonio.

LUCÍA. — ¿Y para qué te sacrificas?

BRUNO. — Porque creo en nosotros, creo que podemos intentarlo.

LUCÍA. — ¿Cómo lo hemos intentado los últimos dos años? Estoy cansada Bruno. Estoy muy cansada de intentarlo.

BRUNO. — Me lo debes, Lucía. Me debes al menos la oportunidad de rescatar lo que queda de nuestro matrimonio.

*(Lucía y Bruno se miran fijamente. Hay un silencio incómodo.)*

LUCÍA. — No queda nada de nuestro matrimonio. ¿No lo ves? Ya no queda nada.

BRUNO. — Eso dices porque te sientes culpable...

LUCÍA. — ¡Por Dios, escúchate! Nuestro matrimonio se acabó desde mucho antes de que yo te engañara pero tú nos has podido ver eso. Tu vanidad y tu amor propio te impiden ver eso.

BRUNO. — (*Tratando de tranquilizarla.*) No digas tonterías, sé que ha sido mucho tiempo cargando con este problema pero estamos cada vez más cerca de la solución, si nos rendimos ahora todo nuestro esfuerzo habrá sido en vano.

LUCÍA. — Es que yo no me quiero esforzar. Nuestro matrimonio no tiene por qué ser un esfuerzo. ¿Dices que me siento culpable? Tal vez, un poco... culpable de no arrepentirme. Culpable de saber que lo volvería a hacer. Culpable de no haber sido completamente honesta y decirte que no quería seguir más, en lugar de revelarte mi infidelidad esperando que fueras tú quién me pidiera separarnos, que fueras tú quien me lo echara todo en cara y me mandara al diablo. Todo porque yo era incapaz de lastimarte de esa forma. Pero tú preferiste perdonarme e intentarlo, una y otra vez, intentarlo, intentarlo hasta el punto es que ya no supe que era lo que intentábamos.

BRUNO. — Intentabas ser las personas que solíamos ser: divertidos, amorosos, entregados. Intentábamos ser espontáneos y no cuidarnos del “qué dirán”. Intentaba encontrarte por la noche, entre las sábanas de una cama que cada vez de hacía más grande y más vacía. Intentaba comprenderte, llegar a conclusiones lógicas, excusarte. Intentaba re-enamorarte, pero tú no te dejabas. Pusiste esta barrera entre nosotros y fuiste amable y cariñosa, pero casi como una madre. Intentaba acercarme pero empezaste a usar nuestra edad de pretexto. Intenté olvidar que me habías lastimado, pero tu actitud me lo recordaba a cada instante. Intenté ignorar las señales, pero estaban frente a mis ojos y cada vez se hacían más grandes. Por eso te pedí el divorcio, porque tú nunca lo ibas a hacer y ya no eras feliz a mi lado.

LUCÍA. — (*Notoriamente conmovida y con lágrimas en los ojos.*) Y no sabes lo liberada que me sentí. Había pasado meses imaginándome mi vida sin ti y me sentía ligera, capaz de volar. Y sabía que

estabas herido, pero creí que por fin habías entendido que ya no había nada que rescatar.

BRUNO. — Tú siempre me dijiste que mientras hubiera confianza, podríamos luchar por lo nuestro y a pesar de todo lo pasado, yo confiaba en ti.

LUCÍA. — Esa es una mentira que te dijiste a ti mismo y terminaste creyéndotela.

BRUNO. — ¿Por qué te casaste conmigo?

LUCÍA. — Porque tú me lo pediste. Me vendiste esa historia rosa en la que tú creías y yo también quise creer. Yo había tenido mis historias ya. Estaba herida y contigo era feliz.

BRUNO. — Te divertía... Yo por el contrario, estaba muy enamorado de ti. No vi tu edad, ni tu historia, solo vi una mujer que era muy independiente y que no se detendría ante nada para salir adelante. Pero te detuviste, te pusiste en pausa.

LUCÍA. — Te apoyé para que tú salieras adelante.

BRUNO. — Me usaste de pretexto para no avanzar. Te dio miedo la vida.

LUCÍA. — Las cosas que tú estabas viviendo, yo ya las había vivido.

BRUNO. — Y yo las quería vivir a tu lado, ¿sabes lo que han sido estos 10 años dando pretextos a mis amigos del por qué no vas con nosotros?

LUCÍA. — No necesitabas dar pretextos, sólo decir la verdad. Me aburren tus amigos.

BRUNO. — Qué cínica te has vuelto. También eso pasa con la edad ¿O qué, ahora también me vas a decir que estás menopáusica? (*Lucía le da una bofetada y Bruno la detiene fuertemente del brazo.*) En todo este tiempo jamás nos levantamos la mano. Creímos en la paciencia, la admiración, la confianza y el respeto y está claro que tú no sientes nada de eso. (*La suelta.*) Termina de empacar, que no tarda en llegar el taxi. (*Lucía sube a la habitación. Bruno, comienza a guardar el resto de los adornos en las cajas. Entra en el baño y saca las cosas de ahí. Toma las fotografías de la mesita de la sala y las mira detenidamente.*) ¿Qué nos pasó? ¿A dónde nos fuimos? ¿En qué momento nos perdimos? ¿Cómo nos alejamos tanto? No estoy dispuesto a perderte. Aún no. (*Bruno, sube a la habitación donde Lucía ha estado terminando las maletas y se dirige a ella.*) No estoy listo para dejarte ir. Porque todavía te amo y sé que me amas y estamos unidos. ¿Recuerdas? El pequeño hilo rojo que une a las personas y las lleva cerca una de la otra sin importar que tan alejados estén. (*La toma de las manos.*) Tú y yo estamos hechos para estar juntos y ese hilo nos une y es irrompible. Mírame y dime que no es cierto, dime que no me amas aunque sea un poco...

(*Bruno abraza fuertemente a Lucía y poco a poco el abrazo de convierte en un beso. Mientras se besan, Bruno desabotona la blusa de Lucía y comienzan a acariciarse. Lentamente la acuesta en la cama, después de un momento Lucía retira a Bruno y se pone de pie.*)

LUCÍA. — Estamos volviendo a lo mismo. (*Mientras se abotona la blusa.*) Ya hemos pasado antes por esto, una y otra vez y terminamos haciendo el amor para ocultar lo fundamental, para ocultar que ya no tenemos nada que nos una, solo esta cama.

BRUNO. — Que hace una semana no compartes conmigo.

LUCÍA. — Porque hace una semana te pedí el divorcio, igual que dos semanas atrás y tres semanas atrás y un año atrás,

pero siempre terminábamos en lo mismo. (*Cierra la maleta y se dirige al comedor.*) Evadiendo lo que era evidente que tenía que llegar. Tenemos perfectamente ensayado este acto, conocemos los diálogos de memoria. Nos reclamamos las mismas cosas y nos contestamos con las mismas excusas. Conocemos de sobra nuestro conflicto y la forma en la que se desarrolla la historia, pero cuando llegamos al nudo, somos incapaces de reconocer a las personas en las que nos hemos convertido y en lugar de buscar un desenlace, volvemos al principio, a plantearnos las mismas preguntas y contestarnos con las mismas mentiras. Déjame entonces que sea yo quien te diga en quién me convertí y después de esto, no me perdones, no me busques, no me justifiques. Siéntate y escúchame: (*Bruno se sienta a la mesa del comedor.*) cuando nos conocimos yo era una mujer joven en busca de aventuras. Tenía roto el corazón y no buscaba enamorarme. (*Lucía se sienta frente a Bruno.*) Cuando apareciste me pareciste un joven muy atractivo y cuando me pediste salir contigo me pareció halagador. ¿Qué mujer no se sentiría halagada de que un joven menor que ella y tan atractivo la invitara a salir? Acedí porque era arriesgado y divertido y por primera vez no tenía que rendirle cuentas a nadie de mis actos. Era libre de mi mente y de mi alma y de mi cuerpo. Nunca me imaginé enamorarme de ti, pero tú pusiste tanto empeño en enamorarme que no pude resistirme. Me convencí de que eras tú lo que Dios tenía destinado para mí, y debía ser bueno. Yo no esperaba que un día me pidieras que me casara contigo, estábamos bien así, libres pero juntos, pero tu querías el cuento de hadas, el matrimonio feliz, romper las reglas, demostrar que podía funcionar. No viste tu vida sin mí y yo, que sabía lo que era tener el corazón roto, no pude decirte que no. No es que no te amara, siempre te amé. Te amo incluso ahora, pero yo no sé compartir mi vida con nadie. Y me llevó 10 años darme cuenta de eso, quiero el amor, pero quiero más que nada la libertad y eso es demasiado para ti. No puedes entenderlo porque tu idea de la vida es otra. Es la

esposa y los hijos y las vacaciones en la playa manejando una minivan. Para mí la vida es la soledad y los libros y levantarme tarde si me da la gana y viajar por placer, sola, porque no me estorba estar conmigo misma.

BRUNO. — ¿Me estás diciendo que yo te estorbo?

LUCÍA. — Ahora sí, porque ya probé lo que tu querías y no me gustó, y no lo quiero.

BRUNO. — ¿Entonces qué quieres? Te juro que no te entiendo. Me pediste tiempo y te lo di, me pediste espacio y te lo di. Quisiste trabajar, trabajaste. Viajaste, fuiste libre. Mientras tanto yo esperaba aquí, que quisieras voltear a verme, que pidieras mi opinión, que contaras conmigo, que me tomaras en cuenta. Ya no soy ese niño de 23 años por el que tenías que tomar decisiones, al que le tenías que enseñar el mundo y sus peligros. Soy un hombre, responsable. Joven, sí, pero no soy estúpido y puedo tomar mis propias decisiones. Decidí casarme contigo porque eras la mujer con la que quería formar una familia y cumplir todos esos sueños rosas de los que tanto te burlas. Y cuando abrí los ojos de que eso jamás llegaría, decidí que estaba bien, tú no decidiste por mí, yo lo hice. Fui yo quien decidió que no importaba si no había niños corriendo por la casa, o un gran perro que se apoderada de nuestra cama. Ni siquiera que no hubiera una televisión. Yo lo decidí porque eso era mejor a vivir sin ti. Porque te amaba.

*(Se hace un gran silencio. Ambos se miran fijamente a los ojos.)*

LUCÍA. — ¿Me amabas? (Pausa. Bruno se levanta de la silla.) Dilo, no tengas miedo. Estamos por fin en ese momento. Ya no hay vuelta atrás. Digámoslo todo. Aunque duela.

BRUNO. — Te amaba. Creo que mi amor por ti me lo arrancaste del corazón el día en que supe que me habías enga-

ñado. Para mí eras lo más sagrado, incluso más que mi madre. Eras una idea inmaculada, grande, casi inalcanzable pero eras mía. Residías en lo más alto de mis anhelos y un día, te caíste de ahí, del pedestal donde te tenía y te volviste como las demás. No eras diferente, como tanto alardeabas, solamente tenías miedo de ser como todas y lo eras. Pero no podía permitir que me hicieras pedazos. Yo lo había apostado todo por ti, mi familia, mis amigos... Todo lo hice a un lado por ti mientras tú te revolcabas con tu jefe en nuestra propia cama.

LUCÍA. — ¿Qué estás diciendo? (*Se levanta de la silla.*)

BRUNO. — Sí, en nuestra cama. Sé cuándo, dónde y con quien lo hiciste. Lo supe desde antes, desde mucho antes de que tú me lo dijeras. Las paredes oyen, sabes. Y las miradas los delataban. ¿Cuántos viajes “de trabajo” hiciste con tu querido jefe? ¿Hace cuánto que eres su amante? ¿Qué estás esperando de eso? ¿Crees que te va hacer su señora después de dejarme? No seas estúpida. Para él eres el mismo juego que yo he sido para ti. Y eres tan tonta que has sido capaz de mandar todo al diablo por él. ¡Por él! (*Lucía comienza a llorar incontrolablemente.*) Y yo te quise evitar todo esto, todo este dolor. El darte cuenta que finalmente sí te ibas a quedar sola. Yo que quise darte tantas oportunidades para ser feliz, pero tú no sabes ser feliz. Y yo no podía dejarte el camino libre para hicieras de ti esto que eres ahora. Y ahora es que lloras. Al menos por fin estas siendo honesta. Ahora que sabes que no tienes nada que ocultar. (*Se sienta a su lado.*) ¿Estás enamorada de él?

LUCÍA. — No seas ridículo.

BRUNO. — ¿Quieres ser honesta? Seamos honestos ahora. ¿Estás enamorada de él?

LUCÍA. — Basta Bruno.

BRUNO. — Anda, ¿no te pasas la vida diciendo que eres muy valiente? Demuéstralo y dime. ¿Estás enamorada de él?

LUCÍA. — ¡Sí! ¡Sí! Estoy enamorada de él y siento una vergüenza terrible. Tienes razón, yo no sé ser feliz. Tú eras mi felicidad y yo no la quise, y no la quiero. Estoy enamorada de él pero no quiero ser su esposa, ni la de nadie. Sólo quiero ser libre. Es todo lo que quiero.

BRUNO. — ¿Y qué harás cuando seas libre? ¿Quién va a ver por ti? ¿Quién se va asegurar de que estás bien?

LUCÍA. — ¿Ves? Eso es precisamente lo que no entendiste. Yo no necesitaba que te hicieras cargo de mí, Yo no necesitaba de alguien que me rescatara. Yo no necesitaba nada. Solo quería estar contigo a pesar de no necesitarte. Y ahora quiero tomarme el tiempo de estar conmigo, de volver a conocerme y saber quién soy.

*(Hay una pausa. Bruno se sienta en el sillón. Al poco tiempo Lucía lo alcanza.)*

BRUNO. — ¿Qué nos pasó?

LUCÍA. — Se nos acabó el tiempo, lo teníamos contado y no lo supimos aprovechar. Se nos vino el tiempo encima. Lo quisimos alargar pero no pudimos “Tic tac, tic tac”, cada vez se escuchaba más fuerte y ya no lo podíamos ignorar.

BRUNO. — Nunca fue mi intención ofenderte. Me aferré a ti porque no supe que más hacer, pero tienes razón, hace mucho que nos perdimos. El tiempo fue nuestro enemigo desde el principio.

LUCÍA. — Ayúdame a terminar de empacar. Lo que falta. No tarda el taxi en llegar y la persona que venderá el departamento llega en una hora para hacer el inventario. No quiero que

nos encuentre todavía aquí. *(Comienzan a guardar en las cajas las cosas que aún quedan por la casa. Cuando Bruno va a guardar las fotografías, Lucía lo detiene.)* Espera. *(Toma una foto del montón)* Creo que quiero quedarme con esta. Al final de cuentas nuestra boda sí fue el día más feliz de mi vida. *(La toma y la guarda en su bolsa.)*

*(Ambos toman unas sábanas con las que cubren los sillones.)*

BRUNO. — Parece que es todo. ¿Estás segura que no quieres que te lleve al aeropuerto? No tienes por qué irte en taxi.

LUCÍA. — Estoy segura, prefiero irme sola y no alargar más esta despedida.

BRUNO. — Como quieras. Te acompaño a esperar el taxi.

LUCÍA. — Gracias. *(Pausa.)* Bruno, nunca te di las gracias.

BRUNO. — ¿Por qué?

LUCÍA. — Por aquella primera mirada, por las primeras palabras, por haber puesto tus ojos en mí. Viví un tiempo hermoso. En verdad. Viste más allá de lo que yo quería mostrar, y en este poco tiempo que nos queda, sólo quería que supieras que nada de esto fue en vano.

BRUNO. — Quizá con el tiempo... *(Suena el timbre de la puerta.)* Ya llegó tu taxi.

*(Bruno y Lucía se abrazan. Cuando Lucía está a punto de salir por la puerta principal, regresa hasta Bruno que se ha quedado junto a la mesa del comedor. Lentamente se quita su anillo de bodas y lo coloca en el centro de la mesa. Se despide de Bruno con un tierno beso en la mejilla y sale. Bruno se queda un instante observando hacía la puerta. Luego lentamente recorre el departamento apagando cada una de las luces de las habitaciones. Se acerca al sillón donde había dejado su abrigo y se lo coloca. Al final vuelve a la mesa*

*del comedor y lentamente se quita su anillo y lo coloca junto al de Lucía. Antes de salir por la puerta principal echa un último vistazo al departamento, apaga la luz y cierra la puerta tras él.)*

OSCURO TOTAL.





# Aviso legal

## **CIP TECNOLÓGICO DE MONTERREY**

**Nombre:** Concurso Nacional de Creación Literaria (30va : Monterrey, México), autor.

**Título:** Antología del XXX Concurso Nacional de Creación Literaria del Tecnológico de Monterrey

**Temas:** LCSH: Mexican poetry--21st century--Competitions. | Mexican essays--21st century--Competitions. | Short stories, Mexican--21st century--Competitions. | Juvenile literature. | Literature--Competitions. | Electronic books. | Local: Poesía mexicana--Siglo XXI--Concursos. | Ensayos mexicanos--Siglo XXI--Concursos. | Cuentos mexicanos--Siglo XXI--Concursos. | Literatura juvenil. | Certámenes literarios. | Libros electrónicos.

**Clasificación:** LCC PQ7245 | DDC 860

### **Editorial Digital del Tecnológico de Monterrey**

Gerardo Isaac Campos Flores. Director de Efectividad Institucional del Tecnológico de Monterrey

Alejandra González Barranco. Líder de Editorial Digital

Elizabeth López Corolla. Coordinadora editorial

### **Innovación y diseño para la enseñanza y el aprendizaje.**

Noemí Villarreal Rodríguez. Coordinación de proyectos institucionales y empresariales

Jesús Alejandro Rocha Gámez. Administración de proyecto

María Isabel Zendejas Morales. Diseño editorial

Gustavo Arteaga Mondragón. Diseño editorial

*D.R. © Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, México. 2021.  
Ave. Eugenio Garza Sada 2501 Sur Col. Tecnológico C.P. 64849 | Monterrey, Nuevo León |  
México.*

*Antología del XXX Concurso nacional de creación literaria del Tecnológico de Monterrey  
Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin previo y expreso  
consentimiento por escrito del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.  
ISBN Obra Independiente:  
Primera edición: agosto 2021.*

Amazon Media EU S.à.r.l.  
Luxemburgo, Luxemburgo  
26 de agosto de 2021

*100 ejemplares*



